LIBROS SANGRIENTOS III
CLIVE BARKER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

ÍNDICE

Hijo del celuloide
Rex, el hombre-lobo
Confesiones del sudario (de un pornógrafo)
Víctimas propiciatorias
Restos humanos

Para Roy y Lynee

Librodot

HIJO DEL CELULOIDE

UNO: TRAILER

Barberio se sentía bien a pesar de la bala. Naturalmente, le molestaba el pecho al respirar demasiado fuerte y la herida de su muslo no tenía buen aspecto, pero ya le habían pegado algún tiro antes sin quitarle la sonrisa de la boca. Por lo menos era libre: eso era lo principal. Nadie –juró–, nadie le volvería a encerrar, se mataría antes de que lo detuvieran de nuevo. Si no tenía suerte y lo acorralaban, se metería la pistola en la boca y se volaría la tapa de los sesos. De ninguna manera volverían a arrastrarlo vivo a aquella celda.

La vida era demasiado larga para quien estaba encerrado contando los segundos. Le habían bastado un par de meses para aprender esa lección. La vida era larga, repetitiva y corrosiva, y si no te andabas con ojo, pronto empezabas a pensar que era mejor morir antes que prolongar la existencia en la cloaca en que te habían metido. Mejor ahorcarse con el cinturón a medianoche que enfrentarse al tedio de otras veinticuatro horas, con sus ochenta y seis mil cuatrocientos segundos.

Así que se lo jugó todo a una carta.

Primero compró una pistola de estraperlo en la prisión. Le costó todo lo que tenía y un puñado de pagarés a devolver fuera si quería seguir vivo. Luego siguió la primera instrucción del manual: trepar la pared. Y el Dios que ampara a los ladrones de bodegas le protegió aquella noche porque como hay Dios que subió volando aquel muro y salió pitando sin que un solo perro le olisqueara los talones.

¿Y la policía? Desde el domingo metieron la zarpa en todos los sentidos, buscándole donde jamás había estado, declarando a su hermano y su hermanastra sospechosos de darle refugio cuando ni siquiera sabían que hubiera escapado, publicando un informe detallado con una descripción de su persona antes de entrar en la cárcel, cuando pesaba diez kilos más que ahora. De todo eso se enteró por Geraldine, una mujer a la que había cortejado en los buenos tiempos, que le vendó la pierna y le dio la botella de Southern Comfort que ya llevaba casi vacía en el bolsillo. Recogió su bebida y su simpatía y siguió su camino, confiando en la legendaria estulticia de la ley y en el dios que ya le había llevado tan lejos. Lo llamaba Sing-Sing. Se lo representaba como un tipo gordo con una sonrisa de oreja a oreja, un salami de primera en una mano y una taza de café solo en la otra. Para Barberio, Sing-Sing olía como el seno del hogar materno cuando su madre todavía estaba bien de la cabeza y él era su alegría y su orgullo.

Lamentablemente, Sing-Sing miraba a otra parte cuando el único policía con ojos de lince de toda la ciudad vio a Barberio escurrirse por un callejón como una serpiente y lo reconoció gracias a aquel obsoleto pero exhaustivo informe. Era un poli joven (no debía tener mis de veinticinco años) dispuesto a convertirse en héroe, demasiado estúpido para comprender el significado del disparo de aviso de Barberio. En lugar de cubrirse y permitir que éste escapara, había precipitado el desenlace al dirigirse por la calle directamente hacia él.

Barberio no tuvo opción. Disparó.

El poli replicó. Sing-Sing debió interponerse desviando la trayectoria de la bala que, dirigida al corazón de Barberio, le hirió en la pierna, y haciendo que el disparo de éste alcanzara al policía en plena nariz. El ojos de lince se cayó como si acabara de recordar que tenía una cita con el suelo y Barberio se alejó rezongando, sangrando y asustado. Nunca había matado a un hombre, y empezó por un policía. Toda una introducción al arte.

Pero Sing-Sing todavía estaba de su lado. La bala de la pierna le dolía, pero los cuidados

de Geraldine habían cortado la hemorragia y el licor había hecho maravillas contra el dolor. Medio día más tarde seguía ahí, cansado pero vivo, después de atravesar cojeando la mitad de una ciudad tan atestada de policías sedientos de venganza que parecía un desfile de psicóticos en el baile de disfraces de una comisaría. Ya sólo le pedía a su protector un lugar en el que descansar un poco. No demasiado, sólo lo suficiente para recobrar el aliento y preparar sus próximos movimientos. Tampoco le vendrían mal una o dos horas de sueño.

El caso es que cada día el dolor le devoraba más el estómago. Tal vez debería buscar un teléfono después de descansar un poco, volver a llamar a Geraldine, conseguir que convenciera a un doctor para que lo viera. Pensaba salir de la ciudad antes de medianoche, pero esa posibilidad le parecía ahora muy remota. Por peligroso que fuera tendría que quedarse en aquel lugar una noche y quizá casi todo el día siguiente; huir a campo abierto cuando hubiera recobrado fuerzas y le hubieran sacado la bala de la pierna.

¡Dios, cómo le ardía el estómago! Estaba seguro de que se trataba de una úlcera provocada por la mugrienta bazofia que llamaban comida en la penitenciaria. Muchos tenían problemas de estómago y de intestinos allí dentro. Se sentiría mejor después de unos cuantos días de pizzas y cervezas, sin ninguna duda.

La palabra *cáncer* no figuraba en el vocabulario de Barberio. Nunca había pensado en una enfermedad mortal, y menos en relación consigo mismo. Era como si un buey, ya en el matadero, se quejara de que le dolía una pezuña mientras se encaminaba hacia la pistola del matarife. Un hombre de su gremio, siempre rodeado de instrumentos letales, no cuenta con morir de una enfermedad de estómago. Pero ésa era la causa de su dolor.

El solar que estaba detrás del Movie Palace había sido un restaurante, pero hacía tres años que un incendio lo arrasó y aún no habían quitado los escombros.

Volver a edificar no reportaría beneficios, y nadie había demostrado demasiado interés por la parcela. Los vecinos zascandilearon por la zona, pero eso fue en los sesenta y a principios de los setenta. Durante esa década vertiginosa florecieron los locales de diversión: restaurantes, bares, cines. Pero luego vino la inevitable depresión. Cada vez venían menos chavales por esta zona a gastarse el dinero: había nuevos locales de moda, nuevos sitios en que dejarse ver. Los bares quebraron, y con ellos los restaurantes. Sólo quedó, como vestigio de días más prósperos, el Movie Palace, en un distrito cada año más desastrado y peligroso.

La jungla de enredaderas y vigas podridas que atestaba el solar abandonado le iba de perlas a Barberio. La pierna le hacía ver las estrellas, se tambaleaba de puro cansado, y el dolor de estómago se hacía más intenso. Necesitaba urgentemente un lugar sobre el que dejar reposar su greñuda cabeza. Apurar el Southern Comfort y pensar en Geraldine.

Era la una y media del mediodía; el solar era un lugar de citas para los gatos. Cuando apartó unas vigas y se deslizó en la oscuridad se escondieron espantados. Su refugio apestaba a orines –de hombre y de gato–, a basura y a restos de antiguas hogueras, pero a él le pareció un santuario.

Buscando el apoyo de la pared trasera del Movie Palace, Barberio se reclinó sobre su antebrazo y vomitó todo el Southern Comfort mezclado con acetona. Unos niños habían construido una guarida improvisada con vigas, tablones quemados y hierros doblados paralelamente al muro. Ideal, pensó, un santuario dentro de un santuario. Sing-Sing le sonreía con las quijadas grasientas. Gimiendo un poco –tenía el estómago fatal esa noche– se arrastró por la pared hasta el cobertizo y entró por la puerta.

Otra persona había dormido en aquel lugar: al sentarse sintió bajo él una arpillera húmeda y a su izquierda una botella tintineó contra un ladrillo. El aire estaba impregnado de un olor sobre el que no quería pararse a pensar; era como si las cloacas salieran a la superficie. A fin de cuentas el rincón era escuálido: pero resultaba más seguro que la calle. Se sentó contra el muro del Movie Palace y expulsó sus temores con un suspiro lento y largo.

A una manzana, o quizá media, se oyó el aullido desconsolado de un coche de policía, y

su recién conquistada sensación de seguridad desapareció de golpe. Se estaban acercando, lo iban a matar, estaba convencido. Se habían limitado a seguirle el juego, dejándole que creyera haber escapado, pero sin dejar de dar vueltas, como tiburones, elegantes y silenciosos, hasta que estuviera demasiado cansado para oponer resistencia. Mierda: había matado a un policía, qué no harían con él cuando lo tuvieran a solas entre sus manos. Lo iban a crucificar.

«Bueno, Sing-Sing, ¿y ahora qué? Deja de poner esa cara de sorpresa y sácame de ésta.»

Durante un rato no ocurrió nada. Y entonces el dios le sonrió en su imaginación, y notó por casualidad unas bisagras en su espalda.

¡Mierda! Una puerta. Estaba recostado contra una puerta.

Se dio la vuelta con un gruñido de dolor y recorrió con los dedos esa salida de emergencia. A juzgar por el tacto, era una pequeña reja de ventilación de cerca de un metro cuadrado. Podía conducir a un pasadizo o a alguna cocina: ¿qué más daba? Se está más seguro dentro que fuera: es la primera lección que aprende todo recién nacido con la primera bofetada.

Aún se seguía oyendo el aullido de aquel canto de sirena: le ponía la carne de gallina. Asqueroso ruido. Le producía taquicardia.

Tanteó los costados de la reja con los dedos hinchados, buscando algo parecido a una cerradura, y por supuesto que la había, sólo que era un candado tan lleno de óxido como el resto del enrejado.

«Vamos, Sing-Sing», rezó, «sólo te pido una ayuda más, déjame entrar y te juro que seré tuyo para siempre.»

Tiró del candado pero éste, ¡maldita sea!, no tenía intención de ceder tan fácilmente. O era más duro de lo que parecía o él estaba más débil de lo que creía. A lo mejor había algo de las dos cosas.

El coche se acercaba sigilosamente segundo a segundo. La sirena ahogaba el ruido de su aliento alterado por el pánico.

Sacó la pistola –la asesina de policías– del bolsillo de su chaqueta para usarla de palanca. No podía ejercer suficiente presión sobre ese chisme, era demasiado corto, pero bastaron un par de tirones acompañados de sendos tacos. La cerradura cedió y una lluvia de escamas de óxido le salpicó la cara. Reprimió justo a tiempo un grito triunfal.

Y ahora a abrir la reja, a salir de este mundo miserable y cobijarse en las tinieblas.

Introdujo los dedos por el enrejado y tiró dé él. Un dolor ininterrumpido, que le recorrió el estómago, los intestinos y la pierna, le dio vértigo. «Ábrete, jodida –le dijo a la reja–, ábrete, Sésamo.»

La puerta se lo concedió.

Se abrió de repente, haciéndole caer sobre la empapada arpillera. Se levantó en seguida, escrutando esa oscuridad dentro de la oscuridad que era el interior del Movie Palace.

«Que venga el coche de policía», pensó, exultante, «yo tengo un escondite para calentarme.» Y estaba tibio: casi caliente, de hecho. El aire que salía por el agujero olía como si llevara estancado una buena temporada.

La pierna se le metió en una pinza de unión y le dolió terriblemente al arrastrarse por la puerta hacia la sólida oscuridad. Mientras lo hacía, la sirena dobló una esquina cercana y su aullido de bebé se desvaneció. ¿Lo que oía en la acera no era el tamborileo de los pies de la ley?

Se dio torpemente la vuelta en la oscuridad, con la pierna como un peso muerto y la sensación de tener el pie del tamaño de una sandía, y colocó la puerta de la reja detrás de él. Le tranquilizó izar un puente levadizo y dejar al enemigo del otro lado del foso: no importaba que pudieran abrir la puerta con tanta facilidad como él y perseguirlo por el pasadizo. Tenía la convicción infantil de que nadie podría encontrarlo ahí. Mientras no pudiera ver a sus perseguidores, éstos tampoco podrían verlo.

Si de verdad los policías se metieron en el solar a buscarlo, no los oyó. A lo mejor se

había equivocado, a lo mejor corrían tras un pobre mocoso callejero y no tras él. Bueno, fuera lo que fuese, ya estaba. Había encontrado un bonito nicho en que reposar, y eso le parecía maravilloso y elegante.

Qué curioso, el aire no era tan desagradable después de todo. No era el aire estancado de un pasadizo o de un ático, la atmósfera del escondite estaba viva. No es que fuera aire fresco, no; olía a viejo y enrarecido sin duda, pero a pesar de eso borboteaba. Casi le zumbaba en los oídos, le hacía hormiguear la piel como una ducha fría, le subía por la nariz y le provocaba sensaciones muy extrañas en la cabeza. Era como estar colocado con algo: así de bien se sentía. Ya no le dolía la pierna o, si lo hacía, las imágenes que tenía en la cabeza le hacían olvidar el dolor. Estaba a punto de reventar de imágenes: chicas bailando, parejas besándose, despedidas en estaciones, viejas casas oscuras, cómicos, vaqueros, aventuras submarinas –escenas que no habría vivido ni disponiendo de un millón de años, pero que ahora le emocionaban como si fueran experiencias directas, verdaderas e incontestables–. Quería llorar en las despedidas, pero también quería reírse con los cómicos, si no fuera porque había que comerse con los ojos a las chicas, gritarles a los vaqueros.

¿Qué clase de sitio era ése? Intentó sobreponerse al hechizo de las imágenes que estaban a punto de embargarle la vista. Estaba en una cámara de un metro y medio de ancho, alta e iluminada por una luz intermitente que se colaba por los resquicios de la pared interior. Barberio estaba demasiado atontado para reconocer la fuente de luz y no lograba discernir con los oídos, que le zumbaban, el diálogo que tenía lugar en la pantalla, del otro lado de la pared. Era *Satyricon,* la segunda de las dos películas de Fellini que el Movie Palace proyectaba en su doble sesión de madrugada ese sábado.

Barberio nunca había visto la película, ni siquiera oído hablar de Fellini. No le habría gustado («una película para maricas, una porquería italiana», diría). Prefería las aventuras submarinas, las películas de guerra. Ah, y chicas bailando. Cualquier cosa que tuviera chicas bailando.

Qué curioso, aunque estaba a solas en su escondite tenía la extraña sensación de que lo observaban. Además del caleidoscopio de clichés de Busby Berkeley [1] que le rondaba por el cerebro sentía que tenía ojos en él, no unos pocos, sino millares. No era una sensación tan desagradable como para dar ganas de beber, pero no desaparecían, lo miraban como si fuera algo digno de observación, riéndose de él a veces, llorando otras, pero sobre todo devorándolo con ojos ávidos.

La verdad es que no podía hacer nada al respecto. Tenía las extremidades muertas: no sentía las manos ni los pies. No sabía, y tal vez fuera mejor así, que se había abierto la herida al entrar en el escondite y que se estaba desangrando.

Hacia las tres menos cinco, mientras el *Satyricon* de Fellini llegaba a su ambiguo final, Barberio murió en el pequeño espacio comprendido entre la parte de atrás del edificio adyacente y la pared trasera del cine.

El Movie Palace había sido una casa de beneficencia, y si hubiera levantado los ojos al morir podría haber entrevisto entre la mugre un estúpido fresco que mostraba una hueste angelical, y asumir así su propia asunción. Pero murió contemplando a las bailarinas, y eso le bastó.

La falsa pared, la que dejaba filtrarse la luz por la parte de atrás de la pantalla, se había erigido como partición improvisada para tapar el fresco. Se consideró más respetuoso que borrar los ángeles para siempre. Además, el hombre que había ordenado los cambios tenía la leve sospecha de que esa burbuja de cine explotaría tarde o temprano. Si así era, podría echar abajo la pared y seguir con el negocio, adorando ahora a Dios en lugar de a la Garbo.

Nunca llegó a ocurrir. La burbuja, pese a su fragilidad, no explotó jamás, y las películas se fueron sucediendo. Aquel incrédulo santo Tomás (por otro nombre Harry Cleveland) murió, y el recinto quedó relegado al olvido. Ningún ser viviente conocía su existencia. Ni registrando la ciudad de arriba abajo podría haber encontrado Barberio un lugar más recóndito para morir.

Pero el recinto, su aire, habían vivido una vida propia durante esos cincuenta años. Como un receptáculo, había almacenado las miradas electrizadas de miles de ojos, de decenas de millares de ojos. Durante medio siglo los aficionados habían vivido indirectamente a través de la pantalla del Movie Palace, proyectando sus simpatías y pasiones sobre la pantalla parpadeante, y la energía de sus emociones se concentró como un coñac olvidado en ese recóndito paso de aire. Tarde o temprano tenía que descargarse. Sólo requería un catalizador.

Hasta el cáncer de Barberio.

DOS: PERSONAJE PRINCIPAL

Después de matar el tiempo en el exiguo *foyer* del Movie Palace durante unos veinte minutos, la chica del vestido estampado de color cereza y limón empezó a mostrar síntomas inequívocos de inquietud. Eran casi las tres y las películas de la sesión de madrugada habían acabado hacía rato.

Habían transcurrido ocho meses desde la muerte de Barberio detrás del cine ocho lentos meses en los que los negocios habían marchado como mucho de forma desigual. A pesar de todo, el programa doble de madrugada de viernes y sábados seguía congregando a multitud de jugadores. Esa noche habían proyectado dos películas de Eastwood: *spaghetti westerns.* A Birdy, la chica del vestido cereza no le recordaba en nada una fanática de las películas del oeste; en realidad no era un genero para mujeres. A lo mejor, más que por la violencia había venido por Eastwood, aunque ella no hubiera comprendido jamás el atractivo de esos ojos eternamente entornados.

–¿Puedo ayudarte? –le preguntó Birdy.

La chica la miró, nerviosa.

–Estoy esperando a mi novio –dijo–. Dean.

–¿Lo has perdido?

–Fue al servicio al acabar la película y todavía no ha vuelto.

–¿Se encontraba... esto... mal?

–Oh, no –dijo rápidamente la chica, protegiendo a su amigo de ese insulto a su sobriedad.

–Haré que alguien vaya a buscarlo –dijo Birdy. Era tarde, estaba cansada y los efectos del *speed* se empezaban a atenuar. La idea de pasar más tiempo del estrictamente necesario en ese cine de tres al cuarto no le resultaba particularmente atractiva. Quería irse a casa; a la cama, a dormir. Nada más que dormir. A sus treinta y cuatro años había decidido que ya no le interesaba el sexo. La cama estaba hecha para dormir, especialmente en el caso de las chicas gordas.

Empujó la puerta giratoria y asomó la cabeza dentro del cine. Un denso olor a cigarrillos, palomitas y gente la envolvió; en la sala hacía unos cuantos grados más que en el *foyer.*

–¿Ricky?

Ricky le estaba echando el cerrojo a la puerta trasera, en el otro extremo de la sala.

–Ese olor ha desaparecido del todo –le gritó él.

–Lo celebro.

Hacía unos cuantos meses que la zona de la pantalla desprendió un hedor infernal.

–Algo muerto en el solar que hay detrás de la puerta –dijo.

–¿Me puedes ayudar un momento? –replicó ella.

–¿Qué quieres?

Se acercó lentamente por el ala alfombrada de rojo hacia ella, con las llaves cencerreando en el cinturón. Su camiseta proclamaba que «Sólo los jóvenes mueren inocentes».

–¿Algún problema? –dijo, sonándose la nariz.

–Hay una chica ahí fuera. Dice que ha perdido a su novio en el retrete.

Ricky pareció afligido.

–¿En el retrete?

–Exacto. ¿Quieres ir a echar un vistazo? No te importa, ¿verdad?

También podía tener salidas ocurrentes de vez en cuando, pensó; dedicando una sonrisa forzada a Birdy. Esos días apenas se dirigían la palabra. Demasiados momentos inolvidables juntos: eso a la larga siempre suponía un golpe mortal para cualquier amistad. Además, Birdy había hecho varias observaciones poco caritativas (y certeras) acerca de sus socios y él le había devuelto la salva usando todas sus armas. Después de eso pasaron tres semanas y media sin hablarse. Ahora habían llegado a una tregua incómoda, más por motivos de salud que por otra cosa. No la observaban rigurosamente.

Dio media vuelta, recorrió el ala en sentido inverso y se encaminó por la fila E hacia el retrete, levantando los asientos al avanzar, asientos que sin duda habían conocido días mejores, alrededor de la época de «Now Voyager». Ahora aparecían completamente desgastados: necesitados de una restauración o de que los cambiaran. Sólo en la fila E, cuatro de las butacas estaban tan acuchilladas que no merecía la pena repararlas. Esa noche habían mutilado una más. Algún inconsciente muchacho aburrido por la película y/o su novia y demasiado colgado para irse. Hubo una época en que también él hizo esa clase de cosas, considerándolas golpes en nombre de la libertad y en contra de los capitalistas que dirigían esos antros. Hubo una época en que cometió muchas estupideces.

Birdy miró cómo desaparecía en el aseo de hombres. «Le gustará», pensó con una sonrisa maliciosa, «es exactamente el tipo de actividad que le cuadra.» Y pensar que en los viejos tiempos (hacía seis meses), cuando los hombres delgados como cuchillas de afeitar, narices de Durante y un conocimiento enciclopédico de las películas de De Niro eran su tipo, la ponía tan caliente... Ahora lo veía tal como era: pecios de un barco de esperanza a la deriva. Seguía siendo un estrafalario militante, un bisexual teórico, fiel a las primeras películas de Polanski y al pacifismo simbólico. Pero ¿qué clase de droga llevaba entre las orejas, a fin de cuentas? La misma que ella, se reprendió, cuando creyó que ese tipo tenía algo de sexy.

Esperó unos cuantos segundos observando la puerta. Como tardaba en salir volvió un rato al *foyer*, a ver qué tal le iba a la chica. Estaba fumando un cigarrillo como una actriz aficionada que no le ha conseguido coger el tranquillo, reclinada contra la barra y con la falda arremangada mientras se rascaba la pierna.

–Las medias –explicó.

–El gerente está buscando a Dean.

–Gracias –dijo, y continuó rascándose–. Me provocan sarpullidos, les tengo alergia.

Las hermosas piernas de la chica tenían pústulas que las afeaban.

–Es porque estoy caliente y preocupada –se atrevió a declarar–. Siempre que estoy caliente y preocupada me entra alergia.

–Oh.

–Es probable que Dean haya desaparecido, sabes, en cuanto me di la vuelta. Sería capaz. No le importa un h... Le da igual.

Birdy vio que estaba a punto de echarse a llorar, ¡qué lata! No se le daban bien las lágrimas. Las peleas a gritos, incluso las luchas, sí. Pero con las lágrimas no había manera.

–Todo se arreglará –fue lo único que se le ocurrió decir para evitar que llorara.

–No, no –dijo la chica–. No se arreglará porque es un bastardo. Trata a todo el mundo como si fuera mierda. –Machacó el cigarrillo a medio fumar con la punta de su zapato color cereza, preocupándose escrupulosamente por apagar todas las briznas encendidas de tabaco.

–Los hombres no se molestan, ¿no es cierto? –dijo, mirando a Birdy con tanta franqueza que deshacía el corazón. Bajo aquel experto maquillaje no debía de tener más de diecisiete años. El rímel se le había corrido un poco y tenía ojeras.

–No –replicó Birdy, que lo sabía por experiencia, y experiencia dolorosa–. No, no se

molestan.

Pensó apesadumbrada que ella nunca había sido tan atractiva como esa ninfa cansada. Tenía los ojos demasiado pequeños y los brazos gordos. (Para ser honestos, estaba gorda.) Estaba convencida de que los brazos eran su defecto principal. Había muchos hombres que se animaban ante unos pechos grandes o un trasero considerable, pero a ninguno de los que había conocido le gustaban los brazos gordos. Siempre les gustaba poder abarcar la muñeca de su novia entre el índice y el pulgar, era una forma primitiva de medir su apego. Por contra, sus muñecas, por decirlo de una manera un tanto brusca, apenas si se podían distinguir. Sus gordas manos se prolongaban en sus gordos antebrazos, que se convertían, después de un tramo gordinflón, en sus gordos brazos. Los hombres no podían ceñirle las muñecas porque no las tenía, y eso los alejaba de ella. Bueno, ésa era en cualquier caso una de las razones. Al mismo tiempo era muy vivaz, y eso siempre resultaba una desventaja para quien quisiera tener a los hombres postrados a sus pies. Pero en cuanto a los motivos de su falta de éxito en el amor, se inclinaba por los brazos gordos como explicación más plausible.

Esa chica tenía los brazos tan esbeltos como una bailarina de Bali, sus muñecas parecían tan finas como el cristal, y casi tan frágiles.

Deprimente. Quizá sería por añadidura una deplorable conversadora. Por Dios, esa chica lo tenía todo a su favor.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó.

–Lindi Lee –contestó ella.

Seguro que sí.

Ricky creyó que se había equivocado. Esto no puede ser el servicio, se dijo.

Se encontraba en lo que parecía ser la calle principal de una ciudad fronteriza que había visto en doscientas películas. Se había desencadenado una tormenta de polvo que le obligaba a entornar los ojos para protegerlos de la arena. A través del remolino de aire gris y ocre creyó discernir el almacén general, la oficina del sheriff y el salón. Ocupaban el lugar de las casetas de los lavabos. En torno a él bailaban, empujados por el caliente viento del desierto, arbustos arrancados de cuajo. El suelo que tenía a sus pies era tierra batida: no había indicios de azulejos. No había indicios de nada que recordara a un servicio.

Ricky miró a su derecha por la calle. Ésta se alejaba, en una perspectiva forzada, hacia un lejano decorado donde debería haber estado la pared del fondo del retrete. Era mentira, por supuesto, todo aquello era mentira. Seguro que si se concentraba empezaría a ver a través del espejismo y descubriría cómo se había preparado; las proyecciones, los efectos ocultos de iluminación, los telones de foro, las miniaturas: todos los trucos del oficio. Pero, aunque se concentró tanto como le permitía su estado ebrio, no consiguió desvelar los entresijos de aquella superchería.

El viento seguía soplando, los arbustos seguían arremolinándose. En alguna parte la tempestad hacía que la puerta de una cuadra se cerrara con grandes portazos, abriéndose y volviendo a cerrarse con cada ráfaga. Hasta olía a excremento de caballo. El efecto estaba tan conseguido que se quedó mudo de admiración.

La persona que había organizado ese extraordinario montaje, fuera quien fuese, había conseguido lo que se proponía. Estaba impresionado: pero había llegado el momento de poner fin al juego.

Se dio la vuelta hacia la puerta del servicio. Había desaparecido. Una cortina de polvo la había borrado, y de repente se sintió perdido y solo.

La puerta de la cuadra seguía dando portazos. Unas voces replicaban a otras en la tormenta que se recrudecía. ¿Dónde estaban el salón y la oficina del sheriff? Se habían disipado a su vez. Ricky reconoció el sabor de algo que no había probado desde su niñez: el pánico de perder el contacto con la mano de un guardián. En este caso el pariente perdido era su cordura.

A su izquierda, en plena tormenta, resonó un disparo. Oyó un silbido y luego sintió un dolor intenso. Se llevó cautelosamente una mano al lóbulo para tocar el sitio que le dolía. El disparo se había llevado parte de su oreja: tenía un tajo impecable en el lóbulo. Había perdido el cartílago y tenía sangre, sangre de verdad, en las manos. Alguien había errado el tiro dirigido a su cabeza o estaba jugando a hacerse el hijo de puta.

–Eh, tío –le espetó a esa horrible ficción, girando sobre sus talones para tratar de localizar al agresor.

Pero no consiguió ver a nadie. El polvo lo tenía completamente paralizado: no podía dar un paso adelante o atrás sin correr riesgos. El pistolero podía estar muy cerca, esperando a que avanzara en dirección a él.

–No me gusta esto –dijo en voz alta, con la esperanza de que el mundo real llegara a oírle y acudiera a sanar su trastornado cerebro. Rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros una pastilla o dos, algo para mejorar su situación, pero se habla quedado sin estimulantes, no encontró siquiera un miserable Valium en la costura del bolsillo. Se sintió desnudo. ¡Vaya momento de perderse en medio de las pesadillas de Zane Grey!

Resonó un nuevo disparo, pero esta vez no oyó ningún silbido. Ricky estaba convencido de que eso significaba que lo habían matado, pero como no notaba dolor ni sangre resultaba difícil poder asegurarlo.

Entonces oyó el batir inconfundible de la puerta del salón y el gruñido próximo de otro ser humano. Una repentina brecha le permitió atisbar entre la tormenta. ¿Vio realmente el salón y a un joven que salía tropezando, dejando tras sí un mundo abigarrado de mesas, espejos y tiros? Antes de que pudiera fijarse mejor, la brecha se volvió a cerrar, cubriéndose de arena, y dudó de la veracidad de lo que había visto. Luego se pegó un susto al encontrar al hombre que había ido a buscar, con los labios amoratados de moribundo. Éste cayó hacia adelante en brazos de Ricky. Tenía un disfraz tan poco apropiado para el papel que interpretaba en aquella película como éste. Llevaba una chaqueta paramilitar, una perfecta imitación del estilo de los cincuenta, y una camiseta con la sonrisa del ratón Mickey estampada.

El ojo izquierdo de Mickey estaba ensangrentado y todavía goteaba. La bala había alcanzado al joven en pleno corazón.

Empleó su último aliento para preguntar: «¿Qué cojones está pasando?», y murió.

Para lo que suelen ser las últimas palabras, les faltó estilo, pero las pronunció con mucho sentimiento. Ricky contempló por un momento el rostro helado del joven. Luego, el peso muerto que tenía en los brazos se hizo demasiado agobiante y no tuvo más opción que dejarlo caer. Cuando el cuerpo chocó contra el suelo, el polvo pareció convertirse momentáneamente en baldosas manchadas de orines. Pero la ficción volvió a imponerse, y hubo remolinos de polvo, matojos volando a ras de suelo, y él se vio de nuevo en la calle principal del Barranco de los Muertos con un cuerpo a sus pies.

Ricky sintió que su cuerpo se hacía de gelatina. Sus extremidades empezaron a bailar el baile de san Vito y le entraron unas ganas apremiantes de orinar. Medio minuto más y se mojaría en los pantalones.

En alguna parte, pensó, en alguna parte de este mundo enloquecido hay un urinario. Hay una pared cubierta de pintadas, con números de teléfono para los obsesos sexuales, con «Esto no es un refugio atómico» garabateado en los azulejos y un montón de dibujos obscenos. Hay cisternas y soportes de papel higiénico sin rollos y tablas rotas. Hay un olor repulsivo a pis y a pedos rancios. ¡Encuéntralo! En nombre de Dios, encuentra el mundo real antes de que la ficción te cause alguna lesión irreparable.

«Si, por exigencias del guión, el salón y el almacén general son los cuartos de baño, entonces las letrinas deben estar detrás de mí», pensó. «Así que date la vuelta. No puede ser peor que quedarte en mitad de la calle mientras alguien te dispara a voleo.»

Dos pasos, dio dos precavidos pasos y no encontró más que aire. Pero al tercero –bueno, bueno, ¿qué había después del tercero?– su mano se topó con la superficie fría de una

baldosa.

–¡Hurra! –dijo.

Era el orinal: y el tocarlo fue como encontrar oro en un cubo de basura. ¿No era lo que se desprendía de los canalones el olor nauseabundo del desinfectante? Sí que lo era, gracias a Dios, sí que lo era.

Todavía exultante, se bajó la bragueta y empezó a aliviar su dolor de vejiga, salpicándose los pies por la prisa. Qué diantre: habla vencido aquella ilusión. Seguro que si se daba la vuelta ahora comprobaría que la fantasía se había desvanecido. El salón, el muerto, la tormenta, todo habría desaparecido. Era una especie de recaída química, una acumulación de droga en el organismo que jugaba malas pasadas a su imaginación. Mientras las últimas gotas le caían sobre los zapatos de gamuza azul, oyó hablar al protagonista de aquella película.

–¿Qué haces meando en mi calle, chaval?

Era la voz de John Wayne, una imitación irreprochable desde la primera hasta la última sílaba farfullada, y estaba justo detrás de él. Ricky ni siquiera se atrevía a darse la vuelta. Aquel tipo le volaría la cabeza, seguro. En su voz se transparentaba una especie de calma amenazante que le prevenía: estoy a punto de desenfundar, así que haz lo peor que se te ocurra. El vaquero iba armado y todo lo que Ricky tenía en la mano era su polla, que no habría podido competir con una pistola ni aunque hubiera estado mejor dotado.

Escondió su arma y se subió la bragueta con muchísimo cuidado; luego levantó las manos. La imagen vacilante de la pared del lavabo que tenía delante había vuelto a desaparecer. La tormenta rugía; la sangre le corría por el cuello.

–Vale, chico. Quiero que te quites ese cinturón y lo dejes caer al suelo. ¿Me oyes? –dijo Wayne.

–Sí.

–Hazlo limpiamente y con calma, y deja las manos donde las pueda ver.

Vaya, ese tipo se lo tomaba realmente en serio.

Limpiamente y con calma, como le había dicho, Ricky se desabrochó el cinturón, lo sacó de las trabillas de los vaqueros y lo dejó caer al suelo. Las llaves tenían que cencerrear al chocar contra las baldosas: rogó a Dios que lo hicieran. Pero no tuvo tanta suerte. Se oyó un ruido sordo: el sonido del metal sobre el suelo.

–Vale –dijo Wayne–. Ahora empiezas a comportarte. ¿Qué tienes que decir en tu favor?

–Lo siento –replicó Ricky con poca convicción.

–¿Lo sientes?

–Siento haber meado en la calle.

–No me parece que baste con sentirlo –dijo Wayne.

–Lo siento de verdad. Fue un error.

–Ya estamos hartos de extranjeros como tú por esta zona. Me encontré a este niño cagando en medio del salón con los pantalones en los tobillos. ¡Yo a eso lo llamo grosería! ¿Dónde os han educado, hijos de puta? ¿Es esto lo que os enseñan en las lujosas escuelas del Este?

–No tengo disculpa.

–Claro que no la tienes –contestó Wayne arrastrando las palabras–. ¿Vas con el niño?

–En cierto sentido.

–¿Qué es esa forma estrafalaria de hablar? –hundió la pistola en la espalda de Ricky: parecía completamente real–. ¿Estás con él sí o no?

–Sólo quería decir...

–En este territorio no se quiere decir nada, señor, te lo garantizo.

Amartilló sonoramente la pistola.

–¿Por qué no te das la vuelta para que vea de qué metal estás hecho, hijo?

Ricky ya conocía el procedimiento. El hombre se da la vuelta, echa mano a una pistola escondida y Wayne lo mata. Sin discusión, sin tiempo para poner en duda la ética de tal acción; una bala era mucho más eficaz que las palabras.

–Te digo que te des la vuelta.

Muy lentamente, Ricky se dio la vuelta para enfrentarse al superviviente de mil tiroteos y lo vio ante él, si es que no era una magnífica encarnación del actor. Era un Wayne en la plenitud de su carrera, antes de engordar y de tener aspecto enfermizo. El Wayne de *Río Grande,* lleno de polvo del camino y con los ojos entornados de pasarse la vida oteando el horizonte. A Ricky nunca le habían gustado las películas del oeste. Odiaba el machismo forzado, la glorificación del heroísmo sucio y barato. Su generación había colocado flores en los cañones de fusil, y él pensó en su momento que era un acto hermoso; de hecho, aún lo seguía pensando.

Esa cara tan falsamente viril, tan dura, personificaba un montón de mentiras letales –acerca del origen de las fronteras norteamericanas, la moralidad de la justicia sumaria, la ternura del corazón de los brutos–. Ricky odiaba ese rostro. Sus manos estaban impacientes por golpearlo.

¡Mierda! Ya que el actor, fuera quien fuese, lo iba a matar de todas formas, ¿qué podía perder por estamparle el puño en la cara a ese bastardo? La idea se hizo acto: Ricky apretó el puño, se meció y alcanzó a Wayne con los nudillos en el mentón. El actor fue más lento que su homónimo de la pantalla. No pudo esquivar el golpe y Ricky aprovechó la oportunidad para quitarle la pistola de la mano. Siguió con una andanada de puñetazos en el estómago igual que las que había visto en el cine. Fue una exhibición espectacular.

El hombretón se retorció bajo los golpes y tropezó cuando la espuela se le enredó en el pelo del chico muerto. Perdió el equilibrio y cayó entre el polvo, derrotado.

¡El bastardo estaba en el suelo! Ricky sintió una emoción completamente nueva: la alegría del triunfo físico. ¡Dios! ¡Había tumbado al mayor vaquero del mundo! Tenía el sentido crítico ofuscado por la victoria.

De repente la tormenta de polvo se recrudeció. Wayne seguía en el suelo, salpicado por la sangre que le manaba de la nariz aplastada y de una raja en el labio. La tierra empezaba a recubrirlo como un velo que se corriera sobre la vergüenza de su derrota.

–Levántate –exigió Ricky, tratando de sacar provecho de la situación antes de que fuera demasiado tarde.

Wayne pareció sonreír mientras le ocultaba la tormenta.

–Bien, chico –dijo, mirándole de soslayo y tentándose la barbilla–, todavía se te puede hacer un hombre...

Luego el polvo borró su cuerpo y algo diferente ocupó momentáneamente su lugar, una forma cuyo sentido no podía comprender Ricky. Una forma que al mismo tiempo era y no era Wayne, y que degeneraba rápidamente en algo no humano.

El polvo arreciaba ahora furiosamente, tapando oídos y ojos. Asfixiado, se retiró tambaleando de la escena de la pelea y encontró como por milagro una pared, una puerta. Antes de que pudiera comprender dónde se encontraba, la tormenta aullante le había expulsado de su seno y depositado en el silencio del Movie Palace.

Ahí, aunque se había prometido callar como un muerto hasta que le saliera bigote, soltó un gritito, del que no se habría avergonzado Fay Wray, y se desmayó.

En el *foyer,* Lindi Lee le explicaba a Birdy por qué no le gustaban demasiado las películas.

–Me refiero a que a Dean le gustan las películas de vaqueros. A mí en realidad no me gustan todas esas historias. Supongo que no debería decírtelo...

–No te preocupes.

–Quiero decir que te deben gustar mucho las películas, supongo, ya que trabajas aquí.

–Me gustan algunas películas, no todas.

–Oh. –Pareció sorprendida. Por lo visto la sorprendían un montón de cosas–. A mí me gustan las películas sobre fauna, ¿sabes?

–Sí...

–¿Sabes? Animales... y esas cosas.

–Sí... –Birdy recordó que se había imaginado a Lindi Lee como una pobre conversadora. Acertó a la primera.

–Me pregunto qué los retiene –dijo Lindi.

La vida que Ricky había vivido en la tormenta de polvo no había representado más que dos minutos de tiempo real. Pero es que en las películas el tiempo se volvía elástico.

–Iré a echar un vistazo –propuso Birdy.

–Probablemente se haya ido sin mí –repitió Lindi.

–Ahora lo veremos.

–Gracias.

–No te preocupes –repuso Birdy, rozando con la mano el delgado brazo de la chica–. Estoy segura de que todo marcha bien.

Atravesó las puertas de batientes y entró en el cine, dejando a Lindi sola en el *foyer.* Ésta suspiró. Dean no era el primer chico que la dejaba plantada por la sencilla razón de que no era pródiga con sus encantos. Lindi tenía claro cuándo y cómo llegaría hasta el final con un chico; y ni ésta era la ocasión ni Dean era el chico. Era demasiado resbaladizo, demasiado voluble y el pelo le olía a diesel. Si de verdad la había dejado plantada no se iba a poner a llorar a mares. Como solía decir su madre, el mar está lleno de peces.

Estaba contemplando el cartel que anunciaba el programa de la semana siguiente cuando oyó un porrazo detrás de ella: era un conejo moteado, un encantador enano, regordete y soñoliento, sentado en medio del *foyer* y mirándola.

–Hola –le dijo al conejo.

Éste se lamió los labios de una manera adorable.

A Lindi Lee le encantaban los animales; le encantaban las películas sobre aventuras en la naturaleza en que se filmaba a las criaturas en su propio hábitat al son de melodías de Rossini, en que los escorpiones ejecutaban bailes de figuras mientras se apareaban y todos los cachorros de oso eran preciosos «picaruelos». Disfrutaba con esas cosas. Pero lo que más le gustaba eran los conejos.

Dio un par de brincos en dirección a Lindi. Ella se agachó para acariciarlo. Estaba calentito y tenía los ojos redondos y rosados. Siguió brincando escaleras arriba.

–Oh, no creo que debas subir ahí –dijo ella.

Por una razón; el rellano estaba a oscuras. Por otra; había un cartel en la pared que indicaba «Privado. Sólo empleados». Pero el conejo parecía decidido, y el astuto roedor mantuvo la ventaja que le había sacado a Lindi cuando se puso a subir la escalera.

En el rellano la oscuridad era absoluta y el conejo había desaparecido.

En lugar del conejo vio una cosa diferente, con los ojos de un brillo ardiente.

Con Lindi Lee funcionaban todos los trucos de ilusionismo. No fue necesario inducirla a una completa ficción, como al chico; ella ya vivía en el mundo de los sueños. Presa fácil.

–Hola –dijo Lindi, ligeramente asustada por el personaje que tenía delante. Miró a la oscuridad tratando de distinguir una silueta, algo semejante a un rostro. Pero no había ninguno. Ni tan siquiera aliento.

Dio un paso atrás hacia la escalera, pero aquello la alcanzó y atrapó súbitamente antes de que cayera y la acalló rápida y amorosamente.

Ésta quizá no tuviera demasiada pasión que robarle, pero presentía que podía destinarla a otro uso. Su tierno cuerpo todavía estaba en flor: los orificios no tenían costumbre de ser invadidos. A Lindi le bastó con subir los últimos escalones para que su caso quedara archivado.

–¿Ricky? ¡Dios mío, Ricky!

Birdy se arrodilló junto al cuerpo del muchacho y lo zarandeó. Por lo menos todavía

respiraba, eso ya era algo, y aunque a primera vista parecía que tuviera mucha sangre, la herida no era de hecho más que un tajo en la oreja.

Lo volvió a zarandear, esta vez con más energía, pero no obtuvo respuesta. Después de una frenética búsqueda le encontró el pulso: era fuerte y regular. Resultaba obvio que alguien le había atacado; posiblemente el desaparecido novio de Lindi. Pero entonces, ¿dónde estaba? Tal vez seguía en el retrete, armado y peligroso. Por nada del mundo iba a hacer el idiota entrando allí a echar un vistazo, sabía de sobra lo que podía ocurrir. Una mujer en peligro: era un argumento trivial. La habitación a oscuras, la bestia al acecho. Bien, pues en lugar de dirigirse directamente hacia ese cliché iba a hacer lo que siempre les suplicaba en silencio a las heroínas que hicieran: dominar su curiosidad y llamar a la policía.

Dejando a Ricky donde estaba, volvió por el lateral hasta el *foyer.*

O Lindi Lee había abandonado a su novio o había encontrado a alguien en la calle que la acompañara a casa. Fuera como fuese, cerró la puerta exterior al salir, dejando tan sólo tras ella un aroma a polvos de talco infantiles Johnson. Perfecto, eso simplificaba mucho las cosas, pensó Birdy al entrar en la taquilla para llamar a la policía. Le hizo ilusión pensar que la chica había tenido el sentido común de dejar plantado a su asqueroso ligue.

Levantó el auricular y alguien se puso a hablar inmediatamente.

–Hola, tú –dijo una voz nasal y zalamera–, es un poco tarde para llamar por teléfono, ¿no es cierto?

No era la operadora, de eso estaba segura. No había marcado un solo número.

Además, sonaba igual que Peter Lorre.

–¿Quién es?

–¿No me reconoce?

–Quiero hablar con la policía.

–Me encantaría complacerla, de veras.

–Cuelgue el teléfono, ¿quiere? ¡Esto es una emergencia! Tengo que hablar con la policía.

–Le oí a la primera –prosiguió la voz gimoteante.

–¿Quién es usted?

–No se repita.

–Hay un herido ¡Por favor!.

–Pobre Ricky.

Conocía su nombre. Había dicho «pobre Ricky» como si fuera un buen amigo.

Notó que empezaba a sudarle la frente: sintió que le rezumaba el sudor por los poros. Sabía el nombre de Ricky.

–Pobre, pobre Ricky –repitió la voz–. Aunque estoy seguro de que todo acabará bien. ¿Y usted?

–Es una cuestión de vida o muerte –insistió Birdy, impresionada por la calma que, estaba segura, se desprendía de su tono de voz.

–Ya lo sé –dijo Lorre–. ¿No es excitante?

–¡Váyase a la mierda! ¡Cuelgue el teléfono! O, si no, ayúdeme...

–¿Ayudarla a qué? ¿Qué se puede esperar que haga una chica tan gorda como tú en una situación parecida sino lloriquear?

–Maldito hijo de puta.

–Mucho gusto.

–¿Te conozco?

–Sí y no –la voz tembló.

–Eres un amigo de Ricky, ¿no es eso? –Uno de los toxicómanos con los que solía salir. Había que ver qué jueguecitos más estúpidos se les ocurrían–. Vale, ya me has gastado tu bromita idiota –dijo–, ahora cuelga el teléfono antes de meterte en un lío.

–Estás atormentada –dijo la voz suavizándose–. Lo comprendo... –Estaba cambiando como por arte de magia, subiendo una octava–, estás intentando ayudar al hombre que amas... –El tono era ahora femenino, el timbre pasaba del tono pastoso a un ronroneo.

Y de repente era Garbo.

–Pobre Richard –le dijo a Birdy–. Se ha esforzado tanto, ¿verdad? –Era tan mansa como un cordero.

Birdy se quedó sin habla: la imitación era tan intachable como la de Lorre, sonaba tan femenina como masculino el primer personaje.

–De acuerdo, me has impresionado –dijo Birdy–, ahora déjame hablar con la policía.

–¿No es ésta una maravillosa noche para salir a pasear, Birdy? Las dos juntas.

–Sabes cómo me llamo...

–Claro que sé cómo te llamas. Estoy muy cerca de ti.

–¿Qué significa «cerca de mí»?

La réplica fue una risa gutural, la encantadora risa de Garbo. Birdy no pudo soportarlo más. El truco era demasiado bueno; notaba que estaba sucumbiendo ante aquella representación, se sentía como si estuviera hablando a la estrella en persona.

–No –le dijo al teléfono–, no me convence, ¿me oyes?

Pero le traicionaron los nervios. Chilló: «¡Eres un impostor», al receptor del teléfono, tan fuerte que noto cómo vibraba, y luego colgó con un golpetazo. Abrió la taquilla y se dirigió a la puerta de la calle. Lindi Lee no se había limitado a cerrarla de un portazo. Estaba cerrada con llave y tenía el cerrojo corrido por dentro.

–Mierda –dijo en voz baja.

De repente el *foyer* parecía más pequeño que en sus recuerdos, igual que su reserva de serenidad. Se cruzó mentalmente la cara de una bofetada, la tópica reacción de una heroína a punto de ponerse histérica. «Piensa en este asunto detenidamente», se aconsejó. Uno: la puerta estaba cerrada. Lindi Lee no la había cerrado, Ricky no pudo, ella seguro que no lo había hecho. Lo que implicaba...

Dos: había un bicho raro ahí dentro. A lo mejor el mismo «él, ella o ello» que habló por teléfono. Lo que implicaba...

Tres: él, ella o ello tenía que tener acceso a otra línea en alguna parte del edificio. La única que conocía estaba en la despensa, en el piso de arriba. Pero no subiría allí por nada del mundo. ¿Sus motivos? Véase *Heroína en peligro.* Lo que implicaba...

Cuatro: tenía que abrir esa puerta con las llaves de Ricky.

Bien, eso era algo concreto: encontrar las llaves de Ricky.

Volvió a entrar en el cine. Por una razón desconocida las luces temblaban. ¿O era efecto del pánico sobre su nervio óptico? No, parpadeaban ligeramente; todo el interior parecía fluctuar, como si estuviera respirando.

Ignóralo: busca las llaves.

Corrió por el pasillo, consciente, como siempre que corría, de que sus pechos y sus nalgas estaban bailando una jiga. Todo un espectáculo, pensó, para quien pudiera verla.

Ricky gemía, desmayado. Birdy buscó las llaves, pero su cinturón había desaparecido.

–Ricky... –le dijo junto al rostro. Los gemidos se multiplicaron.

–Ricky, ¿puedes oírme? Soy Birdy, Ricky, ¡Birdy!

–¿Birdy?

–Estamos encerrados, Ricky. ¿Dónde están las llaves?

–... ¿llaves?

–No llevas el cinturón, Ricky –le dijo despacio, como si hablara a un idiota–, ¿dónde-tienes-las-llaves?

Ricky logró resolver de repente el rompecabezas que tenía en su dolorida cabeza y se incorporó.

–¡E1 chico! –dijo.

–¿Qué chico?

–En el retrete. Muerto en el retrete,

–¿Muerto? ¡Dios mío! ¿Muerto? ¿Estás seguro?

Ricky estaba en una especie de trance. No la miraba a ella, sino a un punto desconocido

a mitad de camino, viendo algo que ella no podía ver.

–¿Dónde están las llaves? –volvió a preguntar–. ¡Ricky! Es importante. Concéntrate.

–¿Llaves?

Estuvo a punto de darle una bofetada, pero tenía la cara ensangrentada y le pareció sádico.

–En el suelo –dijo al cabo de un rato.

–¿Del retrete? ¿En el suelo del retrete?

Ricky asintió. Al mover la cabeza pareció conjurar unos pensamientos terribles: súbitamente adquirió el aspecto de estar a punto de echarse a llorar.

–Todo irá bien –dijo Birdy.

Las manos de Ricky se habían encontrado con su cara, y se palpó los rasgos para tranquilizarse.

–¿Estoy aquí? –se preguntó en voz baja. Birdy no le oyó; se estaba preparando mentalmente para entrar en el retrete. Tenía que hacerlo, no le quedaba más remedio, hubiera cuerpo o no lo hubiera. Entrar, coger las llaves y salir. ¡Ahora!

Abrió la puerta y entró. Mientras lo hacía se le ocurrió que antes jamás había estado en un servicio de hombres y deseó con toda su alma que aquélla fuera la primera vez y la última.

El servicio estaba casi a oscuras. La luz parpadeaba tan espasmódicamente como las del cine, pero estaba más baja. Se quedó junto a la puerta, dejando que sus ojos se hicieran a la penumbra, e investigó el lugar.

El lavabo estaba vacío. No había ningún chico en el suelo, ni vivo ni muerto.

Sin embargo, las llaves sí estaban allí. El cinturón de Ricky se había caído al canalón del urinario. Al pescarlo el olor asfixiante del desinfectante le irritó las fosas nasales. Sacó las llaves del aro y salió al cine, comparativamente fresco. Lo había conseguido, así de sencillo.

Ricky se había levantado a duras penas y estaba desplomado en una butaca, con cara de estar más enfermo y sentir más lástima por sí mismo que nunca. Levantó la vista al oír aparecer a Birdy.

–Tengo las llaves –dijo.

Él gruñó: parecía enfermo, pensó ella. Pero ya no le daba tanta pena. Era obvio que había tenido alucinaciones, probablemente de origen químico. Era culpa suya.

–No hay ningún chico ahí dentro, Ricky.

–¿Qué?

–No hay ningún cuerpo en el retrete; absolutamente nadie. De todas formas, ¿qué has tomado?

Ricky bajó la vista y se miró las manos, que le temblaban.

–No he tomado nada. De verdad.

–Maldito estúpido –replicó ella. Sospechaba a medias que todo lo que ocurría era un montaje preparado por Ricky, pero las bromas pesadas no eran su estilo. Era bastante puritano a su manera: ése había sido uno de sus atractivos.

–¿Necesitas un doctor?

Negó con la cabeza, de mal humor.

–¿Estás seguro?

–He dicho que no –le espetó.

–De acuerdo. Era una simple sugerencia. –Empezó a alejarse por el ala inclinada, murmurando algo para su coleto. En la puerta del *foyer* se detuvo y le gritó.

–Creo que hay un intruso. Alguien estaba hablando por la otra línea. ¿Quieres quedarte a vigilar la puerta de fuera mientras voy a buscar a un policía?

–En seguida.

Ricky permaneció sentado bajo la luz parpadeante y pensó en su cordura. Si Birdy decía que el chico no estaba, probablemente dijera la verdad. La mejor manera de comprobarlo era

ir a verlo personalmente. Así estaría seguro de que había sufrido una ligera paranoia debida a una mala dosis y se iría a casa, reclinaría la cabeza y se levantaría al día siguiente por la tarde curado por el sueño. Sólo que no quería meter las narices en aquel fétido cuarto. ¿Y suponiendo que estuviera equivocada, que fuera *ella* quien había sufrido una recaída? ¿No había alucinaciones en que todo parecía normal?

Se levantó temblando, cruzó el pasillo y abrió la puerta. El cuarto estaba lóbrego, pero podía ver lo suficiente para comprender que no había tormentas de polvo, chicos muertos, vaqueros jugueteando con pistolas, ni un solo rastrojo. «Vaya cabeza tengo», pensó. Crear un mundo alternativo tan real y al mismo tiempo tan horripilante. Fue un truco genial. Lástima que no pudiera utilizarse para nada mejor que para darle un susto de muerte, pero no hay mal que por bien no venga.

Y entonces vio la sangre. Sobre las baldosas. Una mancha de sangre demasiado grande para que le hubiera manado del tajo de la oreja. ¡Ja! No se lo esperaba. Había sangre, marcas de pasos, todos los indicios de que vio realmente lo que había creído ver. Pero, por el Dios que está en los cielos, ¿qué era peor? ¿Ver o no ver? ¿No habría sido mejor equivocarse, estar un poco colocado esa noche en lugar de estar en lo cierto y en manos de una fuerza que podía alterar la realidad en el sentido literal de la palabra?

Ricky contempló el reguero de sangre, y lo siguió por el suelo del lavabo hasta el water que tenía a la izquierda. La puerta estaba cerrada: antes estaba abierta. El asesino, fuera quien fuese, había metido al chico ahí adentro, lo comprendió sin necesidad de mirar.

–Vale –dijo–, ya te tengo.

Empujó la puerta. Se abrió de par en par y apareció el chico, tirado sobre la taza con las piernas abiertas y los brazos colgando.

Le habían arrancado los ojos de la cara. No de una manera limpia: no fue obra de un cirujano. Se los habían arrancado de cuajo, dejándole un reguero de venas en la mejilla.

Ricky se puso la mano en la boca y decidió no vomitar. El estómago se le revolvió, pero acabó por obedecerle, y echó a correr hacia la puerta del servicio como si el cuerpo fuera a levantarse en el momento menos pensado para exigirle la devolución del importe del billete.

–Birdy... Birdy...

Esa puta gorda se había equivocado del todo. Ahí dentro rondaba la muerte, y algo peor.

Ricky salió disparado del retrete hacia el patio de butacas.

Los plafones oscilaban detrás de sus pantallas de artdéco, derritiéndose como velas a punto de apagarse. No podría soportar quedarse a oscuras: se volvería loco.

Se le ocurrió que había algo familiar en el parpadeo de las luces, aunque no lograba recordar qué. Se quedó un momento en el pasillo, perdido sin remisión.

Y entonces oyó una voz; y aunque imaginó que esta vez era la muerte, levantó los ojos.

–Hola, Ricky –decía ella mientras bajaba por la fila E hacia él. No era Birdy, no. Birdy nunca se había puesto un vestido blanco de gasa, ni había tenido los labios llenos de magulladuras, o el pelo tan hermoso, o los ojos tan dulces e incitantes. Era Monroe, la rosa condenada de Norteamérica, quien se dirigía hacia él.

–¿No me vas a saludar? –le reprendió amablemente.

–... er...

–Ricky. Ricky. Ricky. Después de tanto tiempo.

¿Tanto tiempo? ¿Qué quería decir con eso de «tanto tiempo»?

–¿Quién eres?

Le sonrió, radiante.

–Como si no lo supieras.

–No eres Marilyn. Marilyn está muerta.

–Nadie muere en las películas, Ricky. Lo sabes tan bien como yo. Siempre se puede volver a rebobinar el celuloide...

... eso era lo que le recordaba el parpadeo; era el parpadeo del celuloide a través de la puerta de un proyector, una cálida imagen detrás de otra, la creación de la ilusión de vida

gracias a una secuencia perfecta de pequeñas muertes.

–... y volvemos a surgir, hablando y cantando. –Se rió con una risa cristalina–. Nunca metemos una morcilla, nunca envejecemos, nos coordinamos perfectamente...

–No eres real –dijo Ricky.

Esa observación pareció molestarle un poco, como si se hubiera hecho el pedante.

Para entonces ya había llegado al final de la fila y estaba a menos de tres pies de él. A esa distancia la ilusión era tan encantadora y tan íntegra como siempre. De repente quiso tomarla ahí mismo, en el ala. Qué más daba que sólo fuera una ficción: se puede hacer el amor con ellas si no quieres casarte.

–Te quiero –dijo, sorprendido por su propia brusquedad.

–*Te* quiero –replicó ella, lo que le sorprendió aún más–. En realidad te necesito. Soy muy débil.

–¿Débil?

–No resulta fácil ser el centro de atracción, ¿sabes? Lo acabas necesitando cada día más. Necesitas que la gente te mire. De noche y de día.

–Te estoy mirando.

–¿Soy hermosa?

–Eres una diosa, seas quien seas.

–Soy tuya: ésa soy yo.

Una respuesta perfecta. Se definía a sí misma mediante él. Soy una función tuya; hecha de ti para ti. La fantasía ideal.

–No dejes de mirarme; de mirarme *siempre,* Ricky. Necesito tus miradas de adoración. No puedo vivir sin ellas.

Cuanto más la contemplaba más nítida parecía volverse su imagen. El parpadeo había desaparecido casi por completo; el lugar rebosaba de tranquilidad.

–¿Quieres tocarme?

Creía que no se lo iba a preguntar jamás.

–Sí –dijo.

–Bien. –Le sonrió aduladoramente y él trató de alcanzarla. Ella esquivó con elegancia sus yemas en el último instante y echó a correr, riendo, por el lateral, en dirección a la pantalla. Él la siguió, ansioso. Si quería jugar, jugarían.

Se había metido en un callejón sin salida. No se podía escapar de esa parte del cine y, a juzgar por sus requiebros, ella lo sabía. Se dio la vuelta y se apretó contra la pared, con los pies un poco separados.

Estaba a un par de metros de Marilyn cuando una ráfaga de ninguna parte le levantó la falda hasta la cintura. Se rió entornando los ojos cuando la ondulación de seda se elevó y la dejó a descubierto. No llevaba nada de ropa debajo.

Ricky tendió otra vez el brazo y esta vez no evitó el contacto. La falda se levantó un poco más y se quedó contemplando, embobado, la parte de Marilyn que jamás había visto, la peluda vulva con que soñaban millones de espectadores.

Estaba manchada de sangre. No mucha, unas cuantas huellas dactilares en el interior de los muslos. El brillo inmaculado de su carne estaba levemente manchado. A pesar de eso siguió mirando, y los labios se separaron un poco al mover ella las caderas. Comprendió que el destello de humedad no era el de los jugos de su cuerpo, sino de algo totalmente distinto. Cuando movió los músculos, los ojos ensangrentados que se habían enterrado en el cuerpo cambiaron de posición y se quedaron mirándolo.

Monroe leyó en la expresión de su rostro que no los había escondido lo bastante profundamente, pero ¿cómo iba una chica, con tan sólo un ligero velo con que cubrir su desnudez, a esconder los frutos de sus esfuerzos?

–Tú lo mataste –dijo Ricky, que todavía miraba los labios y los ojos que asomaban entre ellos. La visión era tan absorbente, tan prístina que acabó con el horror que pudiera sentir. Perversamente, el asco le alimentó la lujuria en lugar de apagarla. Qué más daba que *fuera*

una asesina si era una leyenda.

–Ámame –dijo ella–, ámame siempre.

Fue hacia ella, consciente de que eso suponía su propia muerte. Pero la muerte era relativa, ¿no? Marilyn estaba muerta carnalmente, pero vivía aquí, ya fuera en su cerebro o en la hormigueante matriz del aire, o en ambas partes, y él podía estar a su lado.

Se abrazaron. Se besaron. Fue sencillo. Tenía los labios más suaves de lo que él esperaba, y sintió en la entrepierna algo muy cercano al dolor por lo mucho que ansiaba estar dentro de ella.

Le enlazó la cintura con sus brazos delgados y esbeltos y Ricky sintió cómo le embargaba la lujuria.

–Me haces fuerte –dijo ella–. Cuando me miras así. Necesito que me miren, si no me moriría. Es la condición natural de las ilusiones.

El abrazo se estaba estrechando; los brazos que tenía a su espalda ya no parecían tan ligeros como un sauce. Se revolvió un poco, incómodo.

–Inútil –le dijo, en un arrullo–. Eres mío.

Despegó la cabeza para ver qué era lo que le abrazaba y descubrió atónito que los brazos ya no eran brazos, sino algo semejante a un lazo, sin manos, dedos ni muñecas, que le rodeaba la espalda.

–¡Jesucristo! –dijo.

–Mírame, muchacho –ordenó ella. Las palabras ya no eran delicadas. No era Marilyn quien lo estrechaba entre sus brazos: no se parecía en nada a ella. El abrazo se hizo aún más opresivo, y Ricky se quedó sin aliento, aliento que la presión asfixiante le impedía recobrar. La espina dorsal crujió y el dolor le recorrió el cuerpo en lengüetazos candentes, asomando a sus ojos, que se llenaron de colores.

–Deberías haberte ido de la ciudad –dijo Marilyn, mientras el rostro de Wayne asomaba por debajo de la curva de sus perfectos pómulos. Su mirada era despreciativa, pero Ricky sólo tuvo un segundo para apreciarlo antes de que esa imagen desapareciera a su vez y una cosa diferente surgiera bajo esa fachada de caras famosas. Por última vez en su vida hizo la pregunta:

–¿Quién eres tú?

Su capturador no respondió. Se estaba alimentando de su fascinación: mientras se miraban iban brotando de aquel cuerpo pares de órganos semejantes a los cuernos de una babosa, o quizá fueran antenas, convirtiéndose en sondas y cruzando el espacio que separaba su cabeza de la de Ricky.

–Te necesito –decía, con una voz que ya no se parecía a la de Wayne ni a la de Monroe; con una voz ruda, sin refinar, con la voz de un criminal–. Soy tan jodidamente débil; estar en el mundo me consume.

Se concentraba en él, alimentándose, fuera lo que fuese, de sus miradas, antes embelesadas y ahora horrorizadas. Notaba cómo le iba extirpando la vida por los ojos, solazándose con las miradas agonizantes que le dedicaba mientras moría.

Sabia que debía estar a punto de morir, porque llevaba un buen rato sin respirar. Quizá varios minutos, pero no estaba seguro.

En el preciso instante en que se fijaba en los latidos de su corazón los cuernos se separaron en torno a su cabeza y se le introdujeron en los oídos. Hasta en su estado de ensoñación, aquella sensación resultaba asquerosa, y quiso chillar para sofocarla. Pero los dedos se abrían paso dentro de su cabeza, destrozándole los yunques y atravesando cual inquisitiva solitaria cerebro y cráneo. Todavía estaba vivo, todavía contemplaba a su torturador, y sabía que le buscaba los ojos, sintió cómo los empujaba por detrás.

Los ojos se le hincharon repentinamente y abandonaron su habitáculo, saliendo de las cuencas. Por un momento vio el mundo desde un ángulo diferente cuando el órgano de la vista le resbaló por la mejilla. Se vio el labio, la barbilla...

Fue una experiencia espantosa y, gracias a Dios, breve. El personaje que Ricky había

interpretado durante treinta y siete años se retorció y se desplomó en brazos de aquella ficción.

La seducción y el asesinato de Ricky habían durado menos de tres minutos. Durante ese tiempo Birdy había probado todas las llaves del llavero de Ricky, sin conseguir que ninguna de ellas abriera la puerta. Si no se hubiera obstinado podría haber vuelto a entrar en el cine a pedir ayuda. Pero los aparatos mecánicos, incluidos cerrojos y llaves, eran un desafío a su condición de mujer. Odiaba la superioridad instintiva de los hombres en lo que hacía referencia a las máquinas, sistemas y procesos lógicos, y se habría maldecido por tener que volver para decirle gimoteando a Ricky que no podía abrir la condenada puerta.

Cuando decidió abandonar sus esfuerzos, Ricky ya había hecho lo propio. Maldijo de forma pintoresca las llaves y admitió su derrota. Estaba claro que Ricky había cogido el tranquillo a esos trastos despreciables, tenía un truco que ella aún no había logrado dominar. Con su pan se lo comiera. Ahora sólo quería salir de aquel lugar. Le estaba entrando claustrofobia. No le gustaba estar encerrada sin saber qué andaba rondando por el piso de arriba.

Y ahora, para acabar de empeorar las cosas, las luces del *foyer* se estaban apagando una tras otra.

¿Qué demonios ocurría?

Todas las luces se fundieron a la vez sin previo aviso y estaba segura de haber oído ruidos, movimientos, detrás de la puerta, en la sala del cine. Del interior se filtró una luz más brillante que la de una antorcha, crispada y colorida.

–¿Ricky? –dijo a la oscuridad. Ésta pareció tragarse sus palabras. No tenía ninguna esperanza de que se tratara de Ricky, y algo le decía que, si había de llamarlo, lo hiciera en un susurro.

–¿Ricky...

Las hojas de la puerta de batientes se pegaron con suavidad al empujarlas algo desde dentro.

–... eres tú?

El aire estaba electrizado: la energía estática hizo que el suelo crepitara bajo sus pies al dirigirse hacia la puerta, con el vello de los brazos de punta. La luz del interior se hacia más brillante a cada paso.

Se detuvo, cambiando de opinión acerca de sus investigaciones. No era Ricky, de eso estaba segura. Tal vez fuera el hombre o mujer del teléfono, un lunático de mirada torva que se excitaba cazando mujeres gordas al acecho.

Retrocedió dos pasos hacia la taquilla con los pies echando chispas y sacó de debajo del mostrador a Quebrantahuesos, una barra de hierro que guardaba desde que tres ladrones aficionados con la cabeza rapada y taladradoras eléctricas la tuvieron arrinconada en la taquilla. Se puso a jurar como un carretero y ellos se escaparon, pero se dijo que la próxima vez dejaría a uno (o a todos) sin sentido antes de permitir que la aterrorizaran. Y Quebrantahuesos, de casi un metro de largo, sería su arma.

Se plantó frente a la puerta con el arma en la mano.

Aquélla se abrió de golpe, con un rugido tremebundo que la aturdió y una voz que decía:

–Esto es para mirarte, niña.

Un ojo, un solo ojo inmenso, tapaba la puerta. El ruido la ensordeció; el ojo pestañeó, grandioso, húmedo y perezoso, escrutando a la muñeca que tenía delante con la insolencia del único Dios verdadero, del hacedor del celuloide «Tierra» y del celuloide «Cielo».

Birdy estaba aterrorizada, ésa es la palabra. No se trataba de la inquietud de notar que la perseguían; no había en su terror nada de excitante expectación ni de miedo placentero. Era un miedo real, visceral, sin contrapartidas y desagradable como él solo.

Se oyó gimotear bajo la mirada implacable de ese ojo, sintió que las piernas la

traicionaban. Pronto se desplomaría delante de la puerta, sobre la alfombra, y eso supondría su muerte.

Luego se acordó de Quebrantahuesos. Querida Quebrantahuesos, bendito sea tu corazón fálico. Levantó la barra con las dos manos y echó a correr hacia el ojo, agitándola.

Antes de alcanzarlo, el ojo se cerró, la luz se apagó y volvió a quedar sumergida en la oscuridad, con la retina todavía abrasada por lo que había visto.

Alguien, en la oscuridad, dijo:

–Ricky está muerto.

Sólo eso. Fue peor que el ojo, peor que todas las voces muertas de Hollywood, porque comprendió sin saber bien por qué que era cierto. El cine se había convertido en un matadero. El Dean de Lindi Lee había muerto, tal como dijo Ricky, quien estaba muerto a su vez.

Todas las puertas estaban cerradas; sólo quedaban dos personajes. Ella y «ello».

Se precipitó hacia la escalera, sin un plan de acción determinado, pero segura de que permanecer en el *foyer* equivalía a suicidarse. Cuando tocó el primer escalón con el pie, las puertas de batientes se abrieron con un susurro detrás de ella y algo se puso a perseguirla, raudo y parpadeante. Lo tenía a unos dos pasos mientras subía la escalera casi sin aliento y maldiciendo su gordura. Junto a ella explotaban destellos de luz brillante, como las chispas de una vela al encenderse. Sin duda estaba preparando una nueva estratagema.

Llegó a lo alto de la escalinata con el admirador todavía pisándole los talones. Ante ella, el pasillo, iluminado por una sola bombilla grasienta, no suponía ningún alivio. Era tan largo como el cine y tenía unos cuantos trasteros llenos de porquería: carteles, gafas de visión tridimensional, fotografías enmohecidas. Sabía que de uno de ellos salía la escalera de incendios, pero ¿de cuál? Sólo había subido allí una vez, y eso fue hacía dos años.

–Mierda. Mierda. Mierda –dijo.

Corrió hasta el primer trastero. Tenía el cerrojo echado. Golpeó la puerta en son de protesta. No se abrió. Con la siguiente ocurrió lo mismo. Y con la tercera. Aunque se acordara de qué trastero tenía la vía de salida, las puertas eran demasiado sólidas para echarlas abajo. Con diez minutos y la ayuda de Quebrantahuesos tal vez pudiera conseguirlo. Pero tenía el ojo detrás: no disponía ni de diez segundos, mejor no pensar en diez minutos.

No tenía más remedio que enfrentarse a aquello. Giró sobre sus talones, musitando una plegaria y preparándose a enfrentarse en la escalera con su perseguidor. El rellano estaba vacío.

Estudió el desolado decorado de bombillas fundidas y desconchones de pintura como si quisiera descubrir algo invisible, pero aquella cosa no estaba delante de ella, sino detrás. Volvió a ver un resplandor, pero esta vez la vela prendió, el fuego se hizo luz, la luz se convirtió en imagen y glorias cinematográficas que casi había olvidado se materializaron en el pasillo dirigiéndose hacia ella. Escenas escogidas de un millar de películas: cada una de ellas remitiendo a una única referencia. Empezó a comprender al fin el origen de aquel extraordinario espécimen. Era un fantasma del engranaje del cine: un hijo del celuloide.

–Danos tu alma –dijeron mil estrellas.

–No creo en el alma –replicó ella con toda sinceridad.

–Entonces danos lo que le das a la pantalla, lo que le da todo el mundo. *Danos un poco de amor.*

Por eso se estaban representando, volviendo a representar y representándose de nuevo todas esas escenas ante ella. Eran momentos en que se establecía una suerte de mágico vínculo entre los espectadores y la pantalla, en que aquéllos, mirando, mirando y mirando, sufrían a través de ésta. A ella también le había ocurrido muchas veces: ver una película y sentir que la afectaba tanto que le producía un dolor casi físico ver aparecer el reparto y romperse el hechizo, porque sentía que había dejado algo de sí en la película, que había perdido parte de su personalidad entre todos sus héroes y heroínas. Tal vez fuera cierto. Tal vez el aire acumulara el conjunto de sus deseos y los depositara en algún lugar, donde se entremezclaban con los deseos de otros corazones, atesorándose en una hornacina hasta que...

Incluso esto. Este hijo de la pasión colectiva: este seductor de tecnicolor; burdo y trivial pero profundamente fascinante.

Muy bien, pensó, siempre es bueno comprender a quien te ejecuta: algo completamente diferente es hacerle olvidar sus obligaciones profesionales.

Mientras trataba de resolver el enigma disfrutaba con aquellas imágenes, no podía reprimir su curiosidad. Fragmentos burlones de vidas que había vivido, de rostros que había amado. El ratón Mickey bailando con una escoba, Gish en *Flores ajadas,* Garland (con Toto junto a ella) viendo cómo un tornado se dirigía hacia Kansas, Astaire en *Sombrero de copa,* Welles en *Ciudadano Kane,* Brando y Crawford, Tracy y Hepburn... personas tan grabadas en nuestro corazón que no necesitan nombres. Y era mucho mejor verse burlado por esas imágenes: ver sólo el momento anterior al beso y no el propio beso; la afrenta y no la reconciliación; la sombra y no el monstruo; la herida y no la muerte.

La tenía completamente esclavizada. La tenía apresada por los ojos con tanta firmeza como si se los hubiera cogido por la raíz y los hubiera encadenado.

–¿Soy hermoso? –dijo.

Sí, era hermoso.

–¿Por qué no te das por entero a mí?

Había dejado de pensar, perdida toda capacidad de análisis. Pero entre el revoltijo de imágenes apareció de repente algo que la hizo volver en si. *Dumbo.* El elefante gordo. *Era* su elefante: tan sólo eso, el elefante gordo que ella había creído *ser.*

Se rompió el hechizo. Apartó los ojos de aquella criatura. Con el rabillo del ojo vio unos instantes algo malsano y cubierto de moscas entre aquellas imágenes cautivadoras. Todos los niños del edificio en que vivía la llamaban Dumbo. Había pasado veinte años con ese horrible mote a cuestas, incapaz de quitárselo de encima. La gordura de su cuerpo le recordaba su propia gordura, su aspecto dejado le recordaba su propio aislamiento. Se imaginó a Dumbo en el vientre de su madre, condenado a ser un elefante loco, y trató de sacarse el sentimentalismo de encima.

–¡Es una jodida mentira! –le espetó a la cosa.

–No sé qué quieres decir –protestó ésta.

–¿Qué hay detrás de tanta extravagancia? Me temo que algo muy feo.

La luz empezó a parpadear y el desfile de *trailers* se hizo indeciso. Pudo ver otra figura, pequeña y oscura, rondando detrás de las cortinas de luz. Estaba llena de dudas. De dudas y de miedo a morir. Estaba segura de oler ese miedo a diez pasos de distancia.

–¿Qué eres tú, ése de ahí?

Dio un paso en dirección a él.

–¿Qué estás escondiendo, eh?

Consiguió articular algo con una voz humana y asustada.

–¿Quién te manda meterte en mis asuntos?

–Has intentado matarme.

–Quiero vivir.

–Y yo.

El extremo del pasillo se estaba quedando a oscuras y olía mal, a viejo y a podrido. Conocía la podredumbre, y ésta era animal. La primavera anterior, cuando se derritió la nieve, encontró algo muerto en el solar que había detrás de su piso. Era un pequeño perro o un gato grande, resultaba difícil saberlo con seguridad. Un animal doméstico que había muerto de frío bajo las nevadas repentinas en diciembre del año anterior. Ahora estaba infestado de gusanos: amarillento, grisáceo, rosado, era un amasijo de moscas de tonos pastel con mil partes en movimiento.

El hedor era muy semejante al que olía ahora. Tal vez fuera ésa la carne que había detrás de la fantasía.

Haciendo acopio de valor, con los ojos aún escocidos por la visión de *Dumbo,* avanzó hacia ese espejismo vacilante con Quebrantahuesos levantada por si a aquella cosa se le

ocurría alguna jugarreta.

Los tablones crujieron bajo sus pies, pero estaba demasiado interesada por su presa para escuchar sus consejos. Había llegado el momento de atrapar a ese asesino, zarandearlo y hacer que escupiera su secreto.

Ya habían recorrido casi todo el pasillo, ella avanzando mientras él retrocedía. A aquella cosa ya no le quedaba ningún lugar en que refugiarse.

De repente las planchas se partieron en fragmentos polvorientos bajo su peso y cayó suelo abajo entre una nube de polvo. Perdió a Quebrantahuesos al extender las manos para asirse a algo, pero el suelo estaba carcomido y se deshizo cuando lo agarró.

Cayó torpemente y aterrizó bruscamente sobre algo mullido. El olor a putrefacción era allí inmensamente fuerte, parecía que el estómago quisiera salírsele por la boca. Estiró la mano para enderezarse en la oscuridad y no notó más que limo y frío por todas partes. Tenía la sensación de que la hubieran vertido en un cubo lleno de peces a medio pudrir. Por encima de ella, la luz resplandeciente atravesó los tablones y cayó sobre su lecho. Miró a su alrededor, aunque sólo Dios sabe que no quería hacerlo, y vio que estaba tirada sobre los restos de un hombre que sus devoradores habían esparcido por una amplia zona. Quiso aullar. Quiso arrancarse instintivamente la blusa y la falda que se habían pringado con esa materia; pero no podía quedarse desnuda, y mucho menos en presencia del hijo del celuloide.

Éste seguía contemplándola desde arriba.

–Ahora ya lo sabes –dijo, desamparado.

–Esto eres tu...

–Es el cuerpo que ocupé una vez, sí. Se llamaba Barberio. Un criminal; nada especial. Nunca aspiró a nada grande.

–¿Y tú?

–Soy su cáncer. Soy la parte de él que aspiraba a algo, que deseaba ardientemente ser algo más que una simple célula. Soy una enfermedad soñadora. No resulta extraño que me encanten las películas.

El hijo del celuloide estaba llorando al borde del suelo quebrado, con su auténtico cuerpo al descubierto ahora que ya no tenía motivos para fingir gloria.

Era una cosa mugrienta, un tumor sobrealimentado de pasiones vanas. Un parásito con la figura de una babosa y la textura del hígado crudo. Una boca sin dientes y deforme apareció en su extremo superior y dijo:

–Tendré que descubrir una manera diferente de comerme tu alma.

Se dejó caer en la cámara junto a Birdy. Sin su abrigo tornasolado de muchos tecnicolores era del tamaño de un niño pequeño. Ella retrocedió cuando le alargó un sensor para tocarla, pero no podría esquivarlo de forma permanente. La cámara era diminuta y estaba llena de sillas rotas y libros de plegarias, o de algo semejante. El único camino de salida era por el que había entrado, y estaba a más de tres metros por encima de su cabeza.

El cáncer le tocó prudentemente el pie, provocándole arcadas. No pudo evitarlo, por mucho que le molestara ceder a reacciones tan primitivas. Nada le había dado jamás tanto asco; le recordaba a un aborto, un tumor.

–Vete al infierno –le dijo, dándole una patada en la cabeza, pero no dejaba de volver una y otra vez, agarrándole las piernas con su masa diarreica. Cuando se arrastraba por encima de ella notaba los ruidos que hacían sus entrañas al digerir.

El frotamiento de su cuerpo contra el estómago y la ingle de Birdy tenía algo de sexual y, asqueada por sus pensamientos, se le ocurrió la peregrina idea de que algo parecido tuviera ganas de sexo. Había algo en la insistencia de esos tentáculos que se formaban una y otra ver para acariciarle la piel, sondearla tiernamente por debajo de la blusa, estirándose para tocarle los labios, que no podía ser más que deseo. «Que sea lo que Dios quiera, pensó, si no queda más remedio.»

Dejó que se arrastrara por su cuerpo hasta que estuvo completamente colgado de él, reprimiendo como pudo la tentación de sacárselo de encima. Fue entonces cuando puso su

trampa en movimiento. Se revolcó.

La última vez que había subido a una báscula pesaba ochenta y cinco kilos, y ahora probablemente pesaría unos cuantos más. La cosa se vio debajo de Birdy antes de darse cuenta de por qué o cómo había sucedido, rezumando por los poros la savia enfermiza de sus tumores.

Luchó, pero no consiguió salir de debajo de ella por mucho que lo intentó y se retorció. Birdy le clavó las uñas y se puso a rasgarle con furia los costados, desgarrándole jirones esponjosos por los que brotaban más líquidos todavía. Sus aullidos de rabia se volvieron aullidos de dolor. Después de un breve lapso, la enfermedad soñadora dejó de luchar.

Birdy se quedó quieta durante un rato. Nada se movía debajo de ella.

Finalmente se levantó. Resultaba imposible saber si el tumor estaba muerto, puesto que, de acuerdo con los criterios que ella conocía, jamás había existido. Además, no quería volver a tocarlo. Habría luchado con el mismo demonio antes de volver a abrazar al cáncer de Barberio.

Levantó la vista hacia el pasillo y perdió toda esperanza. ¿Iba a morir en ese lugar, igual que Barberio? Pero cuando echó un vistazo a su adversario descubrió la rejilla. No fue visible mientras era de noche. Ahora estaba amaneciendo y unos rayos de luz sucia atravesaron el enrejado.

Se inclinó sobre la reja, la empujó con fuerza y de repente se hizo de día en la cámara. Llegar hasta la pequeña puerta le costó bastante, y no dejó de pensar durante todo el trayecto que aquella cosa se le arrastraba entre las piernas, pero al fin consiguió asomarse al exterior con tan sólo los pechos magullados.

El solar abandonado no había cambiado considerablemente desde la visita de Barberio. Apenas si tenía más ortigas. Se quedó un rato aspirando bocanadas de aire fresco y luego se dirigió a la valla y a la calle.

Camino de casa, tanto los perros como los repartidores de periódicos evitaron a aquella mujer de mirada extraviada y ropas fétidas.

TRES: ESCENAS CENSURADAS

La cosa no acabó ahí.

La policía se presentó en el Movie Palace pasadas las nueve y media. Birdy iba con ellos. El registro permitió identificar los cuerpos mutilados de Dean y Ricky, así como los restos de *Sonny* Barberio. Arriba, en una esquina del pasillo, se encontró un zapato color cereza.

Birdy no dijo nada, pero había comprendido. Lindi Lee no se había ido.

Fue procesada por un doble asesinato del que nadie la consideraba realmente responsable y absuelta por falta de pruebas. El veredicto del jurado fue que fuera sometida a observación psiquiátrica durante un período no inferior a dos años. Tal vez no hubiera asesinado a nadie, pero era evidente que estaba loca de atar. Los cuentos sobre cánceres que andan no favorecen la reputación de nadie.

A principios del verano del año siguiente Birdy ayunó durante una semana. Casi todo lo que adelgazó en ese tiempo fue agua, pero fue suficiente para que sus amigos se animaran ante la perspectiva de que iba a abordar por fin su Gran Problema.

Ese fin de semana desapareció durante veinticuatro horas.

Birdy encontró a Lindi Lee en una casa abandonada de Seattle. No había resultado demasiado difícil seguirle la pista: a Lindi le costaba trabajo controlarse, ni se preocupaba

siquiera por sus posibles perseguidores. Dio la casualidad de que sus padres la habían dejado por imposible hacía varios meses. Sólo Birdy continuó buscándola, pagando a un detective para que descubriera su paradero, y finalmente la vista de aquella belleza frágil, más frágil que nunca pero aún hermosa, sentada en una habitación sin muebles, recompensó su paciencia. Las moscas erraban por el aire. En medio de la habitación había un cagajón, quizá de origen humano.

Birdy abrió la puerta con una pistola en la mano. Lindi Lee levantó la vista, dejando de lado sus pensamientos, o tal vez los pensamientos de *aquello,* y le sonrió. El saludo duró un rato, hasta que el parásito de Lindi reconoció la cara de Birdy, vio la pistola y comprendió a qué había venido.

–Bueno –dijo, levantándose para recibir a su visita.

Los ojos de Lindi Lee estallaron, su boca estalló, su coño y su culo, sus oídos y su nariz, todo estalló; y el tumor le salió a borbotones en horrendos riachuelos rosas. Salió de sus pechos resecos, de un corte en el pulgar, de una abrasión en el muslo. Salió de todas las rajas que tenía su cuerpo.

Birdy levantó la pistola y disparó tres veces. El cáncer se estiró hacia ella una sola vez, cayó hacia atrás, se tambaleó y se derrumbó. Cuando se quedó quieto, Birdy sacó con calma la botella de ácido que tenía en el bolsillo, desenroscó el tapón y vertió su contenido sobre los restos humanos y sobre el tumor. No gritó mientras se disolvía, y lo dejó tirado al sol, con un humo acre emanando de aquel amasijo.

Salió a la calle con su misión cumplida y siguió su camino, con la confianza de seguir viviendo mucho tiempo después de que el reparto de actores de esta singular comedia hubiera aparecido en la pantalla.

1. Busby Berkeley. prolífico director inglés de películas comerciales de los años treinta. *(N. del T.)*

REX, EL HOMBRE-LOBO

Entre todos los ejércitos conquistadores que recorrieron las calles de Zeal fue el suave andar de los domingueros el que acabó por someter al pueblo. Había resistido a las legiones romanas, la conquista normanda, sobrevivido pese a las estrecheces de la guerra civil; todo ello sin perder su identidad ante las potencias invasoras. Pero, después de siglos de pillajes, iban a ser los turistas –los nuevos bárbaros– quienes sojuzgaran a Zeal, con las únicas armas de la cortesía y del dinero contante y sonante.

Estaba hecho a medida para la invasión. A sesenta kilómetros al sudeste de Londres, entre los huertos y los campos de lúpulo de las arboledas de Kent, estaba lo bastante lejos de la ciudad como para que el viaje fuera una aventura y al mismo tiempo lo bastante cerca como para emprender una rápida retirada si el tiempo se ponía tonto. Todos los fines de semana entre mayo y octubre Zeal era un abrevadero para los resecos londinenses. Cada sábado que prometía buen tiempo pululaban por el pueblo, acarreando sus perros, sus pelotas de plástico, sus camadas de niños y la basura de los niños [1], vertiendo a esas hordas mugientes en el ejido de la aldea para volver luego a The Tall Man a contarse historias de tráfico con vasos de cerveza tibia en la mano.

Por su parte, a los habitantes de Zeal les entristecía más de lo debido la avalancha de domingueros: por lo menos no vertían sangre. Pero era precisamente esa falta de agresión lo

que hacía aún más insidiosa la invasión.

Gradualmente, esos ciudadanos hastiados de ciudad empezaron a provocar ligeros pero indelebles cambios sobre el pueblo. Muchos de ellos dedicaron todos sus desvelos a conseguir una casa en el campo; les fascinaban los chalets de piedra construidos entre robles que se mecían bajo la brisa, les encantaban las palomas de los tejos del camposanto. Hasta el aire, decían al inhalarlo intensamente, hasta el aire es más fresco aquí. Huele a Inglaterra.

Al principio unos pocos y luego muchos, empezaron a tratar de hacerse con los graneros vacíos y las casas abandonadas que salpicaban Zeal y sus alrededores. Se les podía ver todos los fines de semana entre las ortigas y los cascotes, meditando acerca del emplazamiento de la cocina y de la instalación del baño. Y aunque muchos, al verse de nuevo rodeados por las comodidades de Kilburn o de St. John's Wood, preferían quedarse ahí, cada año uno o dos llegaban a un acuerdo razonable con uno de los pueblerinos y adquirían un acre de buena vida.

Así pues, con el paso de los años y la muerte natural de los nativos de Zeal, los salvajes urbanos fueron ocupando su lugar. La ocupación fue sutil, pero los cambios resultaban manifiestos para el ojo experto. Se apreciaban en los periódicos que recogía Correos: ¿qué nativo de Zeal había comprado jamás un ejemplar de la revista *Harpers and Queen,* o bien ojeado el suplemento literario de *The Times?* Se apreciaban en los coches nuevos y brillantes que atascaban la calle estrecha –irónicamente llamada «principal»– que constituía la espina dorsal de Zeal. Se apreciaba también en el cotilleo zumbón de The Tall Man, señal inequívoca de que los asuntos de los extranjeros se habían convertido en tema apropiado para la discusión y la mofa.

Con el tiempo los invasores encontraron sin duda un hueco más imperecedero en el corazón de Zeal, pues los perennes demonios de sus vidas febriles, el cáncer y el infarto, se cobraron sus derechos, acompañando a sus víctimas a esa tierra recién descubierta. Como los romanos, como los normandos, como todos los invasores que les precedieron, estos viajeros dejaron su huella más honda sobre ese césped usurpado no por sus edificaciones, sino por quedar enterrados en sus cimientos. A mediados de septiembre, el último septiembre de Zeal, hacía un tiempo frío y húmedo.

Thomas Garrow, hijo único del difunto Thomas Garrow, se estaba haciendo con una sed saludable mientras cavaba en un rincón del Campo de los Tres Acres. El día anterior, jueves, había caído un violento chaparrón y el suelo estaba empapado. Limpiar el terreno para sembrarlo el año próximo no había sido una tarea tan fácil como creía Thomas, pero había jurado por sus muertos que habría preparado el campo antes del fin de semana. Quitar las piedras y apartar los detritos de máquinas pasadas de moda que el vago bastardo de su padre había dejado que se oxidaran al aire libre resultó un trabajo agotador. Debieron ser buenos años, pensó Thomas, años jodidamente buenos, para que su padre pudiera permitirse dejar que se deterioraran máquinas tan buenas. En realidad, para que pudiera permitirse dejar yerma la mayor parte de los tres acres; pero es que era buena tierra. Después de todo, éste era el vergel de Inglaterra: el suelo era dinero. Dejar tres acres en barbecho era un lujo que nadie se podía permitir en estos tiempos de tanta apretura. Pero como hay Dios que era un trabajo agotador; el tipo de trabajo que le encomendaba su padre cuando era joven y que desde entonces odiaba profundamente.

Pero eso no quitaba que hubiera que hacerlo.

Y el día había empezado bien. Después de la revisión, el tractor parecía más alegre y el cielo matinal estaba repleto de gaviotas venidas desde la costa para desayunar gusanos recién desenterrados. Le habían hecho compañía, estridentes, en su trabajo: su insolencia y su impaciencia siempre resultaban entretenidas. Pero luego, al volver al campo después de tomar un tentempié en The Tall Man, las cosas empezaron a salir mal. El motor empezó a ratear por el mismo problema por el que se acababa de gastar doscientas libras; y después, cuando sólo llevaba unos cuantos minutos trabajando, encontró la piedra.

Era un pedazo de materia completamente anodino: sobresalía del suelo unos treinta

Librodot

centímetros quizá, su diámetro visible tenía menos de un metro y la superficie era suave y lisa. Ni siquiera líquenes; sólo unas pocas hendiduras que una vez quizá fueran palabras. A lo mejor una frase de amor, más probablemente un mensaje del tipo «Kilroy estuvo aquí» o, lo más seguro, una fecha y un nombre. Fuera lo que fuese, monumento o mojón, ahora le estorbaba. Lo tendría que desenterrar o el año que viene perdería tres buenos metros de tierra cultivable. Un arado no podía de ninguna manera abarcar un canto rodado de ese tamaño.

A Thomas le sorprendió que hubieran dejado esa maldita piedra en el campo tanto tiempo sin que nadie se preocupara por quitarla. Pero hacía mucho tiempo que se cultivaba el Campo de los Tres Acres: seguro que más de los treinta y seis años que tenía. Y tal vez, se le ocurrió, antes de que su padre viniera al mundo. Por alguna razón (si alguna vez supo cuál, se le había olvidado) esta parcela de las tierras Garrow llevaba en barbecho muchas temporadas, a lo mejor incluso generaciones. De hecho, le asaltó la sospecha de que alguien, probablemente su padre, había dicho que en ese lugar no crecería nunca ningún cultivo. Pero eso era completamente absurdo. Por el contrario, las plantas, aunque se tratara de ortigas y de enredaderas, eran más tupidas y exuberantes en esos tres acres abandonados que en el resto de la comarca. Así que no acertaba a comprender por qué no habría de florecer el lúpulo en ese lugar. Tal vez incluso un huerto: aunque eso requería más paciencia y cariño del que Thomas creía disponer. Plantara lo que plantase, seguramente brotaría de un suelo tan rico con un entusiasmo desconocido y él habría aprovechado tres acres de tierra excelente para sanear su depauperada economía.

Sólo le hacía falta desenterrar esa maldita piedra.

Se le ocurrió la posibilidad de alquilar una de las excavadoras de la obra que se estaba haciendo al norte del pueblo, traerla aquí y recurrir a sus mandíbulas mecánicas para resolver el problema. Desenterrar y quitar de en medio la piedra en dos segundos. Pero, por orgullo, no quiso echarse a correr en busca de ayuda ante la primera dificultad. A fin de cuentas no había para tanto. La desenterraría solo, igual que habría hecho su padre. Estaba decidido. Dos horas y media más tarde, empezaba a arrepentirse de sus prisas.

El agradable calor de la tarde se había agriado y el aire, sin brisa que lo dispersara, se volvía sofocante. Se oyó en las lomas el redoble entrecortado de un trueno y Thomas sintió la electricidad estática en el cogote, erizándole los pelos. El cielo encima del campo se había quedado vacío: las gaviotas, demasiado veleidosas para seguir sobrevolándolo una vez que la diversión se había terminado, se alejaron tras una corriente térmica salina.

Hasta la tierra, de la que se había desprendido un fuerte aroma dulce cuando las hojas la removieron por la mañana, olía ahora a tristeza; y según cavaba la tierra negra de alrededor de la piedra, sus pensamientos volvieron sin darse cuenta a la putrefacción que la volvía tan rica. Ociosamente, sus ideas volvían una y otra vez sobre las incontables pequeñas muertes que causaba cada una de sus paletadas. Ésa no era su forma habitual de pensar y le molestó la morbosidad del tema. Se detuvo un momento, apoyándose sobre la pala, y lamentó el cuarto vaso de Guinness que había bebido con la comida. Normalmente era una ración completamente inofensiva, pero hoy le daba vueltas en el estómago, lo oía, estaba tan negro como la tierra que tenía sobre la pala, preparaba un amasijo de acetona y comida a medio digerir.

Piensa en otra cosa, se dijo, o devolverás. Para olvidarse de su estómago se puso a mirar el campo. No era nada extraordinario: un simple cuadrado de tierra limitado por una descuidada valla de espinos. Había uno o dos animales muertos a la sombra del espino: un estornino y algo demasiado podrido para que pudiera reconocerse. Daba cierta sensación de soledad, pero eso no era tan raro. Pronto llegaría el otoño, y el verano había sido demasiado largo y demasiado caluroso para resultar agradable.

Levantando la vista de la valla vio a una nube con forma de cabeza de mongólico soltar un rayo sobre las colinas. El brillo de la tarde iba quedando reducido a una pequeña franja de azul en el horizonte. Pronto caería la lluvia, pensó, y la idea le gustó. Lluvia fresca; quizás un chaparrón, como el día anterior. A lo mejor esta vez dejaba el aire limpio y sano.

Thomas bajó los ojos a la piedra irreductible y la golpeó con la pala. Despidió un pequeño arco de llama blanca.

Blasfemó en voz alta e imaginativamente: maldijo a la piedra, a sí mismo y al campo. La piedra se quedó asentada en el foso que había cavado en torno a ella, desafiándolo. Había agotado casi todas las posibilidades: había hecho un agujero de unos sesenta centímetros alrededor del pedrusco, le había clavado postes debajo, los había encadenado y luego trató de izarlo con el tractor. Sin suerte. Obviamente, tendría que hacer más hondo el foso, clavar más profundamente las estacas. No iba a dejarse vencer por aquel maldito objeto.

Gruñendo entre dientes se puso a cavar de nuevo. Unas gotas de lluvia le salpicaron el dorso de la mano, pero casi no se dio cuenta. Sabía por experiencia que una tarea como ésa exigía una determinación especial: agachar la cabeza e ignorar toda distracción. Se quedó con la mente en blanco. Sólo existía la tierra, la pala, la piedra y su cuerpo.

Hundir, sacar. Hundir, sacar. Un ritmo de trabajo hipnótico. El trance era tan absoluto que, cuando la piedra empezó a moverse, no recordaba con seguridad cuánto tiempo llevaba trabajando.

El movimiento le despertó. Se levantó con un chasquido de las vértebras, sin estar completamente seguro de que el cambio de posición fuera algo más que una ilusión óptica. Posando el pie sobre la piedra, hizo presión, Sí, giraba sobre su fosa. Estaba demasiado exhausto para sonreír, pero sentía cercana la victoria. Había vencido a aquella cabrona.

La lluvia empezaba a caer más intensamente, y le gustaba esa sensación sobre el rostro. Metió un par de estacas más bajo la piedra para que descansara sobre una base menos sólida: iba a destrozarla. «Ya verás, dijo, ya verás.» La tercera estaca caló más hondo que las dos anteriores y pareció pinchar una burbuja de gas por debajo de la piedra, una nube amarillenta que olía tan mal que le obligó a apartarse para aspirar una bocanada de aire puro. Ya no quedaba aire puro. Todo lo que pudo hacer fue expectorar una bola de flema para aclararse la garganta y los pulmones. Fuera lo que fuera lo que había debajo de la piedra –y la fetidez tenía algo de animal–, estaba muy podrido.

Se obligó a seguir trabajando, respirando por la boca y no por la nariz. Sentía una presión en la cabeza, como si el cerebro se le estuviera hinchando y chocara contra la cúpula de su cráneo, esforzándose por salir.

–¡Que te jodan! –dijo, y metió otra estaca bajo la piedra.

Tenía la espalda a punto de partirse. En su mano derecha acababa de estallar una burbuja. Un tábano se le posó en el brazo y se regaló con él, feliz de que no lo espantaran.

–Hazlo. Hazlo. Hazlo.

Clavó la última estaca sin ser consciente de lo que hacía.

Y entonces la piedra empezó a rotar.

Sin que él la tocara. La estaban sacando de su asiento empujándola por debajo. Cogió la pala, que seguía encajada bajo la piedra. De repente se sentía su dueño; era suya, formaba parte de él y no quería que se quedara cerca del agujero; y ahora aún menos, ahora que la piedra se agitaba como si tuviera un géiser debajo a punto de estallar, ahora que el aire estaba amarillo y el cerebro se le hinchaba como un calabacín en agosto.

Tiró de ella con fuerza, pero no se desenterraba.

La maldijo y lo volvió a intentar con las dos manos, manteniéndose a prudente distancia, pues la agitación creciente de la piedra lanzaba ráfagas de tierra, piojos y guijarros.

Volvió a tirar de la pala, pero no quería ceder. No se paró a analizar la situación. El trabajo le tenía obsesionado; sólo quería recuperar la pala, su pala, sacarla del agujero y salir pitando.

La piedra daba sacudidas, pero no por eso dejó de sujetar la pala; se le había metido entre ceja y ceja la idea de que tenía que recuperarla para poder largarse. Sólo cuando la tuviera entre las manos, sana y salva, obedecería a sus tripas y saldría corriendo.

Bajo sus pies el suelo comenzó a hacer erupción. La piedra salió rodando del sepulcro como si pesara menos que una pluma. Una segunda nube de gas, más repugnante que la

Librodot

primera, pareció arrastrarla consigo. Al mismo tiempo salió la pala del hoyo, y Thomas pudo ver qué era lo que la sujetaba.

De repente todo dejó de tener sentido, así en la tierra como en el cielo.

Era una mano, una mano viva, la que se aferraba a la pala, una mano tan grande que podía sujetarla por la hoja sin dificultad.

Thomas conocía aquel momento perfectamente bien. La tierra hendiéndose; la mano; la fetidez. Sentado en el regazo de su padre, había oído que alguien lo describía en una pesadilla.

Pensó en abandonar la pala, pero ya no le quedaba fuerza de voluntad. Sólo pudo obedecer a un mandato procedente del subsuelo que le instaba a estirar hasta que se le desgarraran los ligamentos y le sangraran los tendones.

Por debajo de la delgada corteza de tierra, el hombre-lobo olió el aire libre. Fue como éter purificado para sus adormecidos sentidos; tanto placer le dio arcadas. Sólo unos centímetros más y tendría reinos a su disposición. Después de tantos años, de aquella interminable asfixia, sus ojos volvían a ver la luz y su lengua paladeaba el sabor del terror humano.

Por fin asomó su cabeza a la superficie, con el pelo negro coronado de gusanos y el cuero cabelludo cubierto de pequeñas arañas rojas. Esas arañas que llevaban cien años irritándolo, perforándole la medula espinal, y que tanto ansiaba aplastar. Tira, tira, le ordenaba al hombre, y Thomas Garrow tiró hasta que no le quedaron más fuerzas en el lamentable cuerpo y centímetro a centímetro Rex fue arrancado de su sepultura, de su mortaja de plegarias.

La piedra que le había tenido tanto tiempo aprisionado ya no le retenía; salía con facilidad a la superficie, mudando de sepulcro como de piel las serpientes. Ya tenía el torso fuera. Sus hombros eran el doble de anchos que los de un hombre; sus brazos, flacos y llenos de cicatrices, más fuertes que los de cualquier ser humano. La sangre le palpitaba en las extremidades como si fueran las alas de una mariposa, pletórica ante la resurrección. Fue clavando rítmicamente los dedos, largos y letales, en la tierra a medida que recuperaban energía.

Thomas Garrow se quedó de pie, mirándolo. No sentía más que reverente temor. El miedo estaba hecho para quienes tenían aún alguna posibilidad de sobrevivir: a él no le quedaba ninguna.

Rex había salido definitivamente de su sepultura. Empezó a erguirse por vez primera desde hacia siglos. Le cayeron terrones de arena húmeda del torso al estirarse en toda su altura, un metro más que la de Garrow, que media un metro ochenta.

Éste se quedó a la sombra del hombre-lobo con los ojos fijos en el hoyo de donde había salido el Rey. Seguía aferrando la pala con la mano derecha. Rex lo levantó del pelo. El cuero cabelludo se le desgarraba por el peso del cuerpo, de forma que el hombre-lobo lo agarró por el cuello, que pudo rodear con facilidad con su inmensa mano.

La sangre del cuero cabelludo le resbaló a Garrow por el rostro, y esa sensación lo espabiló. Sabía que la muerte era inminente. Se miró las piernas, que pataleaban inútilmente, y luego levantó la vista y contempló detenidamente el rostro despiadado de Rex.

Era inmenso, como la luna de septiembre, inmenso y ambarino. Pero esa luna tenía ojos; ojos ardientes sobre una cara pálida y picada de viruela. Aquellos ojos eran como heridas del mundo, como si se los hubieran arrancado a Rex de la cara y en su lugar hubieran colocado dos velas que le parpadearan en las cuencas.

Garrow estaba extasiado por la inmensidad de esa luna. La observó de ojo a ojo, bajó luego la vista hasta las húmedas rajas que tenía por nariz, y por fin, con una sensación de terror infantil, hasta la boca. Dios mío, qué boca. Era tan ancha y tan cavernosa que pareció dividirle la cabeza en dos cuando se abrió. Ésa fue la última idea de Thomas. Que la luna se estaba partiendo en dos y que se caía del cielo encima de él.

Entonces el Rey invirtió su cuerpo, como siempre había hecho con sus enemigos

Librodot

muertos, y tiró a Thomas con la cabeza por delante al agujero, incrustándolo en la misma tumba en que sus antecesores trataron de enterrar para siempre al hombre-lobo.

Cuando la tormenta que se avecinaba descargó sobre Zeal, el Rey estaba a una milla del Campo de los Tres Acres, refugiándose en la cuadra de los Nicholson. En el pueblo todo el mundo se ocupaba de sus asuntos, con lluvia o sin ella. Se tomaba la ignorancia por dicha. No tenían a ninguna Casandra entre ellos y el horóscopo de la gaceta de esa semana no había intuido ni por asomo la muerte súbita de un géminis, tres leos, un sagitario y todo un pequeño sistema estelar en los próximos días.

Con el trueno vino la lluvia, que caía en frescos goterones y que pronto se convirtió en un aguacero tan feroz como el de un monzón. Sólo cuando empezaron a caer torrentes de los canalones buscó refugio la gente.

En el solar de la obra, la excavadora que había allanado el jardín trasero de Ronnie Milton yacía, ociosa, bajo la lluvia, soportando el segundo chaparrón en dos días. El conductor vio en el aguacero una señal para guarecerse en la cabaña para hablar de carreras de caballos y de mujeres.

En el portal de Correos tres aldeanos miraban cómo se atascaban las alcantarillas y se quejaban de que siempre pasara lo mismo cuando llovía, mascullando que en media hora la depresión que había al final de la calle principal estaría tan encharcada que se podría navegar por ella.

Y en esa depresión, en la sacristía de St. Peter, Declan Ewan, el sacristán, contemplaba la lluvia rodar colina abajo en grandes riachuelos que desembocaban en un pequeño mar que se estaba formando al pie de la puerta de la sacristía. Pronto sería lo bastante profundo como para ahogarse en él, pensó, y, luego, sorprendiéndose por haber pensado en ahogamientos, se apartó de la ventana y volvió a la tarea de doblar vestimentas. Hoy se sentía extrañamente excitado: y ni podía ni quería ni estaba dispuesto a calmarse. No tenía nada que ver con la tormenta, aunque le encantaran desde pequeño. No: era otra cosa lo que le excitaba, aunque no tenía la más remota idea de qué podía ser. Se volvía a sentir como un niño. Como en Navidad, como si en cualquier momento Santa Claus, el primer Señor en quien tuvo fe, fuera a presentarse ante la puerta. La sola idea le dio ganas de echarse a reír ruidosamente, pero la sacristía era un lugar demasiado grave para reírse en él y reprimió las carcajadas, dejando que la sonrisa se esbozara en su interior, como una esperanza secreta.

Mientras todo el mundo se resguardaba de la lluvia, Gwen Nicholson se estaba calando hasta los huesos. Todavía se encontraba en el patio trasero de su casa, tratando de llevar con carantoñas al pony de Amelia a la cuadra. A ese estúpido animal le daban canguelo los truenos y no parecía dispuesto a moverse. Gwen estaba empapada y furiosa.

–¿Vas a venir, pedazo de animal? –le chillaba por encima del rugido de la tormenta. La lluvia azotaba el patio y le aporreaba el cráneo. Tenía el pelo aplastado–. ¡Vamos! ¡Vamos!

El pony, terco, no se movía. Tenía los ojos como platos a causa del miedo. Cuanto más retumbaba el trueno y crepitaba por el patio menos quería moverse. Furiosa, Gwen le golpeó en las ancas, con más violencia de la necesaria. Dio dos pasos atrás en respuesta al azote, dejando caer cagajones humeantes al hacerlo, y Gwen aprovechó su ventaja. En cuanto conseguía ponerlo en movimiento le podía hacer trabajar el resto del día.

–Cálida cuadra –le prometió–; venga, te vas a mojar aquí afuera, no irás a quedarte aquí.

La puerta de la cuadra estaba ligeramente entornada. Debería ser una perspectiva alentadora, pensó, incluso para un pony con el cerebro del tamaño de un guisante. Lo arrastró hasta el lado del establo y consiguió hacerlo entrar gracias a un nuevo golpe.

Como le había prometido al maldito animal, el interior de la cuadra estaba agradablemente seco, aunque la tempestad había creado un ambiente metálico. Gwen ató al

pony a la barra de su establo y le echó con brusquedad una manta sobre el brillante lomo. No lo iba a cepillar por nada del mundo, eso era cosa de Amelia. Eso era lo que había acordado con su hija cuando decidieron comprar el pony: que el almohazado y la limpieza correrían de cuenta de Amelia; para ser justos con ella, cumplió más o menos lo prometido.

El pony seguía aterrorizado. Piafaba y ponía los ojos en blanco como un mal actor trágico. Tenía motas de espuma en la boca. Gwen le palmeó el costado, ligeramente arrepentida de su brusquedad. Había perdido la calma. Por primera vez en todo el mes. Ahora lo lamentaba. Deseó que Amelia no la hubiera estado observando a través de la ventana de su cuarto.

Una bocanada de viento alcanzó la puerta de la cuadra, que se cerró con un portazo. El ruido de la lluvia cayendo sobre el patio cesó bruscamente. De repente se quedó a oscuras.

El pony dejó de piafar. Gwen dejó de acariciarle el flanco. Todo se detuvo: hasta su corazón, o eso le pareció.

Una figura, que medía casi el doble que ella, se alzó de entre las balas de paja a su espalda. Gwen no vio al gigante, pero se le revolvieron las entrañas. «Malditos períodos», pensó, dándose un masaje circular en el bajo vientre. Normalmente era tan regular como un mecanismo de relojería, pero este mes le había venido con un día de anticipación. Debía volver a casa, cambiarse y lavarse.

El hombre-lobo se quedó contemplando el cogote de Gwen Nicholson, donde un simple pellizco la mataría fácilmente. Pero no podía obligarse a tocar a esa mujer; hoy no. Tenía la regla, reconocía aquel olor fuerte y le mareaba. Esa sangre era tabú; jamás había asaltado a una mujer con ese veneno encima.

Advirtiendo la humedad que tenía entre las piernas, Gwen salió precipitadamente de la cuadra sin volver la vista atrás y atravesó el chaparrón hasta llegar a su casa, dejando al inquieto pony en la oscuridad del establo.

Rex oyó alejarse los pasos de la mujer y el portazo de la puerta principal.

Esperó hasta asegurarse de que no volvía y luego se dirigió silenciosamente hacia el animal, se agachó y lo agarró. El pony se puso a cocear y a relinchar, pero Rex había capturado en su época animales mucho más fuertes y mejor dotados que éste.

Abrió la boca. Al descubrir los dientes dejó ver sus encías, bañadas en sangre, como las uñas desenvainadas de la garra de un gato. Tenía dos hileras en cada mandíbula, dos docenas de montículos tan afilados como agujas. Resplandecieron al cerrarse sobre el cuello del pony. Por la garganta de Rex bajó sangre roja y espesa; la engullía con avidez. El cálido sabor del mundo. Le hacía sentirse fuerte y sabio. Ésta no era más que la primera de muchas comidas que iba a degustar, se tragaría todo lo que se le antojara y nadie podría detenerlo, esta vez sí que no. Y cuando estuviera preparado echaría a los usurpadores de su trono, los incineraría en sus casas, asesinaría a sus hijos y se pondría sus intestinos de collar. *Aquel lugar era suyo.* El que hubieran aplacado momentáneamente a las fuerzas salvajes no significaba que fueran amos del mundo. Era suyo, y nadie se lo iba a arrebatar, ni siquiera las fuerzas de la santidad. También las tendría en cuenta. Jamás lo volverían a doblegar.

Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de la cuadra, enrollado en los intestinos grises y rosados del pony, preparando su estrategia lo mejor que pudo. Nunca había sido un gran pensador. Tenía demasiado apetito: le nublaba la razón. Vivía en el sempiterno presente de su hambre y de su fuerza, no sentía más que un descarnado instinto territorial que tarde o temprano degeneraría en matanza.

La lluvia no cejó durante más de una hora.

Ron Milton se estaba impacientando: era un defecto de su carácter, que ya le había procurado una úlcera y un trabajo de primera categoría como asesor de diseño. Nadie podía hacer más rápidamente lo mismo que Milton. Era el mejor, y odiaba la indolencia ajena tanto como la suya. Aquella maldita casa, por ejemplo. Le prometieron que estaría acabada hacia

mediados de julio, con el jardín en condiciones, el camino de entrada listo, todo, y ahí estaba, dos meses después de esa fecha, contemplando una casa que distaba mucho de ser habitable. La mitad de las ventanas sin cristales, sin puerta principal, el jardín hecho una pista de pruebas y el camino de entrada un lodazal.

Ése debía ser su castillo: su refugio de un mundo que lo había hecho dispéptico y rico. Un abrigo alejado de los ajetreos de la ciudad, donde Maggie podría plantar rosas y los chicos respirar aire puro. Pero no estaba listo. Maldita sea; a ese paso no podría vivir en ella hasta la próxima primavera. Otro invierno en Londres: la idea le hizo desfallecer.

Maggie se unió a él, cubriéndolo con su paraguas rojo.

–¿Dónde están los niños? –preguntó él.

Ella hizo una mueca.

–En el hotel, volviendo loca a la señora Blatter.

Enid Blatter había soportado sus travesuras media docena de fines de semana aquel verano. Había tenido hijos propios y manejaba a Debbie y a Ian con aplomo. Pero todo, hasta su capacidad de alegría y diversión, tenía un límite.

–Haríamos mejor en volver a la ciudad.

–No. Quedémonos un día o dos más, por favor, Podemos volver el domingo por la tarde. Quiero que vayamos el domingo al oficio y al festival por la cosecha.

Ahora fue Ron quien hizo una mueca.

–Maldita sea.

–Todo forma parte de la vida del pueblo, Ronnie. Si queremos vivir aquí, tenemos que participar en la vida de comunidad.

Gemía como un niño pequeño cuando estaba de ese humor tan peculiar. Ella lo conocía tan bien que oyó sus próximas palabras antes de que las pronunciara.

–No quiero.

–No tenemos más alternativa.

–Podemos volver mañana por la noche.

–Ronnie...

–No tenemos nada que hacer aquí. Los niños se aburren, tú estás triste...

Maggie endureció el rostro; no estaba dispuesta a ceder ni un ápice. Él conocía aquella expresión tan bien como ella reconocía su gemido.

Escrutó los charcos que se formaban en lo que algún día quizá fuera su jardín delantero, incapaz de imaginar que ahí pudiera haber césped o rosales. De repente todo le parecía imposible.

–Tú vuélvete a la ciudad si quieres, Ronnie. Llévate a los niños. Yo me quedo. Volveré en tren el domingo por la noche.

Muy astuta, pensó, al darle una posibilidad de irse menos atractiva que la de quedarse. ¿Dos días solo en Londres cuidando a los niños? No, gracias.

–De acuerdo. Tú ganas. Iremos al maldito festival de la cosecha.

–Mártir.

–Espero que por lo menos no tenga que rezar.

Amelia Nicholson entró corriendo en la cocina con su cara redonda pálida y se desplomó delante de su madre. Tenía el impermeable de plástico verde salpicado de vómito grasiento y las botas de agua verdes manchadas de sangre.

Gwen llamó a gritos a Denny. Su hija pequeña estaba temblando, desmayada, tratando sin éxito de mascullar alguna palabra.

–¿Qué pasa?

Denny bajaba por la escalera hecho un basilisco.

–Por el amor de Dios...

Amelia estaba vomitando de nuevo. Tenía la cara prácticamente azul.

Librodot

–¿Qué le pasa?

–Acaba de entrar. Deberías llamar a una ambulancia.

Denny le puso las manos sobre las mejillas.

–Ha sufrido una conmoción.

–Una ambulancia, Denny... –Gwen le estaba quitando el impermeable verde y aflojándole la blusa.

Denny se levantó lentamente. Miró el patio entre los rizos que dejaba la lluvia sobre el cristal: la puerta de la cuadra batía con el viento. Había alguien dentro; entrevió algo que se movía.

–¡Por el amor de Dios! ¡Una ambulancia! –repitió Gwen.

Denny no la escuchaba. Había alguien en su cuadra, en su finca, y siempre observaba el mismo ritual estricto con los intrusos.

La puerta de la cuadra se volvió a abrir, incitándole. ¡Sí! Se amparaba en las sombras. Entrometido.

Descolgó el rifle, que estaba junto a la puerta, manteniendo los ojos fijos en el patio tanto como pudo. Detrás de él, Gwen había dejado a Amelia en el suelo de la cocina y pedía auxilio por teléfono. La chica empezó a gemir: se le pasaría. Algún asqueroso intruso la habría asustado, nada más que eso. En su propio territorio.

Denny abrió la puerta y salió al patio. Iba en mangas de camisa y hacía un viento glacial, pero había dejado de llover. A sus pies relucía el suelo, de cada pórtico y canalón caían gotas de agua con un ritmo nervioso que le acompañó mientras cruzaba el patio.

La puerta de la cuadra se volvió a abrir levemente con suavidad, pero esta vez no se volvió a cerrar. No vio nada en el interior. Supuso que se trataría de una jugarreta de la luz que...

Pero no. Había visto a alguien moverse allá dentro. La cuadra no estaba vacía. Algo (y no era el pony) lo estaba observando en ese preciso instante. Verían que llevaba encima un rifle y se pondrían a sudar. Ojalá. Entrar en sus propiedades de esa manera. Que creyeran que les iba a volar las pelotas.

Recorrió la distancia que le separaba de la cuadra con seis pasos confiados y entró en ella.

Tenía el estómago del pony debajo del pie, una de sus patas a la derecha de donde se encontraba y la capa superior roída hasta el hueso. Charcos de sangre espesa reflejaban los agujeros del tejado. Aquella mutilación le dio náuseas.

–De acuerdo –desafió a las tinieblas–. Sal. –Esgrimió el rifle–. ¿Me oyes, bastardo? Fuera, te he dicho, o te dejo listo para el Día del Juicio.

Estaba dispuesto a hacerlo.

En el extremo opuesto de la cuadra algo se agitó entre las balas de paja. «Ya tengo a ese hijo de puta», pensó Denny. El intruso irguió sus dos metros setenta de altura y lo contempló.

–Di-os mí-o.

Y se le vino encima sin previo aviso, se le vino encima como una locomotora, tranquilo y eficiente. Le disparó y la bala le alcanzó en la parte superior del pecho, pero la herida no lo detuvo.

Nicholson se dio la vuelta y echó a correr. Los adoquines del patio estaban resbaladizos y no tenía ninguna posibilidad de ganar la carrera. Lo tuvo a su espalda en dos zancadas y en una más ya lo tenía encima.

Gwen soltó el teléfono al oír el disparo. Llegó corriendo a la ventana a tiempo para ver cómo una figura descomunal eclipsaba a su querido Denny. Aulló al apoderarse de él y lo lanzó al aire como si fuera un saco de plumas. Impotente, observó cómo su cuerpo alcanzaba la cúspide de su trayectoria antes de caer en picado hasta el suelo, con un golpe sordo que Gwen apreció en cada uno de sus huesos. El gigante se abalanzó sobre el cuerpo instantáneamente, aplastándole la adorable cabeza contra el estiércol.

Chilló, tratando de acallar su grito con una mano. Demasiado tarde. Ya había proferido

el chillido y el gigante la estaba contemplando, mirándola detenidamente. Su maldad perforaba la ventana. Dios mío, la había visto y ahora venía a por ella..., cruzando el patio a grandes zancadas. Era un monstruo desnudo que le gruñía una amenaza mientras se iba acercando.

Gwen recogió a Amelia del suelo y la apretó con fuerza contra sí, protegiendo la cara de la niña contra su cuello. A lo mejor así no lo veía, no debía verlo. El ruido de sus pies contra el suelo mojado del patio se hacía cada vez más apremiante. Su sombra invadió la cocina.

–Dios mío, ayúdame.

Estaba empujando la ventana, su cuerpo era tan gigantesco que tapaba la luz, tenía la cara, lúbrica y repugnante, aplastada contra el cristal mojado. Y entró destrozándolo, haciendo caso omiso de los trozos de vidrio que se le clavaron en la piel. Olía a carne infantil. Quería carne infantil. *Obtendría* carne infantil.

Le asomaron los dientes y su sonrisa se convirtió en una obscena carcajada. De la mandíbula le colgaban hilachos de saliva. Como un gato persiguiendo a un ratón en una jaula, daba zarpazos al aire, acercándose cada vez más a su víctima, con el bocado más cerca a cada zarpazo.

Gwen abrió la puerta del vestíbulo cuando el monstruo se cansó de alargar los brazos y empezó a destrozar el marco de la ventana para entrar gateando. Cerró la puerta detrás de ella mientras, al otro lado, la loza era aplastada y la madera astillada, y luego empezó a taparla con todos los muebles que encontró en el vestíbulo. Mesas, sillas, percheros, consciente de que todo eso quedaría reducido a añicos en dos segundos. Amelia estaba arrodillada en el suelo del vestíbulo, tal como la había dejado su madre. Su cara, agradecida, estaba desprovista de expresión.

Bueno, eso era todo lo que podía hacer. Ahora a subir la escalera. Recogió a su hija, que de repente le pareció más ligera que el aire, y subió los peldaños de dos en dos. A mitad de camino el estrépito de la cocina cesó por completo.

Tuvo una crisis de realidad. En el rellano todo era paz y tranquilidad. El polvo se amontonaba sobre el alféizar de la ventana, las flores se marchitaban; todos los infinitesimales trámites domésticos seguían su curso como si no hubiera ocurrido nada.

–Lo he soñado –dijo–. Dios mío, es cierto: lo he soñado.

Se sentó sobre la cama en que Denny y ella habían dormido durante ocho años y trató de pensar con serenidad.

Una asquerosa pesadilla menstrual, no era más que eso, una fantasía de violación totalmente descontrolada. Dejó a Amelia sobre el edredón rosa (Denny odiaba el rosa, pero lo soportaba por ella) y acarició la frente sudorosa de la niña.

–Lo he soñado.

Y entonces la habitación se quedó a oscuras. Levantó la vista sabiendo por adelantado qué iba a ver.

Ahí estaba la pesadilla, contra las ventanas del piso de arriba, abarcando todo el cristal con sus brazos de araña, colgando del marco como un acróbata, enseñando y tapando sus repelentes dientes mientras contemplaba boquiabierto el terror de Gwen.

Se abatió sobre Amelia, arrancándola del lecho y arrastrándola hacia la puerta. Detrás de ella se resquebrajaron los cristales y una bocanada de aire frío se coló en el cuarto. El monstruo se acercaba.

Cruzó el rellano y subió la escalinata, pero él la alcanzó en un santiamén, con la boca abierta como un túnel, después de pasar en cuclillas por la puerta. En el exiguo espacio del rellano parecía aún más descomunal. Gritó de alegría al poner la mano sobre el paquete mudo que Gwen tenía entre sus brazos. Sus manos se apoderaron de Amelia con una insolente naturalidad y tiraron de ella.

La niña gritó cuando la arrancaron del regazo de su madre, a quien dejó cuatro arañazos en la cara.

Gwen se tambaleó, aturdida por la inefable visión que tenía ante sus ojos, y perdió el

Librodot

equilibrio. Mientras caía de espaldas por la escalera vio cómo las hileras de dientes engullían la cara manchada de lágrimas y entumecida de su hija Amelia. Luego se golpeó la cabeza contra la barandilla y se le rompió el cuello. Cuando cayó rodando los seis últimos escalones ya no era más que un cadáver.

A primera hora de la tarde el agua de la lluvia se había dispersado un poco, pero el lago artificial que se había formado en el fondo de la depresión aún tenía varios centímetros de profundidad. Reflejaba serenamente el cielo. Resultaba hermoso pero incómodo. El reverendo Coot recordó discretamente a Declan Ewan que informara al ayuntamiento de la obstrucción de las alcantarillas. Era la tercera vez que se lo pedía, y Declan se sonrojó al oírle.

–Lo siento, yo...

–De acuerdo. No te preocupes, Declan. Pero tenemos que conseguir que las desatasquen.

Una mirada perdida. Un presentimiento. Una idea.

–El otoño siempre las vuelve a atascar, claro.

Coot hizo un amplio gesto circular, una especie de precisión de que en realidad no era tan importante que el ayuntamiento limpiara o no los desagües o cuándo lo hiciera, y su presentimiento desapareció. Había asuntos más urgentes. Por una parte, el sermón del domingo. Por otra, averiguar por qué no lograba ponerse a escribir el sermón esa tarde. Se respiraba un desasosiego en el ambiente que hacía que cada palabra tranquilizadora se volviera gélida al transcribirla sobre el papel. Coot se acercó a la ventana, dándole la espalda a Declan, y se rascó las palmas de las manos. Le dolieron: tal vez tuviera un nuevo acceso de eczema. Si por lo menos pudiera hablar, encontrar palabras con que expresar su desazón, Nunca, a lo largo de sus cuarenta y cinco años, se había sentido tan incapaz de comunicarse; y nunca en su vida había sido tan vital que hablara.

–¿Debo irme? –preguntó Declan.

Coot negó con la cabeza.

–Un poco más. Si haces el favor.

Se volvió hacia el sacristán. Declan Ewan tenía veintinueve años, aunque por la cara parecía mucho mayor; rasgos suaves y pálidos, entradas prematuras.

«¿Qué hará este cara de huevo con mi revelación?», pensó Coot. «Probablemente se echará a reír. Por eso no encuentro las palabras, porque no quiero. Tengo miedo de parecer estúpido. Aquí estoy; un hombre del clero dedicado a los misterios cristianos. Por primera vez en cuarenta monótonos años he vislumbrado algo, una visión quizá, y tengo miedo de que se rían de mí. Eres un estúpido, Coot, un auténtico estúpido.»

Se sacó las gafas. Los rasgos anodinos de Declan se convirtieron en un borrón. Por lo menos ya no tendría que contemplar su sonrisa afectada.

–Declan, esta mañana he recibido lo que sólo puede describirse como... como una... visita.

Declan no dijo nada, el borrón tampoco se movió.

–No sé muy bien cómo llamar a esa... nuestro vocabulario es muy limitado en lo que respecta a esta clase de cosas..., pero, francamente, nunca había presenciado una manifestación tan directa, tan inequívoca de...

Coot se detuvo. ¿Quería decir «Dios»?

–Dios –dijo, sin estar seguro de haberlo dicho.

Declan permaneció callado un momento. Coot se arriesgó a volver a poner las gafas en su sitio. El huevo no se había resquebrajado.

–¿Puedes explicar qué aspecto tenía? –preguntó, completamente sereno.

Coot negó con la cabeza; llevaba todo el día buscando las palabras adecuadas, pero sólo se le ocurrían frases manidas.

–¿Qué aspecto tenía? –insistió Declan.

¿Por qué no quería comprender que no lo podía explicar? «Tengo que intentarlo, pensó Coot, *tengo que hacerlo.»*

–Me quedé en el altar después de maitines... –comenzó–, y noté que una sensación me recorría el cuerpo. Era casi como electricidad. Me puso los pelos de punta. Literalmente de punta.

Al recordar esa sensación se pasó la mano por el corto pelo. El pelo tieso como un campo de maíz rojo. Y el zumbido en las sienes, en los pulmones, en la ingle. En realidad le había provocado una erección, pero era incapaz de confesárselo a Declan. Se quedó en el altar con una erección tan poderosa como si hubiera vuelto a descubrir los placeres de la lujuria.

–No voy a afirmar... no *puedo* afirmar que fuera Dios nuestro señor...

(Aunque fuera eso lo que quería creer, que era el dios de la erección.)

–No puedo afirmar siquiera que fuera cristiano. Pero hoy ha ocurrido algo. Lo he notado.

El rostro de Declan seguía siendo impenetrable. Coot lo contempló unos segundos, esperando encontrar una mueca de desdén.

–¿Y bien? –preguntó.

–¿Y bien qué?

–¿No tienes nada que decir?

El huevo frunció el entrecejo; fue como una arruga sobre su cascarón.

Luego dijo:

–Dios nos asista –casi en un susurro.

–¿Qué?

–Yo también lo noté. No tal y como lo has descrito: no fue como una descarga eléctrica. Pero fue algo.

–¿Por qué nos tiene que asistir Dios, Declan? ¿Tienes miedo de algo?

No contestó.

–Si sabes algo acerca de estas experiencias que yo desconozca... dímelo, por favor. Quiero saber, comprender. Por Dios; *tengo* que comprender.

Declan se lamió los labios.

–Bueno... –Sus ojos se volvieron más inescrutables que nunca; y, por primera vez, Coot intuyó que había un fantasma detrás de ellos. ¿Era, quizá, desesperación?

–Este lugar tiene mucha historia, ¿sabes? –dijo–, historias de cosas... que había en su emplazamiento.

Coot sabía que Declan había estado hurgando en la historia de Zeal. Un pasatiempo sin duda inofensivo: el pasado era el pasado.

–Ha habido un asentamiento que se remonta a una época muy anterior a la de la ocupación romana. Nadie sabe exactamente a cuándo. Probablemente siempre haya habido un templo sobre este lugar.

–No hay nada raro en ello. –Coot le brindó una sonrisa con la intención de que Declan le tranquilizara. Una parte de su ser quería que le dijeran que todo estaba bien en el mejor de los mundos, aunque fuera mentira.

La cara de Declan se ensombreció. No tenía ningún motivo para tranquilizarle.

–Y aquí había un bosque. Inmenso. Los Bosques Salvajes. –¿Seguía habiendo desesperanza en esos ojos? ¿O era nostalgia?–. Ni siquiera un pequeño y apacible huerto. Un bosque en que se podría haber escondido una ciudad; lleno de bestias...

–¿Te refieres a lobos? ¿Osos?

Declan negó con la cabeza.

–Había seres que poseían esta tierra. Antes de Cristo. Antes de que hubiera civilización. La mayoría no logró sobrevivir a la destrucción de su hábitat natural: eran demasiado primitivos, supongo. Pero fuertes. No eran como nosotros; no eran humanos. Eran algo completamente diferente.

–¿Y qué?

Librodot

–Uno de ellos sobrevivió hasta el siglo catorce. Hay una talla, en el altar, que describe su entierro.

–¿En el altar?

–Bajo el manto. La descubrí hace poco: nunca le había prestado demasiada atención hasta esta mañana. Hoy... intenté tocarla.

Abrió el puño y mostró la palma de la mano. La carne estaba cubierta de ampollas. De la piel rasgada manaba pus.

–No duele –explicó–. En realidad está bastante entumecida. Me ha servido de escarmiento. Me lo podía haber imaginado.

La primera reacción de Coot fue pensar que ese hombre estaba mintiendo. Luego pensó que tenía que haber una explicación lógica. Finalmente recordó el dicho de su padre: «La lógica es el último refugio de un cobarde».

Declan se puso a hablar de nuevo. Esta vez estaba excitadísimo.

–Lo llaman «hombre-lobo».

–¿Qué?

–A la bestia que enterraron. Está en los libros de historia. Lo llaman «hombre-lobo» porque tenía la cabeza inmensa y del color de la luna [2] y descarnada.

Declan no pudo evitarlo. Se sonrió.

–Se comía a los niños –dijo, irradiando felicidad, como un bebé a punto de mamar.

Hasta la mañana del sábado no se descubrió la matanza de la granja de los Nicholson. Mick Glossop se dirigía en coche a Londres por la carretera que pasa junto a la granja («No sé por qué. No suelo hacerlo. Es curioso.») y oyó el revuelo que armaba el rebaño de frisonas de los Nicholson, con las ubres hinchadas. Llevaban veinticuatro horas sin ordeñar. Glossop dejó el jeep al lado de la carretera y entró en el patio.

Aunque el sol había salido hacía una hora escasamente, el cuerpo de Denny ya estaba atestado de moscas. En el interior de la casa, lo único que quedaba de Amelia eran jirones de un vestido y un pie descuidado. Al pie de las escaleras yacía el cuerpo sin mutilar de Gwen Nicholson. En su cadáver no se apreciaron heridas ni indicios de abuso sexual.

Hacia las nueve y media Zeal era un hormiguero de policías y todos los rostros del pueblo parecían afligidos. Aunque hubo informes contradictorios acerca del estado de los cuerpos, nadie puso en duda la brutalidad de los asesinatos. Especialmente el de la niña, probablemente descoyuntada. El asesino se había llevado el cuerpo Dios sabe con qué propósito.

La Brigada del Crimen estableció un cuartel general en The Tall Man, se entrevistó a todos los aldeanos. De momento no se descubrió nada. No se habían visto extranjeros en la localidad ni se apreció conducta más sospechosa que la normal en un cazador furtivo o un especulador de terrenos. Fue Enid Blatter, la del busto generoso y los modales maternales, quien mencionó que llevaba más de veinticuatro horas sin ver a Thom Garrow.

Lo encontraron donde lo dejó su asesino, como un botín expoliado en pocas horas. Tenía gusanos en la cabeza y las gaviotas le habían picoteado la carne de las pantorrillas –al descubierto porque los pantalones se le salieron de las botas–, hasta el hueso. Cuando lo sacaron del hoyo se le escurrieron familias enteras de piojos, refugiadas en las orejas.

Esa noche el ambiente del hotel era crispado. En el bar, el sargento y detective Gissing, venido desde Londres para dirigir la investigación, había encontrado en Ron Milton a un oído complaciente. Le gustaba poder conversar con un londinense como él, y Milton alargó la charla durante casi tres horas a base de whisky escocés y agua.

–Veinte años en el cuerpo –repetía, incansable, Gissing– y nunca había visto nada parecido.

Lo que no era absolutamente cierto. Hacía más de una década, se encontró a una puta (o a sus selectos despojos) dentro de una maleta, en la sección de objetos perdidos de la estación

de Euston. Y a un drogadicto que se había empeñado en hipnotizar a un oso polar del zoo de Londres: cuando lo sacaron del estanque estaba hecho un espectáculo lamentable. Stanley Gissing había visto muchas cosas, ya lo creo...

–Pero esto..., jamas había visto nada parecido –insistió–. Para ser honestos, me entraron ganas de vomitar.

Ron no sabía a ciencia cierta por qué se quedaba a escuchar a Gissing; tal vez simplemente para matar la noche. En sus años mozos había sido un radical, nunca le gustaron demasiado los policías, y le producía cierta satisfacción inconfesable comprobar que a ese saco de mierda no le cabía en el diminuto cráneo tamaña monstruosidad.

–Es un jodido lunático –decía Gissing–, puede creerme. Lo atraparemos fácilmente. Un hombre de ésos no tiene control, ¿comprende? No se preocupa por borrar sus huellas, ni le preocupa siquiera vivir o morir. Dios sabe que un tipo que es capaz de desgarrar a una niña de siete años de esa manera está a punto de estallar. Los he visto.

–¿Sí?

–Desde luego. Los he visto llorar como niños, cubiertos de sangre como si acabaran de salir del matadero. Patético.

–O sea que podrá con él.

–Así de fácil –dijo Gissing, haciendo un chasquido con los dedos. Se puso de pie titubeando levemente–. Lo atraparemos, tan seguro como que Dios creó al mono. –Echó una ojeada al reloj y luego al vaso vacío.

Ron no hizo ningún ademán de volver a llenarlo.

–Bueno –dijo Gissing–, tengo que volver a Londres a presentar mi informe.

Se dirigió a la puerta haciendo eses y dejó que Milton se las apañara con la nota.

El hombre-lobo contempló cómo salía del pueblo el coche de Gissing y tomaba la carretera del norte. Los faros iluminaban la noche tenuemente. A pesar de ello, el ruido del motor, acelerado para subir la colina donde se encontraba la granja de los Nicholson, puso nervioso a Rex. Sus rugidos y toses no se parecían a los de ninguna bestia con la que se hubiera encontrado antes, y el *homo sapiens* lo controlaba de alguna manera. Para arrebatar a los usurpadores su reino tendría que doblegar tarde o temprano a una de esas bestias. Rex se tragó el miedo y se preparó para el combate.

La luna mostró sus colmillos.

En el asiento trasero del coche, Stanley estaba a punto de dormirse, soñando con niñas pequeñas. Soñaba que esas encantadoras ninfas subían a la cama por una escalera y que él estaba apostado junto a la escalera mirándolas subir, vislumbrándoles las bragas ligeramente sucias a medida que desaparecían en el cielo. Era un sueño habitual, aunque jamás lo habría reconocido, ni borracho. No es que le avergonzara exactamente; sabía positivamente que muchos de sus colegas tenían vicios igual de excéntricos y a veces mucho menos sabrosos que el suyo. Pero quería ser dueño suyo en exclusiva: era su sueño personal y no estaba dispuesto a compartirlo con nadie.

En el asiento del conductor, el joven oficial que llevaba seis meses haciendo de chófer para Gissing esperaba que el viejo se quedara dormido como un tronco. Entonces, y sólo entonces; podría arriesgarse a enchufar la radio para oír los resultados de cricket. Australia se había quedado muy rezagada en la clasificación: parecía poco probable que se recuperara a última hora. Ah, en el cricket estaba su futuro; gracias a él podría mandar a paseo esa rutina, pensaba mientras conducía.

Ni el pasajero ni el conductor, perdidos en sus ensoñaciones, advirtieron al hombre-lobo. Estaba acechando el coche, su gigantesca zancada le permitía ir al mismo paso, seguirlo por la sinuosa y oscura carretera.

De repente se encolerizó y salió de los campos para plantarse en medio del asfalto.

El conductor dio un giro al volante para esquivar a esa masa inmensa que se abalanzaba contra los faros encendidos aullando como una jauría de perros rabiosos.

El coche patinó sobre el piso mojado, abollándose la aleta izquierda contra los arbustos

Librodot

que bordeaban la carretera y destrozándose el parabrisas al llevarse por delante un revoltijo de ramas. En el asiento trasero Gissing se cayó de la escalera por la que estaba trepando cuando el coche acabó de recorrer el seto y se estrelló contra una puerta de hierro. Gissing salió disparado contra el asiento delantero, asustado pero ileso. El impacto arrancó al conductor del volante y lo despidió por la ventana en cuestión de segundos. Su pie, que reposaba ahora contra la cara de Stanley, se contrajo.

Rex contempló la muerte de la caja de metal desde la carretera. Sus estertores, el aullido de su costado destrozado, su cara lacerada le asustaban. Pero estaba muerto.

Precavido, esperó un rato antes de acercarse a olisquear aquel cuerpo aplastado. Un olor aromático flotaba en el aire, dándole cosquilleos en las fosas nasales. Era la sangre de la caja, cuyo torso herido vertía gotas que se alejaban por la carretera. Se acercó, seguro ya de que la bestia estaba muerta.

Había alguien vivo en la caja. No se trataba de la dulce carne de niño que tanto le gustaba; no era más que carne correosa de macho. Una cara cómica lo miraba de hito en hito. Ojos redondos, como platos. La estúpida boca se abría y cerraba como la de un pez. Le dio una patada a la caja para abrirla y, al ver que no lo conseguía, arrancó las puertas de cuajo. Cogió al macho gimoteante y lo sacó de su refugio. ¿Sería uno de los que habían podido con él? ¿Ese insecto asustado de labios de gelatina? Se rió de sus súplicas y le puso boca abajo, sujetándolo por un pie. Esperó a que dejara de chillar, hurgó entre sus piernas crispadas y encontró la virilidad de aquel hombre. No era grande. De hecho, la tenía muy encogida de miedo. Gissing farfullaba todo lo que se le ocurría; es decir, incoherencias. El único sonido de Stanley que comprendió Rex fue el que estaba profiriendo ahora, el chillido desgarrador que acompañaba siempre a una castración. Al acabar dejó caer a Gissing al lado del coche.

El motor aplastado empezaba a arder, lo estaba oliendo. No era tan bestia como para tener miedo del fuego. Lo respetaba, desde luego; pero no lo temía. El fuego era un instrumento, lo había usado muchas veces: para quemar a sus enemigos, incinerarlos en la cama.

Se apartó del coche cuando la llama encontró la gasolina y produjo una explosión. Las lenguas de fuego se abalanzaron contra él y notó cómo se le chamuscaba el pelo del pecho, pero el espectáculo lo tenía demasiado cautivado como para apartar los ojos. El fuego siguió el rastro de sangre de la bestia, consumiendo a Gissing y relamiendo los regueros de gasolina como un perro excitado un rastro de pis. Rex contempló el espectáculo y aprendió una nueva y mortífera lección.

En el caos de su estudio, Coot trataba sin éxito de resistirse al sueño. Había pasado buena parte de la tarde en el altar y un rato con Declan. Esa noche no habría oraciones, sólo meditaciones. Sobre la mesa de despacho tenía una copia de la talla del altar; llevaba una hora examinándola sin ningún resultado. O la talla era demasiado ambigua o él tenía poca imaginación. En cualquier caso, no acertaba a deducir gran cosa de la imagen. Describía sin duda un entierro, pero eso fue casi todo lo que sacó en limpio. Tal vez el cuerpo fuera un poco más grande que el de los acompañantes, pero no tenía nada de excepcional. Pensó en el pub de Zeal, The Tall Man, y se sonrió. Podía ser que a un ingenioso medieval le hubiera gustado la idea de dibujar el entierro de un cervecero debajo de la sabanilla del altar.

En el vestíbulo el reloj estropeado dio las doce y cuarto, lo que quería decir que era casi la una. Coot se levantó de la mesa, se estiró y apagó la lámpara. Le sorprendió la intensidad de la luz de la luna que se colaba por un desgarrón de la cortina. Era una luna llena, de septiembre, y daba una luz exuberante, aunque fría.

Colocó la alambrera delante del fuego y salió al pasillo ensombrecido, cerrando la puerta detrás de él. El reloj hacía un tictac ruidoso. En algún lugar camino de Goudhurst oyó la sirena de una ambulancia.

«¿Qué ocurre?», pensó, y abrió la puerta delantera para ver mejor. Se distinguían faros

Librodot

sobre la colina y el latido alejado de las luces azules de la policía, más rítmicas que el tictac que sonaba a su espalda. Un accidente en la carretera que iba hacia el norte. Demasiado pronto para que hubiera hielo. Además, no hacia tanto frío. Contempló cómo las luces, plantadas sobre la colina como joyas sobre el lomo de una ballena, se alejaban parpadeando. En realidad hacía bastante frío. No hacía tan buen tiempo como para quedarse en él...

Frunció el entrecejo; había sorprendido algo, un movimiento en el extremo opuesto del camposanto, bajo los árboles. La luz de la luna proyectaba una escena en blanco y negro. Tejos negros, piedras grises, un crisantemo blanco que derramaba sus pétalos sobre una tumba. Y, a la sombra de los tejos, una silueta negra, pero dibujada nítidamente contra la lápida de un túmulo de mármol. La silueta de un gigante.

Coot salió de la casa con paso vacilante.

El gigante no estaba solo. Alguien estaba arrodillado ante él, una figura más pequeña y humana, con la cara levantada e iluminada. Era Declan. Hasta de lejos se advertía que le estaba sonriendo a su amo.

Coot quiso acercarse; ver aquella pesadilla más de cerca. Al dar el tercer paso hizo crujir la grava.

El gigante pareció moverse en la oscuridad. ¿Se estaba dando la vuelta para mirarlo? Coot se quedó pálido. No, ojalá esté sordo; por piedad, Dios mío, que no me vea, hazme invisible.

Aparentemente su súplica fue escuchada. El gigante no dio indicios de haberle visto acercarse. Haciendo acopio de valor, Coot avanzó por un camino de lápidas, haciendo eses de tumba a tumba, en busca de protección, apenas osando respirar. Cuando llegó a pocos pasos de la escena pudo ver cómo inclinaba la criatura su cabeza en dirección a Declan; oyó los ásperos sonidos guturales que emitía su garganta. Pero la escena era algo más que eso.

Declan tenía las vestiduras rasgadas y sucias, su pequeño pecho estaba desnudo. La luz de la luna le iluminaba el esternón, las costillas. Su estado y su posición no dejaban lugar a dudas. Lo estaba adorando, pura y simplemente. Coot oyó ruido de salpicaduras; se acercó un poco más y vio que el gigante estaba dirigiendo un chorro reluciente de orina a la cara levantada de Declan. Le entraba por la boca, le salpicaba el torso. Declan no dejó de irradiar alegría mientras recibió ese bautismo; aún más, movía la cabeza de lado a lado, satisfecho de que lo humillaran de pies a cabeza.

El aire llevó el olor de la orina de la criatura hasta Coot. Era ácido, repugnante. ¿Cómo podía Declan soportar que le cayera una sola gota encima o, mucho peor, chapotear en ella? Coot quiso chillar, detener ese espectáculo de depravación, pero incluso a la sombra del tejo la silueta del monstruo era aterrorizadora. Era demasiado alta y ancha para ser humana.

Se trataba sin duda de la Bestia del Bosque Salvaje que Declan le había intentado describir; era el devorador de niños. ¿Había imaginado Declan, al elogiar a este monstruo, qué poder llegaría a tener sobre su conciencia? ¿Supo desde siempre que si la bestia llegaba hasta él olisqueando su rastro se arrodillaría ante ella, la llamarla «señor» (antes de Cristo, antes de la civilización, había dicho), permitiría que le descargara la vejiga encima con una sonrisa en los labios?

Sí. Claro que sí.

Así que mejor dejarle disfrutar de ese momento. «No te juegues el pellejo, pensó Coot, está donde quiere estar.» Se alejó muy despacio hacia la sacristía, con los ojos todavía puestos sobre la escena de degradación que tenía delante. El bautista dejó caer las últimas gotas, pero Declan había recogido algo de líquido con las manos. Se las llevó a la boca y bebió.

Coot tuvo un acceso de náuseas irreprimible. Cerró un segundo los ojos para dejar de ver aquello. Cuando los volvió a abrir descubrió que el rostro ensombrecido de la bestia estaba vuelto hacia él, que lo miraba con unos ojos que ardían en la oscuridad.

–Dios bendito.

Lo estaba mirando. Esta vez no cabía duda alguna, lo veía. Rugió y su cabeza cambió de

forma en las sombras al abrir una boca horrible e inmensa.

–Jesusito de mi vida.

Ya estaba cargando hacia él con la agilidad de un antílope, dejando a su acólito desplomado bajo un árbol. Coot se dio la vuelta y corrió, corrió como no lo había hecho en muchos años, saltando sobre las lápidas en su estampida. La puerta estaba a pocos metros; era su único refugio. Quizá no resistiera demasiado, pero le daría tiempo para pensar, para encontrar un arma. Corre, cabrón. Como si el diablo te pisara los talones. Cuatro metros.

Corre.

La puerta estaba abierta.

Casi a mano; a un metro...

Cruzó el umbral y se giró en redondo para cerrarle la puerta a su perseguidor. Pero ¡no! Rex había introducido la mano por la puerta, una mano tres veces más grande que la de un hombre. Daba brazadas en el aire, tratando de alcanzar a Coot, sin dejar de rugir.

Éste se apoyaba con todo su peso contra la puerta de roble. El montante, revestido de acero, se clavó en el antebrazo de Rex. El rugido se hizo aullido: la perfidia y el dolor se unieron en un grito estentóreo que se oyó de un extremo a otro de Zeal.

Atravesó la noche, llegando incluso hasta la carretera norte, donde estaban recogiendo los restos de Gissing y su conductor para envolverlos en plástico. Resonó en las gélidas paredes de la cámara mortuoria, donde Denny y Gwen Nicholson empezaban ya a descomponerse. También se oyó en las habitaciones de Zeal, donde yacían juntos parejas de seres vivos, quizá con un brazo por debajo del cuerpo del compañero; donde los ancianos velaban escrutando la geografía del techo; donde los niños soñaban con el claustro materno y los bebés lloraban por él. Se oyó una, dos, tres y mil veces mientras Rex se debatió ante la puerta.

Los aullidos le dieron vértigo a Coot. Farfulló plegarias, pero la ayuda de las alturas no daba muestras de ir a bajar sobre él. Sintió que le empezaban a flaquear las fuerzas. El gigante se iba abriendo camino lentamente, desentornando la puerta centímetro a centímetro. Los pies de Coot se deslizaban por el suelo demasiado barnizado, los músculos le temblaban al desfallecer. Era una lucha en la que no tenía ninguna posibilidad de vencer si pretendía medir la fuerza de cada uno de sus tendones contra los de la bestia. Si quería ver amanecer, necesitaba una estrategia.

Coot hizo más presión contra la puerta, paseando los ojos por el pasillo en busca de un arma. No debía entrar: no debía dejar que se le impusiera. El aire estaba impregnado de un olor acre. Se vio fugazmente desnudo y arrodillado delante del gigante, que le orinaba en la cara. Esa escena le sugirió muchas perversiones más: todo lo que podía hacer para evitar que entrara era pensar en obscenidades. Le estaba royendo la conciencia, introduciendo una cuña de mugre en sus recuerdos, arrancándole ideas enterradas en el subconsciente. ¿No exigiría que lo adoraran como cualquier dios? ¿Y no serían sus exigencias claras y factibles, y no ambiguas, como las del señor a quien había servido hasta ese día? Era una buena idea: entregarse a ese dios que golpeaba el otro lado de la puerta, quedarse quieto delante de él y dejar que lo destrozara.

Cabeza Cruda. El nombre le resonaba como un latido en el oído. Cabeza. Cruda.

Desesperado, comprendiendo que sus débiles defensas mentales estaban a punto de venirse abajo, sus ojos se posaron sobre la estantería llena de vestidos que había a la izquierda de la puerta.

Cabeza. Cruda. Cabeza. Cruda. El nombre era como un mandato. Cabeza. Cruda. Cabeza. Cruda. Le sugería una cabeza rapada, sin defensas, una cosa a punto de estallar de dolor o de placer, poco importaba. Pero resultaría fácil descubrirlo...

Ya casi se había apoderado de él, lo sabía: ahora o nunca. Apartó una mano de la puerta y la estiró hacia la balda, en busca de un bastón. Sentía un cariño especial por uno de ellos. Lo llamaba su bastón de «campo a través», una vara de metro y medio de fresno sin corteza, usada y dura. La agarró con la punta de los dedos.

Rex había sacado partido de la falta de resistencia que le oponía Coot y estaba introduciendo ya su brazo correoso, indiferente a los desgarrones que le producía la jamba. La mano, y sus dedos –fuertes como el acero–, habían alcanzado los pliegues de la chaqueta de Coot.

Este levantó la vara de fresno y golpeó el codo de Rex donde el hueso estaba más cerca de la piel. La madera se astilló con el golpe, pero cumplió su cometido. El monstruo retiró velozmente la mano y empezó a aullar de nuevo. Al desaparecer los dedos, Coot cerró de un portazo y echó el pestillo. Hubo un breve compás de espera, tan sólo unos segundos, antes de que volviera a empezar el ataque, esta vez fueron dos puños los que golpearon la puerta. Las bisagras empezaban a combarse, la madera rechinaba. Pasaría poco tiempo, poquísimo tiempo, antes de que lograra entrar. Era fuerte y ahora, además, estaba furioso.

Coot cruzó el vestíbulo y cogió el teléfono. «Policía», dijo, y empezó a marcar. ¿Cuánto tiempo le quedaba hasta que la bestia recapacitara, dejara la puerta en paz y se dirigiera a los ventanales? Estaban sellados con plomo, pero cederían en seguida. Disponía de algunos minutos como mucho, probablemente de segundos; dependía de la capacidad intelectual del monstruo.

La conciencia de Coot, liberada del influjo de la de Rex, era una algarabía de fragmentos de súplicas y plegarias. «Si me muero –se sorprendió pensando– ¿seré recompensado en el cielo por morir de una manera más brutal que la que le espera en buena lógica a cualquier cura de pueblo? ¿Otorga el paraíso alguna compensación a quien muere con las entrañas fuera en el vestíbulo de su propia sacristía?»

En la comisaría de policía sólo quedaba un oficial de servicio: el resto estaba en la carretera norte recogiendo los restos de la fiesta de Gissing. El pobre hombre apenas si podía comprender las súplicas del reverendo Coot, pero el ruido de madera astillada y el eco de los aullidos que tapaban sus balbuceos eran inconfundibles.

El oficial colgó el teléfono y pidió ayuda por radio. La patrulla de la carretera norte tardó veinte o veinticinco minutos en contestar. En ese tiempo Rex había hundido el paño de la puerta de la sacristía y se disponía a destrozar el resto. Eso no significaba que la patrulla lo supiera. Después de lo que acababan de ver, el cuerpo carbonizado del conductor y la virilidad diezmada de Gissing, se habían vuelto tan insolentes como antiguos veteranos de guerra. Al oficial de comisaria le costó un minuto largo convencerlos de que la voz de Coot estaba totalmente descompuesta. Para entonces Rex ya había logrado entrar.

Ron Milton contemplaba desde el hotel el desfile de luces parpadeantes por la colina, escuchaba las sirenas y los aullidos de Rex y las dudas le asediaban. ¿Era éste el tranquilo pueblo en el campo en que quiso instalarse con su familia? Miró a Maggie, a quien el ruido había despertado, pero que se había vuelto a dormir. Tenía un frasco de somníferos sobre la mesilla de noche, casi vacío. Se sintió protector, aunque ella se le hubiera reído en las narices: quería ser su héroe. Sin embargo, era ella quien iba a clases de defensa personal por la noche, mientras él engordaba a base de comidas caras. Le producía una tristeza inexplicable verla dormir, saber que tenía tan poco poder sobre la vida y la muerte.

Rex estaba en medio del vestíbulo de la sacristía envuelto en confetis de madera. Tenía el torso acribillado de astillas y docenas de heridas pequeñas le sangraban por el cuerpo jadeante. Su sudor acre impregnaba el vestíbulo como si de incienso se tratara.

Olisqueó el aire en busca de su hombre, pero ya debía de estar lejos. Apretó los dientes, frustrado, emitió un leve silbido gutural y se dirigió a grandes zancadas hacia el estudio. El ambiente era cálido y confortable en esa habitación, lo notaba a veinte metros de distancia. Rodeó la mesa de despacho y destrozó dos sillas, en parte para ganar espacio, pero sobre todo por el placer de destrozar, luego arrojó el guardafuego y se sentó. Estaba rodeado de calor: un calor curativo y vivo. Le deleitaba sentir cómo le acariciaba la cara, el bajo vientre, las extremidades. También le calentaba la sangre, evocándole recuerdos de otros fuegos, de

fuegos que había provocado en campos de trigo en flor.

Y le vino a la memoria otro fuego, cuyo recuerdo trataba de eludir, pero no podía dejar de pensar en él: la humillación de aquella noche le acompañaría siempre. Habían escogido cuidadosamente la estación: era verano avanzado, no había llovido en dos meses. El sotobosque del Bosque Salvaje era pura yesca, hasta los árboles vivos prendían fácilmente. Le habían hecho salir de su fortaleza con los ojos bañados en lágrimas, aturdido y asustado, y se vio rodeado por cantidad de estacas con púas, de redes y de... esa *cosa* que esgrimían, cuya sola vista le detenía.

Claro que no fueron lo bastante valientes como para matarlo: eran demasiado supersticiosos para eso. Además, ¿no estaban reconociendo su autoridad mientras lo herían, no era su terror el homenaje que le ofrecían? Por eso lo enterraron vivo, y eso fue peor que la muerte. ¿No fue eso lo peor de todo? Porque podía vivir toda una eternidad sin morir jamás, ni aunque lo metieran bajo tierra. Lo dejaron condenado a esperar cien años y a sufrir, a esperar un siglo y otro siglo, mientras las generaciones pisaban la tierra que tenía encima, vivían, morían y lo olvidaban. A lo mejor no lo olvidaron las mujeres: incluso a través de la tierra podía distinguir su olor cuando se acercaban a la tumba y, aunque no supieran nada de él, se sentían inquietas y convencían a sus maridos de que se marcharan para siempre de aquel lugar, de forma que se quedaba absolutamente solo, sin que un solo espigador le hiciera compañía. La soledad era la venganza de los hombres, creía, por la época en que él y sus hermanos se habían llevado a las mujeres a los bosques, las habían desnudado, violado y soltado, sangrando, pero fértiles. Morían al parir los frutos de las violaciones; ninguna anatomía femenina podía soportar los pataleos de un híbrido, sus dientes o su angustia. Ésa fue la única venganza que él y sus hermanos se tomaron sobre el sexo débil.

Rex se acarició y contempló la reproducción de *La luz del mundo* que colgaba con su marco dorado encima de la repisa de la chimenea de Coot. La imagen no le suscitaba temor ni remordimiento: era una descripción de un mártir asexuado, desconsolado y con ojos de liebre. Eso no suponía ningún obstáculo. El verdadero poder, la única potencia que podía derrotarlo, había desaparecido aparentemente: se había perdido para siempre, un pastor virgen le había usurpado el trono. Eyaculó en silencio y su semen fino cayó en el hogar. El mundo era suyo; lo iba a gobernar sin ningún tipo de oposición. Tendría calor y comida en abundancia. Hasta bebés. Sí, carne de bebé, era la mejor. Criaturas recién paridas, todavía ciegas.

Se estiró, suspirando ante la perspectiva de tantos finos bocados, con la cabeza repleta de monstruosidades.

Desde su refugio en la cripta, Coot distinguió el chirrido de los coches de policía al detenerse junto a la sacristía y luego el ruido de pasos sobre el camino de grava. Decidió que había por lo menos media docena. Sería suficiente, sin duda.

Atravesó con cuidado las tinieblas, dirigiéndose a la escalera.

Alguien lo tocó: estuvo a punto de chillar, pero se mordió a tiempo la lengua.

–No te vayas ahora –le dijo una voz por detrás. Era Declan, y hablaba demasiado alto como para tranquilizarlo. El monstruo estaba encima de ellos, en alguna parte, los oiría si no se andaban con ojo. Por Dios, que no los oyera.

–Está encima de nosotros –dijo Coot en un susurro.

–Ya lo sé.

Parecía que la voz le saliera de las entrañas y no de la garganta; era como si tuviera un filtro de mugre.

–Hagamos que baje, ¿no? Te quiere, ¿sabes? Quiere que yo...

–¿Qué te ha pasado?

El rostro de Declan se distinguía en la oscuridad. Hizo una mueca, enloquecido.

–Creo que a lo mejor también te quiere bautizar a ti. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría? Se

meó encima de mí, ¿comprendes? Y eso no es todo. No, quiere más que eso. Lo quiere todo. ¿Me oyes? Todo.

Declan agarró a Coot con un abrazo de oso que apestaba a la orina de la criatura.

–¿Vienes conmigo? –le dijo a Coot con una mirada maliciosa.

–Pongo mi fe en Dios.

Declan se echó a reír. No fue una risa estúpida; rezumaba verdadera compasión por aquella alma perdida.

–Él es Dios –replicó–. Estaba aquí antes de que se construyera esta casa de mierda, y tú lo sabes.

–También había perros.

–¿Eh?

–Y eso no significa que les tenga que dejar que me levanten la pata y se me meen encima.

–¡Si será listo el cabrón! –dijo Declan con la sonrisa torcida–. Él te enseñará. Cambiarás.

–No, Declan. Suéltame.

El abrazo era demasiado estrecho.

–Subamos las escaleras, cara de acelga. No hay que hacer esperar a Dios.

Arrastró a Coot hacia las escaleras sin dejar de abrazarlo. Ni palabras ni argumentos lógicos, a Coot no se le ocurría nada: ¿qué podía decir para que Declan comprendiera su degradación? Entraron torpemente en la iglesia, y Coot miró inmediatamente el altar, buscando un poco de alivio, pero no consiguió nada. Estaba devastado. Las vestiduras estaban hechas jirones y untadas de excrementos, la cruz y las palmatorias estaban en medio de una hoguera de libros de oraciones que ardía alegremente sobre los escalones del altar. Por la iglesia flotaban carbonillas, el aire estaba lleno de humo.

–¿Has hecho tú esto?

Declan gruñó.

–Él quiere que destruya todo esto. Que lo desmonte piedra a piedra si no queda más remedio.

–No se atreverá.

–Claro que sí. No le tiene miedo a Jesús, no le tiene miedo a... Su seguridad desapareció de repente, fue un instante muy significativo, y Coot explotó esa vacilación.

–Aquí hay algo a lo que le *tiene* miedo. Si no, habría venido él y lo habría hecho solo...

Declan no miraba al sacerdote. Tenía los ojos vidriosos.

–¿Qué es, Declan? ¿Qué es lo que no le gusta? Puedes decírmelo. Declan le escupió a Coot en la cara un esputo de flema que le colgó de la mejilla como una babosa.

–No es asunto tuyo.

–En nombre de Dios, Declan, mira en qué te ha convertido.

–Reconozco a mi señor en cuanto lo veo...

Declan estaba temblando.

–... y tú vas a hacer lo mismo.

Obligó a Coot a darse la vuelta, a mirar hacia la puerta que daba al sur. Estaba abierta, y la criatura se encontraba en el umbral, agachándose ágilmente para entrar por el portal. Coot vio por primera vez con claridad a Rex y empezó a tener miedo de veras. Había tratado de no pensar demasiado en su tamaño, su mirada, sus orígenes. Ahora, mientras se le acercaba a pasos lentos, hasta majestuosos, reconoció su poderío. A pesar de su melena y de sus aterradoras hileras de dientes no era una mera bestia; lo estaba atravesando con la mirada, que relucía con un desprecio más profundo del que pudiera sentir ningún animal. Abrió la boca más y más; los dientes, de dos y cuatro centímetros de largo, no dejaban de descubrirse, y aún no había abierto la boca del todo. Cuando no tuvo escapatoria, Declan soltó a Coot. Éste, de todas formas, no se habría movido: aquella mirada era demasiado insistente. Rex alargó la mano y recogió a Coot. El mundo se puso a dar vueltas...

Librodot

Había siete agentes y no seis, como creyó Coot. Tres iban armados. Sus armas procedían de Londres, el sargento y detective Gissing las había encargado. El difunto sargento y detective Gissing, que pronto habría de ser condecorado póstumamente. Esos siete bravos y valientes estaban bajo el mando del sargento Ivanhoe Baker. Ivanhoe no era un héroe, ni por afición ni por educación. La voz, que esperaba que no le traicionara y diera las órdenes pertinentes cuando llegara el momento, se le convirtió en un gañido apagado cuando Rex salió del interior de la iglesia.

–¡Ya lo veo! –dijo.

Todo el mundo lo veía: medía dos metros setenta, iba cubierto de sangre y parecía la encarnación del infierno andante. A nadie le hacía falta que se lo señalaran. Sin que Ivanhoe lo ordenara, le apuntaron con la pistola: los hombres desarmados se sintieron desnudos; besaron sus porras y se pusieron a rezar. Uno de ellos echó a correr.

–¡Quieto! –chilló Ivanhoe; si esos hijos de puta salían corriendo se quedaría solo. No le habían provisto de una pistola, sólo le dieron autoridad, y eso no suponía ningún alivio.

Rex seguía sujetando a Coot por el cuello con el brazo extendido. El reverendo pataleaba a medio metro del suelo, con la cabeza reclinada y los ojos cerrados. El monstruo esgrimió el cuerpo ante sus enemigos en prueba de su poder.

–¿Podemos... por favor... podemos... disparar a ese bastardo? –inquirió uno de los agentes armados.

Ivanhoe tragó saliva antes de contestar.

–Alcanzaremos al cura.

–Ya está muerto –dijo el agente.

–No lo sabemos.

–Tiene que estarlo. Mírelo.

Rex sacudía a Coot como si fuera un edredón, y a ese edredón, para disgusto de Ivanhoe, se le estaba cayendo el relleno. Luego la bestia lanzó casi con desgana a Coot contra la policía. El cuerpo golpeó la grava a pocos metros de la puerta y se quedó inmóvil. Ivanhoe recuperó la voz...

–¡Disparen!

Los agentes no necesitaban que nadie los animara; ya habían apretado el gatillo antes de que acabara de pronunciar la palabra.

Tres, cuatro, cinco balas alcanzaron a Rex en rápida sucesión, casi todas en el pecho. Le escocieron y levantó un brazo para protegerse la cara. Con la otra mano se cubrió los huevos. Era un dolor que no había previsto. La herida que le provocó el rifle de Nicholson fue olvidada gracias a la alegría de la sangría que vino inmediatamente después, pero estos dardos le hacían daño y no cejaban. Le entró miedo. El instinto le impulsaba a lanzarse contra esas trayectorias explosivas y centelleantes, pero sentía un dolor demasiado intenso. En lugar de eso, dio la vuelta y emprendió la retirada saltando por encima de las tumbas mientras se dirigía hacia el refugio de las colinas. Conocía bosquecillos, madrigueras y cuevas donde esconderse y hacer tiempo para meditar acerca de este nuevo contratiempo. Pero antes que nada tenía que eludir a esos hombres.

Se lanzaron inmediatamente en su persecución, excitados por la facilidad de su victoria, dejando a Ivanhoe que convirtiera en palangana una de las tumbas, la limpiara de crisantemos y vomitara.

En cuanto empezó a subir por la cuesta, Rex comprobó que no había farolas a lo largo de la carretera y se sintió más seguro. Podía disolverse en la oscuridad, en la tierra, lo había hecho miles de veces. Atajó por un campo. Aún no habían cosechado la cebada, que se inclinaba por el peso de las semillas. La pisoteó al atravesarla, moliendo granos y tallos. A su espalda los perseguidores empezaban a perder terreno. El coche en que se habían montado en tropel se detuvo junto a la carretera; distinguía sus luces, una azul y dos blancas, a lo lejos. El enemigo profería una algarabía de órdenes, palabras que Rex no comprendía. No tenía

importancia; conocía a los hombres. Se asustaban en seguida. No saldrían a buscarlo demasiado lejos; usarían la oscuridad como excusa para posponer la persecución, diciéndose que en cualquier caso sus heridas eran mortales. Eran tan crédulos como niños.

Subió a la cima de la colina y contempló el valle. Detrás de la carretera, iluminado: con los faros del coche del enemigo, el pueblo era como una rueda de luz cálida, con destellos intermitentes de luz azul y roja en el cubo. Más allá, se extendía por todas partes el manto impenetrable de la oscuridad de las colinas, sobre las que brillaban en enjambres y espirales las estrellas. De día parecía un valle acolchado, un pueblecito de maqueta. De noche era insondable, le pertenecía más a él que a sus enemigos.

Éstos ya volvían a sus guaridas, como había previsto. La persecución había concluido por el momento.

Se tumbó en el suelo y contempló cómo se consumía un meteoro y caía hacia el sudoeste. Fue un resplandor breve e intenso, que dibujó los contornos de una nube y luego desapareció. Aún faltaba mucho para que se hiciera de día, disponía de algunas horas por delante para curarse. Pronto volvería a estar fuerte: y entonces, entonces... los reduciría a todos a cenizas.

Coot no estaba muerto: pero quedó tan maltrecho que apenas si había diferencia. Tenía el ochenta por ciento de los huesos fracturados o rotos; la cara y el cuello eran un laberinto de desgarrones; tenía una mano tan aplastada que resultaba irreconocible. Era bastante probable que muriera. Sólo era cuestión de tiempo y de falta de voluntad.

En el pueblo quienes habían entrevisto tan sólo un fragmento de lo que ocurrió en la depresión ya andaban contando su versión de la historia, y los testimonios concedían crédito a las fabulaciones más fantásticas. El caos del camposanto, la puerta derrumbada de la sacristía, el coche acordonado de la carretera que iba al norte. Fueran cuales fuesen, pasaría mucho tiempo antes de que se olvidaran los sucesos de la noche de aquel sábado.

No se celebró el oficio por el festival de la cosecha, hecho que no sorprendió a nadie.

Maggie insistía:

–Quiero que volvamos todos a Londres.

–Ayer querías quedarte. Integrarte en la comunidad.

–Eso fue el viernes, antes de todo este... este... Hay un maníaco suelto, Ron.

–Si nos vamos ahora, no volveremos nunca.

–¿Qué estás diciendo? Claro que volveremos.

–Si nos vamos cuando el pueblo está amenazado, tenemos que abandonarlo para siempre.

–Eso es ridículo.

–Eras tú la que tenía tanto empeño en que nos vieran, en que nos integráramos en la vida del pueblo. Bueno, pues también tendremos que solidarizarnos con las víctimas. Y yo me quedo... quiero ver qué pasa. Tú puedes volver a Londres. Llévate a los niños.

–No.

Ron suspiró con fuerza.

–Quiero comprobar que lo han capturado: sea quien sea. Quiero ver que el asunto está resuelto, verlo con mis propios ojos. Es la única manera de que nos volvamos a sentir a salvo en este lugar.

Maggie asintió a regañadientes.

–Al menos salgamos un rato del hotel. La señora Blatter se está volviendo turulata. ¿Nos acercamos a verla en coche? A que nos dé un poco el aire...

–Sí, ¿por qué no?

Hacía un maravilloso día de septiembre: el campo, siempre dispuesto a sorprender, rebosaba de vitalidad. Flores tardías ponían una nota de color a los setos que bordeaban la carretera, los pájaros se les cruzaban por delante del coche. El cielo tenía un azul celeste, las

Librodot

nubes eran como una fantasía en crema. A pocas millas del pueblo empezó a disiparse el recuerdo de los horrores de la noche anterior y la exuberancia de aquel día comenzaba a alegrar los ánimos de la familia. Cuanto más se alejaban de Zeal menos miedo sentía Ron. Al poco rato se puso a cantar.

En el asiento trasero, Debbie se hacía la caprichosa. Unas veces «Tengo calor, papá», otras «Quiero un zumo de naranja, papá»; cuando no decía «Tengo pis».

Ron dejó el coche en un tramo vacío de carretera y se hizo el padre indulgente. Los niños lo habían pasado muy mal; hoy se les podía consentir un poco.

–De acuerdo, cariño, puedes hacer pis aquí y luego iremos a por un helado.

–¿Dónde está el re-re? –preguntó ella. Qué expresión más estúpida; era un eufemismo de su suegra.

Maggie intervino. Era más hábil con los caprichos de Debbie que Ron.

–Lo puedes hacer detrás del seto –le sugirió.

Debbie puso cara de aterrorizada. Ron intercambió una sonrisita con Ian.

El niño tenía cara de estafado. Empezó a hacer muecas, imitando a un perro con las orejas gachas.

–Date prisa, ¿quieres? –murmuró–. Así podremos ir a algún sitio agradable.

«Un sitio agradable», pensó Ron. «Quiere decir un pueblo. Es un niño de ciudad: va a costar mucho tiempo convencerle de que una colina con una buena vista es algo agradable.» Debbie seguía imposible.

–No puedo ir ahí, mama...

–¿Por qué?

–Me podría ver alguien.

–Nadie te va a ver, cariño –la tranquilizó Ron–. Haz lo que te dice tu madre. –Se volvió hacia su mujer–. Acompáñala, amor.

Maggie no se inmutó.

–No es necesario.

–No puede saltar la verja sola.

–Ve tú con ella entonces.

Ron no estaba dispuesto a ponerse a discutir; se obligó a sonreír.

–Vamos –dijo.

Debbie bajó del coche y Ron la ayudó a saltar la puerta de hierro para que llegara al campo. Lo acababan de cosechar. Olía a... tierra.

–No mires –le advirtió, atenta–, no *debes* mirar.

A sus nueve tiernos años ya era una manipuladora.

Podía jugar con él mejor que con el piano, por muchas clases de música que recibiera. Él lo sabía tan bien como ella. Le sonrió y cerró los ojos.

–De acuerdo. ¿Lo ves? Tengo los ojos cerrados. Date prisa, Debbie. Por favor.

–Prométeme que no me espiarás.

–No te espiaré –Dios mío, pensó, lo está convirtiendo en una auténtica obra de teatro–. Date prisa.

Echó una ojeada al coche. Ian estaba sentado detrás, leyendo, absorto en alguna novela de aventuras barata, impertérrito. El chico era demasiado serio: una sonrisa a medias de vez en cuando era todo lo que conseguía sacarle Ron. No era afectación, no se trataba de una expresión teatral de misterio. Se contentaba con que su hermana representara todos los papeles.

Detrás del seto, Debbie se bajó las bragas de domingo y se puso en cuclillas pero, después de tanto jaleo, se le habían ido las ganas de hacer pis. Se concentró, pero eso sólo sirvió para hacerlo más difícil.

Ron oteó el horizonte. Unas gaviotas se disputaban un bocado de cardenal. Las estuvo contemplando un rato, cada vez más impaciente.

–Venga, cariño.

Librodot

Volvió a mirar al coche; Ian lo estaba observando, con el aburrimiento, o algo parecido, pintado en la cara. ¿Había algo más, una profunda resignación?, pensó Ron. El niño se puso a leer de nuevo su cómic, *Utopía,* haciendo caso omiso de su mirada.

Y entonces chilló Debbie; fue un grito de los que destrozan tímpanos.

–¡Jesucristo! –Ron saltó la puerta al instante con Maggie pisándole los talones.

–¡Debbie!

Se la encontró de pie contra el seto, mirando el suelo, balbuciendo y con la cara roja.

–¿Qué ocurre, por el amor de Dios?

Farfullaba sonidos incoherentes. Ron siguió la trayectoria de su mirada.

–¿Qué pasa? –A Maggie le costaba trabajo saltar la puerta.

–Nada... nada.

Había un bulto muerto a medio enterrar en una esquina del campo, entre un montón de escombros. Le habían arrancado los ojos; el pellejo, podrido, hormigueaba de moscas.

–Dios mío, Ron.

Maggie lo miró acusadoramente, como si fuera él quien había dejado eso ahí a mala fe.

–No te preocupes, amor –dijo adelantándose a Ron y estrechando a Debbie entre sus brazos.

Sus sollozos se calmaron un poco. Niños de ciudad, pensó Ron. Tendrían que acostumbrarse a este tipo de cosas si querían vivir en el campo. Aquí no había barrenderos que se llevaran cada mañana a los gatos atropellados. Maggie la estaba acunando, parecía más tranquila.

–Se le pasará –dijo Ron.

–Claro que sí. ¿Verdad que sí, cariño? –Maggie la ayudó a subirse las bragas. Seguía gimoteando. El susto le había hecho olvidar su deseo de un poco de intimidad.

En el coche, Ian oyó el maullido de su hermana y trató de concentrarse en el cómic. «Es capaz de cualquier cosa con tal de llamar la atención», pensaba. «Que haga lo que quiera.»

De repente se quedó a oscuras.

Levantó la vista del libro, malhumorado. A la altura de su hombro, a unos veinte centímetros de distancia, había algo agachado para verlo mejor. Tenía una cara monstruosa. Trató de chillar, pero no pudo: tenía la lengua paralizada. Todo lo que pudo hacer fue arañar el asiento y patalear inútilmente cuando unos brazos largos y llenos de cicatrices entraron por la ventana para atraparlo. Las uñas de la bestia le rasparon los tobillos y le destrozaron los calcetines. Perdió uno de sus zapatos nuevos en el forcejeo. Le había cogido por el pie y le arrastraba por el mojado asiento hacia la ventana. Recuperó la voz. No es que fuera exactamente su voz, era una voz patética, ridícula, que no tenía nada que ver con el pánico que se había apoderado de él. De todas formas, ya era demasiado tarde; le había sacado las piernas por la ventana y ya tenía las nalgas casi fuera. Cuando tuvo el torso al aire libre miró por la ventana trasera y vio a su padre como en un sueño, con una expresión completamente grotesca. Estaba saltando la verja, venía a socorrerle, a salvarle, pero iba demasiado despacio. Ian comprendió desde el principio que no tenía escapatoria, porque había muerto mil veces en sueños de una forma semejante y papá nunca había llegado a tiempo. Tenía una boca más grande que todas las que le había atribuido, era un pozo al que estaba cayendo de cabeza. Olía como los cubos de basura que había detrás del comedor del colegio, pero mil veces más fuerte. Cuando le arrancó el cuero cabelludo de un mordisco vomitó en la garganta del monstruo.

Ron no había chillado en su vida. Eso era cosa de mujeres, o lo había sido hasta entonces. Al ver a esa bestia de pie, cerrando las mandíbulas en torno a la cabeza de su hijo, no pudo reprimir un grito.

Rex lo oyó y se dio la vuelta, sin rastro de miedo en la cara, para descubrir de dónde procedía. Las dos miradas se encontraron. Los ojos del Rey atravesaron a Milton como un dardo, dejándolo paralizado sobre la carretera y dándole escalofríos en la espina dorsal. Fue Maggie quien rompió el hechizo, su voz sonó como si estuviera entonando un canto fúnebre.

Librodot

–Oh... por favor... no.

Ron consiguió desprenderse de la mirada penetrante y se dirigió hacia el coche, hacia su hijo. Pero ese momento de vacilación le había dado una ocasión preciosa (que, por otra parte, no le hacía ninguna falta) a Rex, y ya estaba lejos, con la presa entre los dientes, meciéndose de lado a lado. La brisa arrastró las gotas de la sangre de Ian hacia la carretera, hacia Ron, que las sintió caer sobre su cara como en una delicada ducha.

Declan se quedó en el presbiterio escuchando un tarareo. Un sempiterno tarareo. Tarde o temprano descubrirla el origen de ese murmullo y lo destruiría, aunque eso supusiera, como era bastante probable, su propia muerte. Su nuevo amo se lo exigiría. Pero eso formaba parte del curso normal de los acontecimientos; no le asustaba la idea de la muerte, ni mucho menos. En los últimos días se había dado cuenta de las ambiciones que llevaba años abrigando (ambiciones que a veces no había expresado, ni pensado siquiera).

Mirar a ese bulto negro mientras le orinaba encima había supuesto la mayor de las dichas. Si esa experiencia, que antaño le habría dado asco, podía resultar tan satisfactoria, ¿cómo sería la muerte? Todavía más excelsa. Y si lograba que fuera Rex quien lo matara con su propia mano, esa mano de olor tan pestilente, ¿no sería el más glorioso de todos sus actos?

Contempló el altar y los restos del incendio que había apagado la policía. Después de la muerte de Coot lo estuvieron buscando, pero conocía una docena de escondites de donde jamás podrían sacarlo, y se cansaron en seguida. Tenían asuntos más urgentes. Cogió un montón de *Libros de oración* y los tiró sobre las cenizas húmedas. Las palmatorias estaban rotas, pero todavía se podían reconocer. La cruz había desaparecido, consumida o sisada por un agente de la ley largo de manos. Arrancó unos puñados de himnos y encendió una cerilla. Los viejos cánticos prendieron en seguida.

Ron Milton probaba el sabor de las lágrimas, un sabor que había olvidado. Hacia años que no lloraba, especialmente delante de hombres. Pero ya no le preocupaba: de todas formas, esos bastardos de policías no eran seres humanos. Se quedaron mirándole mientras contaba su historia, asintiendo como idiotas.

–Hemos llamado a todas las divisiones en un radio de cincuenta millas, señor Milton –le dijo un tipo blando de mirada compasiva–. Hay batidas por todas las colinas. Lo cogeremos, sea lo que sea.

–Me ha quitado a mi hijo, ¿comprende? Lo mató delante de mí...

No dieron muestras de apreciar el horror de la situación.

–Estamos haciendo todo lo que podemos.

–No es suficiente. Esa cosa... no es humana.

Ivanhoe, el de la mirada comprensiva, sabía perfectamente bien que no tenía nada de humano.

–Va a venir personal del Ministerio de Defensa: hasta que vean las pruebas no podemos hacer más de lo que hacemos –dijo. Y añadió, a guisa de justificación–: Es dinero del Estado, señor.

–¡Maldito imbécil! ¿Qué importa cuánto cuesta matarlo? No es humano. Es infernal.

La expresión de Ivanhoe se endureció.

–Si viniera directamente del infierno, señor –dijo–, no se habría apoderado tan fácilmente del reverendo Coot.

Coot: ése era su hombre. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Coot.

Ron no había sido nunca demasiado religioso. Pero estaba dispuesto a ser tolerante y, después de enfrentarse a las huestes –o a una de las huestes– del maligno, no le costaría trabajo cambiar de opinión. Creería en cualquier cosa, absolutamente todo, si eso le proporcionaba un arma contra el demonio.

Tenía que ver a Coot.

–¿Qué hacemos con su mujer? –le preguntó el agente. Maggie estaba sentada en una celda, bajo los efectos de un sedante, con Debbie dormida al lado. No podía hacer nada por ellas. Estaban tan seguras ahí como en cualquier otra parte.

Tenía que ver a Coot antes de que muriera.

Le comprendería a la manera de los reverendos; tendría más compasión por su dolor que estos monos. A fin de cuentas, las ovejas descarriadas eran las predilectas de la Iglesia.

Al entrar en el coche creyó reconocer por un momento el olor de su hijo: el niño que habría heredado su nombre (lo habían bautizado como Ian Ronald Milton), el niño que llevaba su misma sangre, circuncidado como él. El niño sosegado que lo miraba con tanta resignación en los ojos.

Esta vez no se echó a llorar. Esta vez sólo sintió rabia, una rabia maravillosa.

Eran las once y media de la noche. Rex estaba tumbado bajo la luna en una de las tierras cosechadas al suroeste de la granja de los Nicholson. Los rastrojos empezaban a quedar envueltos por la oscuridad y de la tierra emanaba un aroma embriagador de materia vegetal en descomposición. Tenía la cena al lado: Ian Ronald Milton, boca abajo, con el diafragma abierto en canal. De vez en cuando la bestia se recostaba sobre un codo y removía el caldo tibio que era el cuerpo del niño, en busca de un bocado exquisito.

Bajo la luna, bañado por su luz plateada, estirando las extremidades y comiendo carne humana, se sentía imbatible. Arrancó un riñón del plato y se lo tragó.

Delicioso.

A pesar de los sedantes, Coot estaba despierto. Sabía que iba a morir y el tiempo que le quedaba era demasiado precioso como para pasarlo adormecido. No conocía el nombre de la persona que le hacía preguntas, no acertaba a distinguirlo en el ambiente amarillento de la habitación, pero su voz era tan insistente y a la vez tan educada que tuvo que hacerle caso, aunque interrumpiera su reconciliación con Dios. Además, las preguntas le interesaban: estaban todas relacionadas con la bestia que le había hecho papilla.

–Me arrebató a mi hijo –decía ese hombre–. ¿Qué sabe acerca de esa criatura? Dígamelo, por favor. Creeré todo lo que me diga... –Su desesperación era *auténtica–.* Explíquemelo...

Ideas confusas habían cruzado por la mente de Coot una y otra vez desde que se vio tumbado sobre la cálida almohada. El bautismo de Declan; el abrazo de la bestia; el altar; la piel y la carne poniéndosele de gallina. Tal vez le pudiera decir algo útil a ese padre angustiado.

–... en la iglesia...

Ron se acercó aún más a Coot; ya olía a sepultura.

–... el altar... le tiene miedo... el altar...

–¿Quiere decir la cruz? ¿Le asusta la cruz?

–No... no...

–No...

El cuerpo tuvo una contracción y se quedó inmóvil. Ron vio a la muerte apoderarse de esa cara: la saliva se secó sobre los labios de Coot, el iris del ojo que le quedaba se contrajo. Lo estuvo contemplando un buen rato antes de llamar a una enfermera. Luego desapareció sigilosamente.

Había alguien en la iglesia. La puerta, que la policía había cerrado con candado, estaba entornada; el candado, roto. Ron la empujó unos centímetros y se deslizó dentro. No había ninguna luz encendida, la única iluminación era una hoguera sobre los escalones del altar. La

atendía un hombre joven que Ron había visto entrar y salir del pueblo. Levantó la vista pero continuó alimentando las llamas con hojas de libros.

–¿Qué puedo hacer por usted? –preguntó sin interés.

–He venido a... –Ron vaciló. ¿Iba a decirle la verdad a aquel hombre? No, había algo raro en su comportamiento.

–Le he hecho una pregunta directa –dijo–. ¿Qué quiere?

Andando por el ala hacia la hoguera, Ron empezó a distinguir con más precisión a su interlocutor. Tenía la ropa manchada, de barro posiblemente, y los ojos hundidos en las cuencas como si el cerebro los hubiera enterrado.

–No tiene derecho a estar aquí...

–Creía que todo el mundo podía entrar en una iglesia –dijo Ron, contemplando las páginas que se ennegrecían al quemarse.

–Esta noche no. Así que salga zumbando de aquí.

Ron continuó andando hacia el altar.

–¡Que salga zumbando le he dicho!

La cara que Ron tenía enfrente era pura lascivia y muecas: era la cara de un lunático.

–He venido a ver el altar; me iré cuando lo haya visto, y no antes.

–Ha estado hablando con Coot, ¿no es cierto?

–¿Coot?

–¿Qué le dijo ese cabrón? Todo mentira, sea lo que sea; no dijo nada cierto en su puta vida, ¿lo sabía? Se lo garantizo. Se subía ahí arriba... –tiró un libro de oraciones contra el púlpito– ...a contar mentiras.

–Quiero ver el altar por mi cuenta. Ya veremos si contaba mentiras...

–¡No lo hará!

El hombre arrojó otro puñado de libros a la hoguera y bajó los escalones para cerrarle el paso. No olía a barro sino a mierda. Sin previo aviso se precipitó sobre él. Agarró a Ron por el cuello y ambos cayeron al suelo. Declan estiraba los dedos para saltarle los ojos y los dientes para arrancarle la nariz.

A Ron le sorprendió la debilidad de sus propios brazos. ¿Por qué no había jugado a squash como le aconsejó Maggie? ¿Por qué eran tan poco eficaces sus músculos? En cuanto se descuidara ese hombre lo mataría.

De repente entró una luz por el ventanal que daba al oeste, tan brillante que podría haberse tratado de un amanecer en plena noche. Inmediatamente se oyó un coro de gritos. Unas llamaradas gigantescas, que empequeñecieron la hoguera del altar, se elevaron por el aire. El cristal manchado vibró.

Declan se olvidó un segundo de su víctima y Ron se recuperó. Le golpeó la barbilla, metió una rodilla debajo del torso de Declan y le pegó una patada. El oponente se retorció y Ron se levantó agarrándolo por el pelo para que no se le escapara, mientras le machacaba la cabeza con el puño libre hasta que la partió. No le bastó con ver sangrar a aquel bastardo por la nariz ni con oír cómo le crujía el cartílago; Ron le golpeó sin descanso hasta que le sangró el puño. Sólo entonces dejó caer a Declan.

Fuera de la iglesia, Zeal estaba en llamas.

Rex había provocado incendios antes, muchos incendios. Pero la gasolina era un arma nueva, y todavía estaba aprendiendo a dominarla. No le costó demasiado trabajo. El truco consistía en desgarrar las cajas sobre ruedas, era fácil. Hacerles una herida en el flanco para que sangraran, para que soltaran esa sangre que le daba dolor de cabeza. Las cajas eran presa fácil, alineadas como estaban contra la acera, como bueyes listos para el matadero. Enloquecido, con la muerte en los ojos, se paseaba entre ellas vertiendo su sangre y prendiéndole fuego. Los regueros de fuego líquido inundaban jardines, cruzaban umbrales. La paja echaba a arder; las casas de campo de madera se quemaban. Al poco rato Zeal se

incendiaba de un extremo a otro.

En la iglesia de San Pedro, Ron recogía el manto del altar, tratando de no pensar en Debbie y en Margaret. La policía las trasladaría a un lugar seguro, no cabía ninguna duda. Antes que nada debía resolver el asunto que se traía entre manos.

Debajo del manto había una caja grande con una burda inscripción sobre la cara exterior. No se fijó en el dibujo; tenía cosas más importantes que hacer. La bestia andaba suelta. Oía sus aullidos triunfales y sentía ansias, verdaderas ansias de salir a su encuentro. De matarlo o morir. Pero antes estaba la caja. Contenía poder, no cabía la menor duda; un poder que ya le estaba poniendo los pelos de punta, que le irritaba el pene, provocándole una dolorosa erección. Le sobreexcitaba, exultaba de amor. Ansioso, puso las manos sobre la caja y una ola de fuego estuvo a punto de achicharrarle las articulaciones después de recorrerle los brazos. Se cayó y pensó por un momento que iba a perder el conocimiento, porque el dolor era insufrible, pero al poco tiempo remitió. Se puso a buscar una herramienta, algo con que abrir la caja sin tener que ponerle las manos encima.

Desesperado, se envolvió la mano con un trozo del manto del altar y cogió una de las palmatorias de latón de la línea de fuego. El manto empezó a chamuscarse. Volvió al altar y se puso a golpear la madera como un loco hasta que empezó a astillarse. Tenía las manos entumecidas; si las palmatorias le hubieran abrasado las palmas no se habría dado cuenta. De todas formas, ¿que más daba? Tenía un arma delante de él, a pocos centímetros, sólo pensaba en alcanzarla, en blandirla. Sintió punzadas en el pene, le escocieron los huevos.

–Ven a mí –se sorprendió diciendo–, venga, vamos. Ven a mí. Ven a mí. –Como si la estuviera atrayendo hacia sí para abrazarla, como si fuera su tesoro, como si fuera una chica que deseaba, que su erección deseaba, y la quisiera conducir hipnotizada hasta su lecho.

–Ven a mí, ven a mí...

La cara delantera empezaba a ceder. Jadeando, utilizó las esquinas de la base de la palmatoria como palanca para arrancar trozos de madera más grandes. El altar estaba hueco, como había previsto. Y vacío.

Vacío.

La caja sólo contenía una bola de piedra del tamaño de una pequeña pelota de fútbol. ¿Era ésa su recompensa? No esperaba que tuviera un aspecto tan insignificante: y, sin embargo, el ambiente que le rodeaba aún estaba electrizado, la sangre aún le bullía. Metió la mano por el agujero que había hecho en el altar y cogió la reliquia.

En el exterior, Rex exultaba.

Al sopesar la piedra con una mano insensible, un montón de imágenes asaltaron el espíritu de Ron. Un cadáver con los pies ardiendo. Una cuna en llamas. Un perro corriendo por la calle hecho una bola viva de fuego. Todo fuera de la iglesia, a punto de ocurrir.

Contra el autor de todo aquella disponía de una piedra.

Le molestaba profundamente haber confiado en Dios, aunque sólo fuera durante medio día. Tan sólo era una piedra: una maldita *piedra.* La hizo dar vueltas en la mano, tratando de encontrar algún sentido a sus surcos y prominencias. Tal vez estuviera predestinada a *ser* algo; quizá no comprendía su significado profundo.

Oyó ruidos en el extremo opuesto de la iglesia; una caída, un grito, un crepitar de llamas detrás de la puerta.

Entraron dos personas tambaleándose, humeantes y llorosas.

–Está quemando el pueblo –dijo una voz que Ron reconoció. Era el bondadoso policía que no quiso creer en el infierno; simulaba conservar toda su entereza, tal vez por su compañera, la señora Blatter, la del hotel. El camisón con el que había salido a la calle estaba hecho trizas. Tenía los pechos al aire, temblando con sus sollozos; no parecía darse cuenta de que estaba desnuda, ni siquiera sabía dónde estaba.

–Dios que estás en los cielos, ayúdanos –dijo Ivanhoe.

Librodot

–Aquí no hay ningún Dios –dijo la voz de Declan.

Estaba de pie y se acercaba haciendo eses a los recién llegados. Ron no podía distinguir su cara desde donde estaba, pero sabía que estaba cerca. La señora Blatter lo esquivó y dejó que se fuera dando tumbos hacia la puerta. Ella se precipitó hacia el altar. Ahí se había casado, en el preciso lugar en que se inició el incendio.

Ron contempló su cuerpo, extasiado.

Estaba considerablemente gruesa; los pechos caídos, el vientre tan prominente que le ocultaba el sexo. Ron dudó de que pudiera vérselo ella misma. Pero ésa era la razón de que le latiera el glande, de que le diera vueltas la cabeza...

Tenía la imagen de aquella mujer en la mano. Sí, la tenía en la mano, ella era la imagen viviente de la bola que él sujetaba en la mano. Una mujer. La piedra era la estatua de una mujer, de una Venus más burda que la señora Blatter, con el vientre repleto de niños, senos como montañas y el sexo como un valle que empezara en su ombligo y mirara atónito el mundo. Hasta ese momento los fieles se habían postrado ante una diosa oculta bajo el manto y la cruz.

Ron bajó los escalones del altar y echó a correr por el ala, apartando a la señora Blatter, al policía y al loco.

–No salga –le dijo Ivanhoe–, está aquí mismo.

Ron empuñó con fuerza a la venus, calibrando su peso y sacando fuerzas de su posesión. Detrás de él, el sacristán le gritaba una advertencia a su señor. Sí, era una advertencia, sin lugar a dudas.

Ron abrió la puerta de una patada. Se encontró con fuego por todas partes. Una cuna en llamas, un cadáver (el del administrador de correos) con los pies ardiendo, un perro devorado por el fuego, hecho una bola. Y, naturalmente, Rex, dibujado sobre un telón de fondo hecho de llamas. Se dio la vuelta, quizás al oír las advertencias del sacristán, pero más probablemente porque sabía sin necesidad de que se lo dijera nadie que habían descubierto a la mujer.

–¡Aquí! –chilló Ron–. ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

La bestia empezó a andar hacia él con el continente tranquilo del vencedor que se prepara a obtener su último y definitivo triunfo. Ron vaciló. ¿Por qué venía con tanta seguridad a su encuentro? ¿Por qué no parecía inquietarle el arma que tenía en las manos?

¿No la había visto? ¿No había oído la advertencia?

A no ser que...

Dios bendito.

... A no ser que Coot se hubiera equivocado. A no ser que lo que tenía en la mano *fuera* tan sólo una piedra, un trozo de piedra inútil y sin valor alguno.

Y entonces un par de manos le asieron por el cuello.

El loco.

En voz baja le escupió «¡cabrón!» al oído.

Ron vio acercarse a Rex, oyó que el loco chillaba:

–Aquí lo tienes. Cógelo. Mátalo. Aquí lo tienes.

De repente las manos soltaron su presa, y Ron se dio la vuelta a medias y vio cómo Ivanhoe arrastraba al loco hacia la pared de la iglesia. La boca del sacristán seguía profiriendo gritos.

–¡Está aquí! ¡Aquí!

Ron volvió la vista hacia Rex: la bestia estaba casi encima de él, y tardó demasiado en levantar la piedra para defenderse. Pero Rex no tenía intención de cogerlo. Era a Declan a quien oía y olía. Cuando las manos del monstruo se dirigieron hacia el loco, dejando de lado a Ron, Ivanhoe lo soltó. Lo que siguió fue inenarrable. Ron no soporto ver cómo las manos abrían a Declan en canal: pero oyó cómo el barboteo de súplicas se convertía en un rugido de dolor sorprendido. Cuando volvió a mirarlo, no había nada con apariencia humana sobre el suelo o contra la pared.

Y esta vez Rex venía a por él, dispuesto a hacer con él lo mismo o algo peor. La inmensa cabeza se estiró para fijarse mejor en Ron, con las fauces abiertas, y éste advirtió los estragos que el fuego le había causado. Entusiasmado por la destrucción, la bestia se había descuidado, y el fuego le había alcanzado el rostro y la parte superior del torso. Tenía el vello corporal chamuscado, la melena consumida y la carne de la parte izquierda de la cara negra y cubierta de ampollas. Las llamas le habían quemado los globos de los ojos, que nadaban en una costra de moco y lágrimas. Por eso había seguido la voz de Declan sin advertir a Ron; estaba casi ciego.

Pero ahora tenía que ver. Tenía que hacerlo.

–Aquí... aquí...–dijo Ron–. ¡Aquí estoy! –Rex le oyó. Miró hacia él sin verlo, con los ojos entornados.

–¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Rex gruñó sordamente. La cara quemada le dolía, quería alejarse de ese lugar, refugiarse en la espesura de un bosquecillo de abedules bañado por la luna.

Sus turbios ojos distinguieron la piedra; el *homo sapiens* la mecía como a un bebé. Le costaba trabajo ver con claridad, pero comprendió la situación. Esa imagen le lastimaba el cerebro. Le daba comezón, le importunaba.

No era más que un símbolo, naturalmente, una muestra de poder, y no el poder en sí mismo, pero no podía comprender la diferencia. Para él la piedra era el objeto que más temía: la mujer sangrante con el agujero abierto para devorar la simiente y escupir niños. Ese agujero representaba la vida; esa mujer, la fecundidad sin fin. Le aterrorizaba.

Dio un paso atrás y sus excrementos le rodaron por la pierna. El miedo que tenía grabado en la cara dio fuerzas a Ron. Sacó partido de su ventaja, acercándose aún más a la bestia que se batía en retirada, vagamente consciente de que Ivanhoe estaba reuniendo a sus hombres, que no eran más que figuras con armas en el rabillo de su ojo, ansiosas por acabar con el incendiario.

Las fuerzas le empezaban a flaquear. La piedra, levantada por encima de la cabeza para que Rex la viera con nitidez, se hacía cada vez más pesada.

–Adelante –dijo en voz baja a los habitantes de Zeal–. Adelante, a por él. A por él...

Empezaron a estrechar el círculo antes de que hubiera acabado de hablar.

Más que verlos, Rex los olía: tenía los doloridos ojos fijos en la mujer.

Enseñó los dientes, preparándose para el combate. La peste a humanidad se cernía en torno a él mirara a donde mirara.

El pánico se impuso momentáneamente a sus supersticiones y pegó un zarpazo en dirección a Ron, haciéndose mentalmente invulnerable a la piedra. La agresión cogió a Ron por sorpresa. Las uñas se le clavaron en el cuero cabelludo, la sangre le corrió por la cara.

Pero en ese instante la muchedumbre se abalanzó sobre él. Manos humanas, débiles y pálidas, se posaron sobre el cuerpo de Rex. Los puños golpearon su espina dorsal, las uñas le rasgaron la piel.

Alguien le cortó el tendón de la corva con un cuchillo y soltó a Ron. El dolor le hizo proferir un aullido que resonó en todo el cielo, o eso les pareció. Las estrellas se pusieron a dar vueltas en los ojos quemados de Rex, que cayó de espaldas sobre la carretera, partiéndose la espina dorsal. Todos aprovecharon al punto la situación, reduciéndolo por su mera ventaja numérica. Consiguió romper un dedo acá, partir una cabeza allá, pero ahora ya nada podía detenerlos. Aunque no lo supieran, su odio era antiguo, lo llevaban en la sangre.

Se revolvió bajo sus asaltos tanto tiempo como pudo, pero sabía que la muerte era inevitable. Esta vez no habría resurrección, no esperaría siglos bajo tierra a que los descendientes de estos hombres lo hubieran olvidado. Habían acabado con él para siempre; se iba a enfrentar a la nada.

La idea le tranquilizó. Miró como pudo hacia donde se encontraba el padre. Sus ojos se encontraron como lo habían hecho en la carretera, cuando había raptado a su hijo. Pero la mirada de Rex ya había perdido su capacidad de paralizar. Su cara estaba tan vacía y era tan

estéril como la luna. Mucho antes de que Ron le incrustara la piedra entre los ojos ya estaba derrotado. Tenía el cráneo frágil: se combó hacia dentro y un poco de materia gris salpicó la carretera.

El Rey murió. Ocurrió de repente, sin ceremonias ni júbilo. Se acabó de una vez por todas. Sin grito alguno.

Ron dejó la piedra donde estaba, medio enterrada en la cara de la bestia. Se levantó tambaleando y se palpó la cabeza. Le había arrancado el cuero cabelludo; con los dedos se tocó el hueso del cráneo. La sangre brotaba sin parar. Pero había brazos prestos a sujetarlo y le esperaba un sueño reparador.

Nadie se dio cuenta, pero después de la muerte de Rex se le estaba vaciando la vejiga. La orina salía intermitentemente, formando un riachuelo que corrió carretera abajo, humeando por el frío que empezaba a levantarse, y su nariz espumosa parecía buscar el mejor camino olfateando de un lado a otro. Encontró la alcantarilla a pocos pasos y se dirigió hacia ella por una grieta del asfalto. Por ella se escurrió hasta desaparecer y empapar la tierra agradecida.

1.-La polisemia de la palabra inglesa *litter* («camada» y «basura») no permite conservar el juego de palabras original en la traducción española. *(N. del T.)*

2.-*Rawhead,* en el original, significa literalmente «cabeza cruda». Su acepción corriente es la de «hombre-lobo». *(N. del T.)*

CONFESIONES DEL SUDARIO (DE UN PORNÓGRAFO)

Antaño fue carne. Carne, hueso y ambición. Pero eso había ocurrido hacía siglos, o eso parecía, y el recuerdo de ese estado dichoso se desvanecía rápidamente.

Aún perduraban vestigios de su vida anterior: el tiempo y el agotamiento no se lo podían arrebatar todo. Se representaba con una nitidez dolorosa los rostros de todas las personas que había amado y odiado. Le contemplaban, claros y luminosos, desde el pasado. Todavía podía ver la expresión dulce, desamparada, de los ojos de sus hijos. Y la misma mirada, menos dulce pero igual de desamparada, en los ojos de los brutos que había asesinado.

Algunos de esos recuerdos le producían ganas de llorar, pero a sus ojos resecos ya no les quedaban lágrimas. Además, ya era demasiado tarde para lamentarse. El arrepentimiento era un lujo reservado para los vivos, que todavía disponían de tiempo, coraje y energía para actuar.

Él ya estaba al margen de todo eso. Él, el «pequeño Ronnie» para su madre (si pudiera verlo ahora), llevaba muerto casi tres semanas. Demasiado tarde para lamentos, sin duda alguna.

Había hecho cuanto pudo para corregir los errores que cometió. Dio todo lo que pudo de sí y más, quitándose un tiempo precioso para atar los cabos sueltos de su fracasada existencia. El pequeño Ronnie de mamá siempre había sido ordenado: el paradigma de la pulcritud. Ésa fue una de las razones de que disfrutara con la contabilidad. La búsqueda de unos peniques perdidos entre centenares de números era un juego que le apasionaba, tanto como hacer el balance al final de la jornada. Lástima que la vida no fuera tan perfectible como le parecía ahora, demasiado tarde. Con todo, hizo lo que pudo y, como solía decir su madre, nadie está obligado a más. Sólo le faltaba confesarse y, después de eso, presentarse contrito y con las manos vacías el día del Juicio Final. Embutido en el asiento, brillante por el uso, del confesonario de la iglesia de Santa María Magdalena, le atormentaba la idea de que

su cuerpo usurpado no resistiera el tiempo suficiente para que se liberara de todos los pecados que languidecían en su turbio corazón. Se concentró en mantener unidos cuerpo y alma durante esos minutos postreros y vitales.

Pronto llegaría el padre Rooney. Se sentaría detrás de la reja del confesonario y le colmaría de palabras de consuelo, comprensión y perdón; luego, en los últimos minutos de su vida de fracaso, Ronnie Glass contaría su historia.

Empezaría por negar el peor defecto de su carácter: la acusación de pornógrafo.

Pornógrafo.

Una idea absurda. En su cuerpo no había un solo hueso de pornógrafo. Cualquiera que lo hubiera conocido durante los treinta y dos años que vivió lo habría atestiguado. Por Dios, si ni siquiera le gustaba demasiado el sexo. Qué ironía. De toda la gente a la que se podía acusar de divulgar guarrerías, él era probablemente el más inocente. Mientras parecía que todo el mundo alardeara de sus adulterios como si de virtudes se tratara, él había llevado una vida intachable. La vida prohibida del sexo, como los accidentes de coche, les estaba reservada a los demás. El sexo no era más que una bajada en montaña rusa que uno podía perdonarse una vez al año más o menos. Dos veces, como mucho; tres ya sería asqueroso. ¿Cómo podía sorprenderle a nadie, por tanto, que, en nueve años de matrimonio con una buena chica católica, este buen católico sólo hubiera engendrado dos hijos?

Pero fue un hombre cariñoso a pesar de su escaso ardor sexual, y como su mujer Bernadette sentía la misma indiferencia por el sexo, su miembro poco entusiasta no fue nunca motivo de riña entre los dos. Y los niños eran un encanto. Samantha se estaba convirtiendo en un modelo de educación y de orden. Imogen (aunque acababa de cumplir dos años) tenía la misma sonrisa que su madre.

A fin de cuentas, había tenido una vida agradable. Fue casi propietario de un chalet en el barrio más frondoso del sur de Londres. Tuvo un pequeño jardín para los domingos y un alma tranquila. A su juicio, su vida fue modélica, modesta y sin tacha.

Y así habría continuado, de no ser por el gusanillo de la codicia, que le roía las entrañas. La codicia le arruinó. Sin duda.

Si no hubiera sido codicioso, no se habría pensado dos veces el trabajo que le ofreció Maguire. Habría confiado en su instinto, habría echado un vistazo a la oficina cochambrosa y llena de humo que había encima de la pastelería húngara del Sobo, y se habría ido para no volver. Pero sus sueños de riqueza le hicieron olvidar la verdad lisa y llana: que usaba todos sus conocimientos de contabilidad para darle una pátina de respetabilidad a una operación que apestaba a corrupción. En el fondo siempre lo había sabido, por supuesto. Siempre lo había sabido pese a las constantes charlas de Maguire sobre el rearme moral, sobre el cariño que tenía a sus niños, su obsesión por la caballerosidad del arte *bonsai.* Ese tipo era un canalla. El peor de los canallas. Pero consiguió hacer como si no lo supiera y limitarse a la tarea que le habían asignado: hacer los balances. Maguire era generoso, y eso le hizo más sencillo olvidar lo que sabía. Hasta empezaron a caerle bien el tipo y sus socios. Se había acostumbrado a ver la mole de Dennis «Dork» Luzzati arrastrar los pies, con un pastel colgándole permanentemente de la boca, a los trucos con las cartas y la charlatanería, cada día diferente, del pequeño Henry B. Henry, el de los tres dedos. No eran los conversadores más refinados del mundo y seguro que no se les habría recibido bien en el club de tenis, pero parecían bastante inofensivos.

Fue una auténtica conmoción correr el telón sin querer y descubrir que Dork, Henry y Maguire eran unos sinvergüenzas.

Fue una revelación accidental.

Una noche, como había acabado tarde un trabajo sobre impuestos, Ronnie fue en taxi al almacén con la intención de entregar el informe en propia mano a Maguire. Nunca había estado en el almacén, aunque les había oído hablar a menudo de él. Maguire guardaba unos meses sus provisiones de libros en ese sitio. Fundamentalmente libros de cocina, procedentes de Europa, o eso le habían dicho. Esa noche, la ultima noche de inocencia, se tropezó con la

Librodot

verdad en toda su gloria multicolor.

Ahí estaba Maguire, sentado en una silla rodeada de paquetes y cajas en un cuarto de ladrillos vistos. Una bombilla desnuda le daba un halo a su cráneo de pelo escaso, que brillaba, rosado. También estaba Dork, abstraído con un pastel. Henry B. hacía solitarios. El trío estaba rodeado de montañas de revistas, millares de revistas, cuyas portadas relucían con un brillo virginal y, de alguna manera, carnal.

Maguire levantó la vista, dejando de lado sus cálculos.

–Vidrioso [1] –dijo. Siempre usaba el mismo mote.

Ronnie contempló la habitación, tratando de adivinar desde lejos qué serían esos tesoros amontonados.

–Entra –dijo Henry B.–. ¿Una partida?

–No te quedes tan serio –le tranquilizó Maguire–, no es más que mercancía.

Una especie de horror sordo le impelió a acercarse a una de las pilas de revistas y abrir el ejemplar superior.

Clímax erótico, decía la portada, *Pornografía a todo color para el adulto que sabe lo que quiere. Texto en inglés, alemán y francés.* Sin poder reprimir su impulso, se puso a ojearla, con la cara roja de vergüenza y oyendo a medias la andanada de bromas y amenazas que Maguire le chillaba.

En cada página aparecían multitud de imágenes obscenas. Nunca había visto nada parecido en su vida. Todos los actos sexuales posibles entre adultos que consentían en ello (y quienes lo hacían no podían ser más que acróbatas drogados) estaban descritos hasta el más mínimo detalle. Los actores de esos vergonzosos espectáculos le sonreían, con los ojos vidriosos, mientras se quitaban de encima los jugos sexuales, sin rastro de vergüenza o de culpabilidad en la cara, que tenían arrebolada de lujuria. Exhibían todas las rajas, ranuras, arrugas y granos de su cuerpo, desnudos más allá de la desnudez. Aquellas escenas tan crudas le revolvieron el estómago.

Cerró la revista y echó un vistazo a otra pila. Caras distintas, pero apareamientos igual de furiosos. Había para todos los gustos. Los títulos indicaban los deleites que podían encontrarse al abrir las revistas. *Extrañas mujeres encadenadas,* decía una. *Esclavo del condón,* prometía otra. *Amante labrador,* con el retrato en portada, enfocando perfectamente hasta el más mínimo pelo húmedo.

Poco a poco la voz gastada por el tabaco de Michael Maguire se fue filtrando en el aturdido cerebro de Ronnie. Intentaba engatusarle; o, peor aún, se mofaba de él, de una manera sutil, por su ingenuidad.

–Tarde o temprano tenías que descubrirlo –dijo–. Supongo que cuanto antes mejor, ¿no? No hay nada de malo en ello. Sólo un poco de diversión.

Ronnie agitó la cabeza violentamente, tratando de borrar las imágenes que se le habían grabado en la retina. Ya empezaban a multiplicarse, invadiendo un territorio que no sospechaba siquiera esas posibilidades. Imaginaba a perros labradores paseándose por la calle vestidos de cuero, bebiendo de los cuerpos de putas atadas. Le asustaba la manera en que esas imágenes le acudían a la mente, una nueva abominación en cada página. Creyó que lo enloquecerían si no entraba en acción.

–Horrible –fue todo lo que pudo decir–. Horrible. Horrible. Horrible.

Pegó una patada a una pila de *Extrañas mujeres encadenadas,* que se volcaron, diseminando la fotografía de la portada sobre el sucio suelo.

–No hagas eso –dijo Maguire con mucha calma.

–Horribles –repitió Ronnie–. Son todas horribles.

–Hay mucha demanda.

–¡No será por mi parte! –dijo, como si Maguire estuviera sugiriendo que tenía algún interés personal por el tema.

–Muy bien, o sea que no te gustan. No le gustan, Dork.

Dork se estaba quitando crema de sus cortos dedos con un pañuelo elegante.

–¿Por qué no?

–Son demasiado guarras para él.

–Horribles –dijo de nuevo Ronnie.

–Pues estás metido en esto hasta el cuello, hijo –dijo Maguire. Su voz era la del mismo diablo, ¿no? Sin duda, la voz del diablo–. Lo mejor que puedes hacer es sonreír y aguantar mecha.

Dork soltó una carcajada.

–«Sonreír y aguantar mecha»; me gusta, Mick, me gusta.

Ronnie miró a Maguire. Tendría cuarenta y cinco o cincuenta años; pero una cara ajada, atormentada, envejecida prematuramente. Había perdido todo encanto; tenía poco de humana aquella cara de matarife. El sudor, el vello y aquella boca arrugada le recordaron a Ronnie las nalgas de una de las mujerzuelas en cueros de las revistas.

–Todos somos bribones redomados –decía Maguire–, y si nos vuelven a coger no tenemos nada que perder.

–Nada –coreó Dork.

–Mientras que tú, hijo mío, tú eres un profesional intachable. Tal como yo lo veo, si te vas de la lengua con este sucio negocio, perderás tu reputación de contable bueno y honrado. De hecho me atrevería a sugerir que no conseguirías ningún trabajo. ¿Me sigues?

Ronnie tenía ganas de pegar a Maguire, y lo hizo. Con fuerza. Los dientes de Maguire crujieron, para satisfacción del contable, y la sangre le asomó en seguida a los labios. Era la primera vez que Ronnie se peleaba desde los días de la escuela y tardó demasiado en esquivar la inevitable réplica. El golpe que le atizó Maguire lo tiró, ensangrentado, encima de las *Extrañas mujeres.* Antes de que consiguiera levantarse, Dork le pegó un taconazo en la cara que le machacó el cartílago de la nariz.

Mientras parpadeaba para quitarse la sangre de los ojos, Dork lo enderezó y lo sujetó, presentándoselo a Maguire. La mano con su anillo se convirtió en un puño y durante cinco minutos Maguire usó a Ronnie de saco de arena, empezando por debajo del cinturón y continuando más arriba.

Curiosamente, a Ronnie le tranquilizó el dolor; le alivió la conciencia de culpabilidad mejor que una sarta de avemarías. Cuando dejaron de golpearle y Dork lo soltó, desfigurado, en la oscuridad, se le había pasado el enfado, sólo quedaba la necesidad de acabar con la purificación que había iniciado Maguire.

Cuando llegó a casa junto a Bernadette, le contó que le habían asaltado en la calle. Lo consoló tanto que lamentó haberle contado una mentira, pero no tenía otra alternativa. No concilió el sueño ni esa noche ni la siguiente. Se acostó en su cama, a escasos centímetros de la de su confiada esposa, y trató de poner en claro sus ideas. Estaba convencido de que, tarde o temprano, la verdad se haría pública. Seguramente lo mejor sería ir a la policía, declinar toda responsabilidad. Pero eso exigía valor, y jamás se había sentido tan débil. Así que se pasó la noche del jueves y la del viernes en casa, dejando que las magulladuras se volvieran amarillas y que se disipara su confusión.

Pero el domingo una gota colmó el vaso.

La más ruin de las revistas pornográficas dominicales publicó un retrato suyo en la portada bajo el gigantesco titular: El *imperio sexual de Ronald Glass.* Dentro había fotografías, instantáneas inocentes con montajes acusadores. Glass aparentemente perseguido. Glass aparentemente sospechoso. Su hirsutismo natural le daba el aspecto de haberse afeitado mal; su cuidadoso corte de pelo recordaba la estética carcelaria a la que tan aficionadas eran algunas cofradías de criminales. Como era miope, solía entornar los ojos; fotografiado de esa guisa tenía aspecto de una rata lujuriosa.

Se quedó delante del quiosco contemplando su propia cara, y comprendió que se le venía encima su Armagedón personal. Temblando, leyó las terribles mentiras que se contaban dentro.

Alguien, nunca llegó a saber quién, había revelado toda la historia. La pornografía, los

Librodot

burdeles, los sex-shops, las salas de cine. El mundo secreto de verdulerías cuyo cerebro oculto era Maguire estaba descrito hasta el más nimio y sórdido detalle. Sólo que no figuraba el nombre de Maguire. Ni el de Dork, ni el de Henry. Sólo Glass; Glass por todas partes: su culpabilidad parecía indiscutible. Lo habían incriminado, no cabía duda alguna. *Corruptor de menores,* se titulaba el artículo de fondo, donde le describían como un Pinocho gordo y calenturiento.

Era demasiado tarde para negar nada. Cuando llegó a casa, Bernadette ya se había marchado con las niñas a remolque. Alguien le habría contado la noticia por teléfono, babeando probablemente contra el aparato, deleitándose entre tanta mierda.

Se quedó parado en la cocina, donde aún estaba el desayuno que la familia no había tomado y no tomaría jamás, y se echó a llorar. No lloró demasiado: su provisión de lágrimas era limitada, pero suficiente para que creyera haber cumplido con su deber. Luego, después de ese acto de contrición, se sentó como cualquier hombre decente que ha sido profundamente agraviado y preparó la venganza.

En muchos aspectos obtener la pistola fue más difícil que el resto. Fueron necesarias una planificación cuidadosa, palabras medidas y una considerable cantidad de dinero contante y sonante. Le costó un día y medio localizar el arma que buscaba y aprender a usarla.

Luego, en el momento apropiado, se ocupó de sus asuntos.

Henry B. fue el primero en morir. Ronnie le pegó un tiro en su cocina desnuda forrada de madera de pino del acomodado barrio de Islington. Tenía una taza de café recién hecho en la mano y una mirada de terror que a punto estuvo de inspirar lástima a Ronnie. El primer disparo le alcanzó en el costado, rasgándole la camisa y haciéndole sangrar un poco. Sin embargo, fue mucho menos de lo que Ronnie se había preparado para soportar. Más tranquilo, volvió a disparar. Ese disparo alcanzó en el cuello a su víctima: fue el definitivo. Henry B. se inclinó hacia adelante como un actor en una película muda, aferrándose a la taza de café hasta el momento en que se estrelló contra el suelo. La taza rodó por el suelo entre los restos revueltos de café y de vida y, traqueteando, acabó por pararse.

Ronnie pasó por encima del cuerpo y le pegó el tercer disparo directamente en el cogote. La última bala fue casi fortuita, pero resultó rápida y precisa. Luego se escapó sin problemas por la puerta de atrás, en un estado muy cercano a la hilaridad por la sencillez del crimen. Se sentía como si hubiera acorralado y matado a una rata en la bodega; un deber desagradable pero que había que cumplir.

El escalofrío le duró cinco minutos. Luego se mareó.

En cualquier caso, así era Henry. Lleno de trucos.

La muerte de Dork fue bastante más sensacional. Lo dejó fuera de juego en el canódromo; estaba enseñando a Ronnie su combinación ganadora cuando sintió que un cuchillo de filo largo se abría camino entre sus costillas cuarta y quinta. Le costó creer que lo estaban asesinando, la expresión de su cara regordeta a base de pasteles era de absoluta sorpresa. Miró a todas partes, tratando de localizar a uno de los jugadores que se apiñaban en torno a ellos que lo señalara, se echara a reír y le dijera que aquello no era más que una broma, un juego de cumpleaños antes de la fecha.

Entonces Ronnie giró el cuchillo dentro de la herida (había leído que era mortal de necesidad) y Dork comprendió que, con combinación ganadora o sin ella, ése no era su día de suerte.

La muchedumbre arrastró su pesado cuerpo durante más de diez metros, hasta que se quedó encajado contra el torniquete de una verja. Sólo entonces alguien advirtió el chorro caliente que manaba de Dork y pegó un grito.

Para entonces Ronnie ya estaba muy lejos.

Satisfecho, sintiéndose más limpio a cada hora, volvió a su casa. Bernadette había estado en ella, recogiendo ropas y sus adornos favoritos. Quería decirle que se lo llevara todo, que

para él no significaba nada, pero había entrado y vuelto a salir como el fantasma de un ama de casa. En la cocina, la mesa aún estaba dispuesta para ese último desayuno del domingo. En los tazones de las niñas, el polvo cubría los copos de avena; el olor a mantequilla rancia impregnaba el ambiente. Ronnie se quedó sentado toda la tarde, el crepúsculo y las primeras horas de la mañana siguiente saboreando su nuevo poder sobre la vida y la muerte. Luego se acostó vestido, despreocupándose de la higiene, y durmió el sueño de los casi justos.

A Maguire no le resultó demasiado difícil decidir quién había matado a Dork y a Henry B. Henry, aunque le costaba trabajo hacerse a la idea de que fuera precisamente ese canalla el que perdiera los estribos. Gran parte de la comunidad criminal conocía a Ronald Glass y se rió de la pequeña jugarreta que le estaba haciendo Maguire a aquel inocente. Pero nadie le creyó capaz de tomar represalias tan feroces contra sus enemigos. En los ambientes más sórdidos se le empezaba a respetar por su asombrosa sangre fría; otros, incluido Maguire, consideraban que había llegado demasiado lejos como para poder entrar en el rebaño como una oveja descarriada. El sentimiento general era que había que despacharlo antes de que causara más trastornos al frágil equilibrio de poderes.

De forma que los días de Ronnie pudieron contarse, podrían haberse contado con los tres dedos de la mano de Henry B.

Vinieron a por él el sábado por la tarde y se lo llevaron rápidamente, sin darle tiempo siquiera a esgrimir un arma en su defensa. Lo escoltaron hasta un almacén de carne preparada y salami, lo colgaron de un gancho en la blanca y gélida seguridad de la cámara frigorífica y lo torturaron. Cualquier amigo o conocido de Dork y de Henry B. tuvo oportunidad de desahogarse con él. Con cuchillos, con martillos, con sopletes de oxiacetileno. Le destrozaron las rodillas y los codos. Le arrancaron los tímpanos, le quemaron las plantas de los pies.

Finalmente, más o menos hacia las once, empezaron a cansarse. Los clubes se empezaban a animar, las mesas de apuestas comenzaban a hervir. Era hora de acabar con el ajusticiamiento y de salir a la ciudad.

Fue entonces cuando llegó Micky Maguire vestido de punta en blanco para matar. Ronnie percibió que estaba en alguna parte de la niebla, pero tenía los sentidos destrozados, y sólo vio a medias la pistola apuntada contra su cabeza, oyó a medias el eco del estallido en la habitación de baldosas blancas.

Una sola bala, colocada inmaculadamente, le entró en el cerebro atravesándole la mitad de la frente. Tan limpiamente como habría pedido cualquiera, como un tercer ojo.

Se contrajo sobre el gancho y murió.

Maguire recibió los aplausos virilmente, besó a las mujeres, dio las gracias a los amigos que habían visto cómo lo había agraviado aquel tipo y salió a jugar. Tiraron su cuerpo en una bolsa de plástico negra sobre la verja del bosque de Epping el domingo a primera hora, justo cuando el coro del amanecer afinaba sobre los fresnos y los sicomoros. Y eso fue prácticamente el final del asunto. Sólo que en realidad no fue más que el principio.

A las siete de la mañana del lunes siguiente, un corredor encontró el cuerpo de Ronnie. Durante el día que había transcurrido desde que tiraron su cadáver y lo encontraron, había empezado a descomponerse.

Pero el patólogo había visto cosas peores, mucho peores. Observó sin interés cómo los dos técnicos del depósito de cadáveres desnudaban el cuerpo, doblaban las ropas y las metían en bolsas de plástico etiquetadas. Esperó paciente y atentamente a que trajeran a la mujer del difunto a su reino de ecos. Tenía la cara pálida y los ojos hinchados de llorar demasiado. Posó la vista sin amor sobre su marido, contemplando impávidamente las heridas y las señales de tortura. El patólogo imaginó la historia completa de esta última confrontación entre el Rey del Sexo y su imperturbable mujer. De su matrimonio sin amor, de sus riñas sobre la despreciable manera de vivir de Ronnie, de la desesperación de la mujer, la

brutalidad de él y, ahora, su alivio porque había acabado la tortura y tenía libertad absoluta para emprender una nueva vida sin él. El patólogo se propuso consultar la dirección de esa hermosa viuda. Le resultaba deliciosa esa indiferencia ante la mutilación; pensar en ella le excitaba.

Ronnie supo que Bernadette había venido y se había marchado; también notó que otras caras se asomaban al depósito de cadáveres para echarle un vistazo al Rey del Sexo. Era objeto de admiración, incluso después de muerto. Padeció una tortura que no había previsto: en las circunvoluciones frías de su cerebro le zumbaba algo, como un inquilino que se niega a dejar que le desalojen los acreedores, capaz de ver más allá de la muerte cómo el mundo se cernía en torno a él, pero incapaz de actuar.

En los días que habían transcurrido desde su muerte no había entrevisto ninguna posibilidad de liberarse de su condición. Se quedó encerrado en su propio cráneo muerto, incapaz de averiguar el modo de salir al mundo de los vivos y sin desear abandonar la vida por completo y abandonarse a los designios del cielo. Todavía quería ver cumplida su última voluntad. Una parte de su espíritu, la que no perdonaba los asesinatos, estaba dispuesta a aplazar el paraíso con tal de acabar la faena que había iniciado. Tenía que hacer el balance; y hasta que Michael Maguire no estuviera muerto él no podría expiar sus culpas.

Observó a los curiosos ir y venir desde la cárcel de sus huesos y se determinó a actuar.

El patólogo trabajó con el cuerpo de Ronnie con el mismo respeto que un hábil destripador de pescado, sacándole descuidadamente la bala del cráneo y fisgando entre los amasijos de huesos y cartílagos aplastados que antaño fueron sus rodillas y codos. Le había echado una mirada a Bernadette de lo menos profesional; y ahora, cuando jugaba a hacerse el profesional, su insensibilidad resultaba ultrajante. Ronnie ansió tener una voz, un puño, un cuerpo que usar una sola vez. Así podría enseñarle a ese traficante de carne cómo había que tratar a los cadáveres. No bastó, sin embargo, con su voluntad; requería un objetivo y un medio para escapar de su prisión.

El patólogo dio por terminados su informe y sus costuras, arrojó los guantes pringosos y brillantes y su instrumental sobre el carro, entre los tapones y el alcohol, y dejó el cuerpo a sus ayudantes.

Ronnie oyó cerrarse las puertas detrás de él cuando se fue. En alguna parte corría agua, que caía a chorros en la pila. Ese ruido le irritaba.

Junto a la mesa sobre la que yacía, los dos técnicos discutían de zapatos. De todas las cosas posibles, escogieron los zapatos. Qué banal, pensó Ronnie, qué banal y qué triste.

–¿Te acuerdas de los tacones nuevos, Lenny? ¿De los que le tuve que poner a los zapatos de ante marrón? No sirvieron para nada. Una birria.

–No me extraña.

–Con lo que me costaron. Mira; échales un vistazo. Se han desgastado en un mes.

–De papel de fumar.

–Desde luego, Lenny, de papel de fumar. Los voy a devolver.

–Eso es lo que haría yo.

–Los voy a devolver.

–Eso es lo que haría yo.

Esa conversación estúpida, después de las horas de tortura, de su muerte súbita, del *postmortem* que acababa de sufrir, le resultaba insufrible. El espíritu de Ronnie empezó a zumbarle en el cerebro como una abeja furiosa encerrada en un jarro de mermelada cabeza abajo; determinada a escaparse y a empezar a picar...

Sin tregua, como la conversación.

–De papel de fumar.

–No me extraña.

–Malditos extranjeros. Las suelas. Las fabricaron en la mierda de Corea.

–¿Corea?

–Por eso son de papel de fumar.

Librodot

La increíble estupidez de esa gente era imperdonable. Que pudieran vivir, actuar y *ser;* mientras él estaba reducido a zumbar y zumbar, lleno de frustración. ¿Era eso justo?

–Un tiro limpio, ¿eh, Lenny?

–¿Qué?

–El fiambre. El colega, ¿cómo se llamaba?, el Rey del Sexo. Con un agujero en medio de la frente. ¿Te das cuenta? Un tiro y sanseacabó.

El compañero de Lenny por lo visto seguía preocupado con su suela de papel de fumar. No le contestó. Lenny levantó inquisitivamente el sudario de la frente de Ronnie. Las marcas de costuras y de carne rajada eran poco elegantes, pero el agujero de la bala era limpio.

–Mira.

El otro se dio la vuelta y echó un vistazo al rostro del cadáver. Después de que las tenacillas hubieran cumplido con su cometido habían limpiado la herida. Tenía los bordes blancos y arrugados.

–Creía que normalmente apuntaban al corazón –dijo el especialista en suelas.

–No fue una pelea callejera. Fue una ejecución formal –dijo Lenny metiendo el meñique por el agujero–. Es un disparo perfecto. En mitad de la frente. Como si tuviera tres ojos.

–Sí...

Volvieron a correr el sudario sobre la cara de Ronnie. La abeja seguía zumbando, incansable.

–Has oído hablar del «tercer ojo», supongo.

–¿Tú sí?

–Stella me leyó un texto en que se decía que constituye el centro del cuerpo.

–Eso es el ombligo. ¿Cómo va a ser la frente el centro de tu cuerpo?

–Bueno...

–Es el ombligo.

–No, es más bien tu centro espiritual.

El otro no se dignó contestar.

–Exactamente donde está el agujero de la bala –dijo Lenny, admirando una vez más la obra del asesino de Ronnie.

La abeja escuchaba. El agujero de la bala era tan sólo uno de los muchos agujeros que le habían hecho en su vida. Agujeros en que deberían estar su mujer y sus hijas. Agujeros que le guiñaban el ojo como los ojos invidentes de las páginas de las revistas, rosas, marrones y relucientes. Tenía agujeros a su derecha y a su izquierda.

¿Y si hubiera encontrado por fin un agujero del que sacar partido? ¿Por qué no salir por la herida?

Su espíritu se preparó y se dirigió hacia la frente, crujiendo al atravesar el córtex con una mezcla de inquietud y de excitación. Delante de él veía la puerta de salida como la luz al final de un túnel inacabable. Detrás del agujero, la urdimbre y la trama de su sudario brillaban como la tierra prometida. Tenía un buen sentido de la orientación; la luz se hacía más intensa y los ruidos más sonoros a medida que se acercaba a la salida. El espíritu de Ronnie saltó al mundo exterior sin fanfarria: tan sólo fue la pequeña emanación de un alma. Las motas de líquido que arrastraban su voluntad y su conciencia fueron absorbidas por su sudario como lágrimas por un pañuelo de papel.

Había abandonado por completo su cuerpo; ya no era más que una mole fría que no valía más que para las llamas.

Ronnie Glass existía en un mundo nuevo: un mundo de lino blanco. Era una condición que no se habría atrevido a soñar jamás.

Ronnie Glass era su sudario.

Si el patólogo de Ronnie no hubiera sido tan despistado no habría tenido que volver al depósito de cadáveres en ese preciso instante, en busca del diario en el que había anotado la

Librodot

dirección de la viuda Glass; y si no hubiera entrado en el depósito, habría sobrevivido. Pero las cosas fueron de otra manera...

–¿Todavía no habéis empezado con éste? –les espetó a los técnicos.

Farfullaron una excusa. A esas horas siempre estaba malhumorado; se habían acostumbrado a sus rabietas.

–Vamos –dijo, arrancando el sudario del cuerpo y tirándolo al suelo, irritado–, antes de que el cabrón del jefe salga cabreado. ¿No querréis que nuestro hotelito adquiera mala reputación?

–Sí, señor. Digo, no, señor.

–Pues no os quedéis ahí: envolvedlo. Hay una viuda que quiere que lo despachemos cuanto antes. Ya he visto todo lo que tenía que ver.

Ronnie estaba hecho un burujo en el suelo, extendiendo lentamente su influencia por ese territorio recién conquistado. Era una sensación reconfortante tener cuerpo, aunque fuera estéril y rectangular. Haciendo acopio de una fuerza de voluntad que sorprendió al propio Ronnie, se hizo con el control del sudario.

Al principio se negó a vivir. Siempre había sido pasivo: era su forma de ser. No estaba acostumbrado a que lo ocuparan espíritus. Pero Ronnie no se iba a dejar vencer después de tanto esfuerzo. Su voluntad era imperativa. Contra todas las reglas de la naturaleza, estiró y moldeó el triste lino hasta darle una apariencia de vida.

El sudario se irguió.

El patólogo había encontrado su librito negro y se lo estaba metiendo en el bolsillo cuando una sábana blanca le cerró el paso, desperezándose como un hombre que se acaba de despertar de un sueño profundo.

Ronnie intentó hablar; pero sólo logró hacer susurrar el tejido en el aire, fue un ruido demasiado leve e insustancial como para que se oyera por encima de las quejas de aquellos hombres asustados. Y estaban asustados de veras. A pesar de los gritos de socorro del patólogo, nadie le había de ayudar. Lenny y su compañero se escurrieron por las puertas de batientes, boquiabiertos y farfullando súplicas a cualquier dios local que anduviera por ahí.

El patólogo retrocedió hacia la mesa de las operaciones *postmortem,* fuera de sí.

–Fuera de mi vista –dijo.

Ronnie le abrazó estrechamente.

–Socorro –dijo el patólogo, hablando consigo mismo. Pero la ayuda había desaparecido. Estaba corriendo por los pasillos, balbuciendo, dando la espalda al milagro que tenía lugar en el depósito de cadáveres. El patólogo estaba solo, envuelto en un abrazo asfixiante, murmurando unas excusas que arrancó a su orgullo.

–Lo siento, quien quiera que seas. Seas lo que seas. Lo siento.

Pero Ronnie sentía una furia que no se detendría ante conversos de última hora; no pensaba conceder perdones ni indultos. Ese bastardo con ojos de besugo, ese hijo del bisturí había abierto su cuerpo y lo había examinado como si se tratara de una chuleta de buey. A Ronnie le exasperaba pensar lo poco que le importaban a ese cerdo la vida, la muerte y Bernadette. El bastardo iba a morir ahí mismo, junto a sus propios restos mortales. Ése sería el fin de su burda profesión.

Las esquinas del sudario se estaban transformando en toscos brazos, tal y como los recordaba Ronnie. Le pareció natural recrear su antigua apariencia en este nuevo medio. Primero hizo las manos, luego los dígitos, incluso un pulgar rudimentario. Era como un mórbido Adán creado a partir del lino.

Al formarse, las manos agarraron al patólogo por el cuello. De momento no habían recuperado el sentido del tacto, y le resultaba difícil averiguar cuánto estaba apretando la carne palpitante, así que se limitó a utilizar toda la fuerza que pudo reunir. La cara del hombre se volvió negra y la lengua, de color ciruela, le asomó por la boca como la punta de una lanza, afilada y dura. Entusiasmado, Ronnie le partió el cuello. Se rompió de repente, y la cabeza le cayó por la espalda con una mueca de horror. Hacía mucho que había dejado de

pedir perdón.

Ronnie lo dejó caer sobre el suelo barnizado y contempló las manos que se había fabricado con unos ojos que aún no eran más que cabezas de alfiler sobre una sábana manchada.

Se sentía seguro en ese cuerpo y, gracias a Dios, era fuerte; le había roto el cuello a ese bastardo sin emplearse a fondo. Al ocupar ese físico extraño, sin sangre, tenía una nueva libertad que le permitía superar las limitaciones de la humanidad. De repente se había vuelto sensible a la vida del aire, notaba cómo le llenaba y le hinchaba el cuerpo. Seguramente podría volar como una sábana al viento o, si le placía, hacerse un burujo y sojuzgar al mundo. Las perspectivas parecían infinitas.

Y sin embargo... presentía que esa posesión, en el mejor de los casos, era temporal. Tarde o temprano, el sudario querría volver a su primitiva forma de vida, a no ser más que un simple trozo de ropa, y su verdadera naturaleza pasiva se volvería a imponer. No le habían regalado ese nuevo cuerpo, sólo se lo habían prestado; sacarle el máximo partido en sus planes de venganza era cosa exclusivamente suya. Sabía cuáles eran sus prioridades. Lo primero de todo era encontrar a Michael Maguire y despacharlo. Luego, si aún le quedaba tiempo, vería a sus hijas. Pero no sería prudente visitarlas bajo la apariencia de un sudario volador. Era mejor perfeccionar su aspecto de ser humano, tratar de sofisticar el efecto.

Había visto lo que se podía hacer con estrambóticas arrugas, crear caras con un cojín aplastado, por ejemplo, o con los pliegues de una chaqueta colgada detrás de la puerta. Todavía más extraordinario resultaba el Santo Sudario, con el rostro y el cuerpo de Jesucristo milagrosamente impresos. A Bernadette le habían enviado una postal del Sudario, con las señales de todas las llagas de lanza y de clavo. ¿Por qué no iba él a poder realizar el mismo milagro? ¿No había resucitado también?

Se acercó a la pila de la morgue y cerró el grifo. Luego observó en el espejo cómo se transformaba bajo los dictados de su voluntad. La superficie del sudario se contraía y abultaba en función de las formas que le exigiera. Al principio sólo consiguió esbozar de forma primitiva la cabeza, que parecía la de un muñeco de nieve: dos hoyos por ojos, un grumo por nariz. Pero se concentró en conseguir que el lino se estirara todo lo que su elasticidad le permitía. Y, por extraño que parezca, funcionó, funcionó de verdad. Las costuras rechinaron pero se doblegaron a sus exigencias, formando una exquisita reproducción de las fosas nasales, de los párpados, del labio superior, del inferior. Trazó de memoria los rasgos de su rostro perdido como un amante solicito y los reprodujo hasta el más mínimo detalle. Luego empezó a moldear una columna para el cuello, llenándola de aire, aunque parecía sospechosamente sólida. Por debajo del cuello, el sudario recreó un torso viril. Los brazos ya estaban listos; las piernas se formaron inmediatamente. Y lo consiguió.

Se había reconstruido a su propia imagen y semejanza.

La ilusión no era perfecta. Por una razón; era absolutamente blanco, salvo las manchas, y su carne tenía la textura de la ropa. Las arrugas de su cara quizá fueran demasiado severas, de un aspecto casi cubista, y resultó imposible obligar a la tela a que imitara la apariencia del pelo o de las uñas. Pero estaba tan preparado para enfrentarse al mundo como podía esperar estarlo el mejor de los sudarios vivos.

Era hora de salir a encontrarse con su público.

–Tú ganas, Micky.

Maguire perdía raramente al póquer. Era demasiado listo, y su viejo rostro demasiado impenetrable; sus ojos cansados e inyectados en sangre jamás revelaban nada. Sin embargo, a pesar de su formidable reputación de ganador, nunca hacía trampas. Se negaba a hacerlas. No tenía emoción ganar si había trampas de por medio. Eso no era más que robar; cosa de criminales. Él era, lisa y llanamente, un hombre de negocios.

Esa noche, en cuestión de dos horas y media, se había embolsado una bonita cantidad. La

vida era hermosa. Desde la muerte de Dork, Henry B. Henry y Glass, la policía había estado demasiado ocupada con los crímenes como para prestar excesiva atención a las manifestaciones más depravadas del vicio. Además, tenían las manos llenas de monedas de plata. No podían quejarse de nada. El inspector Wall, un viejo compañero de farra, había llegado a ofrecer a Maguire protección contra el asesino chiflado que por lo visto andaba suelto. La ironía de la sugerencia le deleitaba.

Ya eran casi las tres de la madrugada. Hora de que las malas mujeres y los hombres se fueran a la cama a soñar con los crímenes que cometerían mañana. Maguire se levantó de la mesa, dando a entender que la partida de la noche había concluido. Se abrochó el chaleco y se arregló cuidadosamente el nudo de su corbata amarilla clara.

–¿Echamos otra partida la semana que viene? –propuso.

Los jugadores derrotados asintieron. Estaban acostumbrados a perder dinero con su patrón, pero no había resentimiento en ningún miembro del cuarteto. Tan sólo un poco de tristeza: echaban de menos a Dork y a Henry B. Las noches del sábado solían ser muy alegres. Ahora el ambiente estaba mucho más apagado.

Perlgut fue el primero en marcharse, después de aplastar la punta de su cigarro en el cenicero a punto de desbordarse.

–Noches, Mick.

–Noches, Frank. Dales un beso a los chicos de parte de su tío Mick, ¿eh?

–No te preocupes.

Perlgut se fue arrastrando los pies y con su hermano tartamudo a remolque.

–B-b-b-buenas noches.

–Noches, Ernest.

Los hermanos bajaron las escaleras estrepitosamente.

Norton fue el último en irse, como siempre.

–¿Llega un envío mañana? –preguntó.

–Mañana es domingo –contestó Maguire. Nunca trabajaba los domingos; era un día de vida familiar.

–No, domingo es hoy –precisó Norton, tratando de no parecer pedante, diciéndolo con naturalidad–. Mañana es lunes.

–Sí.

–¿Llega un envío el lunes?

–Espero que sí.

–¿Irás al almacén?

–Probablemente.

–Entonces te recojo: así bajaremos juntos.

–Perfecto.

Norton era buena persona; sin sentido del humor, pero de fiar.

–Entonces, buenas noches.

–Buenas noches.

Tenía los tacones de ocho centímetros chapados de acero; al bajar por la escalera resonaron como los tacones de aguja femeninos. Cerró la puerta de un portazo.

Maguire contó las ganancias, apuró el vaso de Cointreau y apagó la luz del cuarto de juego. Apestaba a humo rancio. Mañana tendría que mandar a alguien a abrir la ventana y dejar entrar los olores del Soho. Olor a salami y a granos de café, a productos de baja calidad. Le encantaba, le apasionaba como el pecho a un bebé.

Al entrar en el *sex-shop,* que estaba a oscuras, oyó el intercambio de despedidas en la calle, seguido de portazos de coches y del ronroneo de los automóviles caros al alejarse. Una noche agradable con amigos agradables, ¿qué más podía pedir un hombre razonable?

Al pie de las escaleras se detuvo un momento. Las luces parpadeantes de los semáforos de enfrente le permitían distinguir con claridad las pilas de revistas. Los rostros plastificados resplandecían; los pechos rellenos de silicona y los traseros azotados colgaban de las portadas

como frutas demasiado maduras. Rostros atiborrados de maquillaje le miraban con aire amenazante, ofreciendo todas las satisfacciones solitarias que podía prometer la prensa. Pero a él no le afectaban; hacía mucho que habían dejado de interesarle esos asuntos. Para él no eran más que divisas; ni le disgustaban ni le atraían. A fin de cuentas era un marido feliz, con una mujer cuya imaginación apenas llegaba más allá de la segunda página del *Kamasutra,* y cuyos hijos recibían sonoros cachetes al decir la más mínima grosería.

En una esquina de la tienda, donde se mostraba el material sadomasoquista, algo se levantó del suelo. A Maguire le costó distinguirlo claramente a la luz intermitente. Rojo, azul. Rojo, azul. No era Norton, ni uno de los Perlgut.

Sin embargo, la cara, que le sonreía sobre el telón de fondo de las revistas *Atadas y violadas,* le resultaba familiar. Al fin lo vio: era Glass, tan claro como el agua y, a pesar de las luces de colores, pálido como una sábana.

No trató de explicarse cómo le podía estar observando un hombre muerto; se limitó a soltar el abrigo con el botín y echó a correr.

La puerta estaba cerrada, y la llave era una de las doce que tenía en el llavero. Dios mío, ¿por qué tendría tantas llaves? Llaves para el almacén, llaves para el invernadero, llaves para el burdel. Y sólo una luz intermitente para escoger la que necesitaba. Rojo, azul. Rojo, azul.

Revolvió las llaves y, por suerte, mágicamente, la primera que probó entró suavemente en la cerradura y giró como un dedo untado con grasa caliente. La puerta estaba abierta; tenía la calle delante.

Pero Glass se deslizó en silencio detrás de él y, antes de que Maguire pisara el umbral, le echó algo sobre la cara, una especie de trapo. Olía a hospital; a éter o a desinfectante, o a las dos cosas a la vez. Maguire trató de chillar pero le metieron un nudo de ropa por la boca que le dio arcadas. Por toda respuesta el asesino apretó aún más fuerte.

En la acera de enfrente, una chica de quien Maguire sólo sabía que se llamaba Natalie («Modelo busca buena posición con disciplinario estricto») contemplaba el forcejeo de la puerta de la tienda con una expresión drogada en su cara insípida. Había presenciado asesinatos alguna que otra vez; violaciones en abundancia, y no estaba dispuesta a dejarse involucrar. Además, se hacía tarde y la parte interior de los muslos le dolía. Se alejó tranquilamente por la calle iluminada de rosa, dejando que la pelea siguiera su curso. Maguire se hizo la promesa de recordar que marcaran a esa chica cualquier día de éstos. Si es que sobrevivía; cosa que parecía cada segundo más dudosa. Ya no distinguía con claridad el rojo, azul, rojo, azul. El cerebro, sin aire, se le estaba quedando ciego y, aunque creyó atrapar a su candidato a asesino, éste pareció evaporarse, dejando en su lugar ropa, tan sólo ropa, que se le deslizó por la mano sudorosa como si de seda se tratara.

Y entonces alguien habló. No fue detrás de él, no era la voz del asesino, sino delante. En la calle. Norton. Era Norton. Había vuelto por algo, bendito sea Dios, y estaba bajando del coche a diez metros, gritando el nombre de Maguire.

La presión asfixiante se debilitó y la gravedad requirió a Maguire. Cayó pesadamente a la acera, mientras el mundo le daba vueltas, con la cara púrpura bajo la pálida luz.

Norton se acercó corriendo hasta su jefe, rebuscando la pistola en su caótico bolsillo. El asesino disfrazado de blanco se disponía a escapar por la calle, incapaz de enfrentarse a otro hombre a la vez. Tenía el aspecto, pensó Norton, de un miembro rechazado del Ku Klux Klan, con su capucha, su traje y su capa. Se apoyó sobre una rodilla, empuñó la pistola con las dos manos y disparó. El resultado fue desconcertante. La figura pareció hincharse, perdiendo su volumen, convirtiéndose en un amasijo ondeante de ropa blanca con un rostro impreso vagamente encima. Se oyó un ruido semejante al chasquido de las sábanas lavadas el lunes y tendidas en la cuerda, un ruido completamente fuera de lugar en esa callejuela sórdida. La confusión de Norton le dejó boquiabierto por un instante; el hombre-sábana, ilusorio, se elevó por los aires.

A los pies de Norton, gruñendo, Maguire recuperaba la conciencia. Intentaba decir algo, pero la laringe y la garganta magulladas le impedían hacerse comprender. Norton se acercó

un poco más a él. Olía a vómito y a miedo.

–Glass –parecía decir.

Fue suficiente. Norton asintió, le dijo que se callara. Por supuesto que la cara de la sábana era la de Glass, el contable imprudente. Había visto cómo le acribillaban los pies, había contemplado todo el asqueroso rito, que le repugnaba profundamente.

Bien, bien: por lo visto, Ronnie Glass tenía algunos amigos, amigos que no dudarían en vengarlo.

Norton levantó la vista, pero el viento ya había arrastrado al fantasma por encima de los tejados.

Aquélla fue una mala experiencia. Ronnie no lograba olvidar el sabor de la primera derrota, la desolación de aquella noche. Pasó la noche en un rincón de una fábrica abandonada y llena de ratas, al sur del río, mientras se calmaba. ¿De qué le valía haber dominado un truco si perdía el control en cuanto se sentía amenazado? Tenía que meditar sus planes con más cuidado y conseguir que su determinación no tuviera fisuras. Ya empezaba a notar que le fallaban las fuerzas: le costó más de lo normal volver a dar forma a su cuerpo. No se podía permitir más fracasos. Tenía que acorralar a su hombre en un lugar del que no pudiera escapar.

Las investigaciones policiales sólo habían girado en círculos viciosos durante medio día y parte de la noche. El inspector Wall, de Scotland Yard, había empleado todas las triquiñuelas de su oficio. Palabras dulces, tacos, promesas, amenazas, seducciones, sorpresas, incluso golpes. Pero Lenny seguía aferrado a la misma historia; una historia ridícula que, juraba, corroboraría el otro técnico cuando saliera del estado catatónico en que se había refugiado. Pero el inspector no se iba a tragar de ninguna manera esa historia. ¿Un sudario andante? ¿Cómo iba a poner eso en su informe? No, quería algo concreto, aunque fuera una mentira.

–¿Puedo fumar un pitillo? –preguntó Lenny por enésima vez. Wall negó con la cabeza.

–Eh, Fresco... –le dijo a su brazo derecho, Al Kincaid–. Creo que ya es hora de que interrogues al muchacho otra vez.

Lenny sabía qué quería decir «otro interrogatorio»; un eufemismo de una paliza. De pie contra la pared, con las piernas abiertas y las manos sobre la cabeza: ¡zas! La sola idea le producía dolor de estómago.

–Escuchen... –imploró.

–¿Qué, Lenny?

–Yo no lo hice.

–Claro que lo hiciste –dijo Wall, rascándose la nariz–. Sólo queremos saber por qué. ¿No te gustaba el muy cabrón? ¿Hacía observaciones desagradables sobre tus novias, no? Creo que tenía fama de hacer eso.

Al Fresco sonrió afectadamente.

–¿Por eso te lo cargaste?

–Por el amor de Dios –replicó Lenny–, ¿cree que le contaría una historia semejante si no lo hubiera visto con mis propios y jodidos ojos?

–Palabras –observó Fresco.

–Los sudarios no vuelan –contestó Wall, con una convicción comprensible.

–Entonces ¿dónde está el sudario, eh? –razonó Lenny.

–Lo incineraste, te lo comiste, ¿cómo coño quieres que lo sepa?

–Palabras –dijo tranquilamente Lenny.

El teléfono sonó antes de que Fresco le pudiera pegar. Lo cogió, dijo algo y se lo tendió a Wall. Luego golpeó a Lenny, tan sólo fue una pequeña bofetada, que le sacó un poco de

sangre.

–Escucha –dijo Fresco, a una distancia agobiante de Lenny, como si quisiera tragarse su aliento–, sabemos que lo hiciste, ¿comprendes? Eras la única persona viva en la morgue que pudo hacerlo, ¿comprendes? Sólo queremos saber por qué. Eso es todo. Por qué.

–Fresco –Wall tapó el aparato al dirigirse al forzudo.

–Sí, señor.

–Es el señor Maguire.

–¿El señor Maguire?

–Micky Maguire.

Fresco asintió.

–Está muy nervioso.

–¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

–Cree que lo ha atacado el tipo de la morgue. El pornógrafo.

–Glass –dijo Lenny–, Ronnie Glass.

–Ronnie Glass, como dice éste –dijo Wall, haciéndole una mueca a Lenny.

–Eso es ridículo –dijo Fresco.

–Bueno, creo que deberíamos cumplir con un miembro destacado de la comunidad, ¿no te parece? Asómate a la morgue, ¿quieres?, y asegúrate de que...

–¿Asegurarme?

–De que el bastardo sigue ahí...

–Oh.

Fresco salió, extrañado pero obediente.

Lenny no entendía nada: pero le importaba un pimiento. De todas formas, ¿qué relación tenía con él? Empezó a juguetear con sus huevos por un agujero que tenía en el bolsillo izquierdo. Wall lo miró con desprecio.

–No hagas eso –dijo–. Ya podrás tocarte toda lo que quieras cuando te hayamos encerrado en una celda bonita y caliente.

Lenny meció la cabeza suavemente y sacó la mano del bolsillo. No era su día.

Fresco ya volvía de la morgue, un poco cansado.

–Está ahí –dijo, satisfecho por la simplicidad del encargo.

–Claro que sí –añadió Wall.

–Tan muerto como un dodo [2].

–¿Qué es un dodo? –preguntó Lenny.

Fresco pareció desconcertado.

–Una frase hecha –respondió, irritado.

Wall, de Scotland Yard, volvió a coger el teléfono y se puso a hablar con Maguire. Éste parecía aterrado, y las palabras tranquilizadoras de Wall no surtieron ningún efecto.

–Está en la morgue, no se ha movido, Micky. Debes haberte equivocado.

El miedo de Maguire se transmitió por la línea telefónica como si de una descarga eléctrica se tratara.

–Yo lo vi, maldita sea.

–Bueno, pero está tirado con un agujero en medio de la cabeza, Micky. Así que explícame cómo *puedes* haberlo visto.

–No sé –contestó Maguire.

–Pues entonces...

–Oye... si tienes tiempo, déjate caer por aquí, ¿vale? Las condiciones de siempre. Puede que reporte jugosos beneficios.

A Wall no le gustaba hablar de negocios por teléfono, le incomodaba.

–Luego, Micky.

–De acuerdo. ¿Me llamarás?

–Sí.

–¿Prometido?

–Sí.

Wall colgó el teléfono y echó una ojeada al sospechoso. Lenny volvía a jugar al billar por debajo de su bolsillo. Estúpido animalito; estaba pidiendo otro interrogatorio.

–Fresco –dijo, en un arrullo–, ¿le quieres enseñar a Lenny que no se debe toquetear uno delante de los agentes de policía?

En su fortaleza de Richmond, Maguire lloraba como un niño pequeño.

Había visto a Glass, no le cabía ninguna duda. Por mucho que Wall creyera que el cuerpo estaba en el depósito de cadáveres, él sabía que no era cierto. Glass andaba suelto por la calle, libre como el aire, a pesar de que le hubiera hecho un agujero en la cabeza a ese bastardo.

Maguire era un hombre temeroso de Dios, que creía en la vida después de la muerte, aunque hasta ese momento no se había preguntado cómo sería. Pero ahí tenía la respuesta, en ese hijo de puta de cara inexpresiva que apestaba a éter: así sería la vida futura. Le hacía llorar, le daba miedo de vivir y miedo de morir.

Hacía mucho que había amanecido; era una pacífica mañana de domingo. Nada podía ocurrirle en la seguridad de su refugio de la Ponderosa, y menos a plena luz del día. Era su castillo, que construyó gracias a sus laboriosos robos. Ahí estaba Norton, armado hasta los dientes. Había perros en todas las puertas. Nadie, ni vivo ni muerto, se atrevería a poner en duda su supremacía sobre ese territorio; entre los retratos de sus héroes: Louis B. Mayer, Dillinger, Churchill; en el seno de su familia; rodeado por las muestras de su buen gusto, su dinero, sus *objets d'art,* era su propio amo. Si el contable loco venía a por él le obligaría a salir pitando por donde había venido, fuera o no fuera un fantasma. *Finis.*

A fin de cuentas, ¿no era él Michael Roscoe Maguire, el constructor de imperios? Nacido en la miseria, había crecido gracias a su aspecto de corredor de Bolsa y a su corazón de disidente. De vez en cuando, es cierto, pero sólo de manera muy controlada, dejaba que sus inclinaciones más bajas tuvieran satisfacción, como en el caso de la ejecución de Glass. Había gozado de veras con esa pequeña representación; suyo fue el *coup de grace,* suya la infinita compasión del disparo letal. Pero ahora era un burgués, seguro en su fortaleza.

Raquel se levantó a las ocho y se puso a preparar el desayuno.

–¿Quieres algo de comer? –le preguntó a Maguire.

Negó con la cabeza. Le dolía demasiado la garganta.

–¿Café?

–Sí.

–¿Aquí dentro?

Asintió. Le gustaba sentarse junto a la ventana que dominaba el césped y el invernadero. El día se estaba aclarando; el viento arrastraba las nubes espesas y en copos, cuyas sombras pasaban por el inmaculado césped. Quizás empezara a pintar, pensó, como Winston. A reproducir sus paisajes favoritos sobre el lienzo; tal vez una vista del jardín, incluso un desnudo de Raquel, para inmortalizarla al óleo antes de que se le cayeran los pechos de manera irreversible.

Raquel volvió junto a él ronroneando y con el café.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Estúpida puta. Claro que no estaba bien.

–Claro –le contestó.

–Tienes visita.

–¿Qué? –Se levantó de un salto de la silla de cuero–. ¿Quién?

Ella le sonrió.

–Tracy –dijo–. Quiere entrar a darte un abrazo.

Suspiró. Estúpida, estúpida puta.

–¿Quieres ver a Tracy?

Librodot

–Claro.

El pequeño accidente, como le gustaba llamarla, estaba a la puerta, todavía con la bata puesta.

–Hola, papá.

–Hola, cariño.

Cruzó la habitación pavoneándose con el andar de su madre.

–Mamá dice que estás enfermo.

–Me estoy recuperando.

–Me alegro.

–Y yo.

–¿Vamos a salir hoy?

–A lo mejor.

–¿A la verbena?

–A lo mejor.

Se puso a hacer pucheros con coquetería, controlando perfectamente el efecto. Una réplica irreprochable de las triquiñuelas de Raquel. Sólo le pedía a Dios que no se volviera tan estúpida como su madre.

–Ya veremos –contestó, esperando poner cara de decir «Sí», pero sabiendo que quería decir «no».

Se le sentó en las rodillas y él le dejó que le contara un rato las travesuras de una niña de cinco años; luego la mandó a vestirse. Hablar le daba dolor de garganta, y hoy no se sentía un padre demasiado cariñoso.

Cuando se volvió a quedar solo se puso a mirar las nubes bailar sobre el césped.

Después de las once empezaron a ladrar los perros. Al cabo de un corto rato se callaron. Fue a buscar a Norton, que estaba en la cocina resolviendo un rompecabezas con Tracy. *El carro de heno* en dos mil piezas. Uno de los favoritos de Raquel.

–¿Has ido a ver a los perros, Norton?

–No, jefe.

–Pues hazlo, cojones.

No solía decir tacos delante de los niños, pero hoy estaba con los nervios a punto de estallar. Norton no le dio importancia. Cuando abrió la puerta de atrás, Maguire olió el día. Le apetecía salir de casa, pero los perros ladraban de una manera que le daba palpitaciones en la cabeza y le hacía sudar las manos. Tracy tenía la cabeza gacha, inmersa en su rompecabezas, pero el cuerpo crispado, esperando una explosión de cólera. Él no dijo nada, sino que volvió directamente al salón.

Desde su silla vio a Norton cruzar el césped a grandes pasos. Los perros estaban callados. Norton desapareció de su vista detrás del invernadero. Fue una larga espera. Maguire estaba a punto de ponerse nervioso cuando volvió a aparecer Norton y, levantando la vista, se encogió de hombros y se puso a hablar. Maguire le quitó el cerrojo a la puerta corredera, la abrió y salió al patio. Se encontró con un día magnífico.

–¿Qué estás diciendo? –le preguntó a Norton.

–Los perros están perfectamente –respondió éste.

Maguire se tranquilizó. Claro que los perros estaban perfectamente; ¿por qué no habían de ladrar un poco, para qué estaban si no? Estaba a punto de ponerse en ridículo, de mearse en los pantalones porque los perros habían ladrado. Asintió a Norton y salió del patio al césped. Un día precioso, pensó. Acelerando el paso, cruzó el césped hasta llegar al invernadero, donde florecían sus *bonsais* cuidados con esmero. Norton le esperaba, servicial, a la puerta, hurgándose los bolsillos en busca de pastillas de menta.

–¿Quiere que me quede aquí, señor?

–No.

Librodot

–¿Seguro?

–Seguro –dijo con magnanimidad–, vuelve a casa a jugar con la niña.

Norton asintió.

–Los perros están perfectamente –repitió.

–Sí.

–Les ha debido excitar el viento.

Hacía viento. Cálido, pero intenso. Agitaba la fila de hayas cobrizas que rodeaba el jardín. Resplandecían, mostrando los pálidos dorsos de las hojas al cielo. Su movimiento, suave y gentil, resultaba reparador.

Maguire abrió la puerta del invernadero y se cobijó en él. Ahí, en ese edén artificial, estaban sus verdaderos amores, fertilizados con arrullos y huesos de sepia. Su enebro Sargent, que había sobrevivido pese a los rigores del monte Ishizuchi; su membrillo en flor, su pícea Yeddo *(Picea jesoensis),* su enana preferida, a la que había obligado, después de varios intentos fallidos, a colgar de una roca. Todos eran auténticas bellezas: pequeños milagros de tronco retorcido y agujas escalonadas, merecedores de toda su atención y su cariño.

Satisfecho, olvidándose por un momento del mundo exterior, holgazaneó entre su flora.

Los perros se habían peleado por la posesión de Ronnie como si fuera un juguete. Le habían sorprendido saltando la valla y le rodearon antes de que pudiera escapar, contentos de atraparlo, destrozarlo y escupirlo a cachos. Si escapó fue porque se acercó Norton y les apartó un momento del objeto de su furia.

Después del ataque tenía el cuerpo lleno de desgarrones. Confuso, concentrándose en reunir y mantener cierta coherencia corporal, evitó de milagro que lo descubriera Norton.

Se deslizó fuera de su escondite. El combate le había dejado exhausto, y el sudario estaba lleno de jirones, de forma que la ilusión de tener una sustancia era imperfecta. Tenía el estómago abierto de par en par y la pierna izquierda casi amputada. Estaba lleno de manchas: a las de sangre había que sumar las de babas y caca de perro.

Pero su voluntad lo era todo. Estaba muy cerca de su objetivo: no podía desistir de su empeño y dejar que la naturaleza campara por sus fueros. Estaba en una situación de rebeldía permanente contra la naturaleza y, por primera vez en su vida (y en su muerte), se sentía exultante. ¿Tan malo era ser antinatural, existir como desafío de las leyes y de la cordura? Estaba lleno de mierda, de sangre; estaba muerto y resucitado en un pedazo de tela manchada; era un contrasentido. *Y sin embargo, era.* Nadie podía negar que existiera mientras tuviera la voluntad de seguir viviendo. La idea era deliciosa: era como encontrarle un nuevo sentido a un mundo ciego y sordo.

Vio a Maguire en el invernadero y lo estuvo contemplando un rato. El enemigo estaba completamente embebido en su hobby; silbaba el himno nacional mientras cuidaba sus flores. Ronnie se acercó más y más al cristal, gimoteando algo a través del tejido ajado.

Maguire no oyó el suspiro de la ropa contra la ventana hasta que la cara de Ronnie se aplastó contra el cristal, con los rasgos borrosos y contrahechos. Dejó caer la pícea Yeddo, que se aplastó contra el suelo, rompiéndosele las ramas.

Maguire trató de chillar, pero sólo consiguió proferir un gañido ahogado. Salió corriendo hacia la puerta cuando la cara, con los ojos desorbitados por el ansia de venganza, rompió el cristal. Maguire no comprendió bien lo que sucedió después. La forma en que el cuerpo y la cabeza parecieron colarse por el vidrio roto, desafiando a la física, y se recompusieron dentro de su santuario, adoptando la forma de un ser humano.

No, no era exactamente humano. Tenía aspecto de haber sufrido un ataque de apoplejía, con su máscara blanca y su cuerpo blanco escorados hacia la derecha y arrastrando la pierna destrozada mientras le gritaba a voz en cuello.

Abrió la puerta y buscó refugio en el jardín. La cosa le siguió, empezó a hablarle, estiró

los brazos hacia él.

–Maguire...

Pronunció su nombre en voz tan baja que quizá sólo lo había imaginado. Pero no, volvió a hablarle.

–¿Me reconoces, Maguire? –dijo.

Naturalmente que sí, hasta con los rasgos desfigurados se veía claramente que era Ronnie Glass.

–Glass –contestó.

–Sí –dijo el fantasma.

–No quiero... –empezó Maguire y luego titubeó. ¿Qué es lo que no quería? Hablar con ese horror, sin duda. Reconocer que existía; eso también. Pero, por encima de todo, morir.

–No quiero morir.

–Morirás –dijo el fantasma.

Maguire sintió que la sábana se le venía encima. Quizá no fuera más que el viento empujando a ese monstruo insustancial y envolviéndole con él.

En cualquier caso, el abrazo apestaba a éter, a desinfectante y a muerte. Los brazos de lino se estrecharon en torno a su cuerpo, la cara boquiabierta se pegó la suya, como si quisiera besarlo.

Instintivamente Maguire agarró a su agresor y su mano tropezó con la renta que los perros habían dejado al sudario. Metió los dedos por un desgarrón de la ropa y tiró de ella. Le tranquilizó oír cómo el lino se desgarraba por la costura y se liberó de aquel abrazo de oso. El sudario se puso a dar sacudidas con la boca abierta en un grito mudo.

Ronnie estaba sufriendo como nunca creyó volver a hacerlo desde que dejó de ser carne y huesos. Pero ahí estaba de nuevo el dolor, un dolor terrible.

Se alejó flotando de su mutilador, chillando lo que pudo, mientras Maguire se escapaba tambaleando por el césped con los ojos desorbitados. Estaba a punto de volverse loco; seguro que ya no servía para nada. Pero eso no era suficiente. Tenía que matar a ese bastardo; eso era lo que se había prometido y estaba determinado a cumplir su promesa.

El dolor no remitía, así que trató de ignorarlo, concentrándose en perseguir a Maguire por el jardín. Pero se sentía muy débil; estaba a punto de convertirse en un juguete en manos del viento, que le atravesaba el cuerpo y le helaba las entrañas. Tenía el aspecto de una destrozada bandera de guerra, tan desastrada que apenas si se podía reconocer, a punto de abandonar este mundo.

Salvo que, salvo que... Maguire.

Éste llegó a su casa y cerró la puerta de un portazo. La sábana se aplastó contra la ventana ondeando, grotesca, arañando el cristal con sus manos de lino y clamando venganza con su rostro desfigurado.

–Déjame entrar –decía–, entraré de todas formas.

Maguire cruzó vacilando la habitación y entró en el vestíbulo.

–Raquel...

¿Dónde estaba su mujer?

–¿Raquel...?

No estaba en la cocina. En el estudio se oía la voz de Tracy. Se asomó. La niña estaba sola, sentada en medio del suelo, con los cascos en los oídos, acompañando alguna canción que le gustaba.

–¿Mamá? –le dijo empleando la mímica.

–Arriba –contestó ella, sin quitarse los cascos.

Arriba. Mientras subía las escaleras oyó a los perros ladrar en el jardín. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba haciendo ese cabrón?

–¿Raquel...? –Lo dijo en voz tan baja que casi no se oyó ni él mismo. Fue como si se hubiera convertido antes de tiempo en un fantasma en su propia casa.

No oyó ningún ruido en el rellano.

Entró dando traspiés en el cuarto de baño de baldosas marrones y encendió la luz. El efecto era adulador, y siempre le había gustado contemplarse bajo esa luz. Su brillo suave amortiguaba los estragos de la vejez. Pero esta vez se negó a engañarle. Su cara era la de un hombre viejo y aterrado.

Abrió violentamente el armario colgado de la pared y rebuscó entre las toallas tibias. ¡Ahí estaba! Una pistola descansando entre aquella fragancia, escondida, para usarse sólo en caso de emergencia. El contacto le hizo salivar. Agarró el arma y comprobó su estado. Funcionaba perfectamente. Esa pistola había matado una vez a Glass y lo podría matar de nuevo. Una y otra vez.

Abrió la puerta del dormitorio.

–Raquel...

Estaba sentada al borde de la cama, con Norton metido entre las piernas. Los dos seguían vestidos, uno de los suntuosos pechos de Raquel fuera del sujetador y aplastado contra la servicial boca del hombre. Se volvió, tan estúpida como de costumbre, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Sin pensar en lo que hacía, disparó.

La bala la sorprendió con la boca abierta, en un gesto muy característico, y le abrió un agujero nada despreciable en la garganta. Norton salió de su entrepierna, no tenía nada de necrófilo, y se fue corriendo hasta la ventana. No se sabía bien qué pretendía, puesto que no podía volar.

La segunda bala alcanzó a Norton en medio de la espalda y le atravesó el cuerpo, perforando el cristal.

Sólo cuando murió su amante, se desplomó Raquel sobre la cama, con el pecho salpicado de sangre y las piernas abiertas de par en par. Maguire la miró caer. La obscenidad doméstica de la escena no le repugnó; era bastante soportable. Pecho y sangre y boca y amor perdido y todo; todo era soportable. A lo mejor se estaba volviendo insensible.

Dejó caer la pistola.

Los perros habían dejado de ladrar.

Salió del dormitorio y se asomó al rellano, cerrando la puerta con suavidad para no molestar a su hija.

No debía molestar a su hija. Desde el rellano, descubrió el encantador rostro de su hija que lo contemplaba desde abajo.

–Papá.

La miró con cara de desconcierto.

–Había alguien en la puerta. Lo he visto entrar por la ventana.

Empezó a bajar las escaleras temblando, una a una. «No tiene prisa», pensó.

–Abrí la puerta, pero no había nadie.

Wall. Tenía que ser Wall. Sabría qué era lo mejor que se podía hacer.

–¿Era alto?

–No lo vi bien, papá. Sólo la cara. Estaba aún más pálido que tú.

¡La puerta! ¡Dios mío, la puerta! Que no la hubiera dejado abierta. Demasiado tarde.

El extraño entró en el vestíbulo con una arruga en la cara por sonrisa, una de las peores que Maguire había visto en su vida.

No era Wall.

Wall tenía carne y huesos, y este visitante era como una muñeca de trapo. Wall era un hombre frío, y éste le sonreía. Wall representaba la vida, la ley y el orden. Esta cosa no.

Era Glass, naturalmente.

Maguire negó con la cabeza. La niña, que no veía a aquella cosa ondear a sus espaldas en el aire, interpretó mal el gesto.

–¿He hecho algo mal? –preguntó.

Ronnie pasó a su lado volando en dirección a su víctima, más parecido a una sombra que a nada remotamente humano, arrastrando tras él jirones de ropa. Maguire no tuvo tiempo de

resistir, ni le quedaba voluntad para hacerlo. Abrió la boca para decir algo en defensa de su vida y Ronnie le metió el brazo que le quedaba, anudado en una cuerda de lino, por la garganta. Maguire tuvo náuseas, pero Ronnie siguió deslizándose en su interior, avanzando por la epiglotis y abriéndose camino por su esófago hasta llegar al estómago de su víctima. Maguire sintió que se le llenaba el estómago como después de un empacho, con la diferencia de que le retorcía el vientre y le rascaba la pared de su órgano para apoderarse de él. Fue todo tan rápido que no tuvo tiempo de morir de asfixia. Si hubiera podido elegir, quizás habría preferido esa muerte, por terrorífica que fuera. En lugar de eso, sintió cómo la mano de Ronnie le destrozaba el vientre, cavando en busca de un lugar al que agarrarse en el colon o en el duodeno. Y cuando la mano se apoderó de todo lo que pudo, el cabrón sacó el brazo.

La salida fue rápida, pero para Maguire el momento pareció durar toda una eternidad. Se dobló en dos cuando empezó el destripamiento, notando cómo sus vísceras le subían por la garganta, desdoblándolo como si fuera un vestido reversible. Vomitó la razón en un revoltijo de fluidos, café, sangre y ácido.

Ronnie tiró de las entrañas y arrastró a Maguire, cuyo torso vacío tenía las paredes pegadas una con otra, hasta la parte superior de la escalera. Conducido por una cuerda hecha con sus propias tripas, Maguire llegó hasta el rellano y se inclinó hacia adelante. Ronnie soltó presa y su víctima cayó, con la cabeza envuelta en intestinos, hasta el pie de las escaleras donde se encontraba aún su hija.

Tracy tenía una expresión de tranquilidad absoluta, pero Ronnie sabía que los niños eran mentirosos consumados.

Acabada la tarea, empezó a trotar escaleras abajo, desenrollando el brazo y agitando la cabeza para tratar de recobrar algo de apariencia humana. Resultó. Cuando llegó al pie de la escalera junto a la niña pudo ofrecerle algo muy semejante a una caricia humana. Ella no reaccionó. Ya sólo le quedaba escapar y esperar que consiguiera olvidarlo todo con el tiempo.

Cuando se hubo ido, Tracy subió la escalera para ir a buscar a su madre. Raquel no contestaba a sus preguntas, como tampoco lo hacía el hombre que yacía sobre la alfombra junto a la ventana. Pero había algo en él que la fascinaba. Tenía una serpiente gorda y roja sobresaliéndole del pantalón. Le hacía reír, era una cosita tan ridícula...

La niña seguía riendo cuando Wall, de Scotland Yard, hizo su aparición, tan tarde como de costumbre. Aunque, tras ver la danza macabra en que había degenerado la reunión, le alegró, después de todo, haber llegado tarde a aquella fiesta.

En el confesonario de la iglesia de Santa María Magdalena, el sudario de Ronnie estaba tan descompuesto que resultaba irreconocible. Le quedaban pocos sentimientos; tan sólo el deseo, un deseo tan fuerte que sabía que no podría resistirse a él por mucho tiempo, de abandonar su cuerpo maltrecho. Le había prestado buenos servicios; no podía quejarse. Pero ahora estaba exhausto. No podía seguir por más tiempo animando lo inanimado.

Sin embargo, quería confesar, lo deseaba con toda su alma. Contar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo los pecados que había cometido, con los que había soñado, los que había deseado cometer. Sólo había una forma de conseguirlo: si el padre Rooney no venía a él, él iría al padre Rooney.

Abrió la puerta del confesonario. La iglesia estaba casi vacía. Pensó que debía ser tarde y ¿quién tenía tiempo para encender velas cuando había comida que cocinar, amor que comprar y vida que vivir? Sólo un florista griego, que rogaba por el alma de sus dos hijos, vio a un sudario salir tambaleándose del confesonario y dirigirse hacia la sacristía. Parecía un estúpido adolescente con una sábana mugrienta echada por encima de la cabeza. El florista aborrecía ese tipo de comportamiento impío –que había descarriado a sus hijos– y quiso espantar a ese chaval para enseñarle que no se debe jugar a los mendigos en la casa del Señor.

–¡Eh, tú! –dijo en una voz demasiado alta.

El sudario se volvió para mirar al florista, con los ojos como dos agujeros hechos en

Librodot

masa caliente. La mirada del fantasma era tan desconsolada que las palabras se le helaron al florista en los labios.

Ronnie tanteó el pomo de la puerta de la sacristía. El traqueteo fue inútil. La puerta estaba cerrada con llave.

Una voz apagada dijo desde dentro:

–¿Quién es? –El que hablaba era el padre Rooney.

Ronnie trató de contestar, pero no consiguió pronunciar ninguna palabra. Todo lo que podía hacer era traquetear, como cualquier fantasma que se precie.

–¿Quién es? –volvió a preguntar el padre, ligeramente impaciente.

Confiéseme, quería decir Ronnie, confiéseme, porque he pecado.

La puerta permaneció cerrada. Dentro de la sacristía, el padre Rooney estaba atareado. Hacía fotografías para su colección privada; su motivo era una de sus damas predilectas, llamada Natalie. Hija del vicio, le había dicho alguien, pero no se lo creía. Era demasiado servicial, demasiado angelical, y llevaba el rosario en el seno como si acabara de salir del convento.

Los meneos de pomo habían cesado. Perfecto, penso el padre Rooney. Fuera quien fuera, ya volvería. No podía ser tan urgente. Sonrió a la mujer. Natalie le puso mala cara.

En la iglesia, Ronnie se arrastró hasta el altar y se arrodilló.

Tres filas por detrás, el florista dejó sus oraciones, indignado ante esa profanación. Ese tipo estaba borracho, su forma de retorcerse era inconfundible, y no iba a dejarse asustar por una máscara de la muerte tan burda. Maldiciendo al profanador en griego le pegó una zarpazo al fantasma arrodillado ante el altar.

Debajo de la sábana no había nada; nada de nada.

El florista notó cómo el trapo se retorcía en su mano y lo soltó con un gritito. Luego retrocedió por el ala, santiguándose una y otra vez, una y otra vez, como una viuda enloquecida. A pocos metros de la puerta, giró sobre sus talones y salió pitando.

El sudario se quedó donde lo había dejado el florista. Ronnie, que todavía moraba entre sus pliegues, levantó la vista del burujo de ropa que constituía su cuerpo y contempló el esplendor del altar. Incluso a la penumbra del interior de la iglesia estaba radiante y, conmovido por tanta belleza, no le importó abandonar su reencarnación. Sin confesarse, pero sin temer el juicio final, su alma se separó de su cuerpo.

Al cabo de una hora, más o menos, el padre Rooney abrió la sacristía, acompañó a la casta Natalie hasta la puerta de la iglesia y cerró ésta con llave. Al volver se asomó al confesonario, por si había algún chaval escondido. Vacía, toda la iglesia estaba vacía. Santa María Magdalena era una mujer olvidada.

Mientras volvía a la sacristía, silbando y esquivando bancos, advirtió el sudario de Ronnie Glass. Estaba tirado sobre los escalones del altar, hecho un triste burujo de ropa raída. Ideal, pensó, y lo recogió. Había unas manchas indiscretas sobre el suelo de la sacristía. Serviría para secarlas.

Olisqueó la tela; le encantaba olerlo todo. Olía a mil cosas. A éter, a sudor, a perros, a entrañas, a sangre, a desinfectante, a habitaciones vacías, a corazones destrozados, a flores y a desolación. Fascinante. Era lo bueno de estar en la parroquia del Soho, pensó. Una sorpresa todos los días. Misterios en el umbral, al pie del altar. Crímenes tan numerosos que haría falta un mar de agua bendita para perdonarlos. Vicio a la venta en todas las esquinas, bastaba con saber dónde buscarlo.

Se metió el sudario bajo el brazo.

–Juraría que tienes toda una historia que contarme –dijo, apagando los cirios votivos con dedos demasiado calientes para que los quemara la llama.

1.-*Glassy,* en el original permite hacer un juego de palabras por derivar de *glass* («cristal» y, a la vez, apellido del protagonista). *(N. del T.)*

2.-Ave grande e incapaz de volar, extinguida desde finales del siglo XVII. En inglés se suele utilizar como calificativo de una persona cuyas ideas o forma de actuar están pasadas de moda. *(N. del T.)*

VÍCTIMAS PROPICIATORIAS

No era una verdadera isla aquella a la que la corriente nos había arrastrado; era un montículo de piedras muerto. Llamarle isla a aquel arrugado montón de mierda era excesiva benevolencia. Las islas son oasis en el mar: verdes y exuberantes. Éste era un lugar abandonado: ninguna foca a su alrededor, ningún pájaro sobrevolándolo. No se me ocurre para qué podría servir un lugar como éste, excepto para poder decir: vi el corazón de la nada y sobreviví.

–No está en ninguna carta de navegación –dijo Ray, volcándose sobre el mapa de las Hébridas Interiores, con la uña en el lugar donde había calculado que deberíamos encontrarnos.

Era, como había dicho, un espacio vacío en el mapa, tan sólo un mar azul pálido sin la más mínima mota que señalara la existencia de aquella roca. Entonces no eran sólo las focas y los pájaros los que la ignoraban, sino también los cartógrafos. Había una o dos flechas cerca del dedo de Ray, marcando las corrientes que deberían habernos llevado al norte: diminutos dardos rojos sobre un océano de papel. El resto, como el mundo exterior, estaba desierto.

Jonathan, por supuesto, exultaba cuando descubrió que el lugar ni siquiera figuraba en el mapa; pareció sentirse liberado instantáneamente. Ya no era culpa suya que estuviéramos allí, sino de los cartógrafos: dado que el montículo ni siquiera estaba marcado en las cartas, no se le podía considerar responsable de que hubiéramos encallado. La expresión de culpabilidad que tenía desde nuestra imprevista llegada fue sustituida por un gesto de autosatisfacción.

–No se puede esquivar un lugar que no existe, ¿verdad? –cacareó–. ¿Verdad que no?

–Podrías haber utilizado los ojos que Dios te ha dado –le espetó Ray; pero Jonathan no estaba dispuesto a dejarse amedrentar por ninguna crítica razonable.

–Fue todo tan repentino, Raymond –dijo–. Quiero decir que con esta niebla no tuve ninguna oportunidad. Antes de que pudiera darme cuenta ya la teníamos encima.

Fue todo rapidísimo, la cosa no tenía vuelta de hoja. Yo estaba en la cocina preparando el desayuno, cosa que se había convertido en responsabilidad mía, ya que ni Angela ni Jonathan mostraban ningún entusiasmo por la tarea, cuando el casco del *Emmanuelle* se astilló en la playa de guijarros, y luego, dando tumbos, abrió un surco hasta llegar a la playa pedregosa. Hubo un momento de silencio: entonces comenzaron los gritos. Salí trepando de la cocina y vi a Jonathan en cubierta, haciendo tímidas muecas y agitando los brazos como demostración de inocencia.

–Antes de que me preguntes nada –dijo–, no sé cómo ha ocurrido. Hace tan sólo un minuto navegábamos tranquilamente...

–¡Me cago en Dios todopoderoso! –Ray salía gateando de la cabina, subiéndose los vaqueros, con el aspecto deplorable de haber pasado una noche en la litera junto a Angela. Yo había gozado del dudoso privilegio de escuchar sus orgasmos durante toda la noche; ella era, sin lugar a dudas, exigente. Jonathan empezó de nuevo su alegato desde el principio:

–Antes de que me preguntes nada... –pero Ray le hizo callar con una breve selección de insultos. Me refugié en los confines de la cocina mientras se desencadenaba la discusión en

Librodot

cubierta. Oír cómo ponían verde a Jonathan me produjo no poca satisfacción; incluso deseé que Ray perdiera la calma lo suficiente como para dejar ensangrentada aquella perfecta nariz ganchuda.

La cocina era un cubo encharcado. El desayuno que había preparado estaba todo por el suelo y allí lo dejé, las yemas de los huevos, el jamón y las torrijas, todo helado en charcos de grasa cuarteada. Era culpa de Jonathan; que lo limpiara él. Me serví un zumo de pomelo, esperé a que cesaran las recriminaciones y volví arriba.

Hacía dos horas escasas que había amanecido, y la niebla que había ocultado la isla a los ojos de Jonathan seguía tapando el sol. Por poco que se pareciera aquel día a la semana que llevábamos, por la tarde la cubierta estaría demasiado caliente para andar descalzo por ella, pero entonces, con la niebla todavía espesa, me entró frío porque sólo llevaba la parte inferior del bikini. Cuando se navega por las islas no importa demasiado la ropa que uno lleve. Nadie te va a ver. Había conseguido el bronceado más homogéneo de mi vida, pero esa mañana la tiritona me obligó a bajar a por un jersey. No hacía viento, el frío procedía del mar. Tan sólo a unos pocos metros de la playa sigue siendo de noche, pensé: una noche sin fin.

Me puse un jersey y regresé a cubierta. Habían desplegado los mapas y Ray estaba inclinado sobre ellos. Su espalda, desnuda, estaba pelada por el exceso de sol, y vi cómo intentaba disimular la calva con sus rizos de un amarillo sucio. Jonathan contemplaba la playa acariciándose la nariz.

–Cristo, qué lugar –dije.

Me echó una ojeada, esbozando una sonrisa. El pobre Jonathan tenía la ilusión de que su cara era tan encantadora que podía hacer salir a una tortuga de su caparazón y, para hacerle justicia, había mujeres que se derretían cuando las miraba con tanta intensidad. Yo no era una de ellas y eso le irritaba. Siempre había pensado que su belleza judía era demasiado blanda para ser hermosa. Mi indiferencia era una mancha roja en su historial.

De debajo de cubierta subió una voz soñolienta y malhumorada. Nuestra Señora de la Litera se había despertado por fin: ya era hora de que hiciera su tardía aparición, envolviendo púdicamente su desnudez con una toalla. Tenía la cara hinchada del exceso de vino tinto y su cabello necesitaba un buen peinado. A pesar de ello estaba radiante, con los ojos muy abiertos, cual Shirley Temple con escote.

–¿Qué está pasando, Ray? ¿Dónde estamos?

Ray no levantó la mirada de sus cálculos, lo que le valió un fruncimiento de entrecejo.

–Tenemos una auténtica mierda de navegante, eso es todo –dijo.

–¡Si todavía no sé qué ha ocurrido! –protestó Jonathan, que evidentemente esperaba una muestra de simpatía por parte de Angela. En vano.

–¿Pero dónde estamos? –preguntó de nuevo.

–Buenos días, Angela –dije; a mí también me ignoró.

–¿Es esto una isla? –dijo.

–Claro que es una isla: lo que no sé todavía es cuál –replicó Ray.

–Quizá sea Barra –sugirió ella.

Ray hizo una mueca.

–No estamos en absoluto cerca de Barra –dijo–. Con que sólo me dejarais volver sobre nuestros pasos...

¿Volver sobre nuestros pasos en el mar? «Otra vez la fijación de Ray con Cristo», pensé, volviendo los ojos a la playa. Era imposible adivinar el tamaño de la isla, a cien metros la niebla borraba el paisaje. Quizás habitase algún ser humano en alguna parte de aquel muro gris.

Ray, habiendo localizado en el mapa el lugar donde se suponía que estábamos varados, bajó a la playa y echó una mirada crítica a la proa. Más por no toparme con Angela que por otra cosa, bajé junto a él. Los guijarros de la playa estaban fríos y resbaladizos bajo mis pies descalzos. Ray recorrió con la palma un costado del *Emmanuelle,* casi como en una caricia, y se agachó para evaluar los daños sufridos por la proa.

Librodot

–No creo que haya ningún boquete –dijo–, pero no puedo estar seguro.

–Nos haremos a la mar cuando suba la marca –dijo Jonathan, haciendo una pose, las manos sobre las caderas, contra la proa–. Tú tranquila –me hizo un guiño–, puedes estar tranquila.

–¡Y una mierda nos haremos a la mar! –estalló Ray–. Juzga por ti mismo.

–Pues conseguiremos que nos ayuden a remolcar el barco. –Nada podía hacer mella en la confianza de Jonathan.

–Pues ya estás yendo a buscar a alguien, gilipollas.

–Claro, ¿por qué no? Espera una hora o así a que se disipe la niebla y me iré a dar una vuelta en busca de ayuda.

Se alejó paseando.

–Voy a hacer un poco de café –se ofreció Angela.

Conociéndola, tardaría una hora en prepararlo. Había tiempo para darse una vuelta.

Empecé a pasear por la playa.

–No te alejes demasiado, querida –gritó Ray.

–No.

Había dicho «querida». Una palabra fácil de pronunciar; para él no significaba nada.

El sol calentaba algo más y me tuve que quitar el jersey. Mis pechos desnudos ya estaban morenos como dos nueces y se me ocurrió que igual de grandes. Pero no se puede tener todo. Por lo menos yo tenía dos neuronas con que funcionar, más de lo que podía decirse de Angela, que tenía unas tetas como melones y un cerebro que habría avergonzado a una mula.

El sol no acababa de decidirse a atravesar la niebla. Se filtraba perezosamente sobre la isla y su luz producía un efecto plano, eliminando del paisaje todo color y relieve, velando mar, rocas y los escombros de la playa hacia un gris decolorado, el color de la carne demasiado cocida.

A cien metros escasos, algo en el ambiente empezó a deprimirme, y me di la vuelta. Unas olas pequeñas, inquietas, se deslizaban a mi derecha y rompían con un chapoteo cansino sobre las rocas. No tenían nada de majestuosas las olas aquí: sólo el rítmico e interminable chapoteo de una marea exhausta.

Yo ya odiaba aquel lugar.

Cuando llegué al barco, Ray estaba probando la radio, pero por alguna razón sólo se oían zumbidos en todas las frecuencias. La maldijo un rato, y luego renunció. Después de media hora, el desayuno estaba servido, aunque tuvimos que apañarnos con sardinas, champiñones de lata y restos de torrijas. Angela sirvió este banquete con su aplomo habitual, con el aspecto de quien está realizando un segundo milagro de los panes y los peces. En cualquier caso resultaba casi imposible disfrutar de la comida; el aire parecía quitarle el sabor a todo.

–Qué curioso, ¿no? –empezó Jonathan.

–Hilarante –dijo Ray.

–No hay sirenas de niebla. Una neblina sin sirenas. Ni siquiera el sonido de un motor; ¡qué extraño! –Estaba en lo cierto. Nos envolvía el silencio más absoluto, una húmeda y asfixiante quietud. De no ser por el chapoteo culpable de las olas y el sonido de nuestras voces podría ser perfectamente que estuviéramos sordos.

Me senté en la popa y miré al mar. Todavía estaba gris, pero el sol ya empezaba a colorearlo: verde oscuro y, más profundamente, una pizca de azul purpúreo. Debajo del barco distinguí hilachos de alga marina y culantrillos, juguetes de la marea, meciéndose. Resultaba incitante: y además cualquier cosa era mejor que la atmósfera enrarecida del *Emmanuelle.*

–Me voy a dar un baño –dije.

–Yo no lo haría, querida –replicó Ray.

–¿Por qué no?

–La corriente que nos ha lanzado hasta aquí debe ser considerablemente fuerte, no

querrás quedar atrapada en ella...

–Pero todavía es marea alta, ¡me arrastraría a la orilla!

–Tú no sabes qué contracorrientes puede haber fuera de aquí. Hasta remolinos: son frecuentes. ¡Te tragará en un instante!

Miré al mar de nuevo. Parecía bastante inofensivo, pero recordé que ésas eran aguas traicioneras y me lo pensé mejor.

Angela había iniciado una pequeña demostración de enfurruñamiento porque nadie se había acabado su desayuno impecablemente preparado. Ray le siguió el juego. Le gustaba tratarla como a una niña, dejándola jugar a estúpidos juegos. Eso me ponía enferma.

Bajé a fregar los platos, echando las sobras al mar por la portilla. No se hundieron inmediatamente. Flotaron en una mancha aceitosa, las setas y los trozos de sardinas medio comidas se movían en la superficie de un lado para otro, como si alguien hubiera vomitado en el mar. Comida para los cangrejos, si es que un cangrejo con amor propio podía dignarse vivir aquí.

Jonathan se reunió conmigo en la cocina, sintiéndose un poco tonto todavía a pesar de la bravata. Permaneció de pie en la puerta, intentando captar mi atención, mientras yo aclaraba sin ningún entusiasmo los grasientos platos de plástico. Tan sólo quería oírme decir que no lo consideraba culpable. Era el perfecto Adonis, sin lugar a dudas. No dije nada.

–¿Te importa que te eche una mano? –dijo.

–En realidad no hay espacio para dos –le dije, intentando que no sonara demasiado cortante. No obstante le afectó: todo el episodio había menoscabado su autoestima más de lo que yo había imaginado, a pesar de todos sus pavoneos.

–Mira –le dije con amabilidad–, ¿por qué no regresas a cubierta a tomar el sol antes de que haga demasiado calor?

–Me siento una mierda –dijo.

–Fue un accidente.

–Una absoluta mierda.

–Como has dicho tú, nos haremos a la mar cuando suba la marea.

Se apartó de la puerta y bajó a la cocina; su proximidad me producía claustrofobia. Tenía el cuerpo demasiado grande para el espacio disponible: demasiado curtido, demasiado carnal.

–¡Ya te he dicho que no hay sitio, Jonathan!

Me puso una mano sobre la nuca y, en lugar de rechazarlo encogiendo los hombros, lo dejé hacer, y se puso a masajearme suavemente los músculos. Quería decirle que me dejara sola, pero la lasitud de la atmósfera parecía haberse apoderado de mi cuerpo. Tenía la palma de la otra mano sobre mi vientre, subiéndola hacia mi pecho. Yo permanecía indiferente a su tratamiento. Si era eso lo que buscaba, lo obtendría.

Sobre la cubierta, Angela hipaba en pleno ataque de risa tonta, casi asfixiada de histeria. Podía imaginarme cómo echaba la cabeza atrás y sacudía sus cabellos sueltos. Jonathan se desabrochó los pantalones cortos y los dejó caer. La ofrenda a Dios de su prepucio debió ser toda una obra de arte; su erección era tan higiénica en su entusiasmo que parecía incapaz de causar el más mínimo dolor. Dejé que su boca se pegara a la mía, dejé que su lengua explorase mis encías con tanta insistencia como el dedo de un dentista. Me bajó el bikini lo suficiente para tener el acceso libre, hurgó hasta encontrar el camino y me penetró.

Detrás de él, crujió la escalera y miré por encima de su hombro justo a tiempo para vislumbrar a Ray asomado por la escotilla, contemplando las nalgas de Jonathan y la maraña que formaban nuestros brazos. Me pregunté si habría comprendido que yo no sentía nada; si habría comprendido que lo hacía desapasionadamente, y que sólo hubiera podido sentir un arrebato de deseo si hubiera sustituido la cabeza, la espalda y la polla de Jonathan por las suyas. Se apartó silenciosamente de la escalera; pasó un momento en el que Jonathan me dijo que me amaba, y luego oí a Angela echarse otra vez a reír cuando Ray le describió lo que acababa de presenciar. Que aquella zorra pensara lo que quisiera: no me importaba.

Jonathan seguía trabajándome con caricias llenas de intención pero faltas de inspiración,

con el entrecejo fruncido como el de un escolar tratando de resolver una ecuación imposible. La descarga vino sin previo aviso, sólo reconocible porque se estrechó su abrazo sobre mis hombros y frunció todavía más el entrecejo. Sus arremetidas fueron amainando hasta que cesaron; sus ojos se encontraron con los míos. Fue un momento tenso. Quise besarle, pero él había perdido todo el interés. Se apartó todavía empalmado, con una mueca de dolor.

–Siempre me vuelvo hipersensible después de eyacular –murmuró, subiéndose los pantalones–. ¿Te ha gustado?

Asentí. Había sido ridículo; toda la historia lo era. Quedarme encallada en medio de ninguna parte con este chiquillo de veintiséis años, Angela y un hombre al que no le importaba si estaba viva o muerta. Pero es que, a lo mejor, a mí tampoco me preocupaba. Pensé sin motivo en los chapoteos del mar, en las continuas reverencias de las olas hasta que venía otra a deshacerlas.

Jonathan ya había subido la escalera. Preparé un poco de café y me quedé mirando por la escotilla, sintiendo cómo su semen se resecaba cual perlas estriadas en el interior de mis muslos.

Cuando el café estuvo listo, Ray y Angela ya se habían ido a dar una vuelta por la isla en busca de ayuda.

Jonathan estaba sentado en mi puesto de popa, contemplando la niebla. Más por romper el silencio que por otra cosa, dije:

–Creo que se ha levantado un poco.

–¿Sí?

Le dejé un tazón de café al lado.

–Gracias.

–¿Y los demás?

–De exploración.

Se dio la vuelta para mirarme, con una expresión confusa.

–Yo todavía me siento una mierda.

Reparé en la botella de ginebra que tenía al lado, sobre cubierta.

–Un poco pronto para beber, ¿no te parece?

–¿Quieres?

–Ni siquiera son las once.

–¿Qué más da?

Señaló al mar.

–Sigue mi dedo –dijo.

Me apoyé sobre su hombro e hice lo que me pedía.

–No, ahí no. Sigue mi dedo... ¿lo ves?

–Nada.

–En el borde de la niebla. Aparece y desaparece. ¡Allí! ¡Otra vez!

Vi algo en el agua a veinte o treinta metros de la popa del *Emmanuelle* de color marrón, arrugado, dándose la vuelta.

–Es una foca –dije.

–No creo.

–El sol está calentando el mar. Probablemente vienen a tomar el sol a los bajos.

–No parece una foca. Tiene una manera curiosa de desplazarse.

–Quizá sean los restos de un naufragio.

–¡Podría ser!

Echó un trago largo.

–Deja algo para la noche.

–Sí, mamá.

Nos quedamos sentados un rato en silencio. Sólo se oían las olas en la playa. Slop, slop, slop.

De vez en cuando la foca, o lo que fuera, salía a la superficie, giraba, y desaparecía de

Librodot

nuevo.

«Una hora más», pensé, «y la marca empezará a subir.» Nos sacará de este absurdo capricho de la creación.

–¡Eh! –Era la voz de Angela a lo lejos–. ¡Eh, colegas!

Nos llamaba «colegas».

Jonathan se levantó, protegiéndose los ojos con la mano para que no le deslumbrara la reverberación del sol sobre las rocas. Ahora había mucha más claridad y cada vez hacia más calor.

–Nos está haciendo señas –dijo, indiferente.

–Déjala que haga señas.

–¡Colegas! –gritaba, agitando los brazos. Jonathan hizo una bocina con las manos y aulló a modo de réplica:

–¿Qué-quie-res?

–Venid a ver –replicó ella.

–Quiere que vayamos a ver.

–¡Ya lo he oído!

–Vamos –dijo él–, no hay nada que perder.

Yo no quería moverme, pero él me tiraba del brazo. No merecía la pena discutir. Tenía un temperamento colérico.

Nos costó abrirnos camino por la playa. Las piedras no estaban mojadas, sino cubiertas de una película resbaladiza de algas gris verdosas, como el sudor de una calavera.

A Jonathan le estaba costando más que a mí atravesar la playa. Perdió el equilibrio un par de veces y se cayó pesadamente sobre el trasero, soltando tacos. La culera de sus pantalones se tiñó en seguida de un mugriento color aceituna, y por un desgarrón le asomaron las nalgas.

No es que yo fuera una bailarina, pero lo conseguí, pasito a pasito, intentando evitar las rocas grandes para que si resbalaba no fuera a caer muy lejos.

Cada pocos metros teníamos que salvar una hilera de algas hediondas. Yo lograba saltarlas con cierta elegancia, pero Jonathan, avergonzado y torpe, se abría camino con bastante dificultad. Sus pies descalzos se hundían hasta el fondo en aquella porquería. No eran sólo algas marinas, sino los detritos que suele depositar la marea sobre la playa: botellas rotas, latas oxidadas de Coca-Cola, corchos manchados de verdín, bolas de alquitrán, fragmentos de cangrejos, preservativos de un amarillo pálido. Y, hurgando entre esos fétidos montones de escoria, moscas azules de ojos protuberantes y de tres centímetros de largo. Cientos de moscas, trepando sobre la mierda y subiéndose unas encima de otras, zumbando para vivir y viviendo para zumbar.

Era el primer indicio de vida que veíamos.

Hacía cuanto podía para no caerme al franquear cada una de las hileras de algas, cuando se desencadenó a mi izquierda una pequeña avalancha de guijarros. Tres, cuatro, cinco piedras rebotaban una contra otra al bajar hacia el mar, poniendo en movimiento a docenas de piedras más al caer.

No había causa visible para tal efecto.

Jonathan no se molestaba siquiera en levantar la vista. Bastantes problemas tenía con mantener el equilibrio.

La avalancha cesó: se había quedado sin energía. Y entonces se desencadenó otra: esta vez entre nosotros y el mar. Piedras rebotando: ésta era más grande que la anterior y alcanzaba más altura a cada salto.

La cascada se prolongó más tiempo que la vez anterior: las piedras chocaban entre sí. Unos cuantos guijarros alcanzaron finalmente el mar. Fue el final de la danza.

Plop.

Un ruido apagado.

Plop. Plop.

Ray apareció por detrás de uno de los grandes cantos que había en la playa, sonriendo como un cretino.

–Hay vida en Marte –vociferó, antes de volverse por donde había venido.

Después de pasar unos pocos apuros más, llegamos, con el pelo sudoroso pegado a la frente como un gorro, hasta aquel canto.

Jonathan parecía algo enfermo.

–¿Qué es eso tan importante? –preguntó.

–Mira lo que hemos encontrado –dijo Ray, y nos llevó por detrás de los cantos.

Primer susto.

En cuanto llegamos a la altura de la playa, divisamos el otro lado de la isla. La playa gris se prolongaba uniformemente y luego venía el mar. Ningún habitante, ningún barco, ningún indicio de vida humana. La isla no debía tener ni un kilómetro de diámetro: apenas el lomo de una ballena. Pero había algo vivo en ella; ése fue el segundo susto.

En el murete hecho de cantos rodados, pelados y grandes que coronaba la isla, había un recinto cercado. Los postes se estaban pudriendo por la salinidad del aire, pero tenían entretejida una maraña de alambres oxidados que formaban un tosco redil. Dentro de éste había una mancha de hierba reseca y, en ese lamentable jardín, tres ovejas. Y Angela.

Estaba de pie en aquel penal, acariciando a uno de sus presidiarios y arrullando su cara inexpresiva.

–Ovejas –dijo triunfalmente.

Jonathan reaccionó antes que yo y le espetó:

–¿Y qué?

–Bueno, es extraño, ¿no? –dijo Ray–, tres ovejas en medio de un lugar tan pequeño como éste.

–No parece que tengan buen aspecto –dijo Angela.

Tenía razón. Los animales estaban en un estado deplorable debido a una exposición demasiado prolongada a los elementos. Tenían los ojos hinchados de pus, y la lana les colgaba del pellejo en apelmazadas matas, con los flancos palpitantes al descubierto. Una de ellas se había desplomado contra la alambrada y parecía incapaz de incorporarse por sí sola, demasiado agotada o demasiado enferma.

–Es cruel –dijo Angela.

Tuve que admitirlo: resultaba sádico encerrar a esas criaturas con unas pocas briznas de hierba que mascar y una lata de agua estancada para saciar su sed.

–Extraño, ¿no? –dijo Ray.

–Me he hecho un corte en el pie. –Jonathan estaba sentado sobre una piedra muy lisa contemplando la planta de su pie derecho.

–Hay cristales en la playa –dije, intercambiando una mirada ausente con una de las ovejas.

–Son tan poco expresivas... –dijo Ray–. De la misma pasta que los hombres rectos.

Curiosamente no parecían sentirse tan infelices por su condición, tenían una mirada filosófica. Sus ojos decían: «No soy nada más que una oveja, no aspiro a gustarte, ni a que me cuides, ni a que me protejas si no es por el interés de tu estómago». Ni balaban furiosas ni coceaban con frustración.

No eran más que tres ovejas grises aguardando la muerte.

A Ray había dejado de interesarle el asunto. Volvía despreocupadamente a la playa, pegándole patadas a una lata. Ésta traqueteaba y rebotaba. Me recordó a las piedras.

–Deberíamos liberarlas –dijo Angela.

La ignoré. ¿Qué era la libertad en un lugar como aquél? Ella insistió:

–¿No crees que habría que hacerlo?

–No.

–Morirán.

–Alguien las puso aquí; por alguna razón será.

–Pero van a morir.

–Si las soltamos morirán en la playa. No tienen nada que comer.

–Ya las alimentaremos nosotros.

–Torrijas y ginebra –sugirió Jonathan, sacándose un cristal de la planta del pie.

–No podemos abandonarlas.

–No es asunto nuestro –dije. Se estaba poniendo pesada. Tres ovejas. A quién podía importarle que vivieran o...

Había pensado lo mismo de mí hacía una hora. Las ovejas y yo teníamos algo en común.

Me dolía la cabeza.

–Morirán –gimoteó Angela por tercera vez.

–Eres una puta estúpida –le dijo Jonathan. Hizo el comentario con naturalidad, sin malicia. Era la enunciación de un hecho indiscutible.

No pude evitar sonreír burlonamente.

–¿Qué? –parecía que la hubieran mordido.

–Una puta estúpida –repitió–. PUTA.

Angela enrojeció de rabia y desconcierto y se volvió hacia él.

–Has sido tú quien nos ha dejado aquí tirados –dijo, haciendo una mueca.

La inevitable acusación. Con lágrimas en los ojos. Herida por sus palabras

–Lo hice deliberadamente –dijo él, escupiéndose en los dedos y frotándose el tajo con saliva–. Quería ver si lográbamos abandonarte aquí.

–Estás borracho.

–Y tú eres estúpida. Yo estaré sobrio por la mañana.

Todavía seguían en vigor los viejos argumentos.

Desconcertada, Angela bajó hacia la playa tras Ray, intentando contener las lágrimas hasta que la perdiéramos de vista.

Casi sentí cierta compasión por ella. Cuando la batalla se volvía dialéctica era presa fácil.

–Cuando quieres eres un hijo de puta –le dije a Jonathan; se limitó a mirarme con ojos vidriosos.

–Mejor ser amigos. Contigo no quiero ser un hijo de puta.

–No me asustas.

–Ya lo sé.

La oveja me miraba de nuevo. Le devolví la mirada.

–Jodida oveja –dijo él.

–¡No pueden evitarlo!

–Si tuvieran un poco de decencia, se cortarían sus sucias gargantas.

–Me vuelvo al barco.

–Hijas de mala madre.

–¿Vienes?

Me agarró la mano con firmeza y urgencia, y la retuvo entre las suyas como si no la fuera a soltar nunca. De repente se me quedó mirando.

–No vayas.

–Hace demasiado calor aquí.

–Quédate. Esta piedra es agradable. y cálida. Túmbate. Esta vez no nos interrumpirán.

–¿Te enteraste tú? –dije.

–¿Te refieres a lo de Ray? Claro que me enteré. Pensé que le estábamos ofreciendo todo un espectáculo.

Me atrajo hacia sí con fuerza, recogiéndome el brazo con las manos como si tirara de una cuerda. Su olor me devolvió a la cocina, a su ceño, su declaración susurrada («Te quiero»), su separación silenciosa.

Déjà vu.

Sin embargo, ¿qué otra cosa se podía hacer en un día como aquél más que dar vueltas al mismo círculo tedioso, como las ovejas en el redil? Vueltas y más vueltas. Respirar, hacer el amor, comer, cagar.

La ginebra le había bajado hasta la ingle. Hizo todo lo que pudo, pero no tuvo éxito. Era como tratar de enhebrar espaguetis.

Exasperado, se despegó de mí.

–Joder, joder, joder.

Palabras sin sentido. Cuando se repiten muchas veces pierden su significado, como todo. No significan nada.

–No importa –dije.

–Que te den por culo.

–De verdad que no importa.

No me miró, sólo se observaba la polla. Si hubiera tenido en ese momento un cuchillo en la mano, creo que se la habría cortado y la habría depositado sobre la roca caliente, como un tributo a la esterilidad.

Lo dejé estudiándose y volví paseando al *Emmanuelle.* Algo extraño me llamó la atención. Algo que no había visto nunca. Las moscas azules, en vez de saltar a mi paso, se dejaban aplastar. Algo letárgico o suicida. Se quedaban posadas sobre las piedras calientes y reventaban bajo mis pies; sus pequeñas vidas bulliciosas se desvanecían como tantas otras luces.

La niebla estaba desapareciendo por fin y, al recalentarse el aire, la isla reveló una nueva y desagradable jugarreta: el olor. La fragancia era tan saludable como la de una habitación llena de melocotones podridos; densa y asfixiante. Se colaba a través de los poros por las ventanas de la nariz como un jarabe. Y, bajo aquella dulzura, había algo más, bastante menos agradable que los melocotones, frescos o podridos. Un olor como el de un sumidero atascado con carne rancia, como los canalillos de un matadero, apelmazados con sebo y sangre coagulada. Me imaginé que serían las algas, aunque nunca había olido nada en ninguna otra playa que pudiera igualar este hedor.

Estaba a mitad de camino del *Emmanuelle,* tapándome la nariz al pisar las franjas de algas podridas, cuando oí detrás de mí el ruido de un pequeña ejecución. El grito de Jonathan, de júbilo satánico, casi ahogaba el patético quejido de la oveja al morir; comprendí instintivamente lo que aquel borracho hijo de puta acababa de hacer.

Me di la vuelta girando sobre mis talones en el cieno. Era sin duda demasiado tarde para salvar a una de las bestias, pero quizá pudiera evitar que masacrara a las otras dos. No logré ver el redil; estaba oculto por las piedras, pero pude oír los alaridos triunfales de Jonathan y el ruido sordo, ensordecedor, de sus golpes. Sabía lo que iba a ver antes de presenciar la escena.

El césped gris verdoso se había vuelto rojo. Jonathan estaba en el redil con la oveja. Las dos supervivientes embestían enloquecidas, balando de terror, mientras Jonathan se erguía sobre la tercera oveja, empalmado. La víctima se había derrumbado parcialmente, con las patas delanteras como palos que se balanceaban bajo su cuerpo y las patas traseras rígidas ante la inminencia de la muerte. Su cuerpo se estremecía con espasmos nerviosos y sus ojos mostraban más lo blanco que lo marrón. Tenía la parte superior del cráneo despedazada casi enteramente y los sesos, al aire, atravesados por astillas de su propio hueso y reducidos a papilla por el pedrusco redondo que Jonathan aún empuñaba. Mientras lo observaba vi que incrustaba una vez más el arma en aquella cazuela de sesos. Salieron disparados grumos de tejido en todas las direcciones, salpicándome de sangre y materia caliente. Jonathan parecía un lunático salido de una pesadilla (cosa que en ese momento, supongo, era). Su cuerpo desnudo, antes blanco, estaba teñido como el delantal de un carnicero después de una dura jornada de descuartizar en el matadero. Era más la cara de la oveja ensangrentada que la suya propia...

El animal propiamente dicho estaba muerto. Sus patéticas quejas se habían apagado

Librodot

definitivamente. Se desplomó cómicamente, como un personaje de dibujos animados, rasgándose una oreja con el alambre. Jonathan observó cómo caía. Bajo la sangre se le dibujaba una sonrisa burlona. Aquella sonrisa suya que valía para tantos propósitos. ¿No era ésa la sonrisa con la que encandilaba a las mujeres? ¿La misma sonrisa con que les hablaba de lascivia y amor? Ahora, por fin, la utilizaba para lo que estaba hecha: era la sonrisa boquiabierta del salvaje satisfecho con el pie sobre su presa, una piedra en una mano y su virilidad en la otra.

A medida que recuperaba el juicio se le fue borrando aquella sonrisa.

–¡Jesucristo! –dijo, y de su abdomen le subió por el cuerpo una oleada de repulsión. Pude ver claramente cómo se le contraían las tripas en un ataque de náuseas que le obligó a agachar la cabeza, y devolvió sobre el césped la ginebra y las torrijas a medio digerir.

No me moví. No quería confortarle, calmarle, consolarle. Sencillamente no podía hacer nada por él.

Me di la vuelta.

–Frankie –dijo, con la garganta atorada de bilis.

No fui capaz de volverme para mirarle. No se podía hacer nada por la oveja, estaba muerta y bien muerta; lo único que yo quería era huir del pequeño cerco de piedras y borrar de mi cabeza aquella imagen.

–Frankie.

Empecé a caminar tan rápido como podía por un terreno tan escabroso, bajando hacia la playa y tratando de volver a la relativa cordura del *Emmanuelle.*

El olor era ahora más intenso. Me llegaba a la cara desde el suelo en oleadas inmundas.

Horrible isla. Vil, apestosa, enloquecida isla.

Lo único que sentía era odio mientras bajaba dando traspiés por entre la hierba y las inmundicias. El *Emmanuelle* ya no estaba lejos.

Entonces se oyó un repiqueteo de guijarros, como antes. Me detuve balanceándome insegura sobre el lomo de una piedra lisa y miré a la izquierda, donde un guijarro cayó rodando hasta detenerse. Cuando se paró, otro guijarro más grande, de unos veinte centímetros de ancho, pareció salir espontáneamente de su lugar de descanso y bajó rodando hacia la playa, golpeando a sus vecinas y desencadenando un nuevo éxodo en dirección al mar. Fruncí el entrecejo: y me zumbó la cabeza.

¿Es que había algún tipo de animal –un cangrejo quizá– bajo la playa, moviendo las piedras? ¿O era que de alguna manera el calor les insuflaba vida?

Otra vez: una piedra más grande...

Seguí andando mientras detrás de mi continuaban el repiqueteo y el traqueteo. Una pequeña cascada seguía de cerca a la anterior formando una percusión casi sin fisuras.

Inexplicablemente, sin motivo real, empecé a tener miedo.

Angela y Ray estaban tomando el sol en la cubierta del *Emmanuelle.*

–Otro par de horas y podremos empezar a levantar el culo de esta puta –dijo él, bizqueando al mirarme.

Al principio pensé que se refería a Angela, pero luego me di cuenta de que estaba hablando de sacar el barco a flote.

–Mientras tanto podemos tomar el sol –dijo, dedicándome una sonrisa poco convencida.

–Sí.

Angela o estaba dormida o me ignoraba. Fuera por lo que fuese me venía de perlas.

Me dejé caer pesadamente sobre la cubierta a los pies de Ray y dejé que el sol me empapara. Las motas de sangre que tenía en la piel se habían secado, como pequeñas costras. Me las arranqué distraídamente y escuché el ruido de las piedras y el chapoteo del mar.

Detrás de mí alguien pasaba hojas. Miré a mi alrededor. Ray, que era incapaz de permanecer quieto demasiado tiempo, tamborileaba en un libro sobre las Hébridas que se

había traído de la biblioteca de casa.

Mi madre siempre decía que mirar directamente al sol hacía un agujero en el fondo de los ojos, pero el sol estaba allá arriba, caliente y vivo, y yo quise mirarlo de frente. Tenía un escalofrío dentro de mí –no sé de dónde venía–, un escalofrío en la tripa y entre las piernas que no desaparecía. Quizá tendría que disiparlo mirando al sol.

Divisé a Jonathan por la playa, bajando de puntillas hacia el mar. Desde esa distancia la mezcla de sangre y piel blanca le daba el aspecto de un monstruo moteado. Se había quitado sus pantalones cortos y estaba acuclillado en la orilla lavándose los restos de la oveja.

Luego oí la voz tranquila de Ray:

–¡Oh Dios! –dijo, quitándole importancia de tal manera que adiviné que las noticias no podían ser muy buenas.

–¿Qué ocurre?

–He descubierto dónde estamos.

–Bien.

–No, nada de bien.

–¿Por qué? ¿Qué pasa? –Me incorporé, volviéndome hacia él.

–Está aquí, en el libro. Hay un párrafo sobre este lugar.

Angela abrió un ojo.

–¿Y bien? –dijo.

–No es solamente una isla. Es un túmulo mortuorio.

El escalofrío de entre mis piernas se avivó, se hizo inmenso.

El sol no quemaba lo suficiente como para llegarme tan profundamente, justo donde más caliente debería estar.

Aparté la mirada de Ray y la dirigí de nuevo a la playa. Jonathan seguía lavándose, echándose agua por el pecho. Las sombras de las piedras parecieron de repente más negras y densas, con los filos clavados en las caras vueltas de...

Al ver que miraba en su dirección, Jonathan me hizo señas con la mano.

¿Podía ser que hubiera cadáveres bajo aquellas piedras? ¿Enterrados cara al sol como los turistas en una playa de Blackpool?

El mundo es monocromo. Sol y sombra. Los lomos de las piedras blancos y sus vientres negros. La vida por encima, la muerte por debajo.

–¿Un cementerio? –dijo Angela–. ¿Qué tipo de cementerio?

–De muertos de guerra –contestó Ray.

Y Angela:

–¿A qué te refieres, a los vikingos o algo parecido?

–De la primera y la segunda guerra mundial. Soldados de buques de transporte torpedeados, marinos naufragados. Arrastrados hasta aquí por la Corriente del Golfo; por lo visto, la corriente hace un embudo al pasar por los estrechos y los deposita en las playas de las islas que hay por estos contornos.

–¿Los deposita? –dijo Angela.

–Eso es lo que dice.

–Eso sería antes.

–Estoy seguro de que aún queda enterrado aquí algún que otro pescador –replicó Ray.

Jonathan se había levantado, limpio de sangre, y oteaba el mar. Con la mano haciendo visera sobre sus ojos miraba el agua azul grisácea, y seguí su mirada como antes había seguido su dedo. Unos cien metros más allá, la foca, o ballena, o lo que fuera, había regresado y estaba tendida sobre el agua. A veces, cuando se volvía, levantaba una aleta, como el brazo de un nadador haciendo señas.

–¿Cuánta gente fue enterrada? –preguntó Angela, con indiferencia. Parecía dejarla impasible el hecho de que estuviéramos sentados en una sepultura.

–A cientos probablemente.

–¿Cientos?

Librodot

–En el libro sólo dice «muchos muertos».

–¿Y los pusieron en ataúdes?

–¿Cómo voy a saberlo?

¿Qué otra cosa podía ser este túmulo, abandonado de la mano de Dios, sino un cementerio? Miré la isla con nuevos ojos, acababa de reconocerla como lo que era. Ahora sí tenía una razón para despreciar esa joroba, con su sórdida playa y ese olor a melocotones.

–Me pregunto si los enterraron por toda la isla –reflexionó Angela– o sólo en la cumbre de la colina donde encontramos las ovejas. Es probable que sólo en la cumbre, fuera del alcance del agua.

Sí, bastante ración de agua habían tenido ya: sus pobres caras verdes comidas por los peces, sus uniformes putrefactos, sus placas de identificación incrustadas de algas. ¡Qué muertes!; y lo que era peor, ¡qué viajes después de la muerte!, en brigadas de cadáveres, por la Corriente del Golfo hasta este varadero desolado. Imaginé los cuerpos de los soldados, sometidos a todos los caprichos de la marea, llevados de acá para allá, encenegados en inmensas olas, hasta que fortuitamente un miembro se enganchaba en una roca, y entonces el mar dejaba de poseerlos. Descubiertos tras cada ola que retrocedía; saturados de agua y convertidos en salmuera gelatinosa, escupidos por el mar para apestar un tiempo y ser descarnados por las gaviotas.

Tuve un repentino, un mórbido deseo de pasear por la playa otra vez, provista de esta nueva información, y darles patadas a los guijarros para desenterrar algún que otro hueso.

Al tiempo que tomaba forma esta idea, mi cuerpo decidió por mí. Ya estaba de pie: bajaba del *Emmanuelle.*

–¿Adónde vas? –dijo Angela.

–Jonathan –murmuré, y planté un pie en el túmulo.

El hedor se explicaba mejor ahora: era el olor de los muertos. Quizá todavía eran enterrados aquí hombres ahogados, como Ray había sugerido, encajados bajo el montón de piedras. El imprudente deportista náutico, el nadador insensato, con los rostros borrados por la erosión del agua.

A mis pies, las moscas de la playa se habían vuelto menos perezosas: en vez de dejarse matar saltaban y zumbaban a mi paso, con un nuevo entusiasmo por la vida.

A Jonathan no se le veía. Sus pantalones todavía estaban sobre las piedras, en la orilla del agua, pero él había desaparecido. Miré hacia el mar; nada: ninguna cabeza meciéndose en el agua, ni recostándose, ni haciendo seña alguna.

Grité su nombre.

Mi voz pareció excitar a las moscas, que se levantaron en nubes furiosas. Jonathan no respondía.

Empecé a caminar por el borde del mar; de vez en cuando alguna ola ociosa alcanzaba mis pies. Me di cuenta de que no había hablado de la oveja muerta a Angela y a Ray. Quizás ése fuera un secreto entre los cuatro: Jonathan, yo misma y las dos supervivientes del redil.

Entonces lo vi pocos metros delante de mí: con su amplio pecho blanco y limpio, sin ninguna mancha de sangre. O sea que es un secreto, pensé.

–¿Dónde has estado? –le grité.

–Aireándola –replicó.

–¿El qué?

–Demasiada ginebra –me sonrío.

Le devolví la sonrisa espontáneamente: en la cocina había dicho que me amaba; eso contaba algo.

Detrás de él, el traqueteo de las piedras brincando. Lo tenía a menos de diez metros, impúdicamente desnudo; sus andares eran sobrios.

De pronto, el traqueteo de las piedras pareció rítmico. Había dejado de ser una serie azarosa de notas al chocar un guijarro contra otro... era un latido, una sucesión de sonidos repetidos, acompasados, tic-tap.

Librodot

Accidente, no: intención.

Casualidad, no: resolución.

Piedra, no: pensamiento. Tras las piedras, con las piedras, llevando piedras.

Jonathan, ya muy próximo, estaba brillante. Al sol su piel casi resplandecía, resaltada por un fondo tan oscuro.

Pero...

...¿tan oscuro?

La piedra subió al cielo como un pájaro, desafiando la gravedad. Una piedra negra y lisa, desgajada de la tierra. Era del tamaño de un bebé, un bebé silbante que crecía tras la cabeza de Jonathan y bajaba hacia él brillando.

La playa había estado poniendo a tono sus músculos, lanzando pequeños guijarros al mar, fortaleciendo su voluntad para arrancar ese canto del suelo y lanzarlo sobre Jonathan.

Crecía detrás de él, con intención asesina, pero de mi garganta no pudo salir ningún sonido digno de mi miedo.

¿Estaba sordo? Le volvió a asomar su sonrisa franca; debió pensar que el horror de mi cara era una mofa por su desnudez. No había entendido...

La piedra le desgajó la parte superior de la cabeza desde la mitad de la nariz (todavía tenía la sonrisa en la boca, con la lengua ensangrentada), y lanzó el resto de su belleza hacia mí en una nube de polvo mojado y rojo. La parte superior de su cabeza estaba plasmada en la piedra, con la expresión intacta, cayendo en picado hacia mí. Estuve a punto de caerme; me pasó por delante chillando. Una vez estuvo sobre el agua, la asesina pareció perder la voluntad y titubeó en el aire antes de zambullirse entre las olas.

A mis pies, sangre. Un reguero conducía a donde yacía el cuerpo de Jonathan, con la parte abierta de su cabeza hacia mí y la maquinaria al descubierto, para que el cielo la viera.

No había empezado a gritar, aunque por el bien de mi salud mental tuviera que desahogar el terror que me estaba asfixiando. Necesitaba que alguien me oyera, me sostuviera, me sacara de allí y me lo explicara todo antes de que los guijarros saltarines recuperasen otra vez su ritmo. O lo que es peor, antes de que las mentes de debajo de la playa, insatisfechas con un asesinato por delegación, levantaran las piedras de sus tumbas y se irguieran para besarme personalmente.

Pero el grito no había de llegar.

Lo único que oía era el repiqueteo de las piedras a derecha e izquierda. Tenían la intención de matarnos a todos por haber invadido su sagrado suelo. Muertos a pedradas, como herejes.

Y entonces, una voz.

–¡Por el amor de Dios...!

Una voz de hombre, pero no la de Ray.

Parecía haber surgido del aire. En la orilla del mar había un hombre bajo y corpulento, con un cubo en una mano y bajo el brazo un fardo de heno cortado toscamente. Comida para las ovejas, deduje del revoltijo de palabras a medias que farfulló. Me miró, luego al cuerpo de Jonathan, con sus viejos ojos desencajados.

–¿Qué ha pasado? –dijo. Tenía un fuerte acento gaélico–. ¡En el nombre de Cristo! ¿Qué ha pasado?

Sacudí la cabeza. Parecía despegada de mi cuello como si fuera a desprenderse. Quizá señalé en dirección a las ovejas, quizá no. No sé por qué razón, pero parecía saber lo que yo estaba pensando, y empezó a subir por la playa hacia la corona de la isla, soltando cubo y fardo según subía.

Medio cegada por la confusión, lo seguí: pero antes de llegar a los cantos, él ya estaba fuera de su sombra, con la cara repentinamente crispada por el pánico.

–¿Quién hizo eso?

–Jonathan –respondí. Señalé con una mano el cadáver sin atreverme a volver la vista. El hombre juró en gaélico y salió tropezando del abrigo de los cantos.

Librodot

–¿Qué habéis hecho? –vociferó–. ¡Cristo!, ¿qué habéis hecho matando sus ofrendas?

–Son sólo ovejas –dije. El momento de la decapitación de Jonathan se me representaba una y otra vez, como un tiovivo sangriento.

–Ellos lo exigen, ¿no lo ve? De lo contrario, se levantan...

–¿Quién se levanta? –dije, conociendo la respuesta. Recordaba las piedras móviles.

–Todos ellos. Fueron repudiados sin luto ni duelo. Pero tienen dentro el mar, en sus cabezas.

Supe de qué estaba hablando; de repente todo estaba muy claro. Los muertos estaban aquí, como ya sabíamos. Pero tenían dentro el ritmo del mar, y no se iban a quedar tumbados. Para aplacarlos estaban encerradas en el redil esas ovejas, como ofrenda a sus voluntades.

¿Se comían los muertos la carne de las ovejas? No; no era comida lo que querían. Era el gesto de reconocimiento... así de simple.

–Ahogados –decía–, todos ahogados.

Entonces volvió a comenzar el repiqueteo familiar; un repiqueteo que creció sin previo aviso hasta convertirse en un estruendo ensordecedor, como si la playa entera estuviera desplazándose.

Y, bajo esa cacofonía, había otros tres sonidos: el ruido del agua, de los chillidos y de una destrucción en masa.

Me volví para ver una ola de piedras volando en el otro lado de la isla...

De nuevo los terribles chillidos, arrancados de un cuerpo al que estaban golpeando y despedazando.

Provenían del *Emmanuelle.* De Ray. Eché a correr en dirección al barco; la playa se rizaba bajo mis pies. Detrás de mí oí las botas del alimentador de ovejas resonando sobre las piedras. Conforme corríamos, el ruido de la agresión aumentaba de volumen. Las piedras danzaban en el aire como gordos pájaros, tapando el sol, antes de lanzarse en picado sobre un blanco desconocido. Quizá el barco. Quizás la carne misma.

Los atormentados chillidos de Angela habían cesado.

Di la vuelta a la cabeza de la playa, unos pocos pasos por delante del alimentador, y el *Emmanuelle* apareció ante mí. El barco y sus contenidos humanos estaban fuera de cualquier esperanza de salvación. La nave era bombardeada por incesantes alineaciones de piedras, de todos los tamaños y formas; el casco quedó aplastado, las ventanas, el mástil y la cubierta, hechos añicos. Angela yacía extendida sobre los restos de la cubierta, más que obviamente muerta. El furor del pedrisco, sin embargo, no se había aplacado. Las piedras martillaban un toque de retreta en la estructura que quedaba del casco y sacudían el bulto sin vida de Angela, empujándolo arriba y abajo como si la estuviera atravesando una corriente.

A Ray no se le veía por ninguna parte.

Entonces grité: y por un momento pareció haber una tregua en el estruendo, un breve respiro en el ataque. Luego empezó otra vez: una oleada tras otra de guijarros y rocas levantándose de la playa y lanzándose contra sus blancos insensibles. No se quedarían satisfechos, al parecer, hasta que el *Emmanuelle* quedara reducido a restos y desechos flotantes, y el cuerpo de Angela estuviera convertido en pedacitos tan pequeños que le cupieran a un camarón en el paladar.

El alimentador agarró mi brazo en un apretón tan fiero que la sangre no me llegaba a la mano.

–Vámonos –dijo. Oí su voz, pero no hice nada. Estaba esperando a que apareciera la cara de Ray o a oír su voz gritando mi nombre. Pero no ocurrió nada: tan sólo el bombardeo de las piedras. Él estaba muerto en algún lugar de las ruinas del barco, reducido a añicos...

Ahora el alimentador me arrastraba; lo seguí de espaldas a la playa.

–El bote –decía–, podemos subir en mi bote.

La idea de escapar resultaba ridícula. La isla nos tenía en su lomo; no éramos más que objetos en su mano.

Pero yo seguía, resbalando y deslizándome por las rocas mojadas, abriendo surcos en la

jungla de algas, por el camino por el que habíamos venido.

En el otro lado de la isla estaba su pobre esperanza de vida. Un bote de remos, arrastrado por el guijarral: una insignificante cáscara de nuez como bote. ¿Saldríamos a la mar en aquello?

Me arrastró, sin yo ofrecerle resistencia, hacia nuestra liberación. A cada paso estaba más claro que la playa se levantaría de repente y nos lapidaria. Formaría una pared, incluso una torre, en cuanto diéramos un solo paso hacia la salvación. Podría jugar a lo que quisiera, absolutamente a cualquier juego. Aunque quizás a los muertos no les gustan los juegos. Tienen algo de apuesta, y los muertos ya la han perdido. Quizá los muertos sólo actúen con la árida certeza de los matemáticos. Casi tuvo que tirarme dentro del bote y comenzó a empujarlo para ponerlo a flote. No se levantó ninguna pared de piedras para evitar nuestra huida. No apareció ninguna torre, ningún pedrisco exterminador. Incluso el ataque al *Emmanuelle* había cesado.

¿Se hablan saciado con las tres víctimas? ¿O era que la presencia del alimentador, un inocente, un sirviente de estos muertos, me protegía de sus rabietas?

El bote de remos se había alejado de la playa de guijarros. Nos balanceábamos ligeramente sobre el lomo de algunas lánguidas olas hasta que llegamos a una profundidad suficiente para remar, y entonces nos apartamos de la costa y mi salvador, sentado frente a mí, se puso a remar con todas sus fuerzas, con un rocío de sudor fresco en la frente que se multiplicaba a cada golpe de remo.

La playa se quedaba atrás; nos estaban dejando libres. El alimentador pareció relajarse un poco. Miró la basura del fondo del bote. Respiró profundamente una media docena de veces y luego me miró con la cara consumida, desprovista de expresión.

–Esto tenía que acabar por suceder... –dijo con voz baja y grave–. Alguien tenía que echar a perder nuestro modo de vida.

El ir y venir de los remos, hacia adelante y hacia atrás, era casi soporífero. Yo quería dormir, arrebujarme en el alquitranado sobre el que estaba sentada, y olvidar. Detrás de nosotros, la playa ya era una línea lejana.

No podía ver el *Emmanuelle.*

–¿Adónde vamos? –dije.

–De vuelta a Tiree –respondió–. Ya veremos allí qué hay que hacer. Encontraremos algún modo de reparar la ofensa; de ayudarlos a que vuelvan a dormir profundamente.

–¿Se comen a las ovejas?

–¿Para qué les sirve la comida a los muertos? No, no tienen ninguna necesidad de carne de oveja. Consideran a las bestias como un gesto de rememoración.

Rememoración.

Asentí.

–Es nuestra manera de llorarlos...

Dejó de remar, con el corazón demasiado cansado para acabar su explicación y demasiado exhausto para hacer nada que no fuera dejar que la marea nos llevara a casa. Hubo un momento de silencio.

Entonces empezaron los arañazos.

Un sonido de ratón tan sólo, un escarbar en el fondo del bote como las uñas de un hombre haciéndoles cosquillas a las tablas para que le dejaran entrar. No de un solo hombre: de muchos. El sonido de sus súplicas, el blando rastrillar de cutículas podridas contra la madera, se multiplicó.

En el bote, no nos movíamos, no hablábamos, no nos lo creíamos. Ni cuando vimos lo peor creímos lo peor.

Una salpicadura a estribor; me volví y lo vi venir hacia mí, rígido en el agua, como un mascarón de proa sostenido por titiriteros invisibles. Era Ray; con el cuerpo cubierto de contusiones y tajos mortales: apedreado hasta la muerte y luego traído, como una alegre mascota, como una prueba de poder, para aterrorizarnos. Era como si estuviera paseando por

el agua, con los pies apenas cubiertos por el oleaje y los brazos colgándole fláccidos a los lados mientras lo arrastraban hacia el bote. Le miré la cara: la tenía lacerada, destrozada. Con un ojo cerrado y el otro aplastado y fuera de su órbita.

A dos metros del bote, los titiriteros dejaron que se hundiera en el mar, en el que desapareció entre un remolino de agua rosa.

–¿Tu compañero? –dijo el alimentador.

Asentí. Debía haber caído al mar desde la popa del *Emmanuelle.* Ahora era como ellos; un hombre ahogado. Ellos ya lo habían reclamado para que les sirviera de juguete. Así que después de todo les gustaba jugar; lo sacaron de la playa como niños en busca de un compañero de juego, ansiosos de que se una a la pelea.

Los arañazos habían cesado. El cuerpo de Ray había desaparecido por completo. Del prístino mar no salía ningún murmullo, sólo el chapoteo de las olas contra las tablas del bote.

Tiré de los remos...

–¡Reme! –le grité al alimentador–. Reme o nos mataran.

Parecía resignado a sufrir el castigo que tuvieran planeado para nosotros. Negó con la cabeza y escupió al agua. Bajo su flema algo se movió en las profundidades, formas desvaídas giraban y hacían acrobacias demasiado abajo para que pudieran verse claramente. Entonces vi que subían hacia la superficie, hacia nosotros, que sus caras corrompidas por el mar se definían más a cada brazada, con los brazos tendidos para abrazarnos.

Un banco de cadáveres. Muertos a docenas, pelados por los cangrejos y picados por los peces, la carne que les quedaba apenas prendida a los huesos.

El bote empezó a mecerse suavemente cuando sus manos lo alcanzaron.

El alimentador no perdió en ningún momento su expresión resignada, aunque el bote empezó a balancearse adelante y atrás; al principio dulcemente, y luego con tanta violencia que acabamos zarandeados como muñecas. Querían hacernos volcar, y la cosa no tenía remedio. Poco después volcó el bote.

El agua estaba helada; mucho más fría de lo que había previsto, cortaba la respiración. Yo siempre había sido una buena nadadora. Comencé a alejarme del bote con brazadas firmes, surcando las claras aguas. El alimentador tuvo menos suerte. Como muchos hombres que viven en el mar, por lo visto no sabía nadar. Se hundió como una piedra, sin llantos ni plegarias.

¿Qué esperanzas me quedaban? ¿Que tuvieran bastante con cuatro y me dejaran encontrar una corriente que me pusiera a salvo? Cualquier esperanza de escapar tenía poco futuro.

Sentí un suave, un suavísimo roce en los tobillos y los pies, casi una caricia. Algo asomó un instante a la superficie junto a mi cabeza. Entreví una espalda gris como la de un pez inmenso. El contacto en mi tobillo se hizo apretón. Una mano pulposa, reblandecida por la mucha agua, se había apoderado de mí, e inexorablemente empezó a reclamarme en nombre del mar. Aspiré la que sabía mi última bocanada de aire y, al hacerlo, vi la cabeza de Ray balanceándose a un metro de mí. Vi sus heridas con minuciosidad clínica: el agua había limpiado los cortes, que eran feos colgajos de tejido blanco; por detrás de ellos se vislumbraba algún destello del hueso. La marca ya le había arrancado el ojo que le colgaba; el pelo, aplastado contra el cráneo, ya no podía disimular la calva de su coronilla.

El agua me cubrió la cabeza. Tenía los ojos abiertos, y vi cómo la bocanada de aire que tanto trabajo me había costado se me escapaba de la boca en un desfilar de burbujas plateadas. Ray estaba a mi lado consolándome, atento. Sus brazos le flotaban sobre la cabeza como si estuviera rindiéndose. La presión del agua le deformaba la cara, hinchándole los carrillos y sacándole de la cuenca de su ojo vacío hebras de nervios truncados, como los tentáculos de un diminuto calamar.

Me abandoné. Abrí la boca y la sentí llenarse de agua fría. La sal me escocía las pituitarias, el frío me daba punzadas detrás de los ojos. Sentí que la salmuera me abrasaba la garganta, y una bocanada de agua me llegó hasta donde no debe llegar el agua... absorbiendo

el aire de mis tubos y cavidades, hasta que me saturó el organismo.

Por debajo de mí, dos cadáveres, con los cabellos mecidos suavemente por la corriente, se me abrazaron a las piernas. Las cabezas les bailoteaban sobre los hilachos podridos de los músculos del cuello y, aunque yo les daba zarpazos en las manos y su carne se desprendía del hueso en tiras de encaje gris, no aflojaban su amoroso estrechamiento. Me querían, ¡oh Dios!, con cuanta ternura me querían.

Ray también me agarraba, envolviéndome, apretando su cara contra la mía. Supongo que ese gesto no tenía ninguna intención. Él no podía saber, ni sentir, ni amar, ni preocuparse. Y yo, perdiendo la vida por momentos, sucumbiendo por completo al mar, ya no podía disfrutar de esa intimidad que tanto había anhelado.

Demasiado tarde para el amor; la luz del sol ya no era más que un recuerdo. ¿Era que el mundo estaba desapareciendo –oscureciéndose por los bordes a medida que yo me iba muriendo–, o era que ahora estábamos a tanta profundidad que el sol no podía llegar tan hondo? El pánico y el terror me habían abandonado –mi corazón parecía no palpitar–, el aire no entraba ni salía en espasmos angustiados como antes. Me invadía una especie de serenidad.

Ahora la presión de mis compañeros se relajó y la gentil marea jugó conmigo a su antojo. Un saqueo del cuerpo: una devastación de piel, músculo, tripa, ojo, seno, lengua, cerebro.

El tiempo no tiene cabida aquí. Puede que los días sean semanas, no lo sé. Las quillas de los barcos se deslizan sobre nosotros y, si levantamos casualmente la vista de nuestras austeras moradas rocosas, los vemos pasar. Algún dedo anillado vagando por el agua, algún golpe de remo que ya no puede salpicarnos surcando nuestro cielo, algún que otro gusano pendiendo de un sedal. Señales de vida.

Quizás en el momento mismo de mi muerte, quizás un año más tarde, la corriente olfatee mi roca y se apiade de mí. Me liberará de las anémonas y me dejará a merced de la marea. Ray está conmigo. También le ha llegado su turno. La marca ya ha cambiado; es un viaje sin retorno.

La marea nos arrastra incansablemente –a veces flotando como abombadas plataformas para las gaviotas, a veces medio sumergidos y mordisqueados por los peces–, nos arrastra hacia la isla. Reconocemos las oleadas furibundas del guijarral y oímos, sin oídos, el traqueteo de las piedras.

Hace tiempo que el mar ha rebañado su plato, ha limpiado las sobras: Angela, el *Emmanuelle* y Jonathan han desaparecido. Sólo nosotros, los ahogados, pertenecemos a este lugar, cabeza arriba, bajo las piedras, aplacados por el ritmo de minúsculas olas y la absurda incomprensión de las ovejas.

RESTOS HUMANOS

Unos oficios se practican mejor de día; otros, de noche. Gavin era un profesional de esta última categoría. En invierno, en verano, reclinado contra una pared o apoyado contra una puerta, con la luciérnaga de un cigarrillo colgando de los labios, vendía lo que le sudaba bajo los vaqueros a todos los postores.

A veces a viudas desconsoladas con más dinero que amor, que lo alquilaban para una semana de encuentros ilícitos, besos amargos e insistentes y quizá, si lograban olvidar a sus difuntos compañeros, a un revolcón desapasionado sobre una cama con fragancia de lavanda. En ocasiones a maridos descarriados, ansiosos de un compañero de su mismo sexo y desesperados en busca de una hora de apareamiento con un chico que no les preguntara su nombre.

A Gavin no le importaba demasiado de quién se tratara. La indiferencia era una de las

peculiaridades de su forma de entender el negocio, formaba parte incluso de su atractivo. Permitía separarse de él, cuando habían realizado la hazaña e intercambiado el dinero, mucho mas fácilmente. Decirle «Ciao», o «Hasta la vista», o nada de nada a una persona a quien no le importabas lo más mínimo era muy sencillo.

Y a Gavin la profesión no le resultaba del todo desagradable en comparación con las demás. Una noche de cada cuatro le proporcionaba incluso un poco de placer físico. En el peor de los casos se convertía en una especie de matadero sexual, lleno de pieles humeantes y ojos apagados. Pero se había acostumbrado a eso con los años.

Reportaba beneficios. Le mantenía de buen humor.

Dormía casi todo el día, acurrucado en un hueco cálido de la cama, momificándose entre las sábanas, con la cabeza cubierta por un revoltijo de brazos para protegerse de la luz. Hacia las tres se levantaba, se afeitaba y duchaba. Luego se pasaba media hora delante del espejo inspeccionándose. Se hacía una meticulosa autocrítica, sin permitir jamás que su peso estuviera un kilo por encima o por debajo del ideal que se había marcado, atento a untarse la piel si la tenía seca o a frotársela si la tenía aceitosa, vigilando que ninguna espinilla le afeara la mejilla. Especial atención prestaba al menor indicio de enfermedad venérea –el único tipo de mal de amores que le aquejó jamás–. De las ladillas ocasionales se libraba rápidamente, pero la gonorrea, que había cogido un par de veces, le tenía fuera de juego tres semanas, y eso resultaba perjudicial para el negocio; de forma que se rastreaba el cuerpo obsesivamente, corriendo a la clínica al primer síntoma de sarpullido.

Pero ocurría raras veces. Al margen de las ladillas, durante la media hora de autocontemplación no tenía nada más que hacer que admirar el cruce de genes que lo había engendrado. Era precioso. La gente se lo decía constantemente. Precioso. Qué cara, oh, qué cara, solían decir estrechándose contra él como si le quisieran hurtar una parte de su encanto.

Por supuesto que había más bellezas disponibles a través de las agencias o en la calle si se sabía dónde buscar. Pero la mayoría de los chapistas tenían caras que, en comparación con la suya, parecían inacabadas. Rostros que parecían los primeros bocetos de un escultor más que un producto redondo: eran bastas, experimentales. En cambio, él sí que estaba acabado, entero. Se había hecho lo mejor que pudo; sólo era cuestión de conservar su perfección.

Una vez acabada la inspección, Gavin se vestía, a veces se contemplaba cinco minutos más y salía a la calle con la mercancía empaquetada, lista para vender.

Últimamente cada día trabajaba menos la calle. Era arriesgado; había que engañar a los representantes de la ley y al psicótico ocasional que quería limpiar Sodoma de indeseables. Si estaba verdaderamente perezoso encontraba a un cliente a través de la agencia Escort, pero siempre se quedaban con una parte sustancial de las ganancias.

Claro que tenía clientes regulares, que recurrían a sus favores un mes sí y otro también. Una viuda de Fort Lauderdale lo alquilaba sistemáticamente en cada uno de sus viajes anuales a Europa; otra mujer cuyo rostro había visto en una prestigiosa revista lo llamaba de vez en cuando, tan sólo para cenar con él y contarle sus problemas conyugales. También estaba un hombre que Gavin llamaba Rover, por su coche, que lo alquilaba cada dos o tres semanas para pasar una noche de besos y confesiones.

Pero las noches en que no tenía cliente fijo se veía obligado a hacer la calle en busca de un ricacho. Era una técnica que dominaba a la perfección. Ninguno de sus colegas utilizaba mejor que él el código de la invitación; la sutil mezcla de incitación y despego, de seriedad y frivolidad. Ese cambiar el peso de una pierna a otra para presentar la ingle en su mejor ángulo: así. Nunca con demasiado descaro; nunca como una puta. Sólo despreocupadamente prometedor.

Se jactaba de que de un «bisnes» a otro sólo necesitaba unos pocos minutos, nunca una hora. Si hacía su pequeña representación con su destreza habitual, localizaba a la mujer descontenta o al marido nostálgico, conseguía que le dieran de comer (lo vistieran incluso), le proporcionaran cama y una despedida satisfecha justo antes de que pasara el último metro de la línea Metropolitan para Hammersmith. Ya se habían acabado los años de trabajillos de

media hora, tres sesenta y nueve y un polvo por noche. La primera razón es que ya se le habían pasado las ganas, la segunda es que quería subir de rango cuanto antes: pasar de hacer la calle a gigoló, de gigoló a mantenido y de mantenido a marido. Sabía que cualquier día se casaría con una viuda; tal vez con la matrona de Florida. Le había contado que se lo imaginaba tumbado en su piscina de Fort Lauderdale; una fantasía que Gavin procuraba alentarle. Quizá todavía no se hubiera perfeccionado tanto, pero tarde o temprano le cogería el tranquillo. El problema era que esos capullos ricos requerían muchos cuidados, y era una lástima que tantos murieran cuando estaban a punto de dar frutos.

Pero sería ese año. Sí, seguro, ese año. Tenía que ser ese año. Estaba seguro de que el otoño le depararía una agradable sorpresa.

Mientras tanto contemplaba cómo se hacían más profundas las arrugas que le surcaban la boca, su maravillosa boca («maravillosa», ésa era la palabra), y calculaba las probabilidades de victoria de su suerte contra su edad.

Eran las nueve y cuarto de la noche del 29 de septiembre y hacía frío incluso en la recepción del hotel Imperial. Ese año no había habido veranillo de San Martín que alegrara las calles: el otoño se había apoderado de Londres y estaba dejando vacía la ciudad.

El frío le había calado hasta la muela; esa muela con caries y a punto de caer. Si en vez de remolonear en la cama y dormir una hora más hubiera ido al dentista, ahora ya no le molestaría. Bueno, de todas formas ya era demasiado tarde, iría mañana. Mañana tendría todo el tiempo del mundo. No necesitaba una cita. Le bastaría con sonreír a la recepcionista para que se deshiciera y le buscara un hueco, luego le volvería a sonreír, ella se sonrojaría y él podría ver inmediatamente al dentista, en lugar de esperar dos semanas como los pobres pringados que no tenían caras maravillosas.

Esa noche se tendría que resignar a que le doliera. Sólo le hacía falta un putero aburrido –un marido que le pagara un dineral por recibirlo en la boca– y luego se podría retirar a un club de los que abrían toda la noche en el Soho y pensar en sus cosas. Mientras no se topara con un obseso de las confesiones, podía hacer una ronda y haber acabado hacia las diez y media.

Pero ésa no era su noche. Había una cara nueva detrás del mostrador de recepción del Imperial; una cara delgada, cansada, con un peluquín mal plantado (pegado) sobre la calva, que llevaba mirándolo de reojo casi media hora.

El recepcionista de siempre, Madox, era un criptohomosexual a quien Gavin había visto rondando de vez en cuando los bares, un contacto fácil para quien supiera manejar a ese tipo de gente. Madox se deshacía como la cera en manos de Gavin; un par de meses antes había comprado su compañía por una hora con una tarifa muy barata: diplomacia. Pero este nuevo empleado era estricto y malévolo, y conocía el juego de Gavin.

Éste se acercó a la máquina de tabaco, bailando al ritmo del muzack al atravesar la alfombra color castaño. Jodida noche de mierda.

Al darse la vuelta de la máquina, con un paquete de Winston en la mano, se topó con el recepcionista.

–Perdón..., señor. –Hablaba con un acento forzado, no tenía nada de natural. Gavin le devolvió una mirada dulce.

–¿Sí?

–¿Está residiendo en este hotel..., señor?

–En realidad...

–Si no es así, la dirección le agradecería que abandonara el edificio inmediatamente.

–Estoy esperando a una persona.

–¿Ah?

El recepcionista no se lo tragó.

–¿Sería tan amable de darme el nombre de esa persona?...

Librodot

–No es necesario.

–Déme el nombre –insistió–, y me encantará comprobar que su... contacto... está en el hotel.

El bastardo no daba su brazo a torcer; las cosas se ponían difíciles. Gavin podía escoger entre tomárselo con calma y abandonar la sala de recepción o hacerse el cliente ultrajado y fulminar a aquel hombre con la mirada. Decidió, más por mostrarse desagradable que porque fuera lo mejor que podía hacer, utilizar la segunda táctica.

–No tiene ningún derecho... –empezó a vociferar, sin impresionar al recepcionista.

–Mira, hijito... –dijo–, conozco tu juego, así que no te hagas el presumido conmigo o llamo a la policía. –Había perdido el control de su pronunciación: a cada sílaba revelaba más sus orígenes del sur del río–. Tenemos una clientela selecta, que no quiere tratos con tipos como tú, ¿comprendes?

–Cabrón –dijo Gavin, con mucha calma.

–Bueno, es un chupapollas quien me lo dice, ¿no es cierto?

Touché.

–Bueno, hijito, ¿quieres largarte de aquí por tus propios medios o prefieres que te saquen esposado los tipos de azul?

Gavin utilizó su último triunfo.

–¿Dónde está el señor Madox? Quiero ver al señor Madox: él me conoce.

–Seguro que sí –dijo el recepcionista con un bufido–. Sin duda. Lo despidieron por comportamiento indecente... –Estaba recuperando su pronunciación afectada–. O sea que, en tu lugar, yo no iría citando su nombre. ¿De acuerdo? En marcha.

Con la mano firme y levantada, el recepcionista dio un paso atrás como un torero citando al toro.

–La dirección le agradece su visita. No vuelva a llamarnos, por favor.

Juego, set y partido para el tipo del peluquín. Qué diantre; había más hoteles, más salas de recepción, más recepcionistas. No tenía por qué soportar tanta mierda.

Al empujar la puerta le dirigió un sonriente «volveremos a vernos» por encima del hombro. A lo mejor así le provocaba sudores fríos cualquier noche de ésas cuando, de vuelta a casa, oyera detrás de él los pasos de un hombre joven. Era una satisfacción mínima, pero menos da una piedra.

La puerta se cerró suavemente, dejando a Gavin fuera y preservando el calor de dentro. Hacía frío, bastante más frío que cuando entró en la sala de recepción. Caía una ligera llovizna que amenazaba con empeorar mientras se apresuraba a ir por Park Lane hacia South Kensington. En High Street había un par de hoteles en que se podría refugiar un rato; si no le salía nada tendría que admitir su derrota.

Los coches doblaban por el Hyde Park Corner y aceleraban, brillantes y decididos, encaminándose hacia Knightsbridge o Victoria. Se vio plantado en medio de la isla de cemento, entre el ir y venir de los automóviles, con las yemas de los dedos metidas en los vaqueros (eran demasiado ajustados para que le entrara algo más en los bolsillos), solitario y desconsolado.

Le anegó una ola de tristeza de la que no se creía capaz. Tenía veinticuatro años y cinco meses. Llevaba haciendo la calle con algunas interrupciones desde que tenía diecisiete, prometiéndose encontrar a una viuda casamentera (la pensión del gigoló) o una ocupación legítima antes de llegar a los veinticinco.

Pero el tiempo pasaba y ninguna de sus ambiciones se convertía en realidad. Iba perdiendo energías y consiguiendo patas de gallo.

El tráfico seguía circulando en relucientes mareas, señalizando tal o cual orden con las luces; coches llenos de gente con jerarquías que trepar y angustias que domeñar, y su paso lo iba alejando de tierra firme, de la seguridad. Todos querían llegar a su destino cuanto antes.

Él no era lo que había soñado ser ni lo que se había prometido en secreto.

Y ya no era joven.

¿Adónde podía ir ahora? En el piso se sentiría como entre rejas, aunque fumara un poco de hierba para agrandar los límites de su cuarto. Esa noche quería o, más bien, *necesitaba* estar con alguien. Sólo para contemplar su propia belleza en los ojos ajenos. Que le dijeran cuán perfecto y proporcionado era, que lo mimaran, le dieran de cenar y le adularan como si fuera estúpido, aunque fuera el hermano rico y feo de Quasimodo quien se lo dijera. Necesitaba una dosis de cariño.

El ligue resultó tan sencillo que casi le hizo olvidar el episodio de la sala de recepción del Imperial. Era un tipo de unos cincuenta y cinco años y pudiente: zapatos Gucci, un abrigo con mucha clase. En una palabra: calidad.

Gavin estaba junto a la puerta de un pequeño cinestudio, mirando de reojo las fotos de la película de Truffaut que echaban, cuando notó que alguien lo estaba mirando. Le devolvió la mirada, convencido de que había un ligue en perspectiva. La franqueza de su mirada pareció poner nervioso al putero; se alejó; luego pareció cambiar de idea, murmuró algo para su coleto y volvió sobre sus pasos, demostrando una manifiesta falta de interés por el programa de películas. Obviamente, el juego no le resultaba demasiado familiar, pensó Gavin; era un novato.

Gavin sacó un Winston despreocupadamente y lo encendió. El fulgor de la llama que salió de sus manos en forma de bocina le doró los pómulos. Lo había hecho unas mil veces y otras tantas delante del espejo para complacerse. Luego levantaba la vista de la llamita: siempre surtía efecto. Esta vez, cuando se encontró con los nerviosos ojos del putero, éste no desvió la mirada.

Dio una calada, apagó la cerilla y la dejó caer. No había conseguido un ligue parecido en varios meses, pero le gustó comprobar que no había perdido la forma. El reconocimiento inequívoco de un cliente potencial, la oferta implícita de labios y ojos, que podía justificarse como amabilidad natural en caso de haber cometido un error.

En todo caso, éste no era un error, se trataba de un auténtico negocio. El hombre no le sacaba los ojos de encima, estaba tan prendado de él que le debía doler. Tenía la boca abierta, como si no hubiera sido siquiera capaz de presentarse. No tenía un rostro despampanante, pero tampoco nada de feo. Se había bronceado demasiado a menudo y demasiado rápido: quizás hubiera vivido en el extranjero. Daba por sentado que era inglés, lo que justificaría sus evasivas.

Contra su costumbre, Gavin dio el primer paso.

–¿Le gustan las películas francesas?

Al putero pareció encantarle que rompiera el silencio que se había establecido entre ambos.

–Sí –dijo.

–¿Va a entrar?

El tipo torció el gesto.

–No...no... creo que no.

–Hace un poco de frío.

–Sí.

–Un poco de frío para estar aquí de pie, quiero decir.

–Oh... sí.

El putero mordió el anzuelo.

–A lo mejor... ¿le apetece una copa?

Gavin sonrió.

–Claro, ¿cómo no?

–Mi piso no cae demasiado lejos.

–Claro.

–Me estaba amuermando un poco en casa.

Librodot

–Conozco esa sensación.

Ahora fue el hombre quien sonrió.

–¿Se llama...?

–Gavin.

El hombre tendió la mano envuelta en un guante de cuero. Muy formal, muy de hombre de negocios. El apretón fue seco, ya no quedaba rastro de las vacilaciones iniciales.

–Yo soy Kenneth –dijo–, Ken Reynolds.

–Ken.

–¿Nos vamos de aquí?

–Perfecto.

–Vivo a un paso.

Al abrir Reynolds la puerta de su apartamento los recibió una vaharada de aire viciado, de calefacción central. La subida de los tres pisos había dejado a Gavin sin resuello, pero Reynolds no necesitó detenerse. Tal vez fuera un fanático de la salud. ¿Profesión? Algo en el centro. El apretón de manos, los guantes de cuero. Tal vez fuera de la administración pública.

–Entra, entra.

Había dinero en la atmósfera. El pelo de la alfombra era exuberante, amortiguaba sus pasos. El pasillo estaba prácticamente desnudo: un calendario colgaba de una pared, había una mesilla con un teléfono y una agenda, un perchero.

–Hace más calor aquí dentro.

Reynolds se quitó el abrigo encogiendo los hombros y lo colgó en el perchero. Se dejó los guantes puestos y acompañó a Gavin hasta un amplio salón.

–Quítate la chaqueta –dijo.

–Oh... claro.

Gavin se la quitó y Reynolds se fue con ella por el pasillo. Al volver se venía quitando los guantes; con las manos sudorosas le costaba trabajo. El tipo seguía nervioso, hasta en su propio terreno. Normalmente solían calmarse en cuanto se sentían seguros detrás de cerraduras. Éste no: era todo un catálogo de fuguillas.

–¿Te puedo traer algo de beber?

–Sí; estaría bien.

–¿Qué veneno prefieres?

–Vodka.

–Sí. ¿Con algo?

–Un chorrito de agua.

–Eres un purista, ¿no?

Gavin no captó la insinuación.

–Sí –contestó.

–Eres un hombre de los que me gustan. Perdona un segundo, voy a por hielo.

–No te preocupes.

Reynolds puso los guantes sobre una silla que había junto a la puerta y dejó a Gavin solo en la habitación. Como en el pasillo, hacía un calor casi asfixiante, pero no había nada acogedor ni hogareño en él. Fuera cual fuese su profesión, Ken era un coleccionista. La habitación estaba inundada de antigüedades dispuestas sobre la pared y alineadas en estanterías. Había pocos muebles, y los que había desentonaban: las sillas de formica no se correspondían con un piso tan caro. Tal vez fuera un catedrático de la universidad o el director de un museo, algo académico. Ése no era el salón de un corredor de Bolsa.

Gavin no sabía nada de arte y aún menos de historia, así que los adornos no le decían gran cosa, pero les echó otra mirada, sólo para demostrar buena voluntad. El tipo le preguntaría qué le parecía todo eso. Las estanterías eran de lo más soso. Trozos y fragmentos de cerámica y de esculturas: ninguna pieza entera, tan sólo pedazos. En algunos se apreciaba

un poco de diseño, aunque el tiempo había borrado los colores casi por completo. En las esculturas se reconocían partes del cuerpo humano: un resto de torso, de un pie (con los cinco dedos donde les correspondía), una cara que estaba casi desfigurada, que ya no era de hombre ni de mujer. Gavin reprimió un bostezo. El calor, las exposiciones y la idea de sexo lo aletargaban.

Concentró su escaso interés en las piezas colgadas de la pared. Eran más llamativas que las de los estantes, pero todavía más incompletas. No comprendía que a nadie le gustara estudiar esas reliquias; ¿qué tenían de fascinante? Los bajorrelieves dispuestos sobre la pared estaban agujereados y erosionados, de forma que las figuras parecían leprosos, y las inscripciones en latín estaban prácticamente borradas. No había nada hermoso en ellas: estaban demasiado gastadas para ser bonitas. Le hacían sentirse sucio, como si su estado fuera contagioso.

Sólo una de las piezas expuestas le llamó la atención: una lápida sepulcral, o eso le pareció a él, que era más grande que las tallas restantes y estaba ligeramente en mejores condiciones. Un hombre a caballo con una espada se inclinaba sobre su enemigo decapitado. Debajo de esa escena había una inscripción en latín. El caballo había perdido las patas delanteras y las columnas que encuadraban la talla habían desaparecido casi por completo: por lo demás la escena tenía sentido. Había incluso algo de personalidad en el rostro cincelado toscamente: tenía una nariz larga, una boca grande; era un individuo, no un arquetipo.

Gavin fue a tocar la inscripción, pero retiró la mano al oír entrar a Reynolds.

–No, tócalo, por favor –dijo su anfitrión–. Está ahí para halagar los sentidos. Tócalo.

Ahora que le invitaban a tocar la inscripción se le habían pasado las ganas. Se sintió molesto; sorprendido con las manos en la masa.

–Vamos –insistió Reynolds.

Gavin tocó la inscripción. Piedra fría, arenosa al tacto.

–Es romana –dijo Ken.

–¿Una lápida?

–Sí. La encontré cerca de Newcastle.

–¿Quién era el personaje?

–Se llamaba Flavinus. Era el portaestandarte del regimiento.

Lo que Gavin tomó por un espada era, si se miraba más detenidamente, una bandera. Acababa en un dibujo casi borrado: a lo mejor una abeja, una flor o una rueda.

–¿Así que eres arqueólogo?

–Forma parte de mi trabajo. Busco emplazamientos, a veces vigilo excavaciones; pero casi todo el tiempo restauro hallazgos.

–¿Como éste?

–La Inglaterra romana es mi obsesión personal.

Se quitó las gafas y se acercó a las baldas cargadas de cerámica.

–Estos son objetos que he reunido con los años. Nunca he conseguido superar la pasión de tener en la mano cosas que llevaban siglos sin ver la luz del día. Es como sumergirse en la historia. ¿Me comprendes?

–Sí.

Reynolds cogió un fragmento de cerámica de una estantería.

–Naturalmente, las colecciones importantes se hacen con los mejores hallazgos. Pero con un poco de astucia consigues quedarte con algunas piezas. Los romanos ejercieron una influencia increíble. Fueron ingenieros civiles, constructores de carreteras, de puentes...

Ken soltó una risotada ante su propia explosión de entusiasmo.

–Demonios –dijo–, Reynolds se ha puesto de nuevo a dar conferencias. Lo siento. Me dejo llevar.

Colocó de nuevo el trozo de cerámica sobre la estantería, se puso las gafas y empezó a servir las bebidas. Dándole la espalda a Gavin, se atrevió a preguntarle:

Librodot

–¿Eres caro?

Éste vaciló. El nerviosismo de Ken resultaba enternecedor y el brusco cambio de conversación –de los romanos al precio de un sesenta y nueve– le dejó perplejo.

–Depende –contestó, dándole coba.

–Ah... –dijo el otro, que seguía ocupado con los vasos–, ¿te refieres a la naturaleza exacta de... el servicio?

–Sí.

–Es natural.

Se volvió y le tendió un generoso vaso de vodka. Sin hielo.

–No te pediré demasiado –dijo.

–No resulto barato.

–Estoy convencido –trató de sonreír Reynolds, pero la sonrisa le bailoteó en los labios–, y estoy dispuesto a pagarte bien. ¿Te podrás quedar toda la noche?

–¿Quieres?

Reynolds frunció el entrecejo mirando el vaso.

–Supongo que sí.

–Entonces, sí.

El estado de ánimo del anfitrión cambió de repente: la indecisión se vio reemplazada por cierta seguridad.

–Salud –dijo, entrechocando su vaso lleno de whisky contra el de Gavin–. Por el amor, la vida, y todo lo que merezca la pena comprar.

La observación de doble filo no pasó inadvertida a Gavin; era obvio que Ken tenía serios escrúpulos acerca de lo que estaba haciendo.

–Bebo por eso –contestó, bebiendo un trago de vodka.

Después del primer sorbo, las copas se fueron sucediendo rápidamente, y, hacia el tercer vodka, Gavin se empezó a sentir más achispado que desde hacía mucho tiempo, satisfecho de asistir a la charla de Reynolds sobre excavaciones y las glorias de Roma prestándole un solo oído. Se le iba la cabeza, era una sensación placentera. Obviamente iba a pasar allí la noche, o por lo menos hasta que amaneciera, así que por qué no había de beberse el vodka del putero y disfrutar de la experiencia que se le presentaba. Más tarde, probablemente mucho más tarde a juzgar por las divagaciones de Ken, tendría una sesión de sexo con la torpeza propia del alcohol en un cuarto a oscuras y eso sería todo. Había tenido antes clientes parecidos. Eran solitarios, quizá se encontraban entre dos amoríos, y por lo normal fáciles de complacer. No era sexo lo que compraba ese tío, sino compañía, otro cuerpo con el que compartir un rato su piso; dinero fácil.

Y entonces oyó un ruido.

Al principio creyó que los golpes los tenía dentro de la cabeza, hasta que Reynolds se levantó con la boca crispada. El ambiente de bienestar había desaparecido por completo.

–¿Qué es eso? –preguntó Gavin, levantándose a su vez, aturdido por la bebida.

–No pasa nada –Reynolds hizo que se volviera a sentar–. Quédate aquí.

El ruido se hizo más intenso. Parecía que hubiera un batería dentro del horno tocando mientras se quemaba.

–Por favor, quédate aquí un momento. No es más que el vecino de arriba.

Reynolds mentía: el alboroto no procedía del piso de arriba. Lo hacia otra persona del piso. Era un golpeteo rítmico que se aceleraba y se detenía y se volvía a acelerar.

–Sírvete una copa –le dijo Reynolds, sonrojado junto a la puerta–. Malditos vecinos...

La llamada, porque eso debía ser, perdía intensidad.

–Sólo un momento –le prometió Reynolds, y cerró la puerta tras él.

Gavin había asistido a escenas desagradables antes de ese día: tipos cuyos amantes aparecían en mal momento; tíos que querían darle una paliza y pagarle por ello. Uno se sintió tan culpable en la habitación de un hotel que lo destrozó todo. Esas cosas pasaban. Pero Reynolds era diferente: no había nada inquietante en él, aunque en el fondo, muy en el fondo

de su conciencia, Gavin recordó fríamente que tampoco los otros tipos parecían malos al principio. Maldición. Dejó las dudas de lado. Si le entraba canguelo cada vez que salía con una cara diferente, acabaría por dejar de trabajar de una vez por todas. No le quedaba más remedio que confiar en la suerte y en su instinto, y su instinto le decía que a este tipo no le daban ataques.

Dio un rápido sorbo a su vaso, lo rellenó y se puso a esperar.

El ruido había cesado por completo y le resultó más fácil reconstruir los hechos. A fin de cuentas, quizá no había sido más que el vecino de arriba. Ciertamente no se oía a Reynolds trajinar por el piso.

Paseó la vista por el cuarto, en busca de algo que lo mantuviera ocupado un rato y su mirada recayó sobre la lápida sepulcral de la pared.

Flavinus el portaestandarte.

Había algo agradable en la idea de tener un retrato, por tosco que fuera, esculpido en piedra y colocado sobre el lugar donde reposan los huesos de uno, aunque con el tiempo un historiador fuera a separar los huesos de la lápida. El padre de Gavin siempre insistió en que lo enterraran. No quería ser incinerado, pues ¿cómo, si no –solía decir–, lo iban a recordar? ¿Quién iba a ir a llorarle a una urna en la pared? La ironía es que aun así nunca fue nadie a su tumba: Gavin sólo fue unas dos veces desde que murió su padre. Una piedra vulgar con un nombre inscrito, una fecha y una frase hecha. Ni siquiera recordaba el año en que murió su padre.

En cambio, sí se recordaba a Flavinus; lo recordaba gente que jamás lo conoció, que no conoció siquiera lo que era la vida en sus tiempos. Gavin se levantó y tocó el nombre del portaestandarte, el burdamente cincelado FLAVINVS que constituía la segunda palabra de la inscripción.

De repente se escuchó de nuevo el ruido, más frenético que nunca. Gavin apartó la vista de la lápida y miró hacia la puerta, con la ligera esperanza de que Reynolds estuviera junto a ella dispuesto a darle alguna explicación. No había nadie.

–Maldita sea.

El repiqueteo continuaba. Alguien, en algún lugar, estaba muy enfadado. Y esta vez no se podía engañar a sí mismo: el batería estaba ahí, en el piso, a pocos metros. Le picaba la curiosidad como si fuera un amante zalamero. Apuró el vaso y salió al pasillo. El ruido cesó en cuanto cerró la puerta detrás de sí.

–¿Ken? –osó decir. La palabra se le murió en los labios.

El pasillo estaba en tinieblas; tan sólo lo iluminaba un rayo de luz que salía del otro extremo. Quizá fuera una puerta abierta. Gavin encontró un interruptor a su derecha, pero no funcionaba.

–¿Ken? –repitió.

Esta vez la pregunta obtuvo respuesta. Un gemido y el ruido de un cuerpo arrastrándose, o arrastrado. ¿Habría sufrido Reynolds un accidente? Dios mío, podía estar tirado, indefenso, a cuatro pasos de Gavin: tenía que ayudarlo. ¿Por qué sus pies se negaban a andar? Tenía el hormigueo en los huevos que siempre le producía la ansiedad de la espera; le recordaba al escondite de su niñez: era la emoción de la persecución. Una sensación casi placentera.

Y, dejando de lado el placer, ¿podía marcharse ahora sin saber qué había sido del putero? Tenía que recorrer el pasillo hasta el final.

La primera puerta estaba entornada; la abrió y descubrió un estudio o habitación atiborrado de libros. Las luces de la calle entraban por la ventana sin cortinas y caían sobre una mesa de despacho desordenada. Ni Reynolds ni agresor. Más confiado después del primer tiento, siguió explorando el pasillo. La puerta siguiente –de la cocina– también estaba abierta. No venía ninguna luz del interior. Las manos de Gavin habían empezado a sudar: pensó en Reynolds tratando de sacarse los guantes que se le quedaban pegados a las manos. ¿De qué había tenido miedo? De algo más que de su ligue: había otra persona en el apartamento, alguien de temperamento violento.

El estómago se le revolvió al descubrir la huella de una mano impresa sobre la puerta: era sangre.

Empujó la puerta, pero no cedía. Había algo detrás de ella. Se deslizo por la abertura y entró en la cocina. Un cubo de basura por vaciar o un contenedor de vegetales descuidado llenaban el aire de malos olores Gavin acarició la pared buscando el interruptor y el tubo de fluorescente se iluminó espasmódicamente.

Por detrás de la puerta asomaban los Gucci de Reynolds. Gavin la corrió y Ken salió rodando de su escondite. Estaba claro que se había acurrucado detrás de la puerta en busca de refugio; había algo del animal herido en su cuerpo doblado. Se estremeció al tocarlo Gavin.

–No pasa nada... soy yo. –Gavin levantó una mano ensangrentada del cuerpo de Reynolds. Un espeso chorro le recorría la cara desde la sien hasta la barbilla y otro, paralelo al anterior pero no tan espeso, le cruzaba la mitad de la frente y la nariz, como si le hubiera raspado una horca de dos dientes.

Reynolds abrió los ojos. Descubrió a Gavin al punto y dijo:

–Vete.

–Estás herido.

–Por el amor de Dios, vete. Rápido. He cambiado de idea... ¿Comprendes?

–Llamaré a la policía.

Ken prácticamente le escupió:

–Lárgate inmediatamente de aquí, ¿quieres? ¡Maldito putón!

Gavin se levantó y trató de comprender lo que estaba ocurriendo. El tipo estaba sufriendo y eso le volvía agresivo. Haz caso omiso de los insultos y ve a buscar algo con que tapar la herida. Eso era. Tapa la herida y luego deja que el tipo se las arregle solo. Si no quería saber nada de la policía era asunto suyo. Probablemente no quería tener que explicar la presencia de un efebo en aquel horno crematorio.

–Deja que vaya a buscar una tirita...

Gavin volvió al pasillo.

Detrás de la puerta de la cocina Reynolds le decía que no, pero el putón no le oyó. No habrían cambiado las cosas de haberlo oído. Para él, «no» era una incitación.

Reynolds apoyó la espalda contra la puerta de la cocina y trató de levantarse utilizando el pomo de apoyo. Pero la cabeza le daba vueltas: era como un horroroso carrusel girando y girando y en el que cada uno de los caballos fuera más espantoso que el anterior. Las piernas se le doblaron y cayó al suelo como el idiota senil que era.

Mierda. Mierda. Mierda,

Gavin oyó la caída de Reynolds, pero estaba demasiado ocupado armándose para volver a entrar en la cocina. Si el intruso que había atacado a Ken seguía en el piso, quería estar preparado para defenderse. Rebuscó entre los informes de la mesa del despacho y descubrió un abrecartas junto a un montón de correspondencia por abrir. Dando gracias a Dios por el hallazgo, se apoderó de él. Era ligero y la hoja fina y quebradiza, pero bien clavado debía de ser letal.

Volvió al pasillo con el corazón más ligero y se detuvo un momento para planear sus movimientos. Lo primero era localizar el cuarto de baño, con suerte podría encontrar una tirita para Reynolds. Bastaría con una toalla limpia. A lo mejor así podría despabilar al tipo, incluso obligarle a que le diera alguna explicación.

Detrás de la cocina, el pasillo describía una curva cerrada hacia la izquierda. Gavin dobló la esquina y se encontró con la puerta entornada. Dentro había una luz encendida: el agua se reflejaba sobre los baldosines. Era el cuarto de baño.

Asegurándose la mano derecha que sujetaba el abrecartas, Gavin se acercó a la puerta. Tenía los músculos de los brazos rígidos de miedo: ¿le serviría eso de ayuda en caso de que tuviera que asestar un navajazo?, pensó. Se sentía inepto, sin gracia, ligeramente estúpido.

Había sangre en la jamba de la puerta, la marca de una mano que era sin lugar a dudas de Reynolds. Ahí había ocurrido todo: Reynolds extendería una mano para no caerse ante la

embestida del asaltante. Si el agresor seguía en el piso tenía que estar ahí. No había ningún escondite más en la casa.

Más tarde, si es que había «más tarde», probablemente analizaría la situación y le parecería idiota por su parte haber abierto la puerta de una patada, haber provocado el enfrentamiento. Pero meditaba sobre la estupidez de la acción mientras la llevaba a cabo, abriendo la puerta con suavidad por encima de baldosas encharcadas de sangre. En cualquier momento surgiría una figura con un gancho por mano, desafiándolo a gritos.

No. No ocurrió nada de eso. El asaltante no estaba dentro, y si no estaba dentro es que no estaba en el piso.

Gavin exhaló un suspiro largo y lento. El cuchillo se le aflojó en la mano; ya no iba a usarlo. Ahora, a pesar del sudor, de su terror, se sentía defraudado. La vida le había vuelto a fallar, el destino se había burlado de él y le había dejado con una fregona en la mano en lugar de una medalla. Todo lo que podía hacer era jugar a la enfermera con el viejo y seguir su camino.

El cuarto de baño estaba decorado en tonos de color lima: la sangre y las baldosas conjuntaban perfectamente. La transparente cortina de la ducha, luciendo estilizados peces y plantas marinas, estaba parcialmente corrida. Tenía el aspecto de un asesinato de película: no resultaba del todo creíble. La sangre era demasiado brillante, la luz demasiado mate.

Gavin dejó caer el cuchillo en el lavabo y abrió el armario cubierto de espejos. Estaba bien provisto de enjuagues bucales, complejos vitamínicos y tubos de dentífrico desechados, pero la única medicina que había era una lata de Elastoplast. Al cerrar la puerta del armario se encontró con el reflejo de sus propios rasgos, los rasgos de una cara fatigada. Abrió el grifo de agua fría; un chapuzón disiparía el vodka y devolvería algo de color a sus mejillas.

Mientras recogía el agua con ambas manos oyó ruido a su espalda. Se irguió con el corazón sobresaltado y cerró el grifo. El agua le resbaló por la barbilla y las cejas y borboteó al desaparecer por la tubería de salida.

El cuchillo seguía en la pila; le bastaría con alargar el brazo. El ruido procedía de la bañera, de *dentro* de la bañera; era el chapoteo inofensivo del agua.

La inquietud le había inyectado mucha adrenalina y percibía los detalles con una precisión nueva. El aroma penetrante del jabón con olor a limón, el brillo del angelote turquesa que revoloteaba por las algas marinas sobre la cortina de la ducha, las gotitas frías sobre el rostro, el calor que sentía en la cabeza: no eran más que experiencias repentinas, detalles que le habían pasado inadvertidos hasta ese momento, demasiado perezoso como estaba para ver, oler y sentir hasta el limite de sus posibilidades.

Estás en un mundo real, le decía su cabeza (fue toda una revelación) y, si no te andas con ojo, vas a morir aquí.

¿Por qué no había mirado la bañera? Gilipollas. ¿Por qué la descuidó?

–¿Quién hay? –preguntó, con la ridícula esperanza de que Reynolds tuviera una nutria bañándose tranquilamente. Ridícula esperanza. Había sangre, por el amor de Dios.

Apartó la vista del espejo cuando remitió el chapoteo –¡hazlo!, ¡hazlo!– y corrió la cortina gracias a sus arandelas de plástico. En su prisa por desvelar el misterio olvidó el cuchillo en la pila. Ya era demasiado tarde: los angelotes turquesas bailoteaban frenéticamente y él contemplaba el agua.

Había mucha, llegaba hasta unos tres centímetros del borde de la bañera, y estaba oscura. Una escoria marrón subía en espirales hasta la superficie y despedía un olor levemente animal, como de pelos de perro mojados. Nada salía a la superficie del agua.

Gavin se inclinó aún más, intentando discernir la forma que había en el fondo, y vio su propio reflejo flotando entre la escoria. Se agachó un poco más, incapaz de comprender la relación de los diferentes volúmenes que había entre el limo, hasta que reconoció los toscos dedos de una mano y comprendió que estaba mirando una forma humana doblada sobre sí misma como un feto, absolutamente inmóvil dentro del agua mugrienta.

Pasó la mano sobre la superficie para disipar el cieno, su reflejo se rompió en pedazos y

el ocupante de la bañera se hizo visible. Era una estatua, esculpida en forma de figura durmiente, con el detalle de que la cabeza, en lugar de reposar de lado, estaba doblada para mirar a través del velo de sedimentos a la superficie del agua. Tenía los ojos abiertos como dos toscas burbujas sobre un rostro mal cincelado; la boca era una raja y las orejas parecían ridículas asas de una cabeza calva. Estaba desnudo: su anatomía era tan imperfecta como sus rasgos: era obra de un aprendiz de escultor. La pintura se deshacía en algunos lugares, quizá por la acción del agua, y se le desprendía del torso en desconchones grises y circulares. Debajo, se discernía un corazón de madera oscura.

No había nada que infundiera miedo en la estatua. Era un *objet d'art* en una bañera, sumergido en el agua para que se le borrara una capa de pintura de brocha gorda. El chapoteo que había escuchado mientras se refrescaba no había sido más que burbujas que soltaba la pieza, causadas por una reacción química. Ya estaba: todo explicado. No había motivo para que a nadie le entrara pánico. «Me mantiene el corazón vivo», como solía decir el camarero del Ambassador cuando salía a escena una nueva belleza.

Gavin se sonrió ante la ironía del símil: éste no tenía nada de Adonis.

–Olvida que lo has visto.

Reynolds estaba junto a la puerta. La herida, restañada por un asqueroso jirón de pañuelo apretado contra la cara, había dejado de sangrar. La luz que reflejaban las baldosas daba color de bilis a su cara: su lividez habría asustado a un cadáver.

–¿Te encuentras bien? No lo parece.

–Me pondré bien... tú limítate a marcharte, por favor.

–¿Qué ha ocurrido?

–Resbalé. Había un poco de agua en el suelo y resbalé, eso es todo.

–Pero el ruido...

Gavin volvió a mirar la bañera. Había algo en la estatua que lo fascinaba. Tal vez su desnudez y ese despojarse por segunda vez de la ropa debajo del agua: el último *striptease:* fuera la piel.

–Vecinos, sólo eso.

–¿Qué es esto? –preguntó Gavin, sin dejar de contemplar la cara de muñeca que se veía en el agua.

–Nada que te importe.

–¿Por qué está enroscado de esa manera? ¿Se estaba resecando?

Gavin volvió a mirar a Reynolds para leer la respuesta en su cara, grabada con la más amarga de las sonrisas.

–Querrás dinero.

–No.

–¡Maldito seas! ¿Estás trabajando, no? Hay billetes al lado de la cama; coge lo que creas que te has ganado por haber perdido el tiempo... –Lo estaba tasando con la mirada– ... y por tu silencio.

Otra vez la estatua: Gavin no podía apartar los ojos de ella, de su tosquedad. Su propia cara, perpleja, flotaba sobre la piel del agua, ridiculizando la obra del artista por su falta de proporciones.

–No te extrañes –dijo Reynolds.

–No puedo evitarlo.

–No es nada que te importe.

–Lo robaste... ¿no es cierto? Vale una fortuna y lo has robado.

Reynolds meditó la pregunta y pareció finalmente demasiado cansado como para empezar a mentir.

–Sí. Lo robé.

–Y esta noche ha vuelto alguien a por él.

Reynolds se encogió de hombros.

–... ¿no es eso? ¿No ha vuelto alguien a por él?

–Eso es. Lo robé... –Reynolds repetía el papel de memoria– ... y esta noche ha vuelto alguien a por él.

–Es todo lo que quería saber.

–No vuelvas por aquí, Gavin como-quiera-que-te-llames. Y no intentes hacerte el listillo, porque me habré ido.

–¿Quieres decir que no te chantajee? –replicó Gavin–, no soy un ladrón.

La mirada escrutadora de Reynolds se tiñó de desprecio.

–Seas o no ladrón, sé agradecido. Si puedes tener un sentimiento parecido. –Reynolds se apartó para ceder el paso a Gavin. Éste no se movió.

–¿Agradecido por qué? –preguntó. Estaba ligeramente enfadado; se sentía, de una manera absurda, rechazado, como si le estuvieran endosando una verdad a medias porque no fuera capaz de compartir un secreto.

A Reynolds ya no le quedaban fuerzas para más explicaciones. Estaba desplomado contra el marco de la puerta, exhausto.

–Vete –dijo.

Gavin asintió y dejó al tipo junto a la puerta. Cuando salió al pasillo la estatua debió soltar un desconchón de pintura. Oyó cómo emergía del agua, un chapoteo en el borde de la bañera y vio mentalmente cómo las olas enturbiaban la estatua.

–Buenas noches –dijo Reynolds como despedida.

Gavin no le replicó, como tampoco cogió dinero antes de salir. Que se quedara con sus lápidas y sus secretos.

Camino de la puerta principal entró en el salón para recoger su chaqueta. La cara de Flavinus el portaestandarte le miraba desde la pared. Debía haber sido un héroe, pensó Gavin. Sólo se podía honrar de esa manera a un héroe. Él no tendría esas pompas; ningún retrato en piedra daría testimonio de su paso por este mundo.

Cerró la puerta principal detrás de él, consciente de que le volvía a doler el diente, y, al cerrarla, el ruido volvió a escucharse, el golpeteo de un puño contra una pared.

Peor aún, la furia desencadenada de un corazón recién despertado.

El día siguiente el dolor de muelas era atroz y fue a media mañana al dentista con la esperanza de conseguir que la auxiliar le diera una cita inmediata. Pero su encanto había perdido muchos enteros y sus ojos no relucían tan vivamente como de costumbre. Le dijo que tendría que esperar al viernes siguiente, a no ser que fuera una emergencia. Él le replicó que lo era; ella dijo que no. Iba a ser un mal día: un diente dolorido, una auxiliar de dentista lesbiana, charcos helados, mujeres cotilleando en todas las esquinas, niños feos, cielo feo.

Ése fue el día en que empezó la persecución.

A Gavin le habían perseguido antes los admiradores, pero nunca de una manera tan sutil, tan subrepticia. Había tenido a gente detrás de él durante días, de un bar a otro, de una calle a otra, con una sumisión tan perruna que le enervaba. Ver la misma cara de tristeza noche tras noche, haciendo acopio de valor para invitarle a una copa, ofrecerle un reloj, cocaína, una semana en Túnez, cualquier cosa. Execraba esa adoración pegajosa que se cortaba tan rápido como la leche y apestaba a bobaliconería. Uno de sus admiradores más ardientes –un actor nombrado «sir», le había dicho–, nunca se le acercaba, sólo le seguía y le seguía, mirando y mirando. Al principio le había adulado tanta atención, pero el placer pronto se volvió irritación, y al final acorraló al tipo en un bar y le amenazó con partirle la cabeza. Estaba tan jodido aquella noche, tan mareado de que todo el mundo lo devorara con la mirada que habría dejado malparado a aquel lamentable tipo si no se hubiera dado el bote. Nunca lo volvió a ver; supuso que se habría ido a casa y se habría ahorcado.

Pero esta persecución no era tan notoria, ni mucho menos; apenas si era algo más que una sensación. No tenía ninguna prueba irrefutable de que alguien le pisara los talones, tan sólo la molesta sospecha, cada vez que echaba una ojeada por encima del hombro, de que

Librodot

alguien se refugiaba en las sombras o de que en un callejón lóbrego un paseante andaba a su mismo ritmo, reproduciendo todos los chasquidos de sus tacones, todas las vacilaciones de su andar. Era algo semejante a una paranoia, pero él no era un paranoico. Si fuera un paranoico, se decía, ya se lo habría dicho alguien.

Además, ocurrían cosas extrañas. Una mañana la arpía que vivía en el rellano del piso de abajo le preguntó distraídamente quién era su visitante: el tipo estrafalario que entró a altas horas de la noche y estuvo sentado en las escaleras varias horas contemplando su habitación. No había tenido visita y no conocía a nadie que se ajustara a la descripción.

Otro día, en un calle concurrida, salió de entre la multitud para meterse en el portal de una tienda vacía a encender un cigarrillo y, mientras lo hacia, le llamó la atención un reflejo, distorsionado por la suciedad del cristal. La cerilla le quemó el dedo. Miró hacia abajo al dejarla caer y cuando volvió a levantar la vista el gentío se había tragado a su espía como un océano hambriento.

Era una sensación verdaderamente desagradable: pero aún había de depararle muchas sorpresas.

Gavin no había hablado jamás con Preetorius, aunque intercambiaban algún gesto de vez en cuando en la calle y ambos se interesaran por el otro en compañía de amistades comunes como si fueran caros amigos. Preetorius era negro, tendría entre cuarenta y cinco años y la edad idónea para hacer de fiambre, un proxeneta que se vanagloriaba de ser descendiente de Napoleón. Llevaba dirigiendo un negocio de mujeres y tres o cuatro muchachos durante casi una década y ganaba bastante dinero. Cuando empezó a trabajar, a Gavin le recomendaron encarecidamente que buscara la protección de Preetorius, pero siempre había sido demasiado independiente como para recurrir a una ayuda de ese tipo. Como consecuencia de ello, Preetorius y su clan nunca le habían visto con buenos ojos. Sin embargo, en cuanto se convirtió en personaje habitual del mundillo nadie puso en duda su derecho de ser su propio jefe. Se decía incluso que Preetorius confesaba sentir cierta admiración por la codicia de Gavin.

Con admiración o sin ella, el día en que Preetorius rompió el silencio y se dirigió a Gavin debía estar helando en el infierno.

–Blanco.

Serían las once, y Gavin acababa de salir de un bar de St. Martin’s Lane y se encaminaba hacia un club del Covent Garden. La calle todavía estaba concurrida: entre los espectadores de cine y de teatro había clientes potenciales, pero no tenía ganas de ligar esa noche. Llevaba cien billetes en el bolsillo, ganados el día anterior y que no se había molestado en meter en el banco. De sobra para darse una vuelta.

Lo primero que se le ocurrió al ver a Preetorius y sus pecosos secuaces cerrarle el paso fue que querían su dinero.

–Blanco.

Pero luego reconoció la cara inexpresiva y brillante de Preetorius: no era un ladrón callejero, nunca lo había sido y nunca lo sería.

–Blanco, tengo algo que decirte.

Preetorius se sacó una nuez del bolsillo, la partió con la palma de la mano y se la metió en su amplia boca.

–No te importa, ¿verdad?

–¿Qué quieres?

–Lo que te he dicho, contarte algo. No es demasiado pedir, ¿no es cierto?

–De acuerdo. ¿Qué?

–Aquí no.

Gavin ponderó la cohorte de Preetorius. No eran gorilas, ése no era el estilo del negro, pero tampoco criaturitas de cuarenta y cinco kilos. El espectáculo no parecía en conjunto

demasiado alentador.

–Gracias, pero no me interesa. –Gavin empezó a dar rápidas zancadas para alejarse del trío. Ellos lo seguían. Deseó con toda su alma que no lo hicieran, pero lo siguieron. Preetorius le habló por la espalda.

–Escucha. He oído malas cosas de ti.

–¿Ah, sí?

–Me temo que sí. Me han dicho que has atacado a uno de mis muchachos.

Gavin dio seis pasos antes de contestar.

–Yo no he sido. Te has equivocado de hombre.

–Te reconoció, basura. Le has hecho daño de verdad.

–Ya te lo he dicho: yo no he sido.

–Estás chiflado, ¿lo sabías? Tendrían que encerrarte, coño.

Preetorius levantaba la voz. La gente cambiaba de acera para no verse complicados en la pelea que se avecinaba.

Sin pensarlo dos veces, Gavin salió de St. Martin's Lane hacia Long Acre, y se dio cuenta en seguida de que había cometido un error táctico. Había mucha menos gente por ese lado, y le quedaba mucho por andar a través de las calles de Covent Garden antes de poder llegar a otro centro de actividad. Tendría que haber girado a la derecha en lugar de a la izquierda; así habría llegado a Charing Cross Road, donde se habría encontrado más seguro. Maldita sea, no podía darse la vuelta y tropezarse con ellos ahora. Todo lo que podía hacer era andar (y no correr; nunca se debía correr con un perro loco en los talones) con la esperanza de mantener una conversación lo más sosegada posible.

Preetorius:

–Me has costado mucho dinero.

–No comprendo...

–Has dejado a uno de mis mejores muchachos fuera de servicio. Va a pasar mucho tiempo antes de que pueda volver a poner al chaval en la calle. Está acojonado, ¿comprendes?

–Mira... Yo no le he hecho nada a nadie.

–¿Por qué coño me mientes, basura? ¿Qué te he hecho yo para que me trates así?

Preetorius alargó el paso y se puso a la altura de Gavin, dejando a sus socios detrás.

–Mira...–le susurró–, comprendo que chavales como él puedan resultar tentadores. Es normal. Lo puedo entender. Si me pones a un bombón en el plato yo no voy a hacerle ascos. Pero le hiciste daño: y cuando alguien pega a uno de mis chicos, yo también sangro.

–Si hubiera hecho eso, como dices, ¿crees que habría salido a la calle?

–No debes estar en tus cabales. No estamos hablando de un par de magulladuras, tío. Lo que digo es que te duchaste con la sangre de ese chaval, eso es lo que digo. Lo colgaste y le cortaste todo el cuerpo, y luego lo dejaste en mi escalera con un jodido par de calcetines por toda vestimenta, ¿Captas ahora mi mensaje, blanco? ¿Lo captas?

Una rabia genuina se apoderó de Preetorius mientras describía los crímenes que le imputaba, y Gavin no sabía exactamente cómo enfrentarse a ella. Se calló y continuó andando.

–Ese chico te idolatraba, ¿sabes? Pensaba que eras una referencia obligada para todo aspirante a chapista. ¿Qué te parece?

–Mal.

–Tendrías que sentirte aduladísimo, colega, porque eso es todo lo que vas a conseguir en tu puñetera vida.

–Gracias.

–Has hecho una buena carrera. Lástima que se haya acabado.

Gavin sintió plomo en las entrañas: esperaba que Preetorius se contentara con una advertencia: por lo visto no iba a ser así. Estaban ahí para darle una paliza: Dios, le iban a pegar por algo que no había hecho y de lo que ni siquiera había oído hablar.

Librodot

–Te vamos a sacar de la calle, blanco. Para siempre.

–Yo no he hecho nada.

–El chaval te conocía. Te reconoció aunque llevaras una media en la cabeza. La voz, la ropa: todo coincidía. Afróntalo: te reconoció, Ahora sufre las consecuencias.

–Vete al carajo.

Gavin echó a correr. A los dieciocho años había corrido en distancias cortas en representación de su país: ahora volvía a necesitar aquella velocidad. Detrás de él Preetorius se echó a reír (¡qué divertido!) y dos pares de pies resonaron sobre la acera. Estaban cerca, cada vez más cerca, y Gavin estaba en un estado de forma pésimo. A los doce metros le dolían los muslos y los vaqueros eran demasiado ceñidos para correr con comodidad. La persecución estaba perdida antes de comenzar.

–Nadie te ha dicho que te fueras –se mofó el mentecato blanco, agarrándolo por el bíceps con sus dedos picados.

–Bonito intento –Preetorius se acercaba lentamente y sonriendo hacia los sabuesos y la liebre jadeante. Le hizo una seña casi imperceptible al otro mentecato.

–¿Christian? –preguntó.

Ante la invitación, Christian le pegó un puñetazo a Gavin en los riñones. El golpe le hizo retorcerse y escupir amenazas.

Christian dijo:

–Ahí.

Preetorius le pidió que se diera prisa, y de repente lo estaban arrastrando fuera de la vista, a un pasadizo. Se le desgarraron la camisa y la chaqueta, sus caros zapatos se llenaron de barro, antes de que lo levantaran gruñendo. El pasadizo estaba oscuro y los ojos de Preetorius danzaban, desencajados, delante de él.

–Aquí estamos otra vez –dijo–. Todos contentos.

–Yo... no lo he tocado –boqueó Gavin.

El secuaz sin nombre, No-Christian, le atizó un puñetazo en mitad del pecho que lo tiró contra la pared opuesta del pasadizo. El tacón se deslizó en el barro y por mucho que trató de mantenerse derecho, las piernas se le habían vuelto de gelatina, igual que su ego: no era momento de hacerse el valiente. Suplicaría, se arrodillaría y les lamería la planta de los pies si era necesario, cualquier cosa con tal de que no se cebaran con él. Cualquier cosa con tal de que no le marcaran la cara.

Ése era el pasatiempo favorito de Preetorius, o eso se decía en la calle: marcar a las bellezas. Tenía una habilidad especial, podía dejar a alguien tullido sin esperanza de curación con sólo tres cuchilladas, y hacer que la víctima se guardara sus propios labios como recuerdo.

Gavin trastabilló y cayó golpeando el suelo húmedo con las palmas de las manos. Algo tan suave como si estuviera podrido se le desprendió de la piel y le goteó por las manos.

No-Christian cruzó una risita con Preetorius.

–¿No está delicioso? –dijo.

Preetorius estaba mascando una nuez.

–Me parece... –señaló– ...que por fin ha descubierto cuál es su lugar en la vida.

–Yo no lo toqué –suplicó Gavin. Sólo podía negarlo y volverlo a negar, aunque fuera una causa perdida.

–La mierda te llega hasta el cuello –dijo No-Christian.

–Por favor

–Me gustaría de veras acabar con esto lo antes posible –dijo Preetorius, echando una ojeada a su reloj–, tengo que resolver unos asuntos, complacer a cierta gente.

Gavin levantó la mirada y contempló a sus torturadores. La calle iluminada por faroles de sodio estaba a una escapada de veinticinco metros, si lograba superar el cordón de cuerpos que lo rodeaban.

–Deja que te arregle la cara un poco. No será más que un pequeño atentado a la belleza.

Preetorius tenía una navaja en la mano. No-Christian se había sacado del bolsillo una cuerda que acababa en una pelota. La pelota se mete dentro de la boca, la cuerda alrededor del cuello: nadie gritaba si su vida dependía de ello. Ese era el procedimiento.

¡Ya!

Gavin salió de su postura servil como un esprínter de la línea de salida, pero tenía los tacones enfangados y perdió el equilibrio. En lugar de escapar hacia la calle dio unos cuantos tumbos y se estrelló contra Christian, que se cayó al suelo.

Hubo un forcejeo desesperado hasta que se interpuso Preetorius, agarró a la basura blanca y la levantó, ensuciándose las manos.

–Esto no tiene remedio, cabrón –dijo, clavándole la punta de la hoja en la barbilla, justo en la zona en que más sobresale el hueso, y empezando el tajo sin pensárselo dos veces. Dibujó el contorno de la mandíbula, demasiado excitado para preocuparse por amordazarlo.

Al sentir que la sangre le caía a borbotones, Gavin aulló, pero sus gritos fueron atajados por unos dedos regordetes que le cogieron la lengua y se la sujetaron con firmeza.

Las sienes le empezaron a latir y vio cómo en su conciencia se iba abriendo ventana tras ventana, que a medida que se abrían lo iban sumiendo paulatinamente en la inconsciencia.

Mejor morir. Mejor morir.

Le iban a destrozar la cara: mejor sería que lo mataran.

Luego escuchó un nuevo grito, sólo que esta vez no estaba seguro de que fuera suyo. Intentó reconocer la voz pese al torrente que le anegaba los oídos, y comprendió que quien gritaba no era sino Preetorius.

Le soltaron la lengua, vomitó espontáneamente y se apartó dando tumbos de un embrollo de seres que forcejeaban delante de él. Una o varias personas desconocidas habían impedido que completaran la ruina de su rostro. Un cuerpo, boca arriba, estaba tirado en el suelo. No-Christian, con los ojos abiertos y la vida truncada. Dios santo: alguien había matado para él. *Para él.*

Se palpó el rostro cautelosamente para calibrar la herida. Tenía un profundo tajo desde la mitad de la barbilla hasta unos tres centímetros de la oreja. Era mal lugar, pero Preetorius, el escrupuloso Preetorius, había dejado los placeres refinados para el postre y fue interrumpido antes de tener ocasiones de rajarle las fosas nasales o de arrancarle los labios. Una cicatriz a lo largo de la mandíbula no le favorecería, pero no era desastrosa.

Alguien salió trastabillando de la *mêlée...* era Preetorius, con lágrimas en la cara y los ojos como pelotas de golf.

Detrás de él Christian, con los brazos colgando, se alejaba dando tumbos hacia la calle.

Preetorius no le seguía, ¿por qué?

Abrió la boca; un elástico hilo de saliva, engastado con perlas, le pendía del labio inferior.

–Ayúdame –le imploró, como si Gavin tuviera algún poder sobre su vida. Se levantó una mano inmensa en el aire para acabar con el eco de la súplica, pero fue el otro brazo el que asestó el golpe, levantándose por encima del hombro y clavando un arma, una hoja desnuda, en la boca del negro. Éste gorgojeó un momento, como si la garganta quisiera acoplarse al filo y el tamaño del cuchillo, antes de que el agresor se lo hundiera en la cabeza y lo sacara, sujetando el cuello de Preetorius para que no se moviera. La cara de asombro se le abrió por la mitad y del interior de su cuerpo brotó una ola de calor que envolvió a Gavin.

El arma cayó sobre el suelo del pasadizo con un estertor metálico. Gavin la miró. Una pequeña navaja de hoja grande.

Volvió la mirada hacia el muerto.

Preetorius estaba de pie, sujeto tan sólo por el brazo de su ejecutor. La cabeza hollada cayó hacia adelante, y el asesino interpretó la reverencia como una señal, dejando caer cuidadosamente el cuerpo de su víctima a los pies de Gavin. Sin que lo tapara ya el cadáver, el salvador de Gavin se encontró cara a cara con él.

Reconoció en seguida esos rasgos primitivos: los ojos asombrados y mortecinos, la

Librodot

cuchillada por boca, las orejas como asas de jarrón. Era la estatua de Reynolds. Le sonreía con unos dientes demasiado pequeños para tanta cabeza. Dientes de leche, que todavía no eran de adulto. Sin embargo, su aspecto había mejorado algo, lo apreciaba por entre la penumbra. La frente se había hinchado; la cara estaba más proporcionada en conjunto. No por ello dejaba de ser un monigote pintado, aunque un monigote lleno de pretensiones.

La estatua se inclinó con rigidez y sus articulaciones crujieron sonoramente. La extravagancia de la situación aterró a Gavin. Se inclinaba, maldita sea, sonreía, asesinaba y, sin embargo, no podía estar viva, ¿o sí? Más tarde no creería en lo que había visto, se lo prometió. Más tarde buscaría mil razones para no aceptar la realidad que tenía ante él; lo achacaría todo a su cerebro mal irrigado, a su confusión, a su pánico. De una manera u otra se convencería de no haber presenciado ese fantástico espectáculo, y sería como si no hubiera ocurrido nada.

Si sobrevivía ante él unos cuantos minutos más.

La visión alargó el brazo y tocó la mandíbula de Gavin con delicadeza, paseando los dedos mal esculpidos por los labios de la herida que le había infligido Preetorius. Un anillo sobre el meñique reflejó la luz: era idéntico al suyo.

–Nos va a salir una cicatriz –dijo.

Gavin reconoció la voz.

–Lo lamento, querido –decía. Estaba hablando con *su* voz–. Pero podía haber sido peor.

La *voz* de Gavin. Dios, su voz, su propia voz.

–Sí –dijo, dándole a entender que había adivinado lo que ocurría.

–Yo no –contestó Gavin.

–Sí.

–¿Por qué?

Llevó la mano desde la mandíbula de Gavin a la suya, recorriendo la parte en que debería tener la herida y, a medida que hacía ese movimiento, la piel se iba abriendo y convirtiéndose inmediatamente en cicatriz. No manó nada de sangre, pues no la tenía.

Y, sin embargo, ¿no era su propia frente, sus ojos penetrantes, lo que estaba emulando? ¿No se estaba apropiando de su encantadora boca?

–¿El muchacho? –dijo Gavin, tratando de reconstruir los acontecimientos.

–Oh, el muchacho... –Levantó los ojos, todavía imperfectos, al cielo–. Era una preciosidad. Y cómo rugía.

–¿Te bañaste en su sangre?

–Lo necesito –se arrodilló ante el cuerpo de Preetorius y metió los dedos en la cabeza partida–. Esta sangre es vieja, pero servirá. El chico estaba mejor.

Se embadurnó las mejillas con la sangre de Preetorius como si fuera pintura de guerra. Gavin no pudo disimular el asco que le daba.

–¿Es una pérdida tan grave? –preguntó la efigie.

La respuesta era negativa, naturalmente. La muerte de Preetorius no suponía ninguna pérdida, no suponía ninguna pérdida que un chupapollas drogado hubiera perdido la sangre y la vida porque aquel milagro pintarrajeado necesitara alimentar su crecimiento. Todos los días ocurrían cosas peores en algún lugar; horrores inenarrables. Y sin embargo...

–No puedes condenarme –le espetó– porque tú no tengas que hacerlo. Yo también dejaré de hacerlo pronto. Abandonaré esta vida de torturador de niños, porque veré *a través* de tus ojos, compartiré tu *humanidad...*

Se levantó con movimientos que todavía carecían de flexibilidad.

–Mientras tanto, tendré que comportarme como considere oportuno.

La zona de la mejilla untada con la sangre de Preetorius se estaba volviendo más moldeable, perdía la apariencia de madera pintada.

–Soy una cosa innombrable –dijo–, soy una herida en el costado del mundo. Pero soy al mismo tiempo el extraño a quien rogabas de niño que viniera a recogerte, llamarte hermosura y llevarte desnudo por la calle hasta el paraíso. ¿No es cierto? ¿No es cierto?

¿Cómo conocía los sueños de su infancia? ¿Cómo conocía ese símbolo tan suyo, el deseo de que le sacaran de una calle apestada para llevarle a una casa que era el cielo?

–Porque yo soy tú –dijo como respuesta a la pregunta no formulada–, moldeado a tu imagen y semejanza.

Gavin señaló los cadáveres.

–No puedes ser yo. Yo jamás habría hecho esto.

Parecía poco delicado condenarlo por su intervención, pero no dejaba de ser cierto.

–¿No lo habrías hecho? –dijo el otro–. Pues yo creo que sí.

Gavin recordó las palabras de Preetorius. «Un atentado a la belleza.» Volvió a sentir la navaja clavada en la barbilla, las náuseas, la impotencia. Claro que lo habría hecho, hasta doce veces seguidas, y lo habría considerado de justicia.

Al monstruo no le hacía falta oír su conformidad; era manifiesta.

–Volveré a verte –dijo la cara pintada–. Mientras tanto, yo en tu lugar... –y se echó a reír– ... pondría tierra por medio.

Gavin cerró los ojos al punto, como si dudara de lo que le decía, y luego se dirigió hacia la carretera.

–Por ahí no. ¡Por aquí!

Le indicó una puerta en la pared, oculta casi por completo por bolsas de basura en descomposición. Por ahí había entrado tan sigilosamente y con tanta rapidez.

–Evita las calles principales y desaparece de la vista. Te volveré a encontrar cuando esté listo.

Gavin no esperó ninguna recomendación más. Fuera cual fuese la explicación de los acontecimientos de esa noche, los crímenes ya se habían cometido. No era momento de preguntas.

Se deslizó por la puerta sin volver la vista: pero lo que oyó bastó para revolverle el estómago. El resonar de liquido sobre el suelo, los gemidos de placer del bellaco: todos esos ruidos le permitieron imaginar en qué consistía su aseo personal.

Nada de lo que había ocurrido la noche anterior tenía sentido la mañana siguiente. No comprendía la naturaleza del sueño que había soñado despierto. Tan sólo hubo una serie de hechos consumados.

Frente al espejo, el hecho del tajo en la mandíbula, hinchado y más doloroso que la muela que tenía podrida.

En los periódicos, el informe del hallazgo de dos cuerpos en el área de Covent Garden, dos conocidos criminales habían sido asesinados y descuartizados en lo que la policía describió como «un ajuste de cuentas entre bandas rivales».

En su interior, la clara convicción de que lo encontrarían tarde o temprano. Sin duda alguien lo habría visto con Preetorius e iría con el cuento a la policía. A lo mejor Christian, si es que lo pescaban y le amenazaban con mandamientos judiciales y esposas. En ese caso, ¿qué les podría decir él como respuesta a sus acusaciones? ¿Que el hombre que lo había hecho no tenía nada de hombre, sino que era una especie de efigie que se estaba volviendo poco a poco una réplica de sí mismo? La cuestión no consistía en saber si lo encarcelarían, sino en qué agujero lo meterían, en la prisión o en el frenopático.

Oscilando entre la desesperación y el escepticismo, fue a la casa de socorro a que le vieran la cara. Estuvo esperando tres horas y media junto a otros heridos.

El doctor no le hizo demasiado caso. Dijo que no servirían de nada los puntos ahora que ya estaba hecho el daño: podía y debía lavarse y taparse la herida, pero era inevitable que le quedara una cicatriz. «¿Por qué no vino ayer por la noche, en cuanto ocurrió?», le preguntó la enfermera. Él se encogió de hombros: ¿y a ellos qué narices les importaba? La compasión fingida no le valía para nada.

Al doblar la esquina de su calle vio coches delante de su casa, luces azules y a los

vecinos arracimados cotilleando con sonrisitas maliciosas. Era demasiado tarde para recuperar nada de su vida anterior. A esas alturas ya se habrían hecho con su ropa, sus peines, sus perfumes, sus cartas –y las estarían registrando como monos en busca de piojos–. Sabía lo expeditivos que podían ser esos bastardos cuando les convenía, con cuánta eficacia podían apoderarse de la identidad de un hombre y empaquetarla, tragársela y digerirla: te podían aniquilar con la misma facilidad que un disparo, pero dejarte al mismo tiempo hecho un cero a la izquierda, aunque, eso sí, vivo.

No había nada que hacer. La vida de Gavin estaba en sus manos, podían reírse de ella y salivar con sus actos: incluso podía ser que uno o dos tuvieran una pequeña crisis nerviosa al ver su fotografía y pensar que quizás habían pagado alguna vez por ese joven, una noche de calentura.

Que se quedaran con todo. Allá ellos. De ahora en adelante viviría al margen de la ley, porque las leyes protegen la propiedad y él no tenía ninguna propiedad. Le habían arrebatado todo, o casi todo: no tenía sitio en que vivir ni nada que considerar suyo. Ni siquiera, y eso era lo más extraño, tenía miedo.

Dio la espalda a la calle y a la casa en que había vivido cuatro años sintiendo algo muy parecido al alivio, a la alegría de que le obligaran a dejar una vida tan poco gratificante. Se sentía muy ligero.

Dos horas más tarde y a kilómetros de distancia se tomó el tiempo de registrarse los bolsillos. Llevaba una tarjeta bancaria, casi cien libras sueltas, unas cuantas fotografías, de sus padres y de su hermana, pero sobre todo de sí mismo; un reloj, un anillo y una cadena de oro alrededor del cuello. Podría resultar peligroso utilizar la tarjeta: seguramente ya habrían prevenido al banco. Lo mejor sería empeñar el anillo y la cadena y hacer autoestop hacia el norte. Tenía unos amigos en Aberdeen que lo ocultarían una temporada.

Pero antes que nada, Reynolds.

Le costó una hora encontrar la casa que habitaba Reynolds. Hacía casi veinticuatro horas que no comía y el estómago le empezó a rugir cuando llegó a las mansiones Livingstone. Le ordenó que se comportara y se deslizó en el edificio. A la luz del día el interior parecía mucho menos deslumbrante. La tela de la alfombra de la escalera estaba desgastada y la pintura de la balaustrada mugrienta.

Tomándose su tiempo, subió los tres pisos hasta el apartamento de Reynolds y llamó a la puerta.

Nadie le contestó ni se oyeron ruidos en el interior. Claro que Reynolds le aconsejó que no volviera porque no lo encontraría. ¿Habría previsto las consecuencias de echar a ese ser al mundo?

Gavin volvió a golpear la puerta, y esta vez estaba seguro de que alguien respiraba del otro lado.

–Reynolds... –dijo, empujando la puerta–, te estoy oyendo.

Nadie le contestó, pero dentro había alguien, de eso estaba seguro. Pegó un manotazo a la puerta.

–Vamos, abre. Abre, bastardo.

Un corto silencio y luego una voz amortiguada.

–Vete.

–Quiero hablar contigo.

–Vete, te he dicho, largo. No tengo nada que decirte.

–Me debes una explicación, por el amor de Dios. Si no abres esta maldita puerta, iré a buscar a alguien que lo haga.

Una amenaza vana, pero Reynolds le contestó:

–¡No! Espera. Espera.

Se oyó el ruido de una llave entrando en la cerradura y la puerta se entreabrió unos

centímetros. Detrás de la cabeza roñosa de Reynolds que le contemplaba, la casa estaba a oscuras. Sin duda era él, pero estaba sin afeitar y andrajoso. Por la rendija de la puerta olía a sucio. Sólo llevaba una camisa manchada y anudada sobre los pantalones.

–No te puedo ayudar. Vete.

–Si me dejas que te explique... –Gavin empujó la puerta y Reynolds, demasiado débil o demasiado atontado, fue incapaz de evitar que la abriera. Retrocedió tambaleándose por el pasillo a oscuras.

–¿Qué coño ha pasado aquí?

La casa apestaba a comida podrida. El aire era irrespirable. Reynolds dejó que Gavin cerrara la puerta de un portazo antes de sacar un cuchillo de los manchados pantalones.

–No me vas a engañar –le previno–, sé lo que has hecho. Muy bien. Muy astuto.

–¿Te refieres a los asesinatos? No fui yo.

Reynolds apuntó con el cuchillo a Gavin.

–¿Cuántos baños de sangre te han hecho falta? –dijo con lágrimas en los ojos–. ¿Seis? ¿Diez?

–Yo no he matado a nadie.

–... monstruo.

Reynolds, con el cuchillo que tenía en la mano, y que era el mismo que blandió Gavin, se acercó a éste. No cabía duda: tenía la intención de utilizarlo. Gavin se acobardó y a Reynolds le envalentonó su miedo.

–¿Has olvidado lo que es tener carne y sangre?

El tipo no estaba en sus cabales.

–Mira... he venido aquí a hablar.

–Has venido a matarme. Yo podría descubrirte... por eso has venido a matarme.

–¿Sabes quién soy? –dijo Gavin.

Reynolds hizo una mueca.

–No eres el mariquita. Lo pareces, pero no lo eres.

–Por Dios... soy Gavin... Gavin.

No se le ocurría qué decir para evitar que el cuchillo se le acercara más.

–Gavin... ¿te acuerdas de mí? –fue todo lo que pudo decir.

Reynolds vaciló un momento al observar detenidamente la cara de éste.

–Estás sudando –dijo, y dejó de mirarlo amenazadoramente.

Gavin tenía la boca tan seca que sólo pudo asentir.

–Veo –continuó– que estás sudando.

Dejó caer el cuchillo.

–Eso no puede sudar –precisó–, nunca lo ha hecho, nunca le cogerá el tranquillo. Tú eres el muchacho, no el monstruo. El muchacho.

La cara se le relajó, se convirtió en una bolsa casi vacía.

–Necesito ayuda –dijo Gavin con la voz ronca–. Tienes que decirme qué está ocurriendo.

–¿Quieres una explicación? –replicó Reynolds–, entra y búscala tú mismo.

Le cedió el paso y lo acompañó hasta el salón. Las cortinas estaban corridas, pero a pesar de la penumbra Gavin descubrió que todas las piezas que atesoraba estaban destrozadas y no se podrían reparar. Los fragmentos de cerámica se habían convertido en fragmentos aún más pequeños, y esos fragmentos se habían reducido luego a polvo. Los bajorrelieves estaban destruidos y la lápida de Flavinus hecha escombros.

–¿Quién ha hecho esto?

–Yo –dijo Reynolds.

–¿Porqué?

Reynolds atravesó perezosamente los escombros, se acercó a la ventana y se asomó a un desgarrón que tenía la cortina de terciopelo.

–Volverá, ¿sabes? –le contestó, haciendo caso omiso de su pregunta.

Gavin insistió:

–¿Por qué destrozarlo todo?

–Es un tumor –replicó Reynolds– que necesita vivir en el pasado.

Apartó los ojos de la ventana.

–Llevo muchos años –prosiguió– robando estas piezas. Me otorgaron toda su confianza y yo les he defraudado.

Dio una patada a un cascote de considerable tamaño, que levantó polvo.

–Flavinus vivió y murió. No hay más que decir. Conocer su nombre no significa nada, o casi nada. No convierte de nuevo a Flavinus en un ser real: está muerto y es feliz.

–¿Y la estatua de la bañera?

Reynolds se quedó sin aliento un segundo al recordar la cara pintada.

–¿Creíste que era yo, verdad? Cuando llamé a la puerta.

–Sí. Creí que había acabado con sus asuntos.

–Imita.

Reynolds asintió.

–En la medida en que conozco su naturaleza, puedo decir que sí, que imita.

–¿Dónde la encontraste?

–Cerca de Carlisle. Dirigía una excavación. La encontramos en la habitación de los baños, una estatua apelotonada junto a los restos de un hombre adulto. Era como un acertijo. Un hombre muerto y una estatua juntos en una sala de baños. No me preguntes qué fue lo que me atrajo de ella, porque no lo sé. Tal vez impone su voluntad a través de la mente como a través del cuerpo. Lo robé y me lo traje a casa.

–¿Y lo alimentaste?

Reynolds se puso rígido.

–No hagas preguntas.

–Las *estoy* haciendo. ¿Lo alimentaste?

–Sí.

–Querías sangrarme, ¿no es cierto? Para eso me trajiste aquí: para matarme y que él pudiera bañarse en...

Gavin recordó los puñetazos de la criatura contra los bordes de la bañera, su forma indignada de exigir comida, como un bebé pataleando en la cuna. Había estado muy cerca de que lo devorara también a él, como si de un cordero se tratara.

–¿Por qué no me atacó a mí como a ti? ¿Por qué no saltó de la bañera y se alimentó con mi sangre?

Reynolds se secó la boca con la palma de la mano.

–Es que vio tu cara.

Vio mi cara y la quiso para él y, como no podía robar la cara de un hombre muerto, me dejó con vida. Ahora que lo comprendía, le fascinaba el encadenamiento lógico de su comportamiento, y le encontró interés a la pasión de Reynolds, desvelar misterios.

–El hombre de la sala de baños. El que descubriste en la excavación.

–¿Sí...?

–Consiguió que no hiciera lo mismo con él, ¿no es cierto?

–Probablemente por eso se quedó paralizado, inmóvil. Nadie se dio cuenta de que había muerto luchando con una criatura que le estaba arrebatando la vida.

El cuadro estaba casi completo; sólo faltaba que desahogara su furia.

Ese hombre había estado a punto de asesinarlo para alimentar a la efigie. La cólera de Gavin estalló. Agarró a Reynolds por la camisa y la piel y lo zarandeó. ¿Fueron sus huesos o sus dientes los que rechinaron?

–Ya casi se ha hecho con mi rostro –miró los ojos inyectados en sangre de Reynolds–. ¿Qué pasa cuando lo consigue?

–No lo se.

–Me lo contarás todo. ¡Vamos!

–Sólo son suposiciones –replicó Reynolds.

–¡Entonces hazlas!

–Cuando su apariencia física sea perfecta, creo que robará lo único que no puede imitar: tu alma.

Reynolds no tenía por qué temer a Gavin. Había suavizado el tono de su voz como si le estuviera hablando a un condenado. Hasta sonreía.

–¡Cabrón!

Gavin atrajo aún más la cara de Reynolds hacia la suya. Las mejillas del viejo estaban cubiertas de saliva blanca.

–¡No te importa! ¡Te la trae al pairo!

Le golpeó una, dos veces, y luego una vez y otra más en la cara, hasta que se cansó.

El viejo recibió la paliza sin decir nada, girando la cara después de un golpe para recibir el siguiente, sacándose la sangre de los ojos hinchados sólo para que se los volvieran a llenar de sangre.

Finalmente dejó de golpearle.

Reynolds, de rodillas, se sacó de la lengua trozos de dientes.

–Me lo merecía –murmuró.

–¿Cómo puedo detenerlo? –dijo Gavin.

Reynolds agitó la cabeza.

–Imposible –susurró, cogiendo la mano de Gavin–. Por favor –dijo, abriendo el puño y besándole la palma de la mano.

Gavin dejó a Reynolds entre las ruinas de Roma y salió a la calle. La conversación con éste le había enseñado pocas cosas que no hubiera imaginado previamente. Lo único que podía hacer ahora era encontrar a esa bestia que se había apoderado de su belleza y vencerla. Fracasar supondría perder el único atributo que le caracterizaba: un rostro maravilloso. Las charlas acerca del alma y la humanidad no eran para él más que música celestial. Quería su cara.

Al cruzar Kensington lo hizo con una determinación desacostumbrada. Después de años de ser víctima de las circunstancias las veía por fin encarnadas en un ser. Sacaría provecho de la situación o moriría en el intento.

En su piso, Reynolds corrió la cortina para contemplar la imagen de la noche cayendo sobre la imagen de una ciudad.

Una noche que no viviría, una ciudad por la que nunca volvería a pasear. Sin suspirar porque ya no le quedaban suspiros, dejó caer la cortina y cogió una pequeña espada punzante. Puso la punta contra su pecho.

–Vamos –se dijo a sí mismo y a la espada, y empujó la empuñadura. Pero el daño que le produjo la hoja al penetrarle en el cuerpo tan sólo un centímetro bastó para que la cabeza le diera vueltas: sabía que se desmayaría antes de acabar la faena. Así que se acercó a la pared, sujetó el mango contra la misma y dejó que fuera el peso de su propio cuerpo el que la atravesara. Con eso bastó. No estaba seguro de que la espada le hubiera atravesado por completo, pero, a juzgar por la cantidad de sangre que soltaba, seguramente se habría matado. Aunque trató de volverse para que la hoja le penetrara por completo al caer sobre ella, falló en su intento y, en lugar de eso, cayó de lado. El golpe le hizo sentir la espada dentro de su cuerpo como una presencia rígida y despiadada que lo paralizaba totalmente.

Le costó más de diez minutos morir; pero en ese intervalo, pese al dolor, se sintió satisfecho. Fueran cuales fuesen los errores que había cometido en cincuenta y siete años, y eran muchos, sentía que estaba muriendo de una manera que habría enorgullecido a su querido Flavinus.

Hacia el final empezó a llover y el ruido del tejado le hizo creer que Dios estaba enterrando la casa, sellándolo para siempre. Y en el instante de su muerte tuvo una magnifica visión: una mano con una antorcha y precedida por voces atravesó la pared, permitiendo que

los fantasmas del futuro excavaran en su historia. Sonrió para darles la bienvenida y estaba a punto de preguntarles en qué año estaba cuando comprendió que había muerto.

A la criatura le resultó mucho más fácil eludir a Gavin de lo que le había costado a éste hacer lo propio. Transcurrieron tres días sin que Gavin lograra siquiera vislumbraría.

Pero era indiscutible que estaba cerca, aunque nunca lo suficiente. En un bar alguien le decía: «Te vi la otra noche en Edgare Road», cuando no se había acercado por allí, o «¿Así que qué tal te fue con el árabe?», o «¿Ya no te hablas con tus amigos?»

Y, vive Dios, pronto le empezó a gustar esa sensación. La inquietud dejó paso a un placer olvidado desde que tenía dos años: la tranquilidad.

Qué más daba que alguien estuviera trabajando en su zona, burlando a la ley y a los matones callejeros al mismo tiempo; qué más daba que ese doble arrogante trinchara a sus amigos (¿y qué amigos? sólo Leeches), qué más daba que le hubieran quitado la vida pública y que estuvieran abusando de ella en su nombre. Podía dormir tranquilo sabiendo que él, o algo que se le parecía tanto que podía pasar por él, pasaba las noches despierto y haciéndose adorar. Empezó a ver en la criatura no a un monstruo que lo aterrorizaba sino a un instrumento, casi su personalidad pública. Era su sombra; una sombra material.

Se despertó en mitad de un sueño.

Eran las cuatro y cuarto de la tarde y el gemido del tráfico era intenso. Un cuarto en penumbra; el aire, inspirado una y otra vez, olía a sus pulmones. Hacía una semana que había dejado a Reynolds entre las ruinas y durante ese tiempo sólo había salido de su alojamiento (un pequeño dormitorio, cocina y baño) tres veces. El sueño era ahora más importante que la comida o el ejercicio. Tenía bastante droga para animarse cuando no le entraba sueño, lo que era excepcional, y se había acostumbrado al aire viciado, a la luz que entraba por la ventana sin cortina, a su parcela de un mundo en el que, por lo demás, no tenía ni arte ni parte.

Ese día se había dicho que le convenía salir a tomar un poco de aire fresco, pero no había conseguido reunir el entusiasmo necesario. Quizá más tarde, mucho más tarde, cuando se empezaran a vaciar los bares y nadie se fijara en su presencia, saliera de su capullo a ver lo que había que ver. De momento tenía cosas que soñar...

Agua.

Soñó con agua; se vio sentado al lado de una piscina en Fort Lauderdale, una piscina llena de peces. Oía el rumor interminable que producían sus saltos e inmersiones. ¿O era al revés? Sí; mientras dormía, había oído correr agua, y el inconsciente había creado una ilustración para acompañar el ruido. Al despertarse continuó el ruido.

Procedía del cuarto de baño contiguo: ya no corría, sino que salpicaba. Era obvio que alguien había entrado mientras dormía y se estaba dando un baño. Repasó la lista de posibles intrusos, de los pocos que sabían que estaba ahí. Paul, un chapista principiante que durmió en el suelo dos noches antes; Chink, el traficante de drogas, y una chica del piso de abajo que se llamaba, creía, Michelle. ¿A quién le había tomado él el pelo? Nadie de ellos habría roto la cerradura para entrar. Sabía perfectamente de quién se trataba. Tan sólo estaba jugando consigo, disfrutando con el proceso de eliminación hasta que las opciones quedaran reducidas a una.

Con ganas de reunirse con él, salió de su piel de sábanas y plumón. Se le puso la carne de gallina cuando le sacudió una ráfaga de aire frío y le desapareció la erección provocada por el sueño. Al cruzar la habitación para coger la bata que colgaba de la puerta sorprendió su reflejo en el espejo. Era como una fotografía congelada de una película de terror, un alfeñique encogido por el frío e iluminado por la luz de un día de lluvia. El reflejo aparecía y desaparecía, insustancial.

Envuelto en la bata, la única prenda que había comprado recientemente, se dirigió al

cuarto de baño. Ya no había ruido de agua. Empujó la puerta.

El linóleo deformado le estaba helando los pies; sólo quería ver a su amigo y luego meterse otra vez en la cama. Pero para satisfacer su curiosidad tendría que hacer algo más: tendría que hacer preguntas.

La luz que atravesaba el gélido ventanal se había oscurecido rápidamente; en tres minutos, la caída de la noche y una tormenta le dejaron en la penumbra. Ante él, la bañera estaba llena hasta los bordes, la superficie era tan regular como la de una mancha de aceite y estaba negra. Como la otra vez, nada alteró la superficie. Estaba tumbado en el fondo, oculto.

¿Cuánto tiempo había pasado: desde que se asomó a una bañera verde como el cieno en un cuarto de baño verde como el cieno? Podía haber ocurrido ayer perfectamente: la vida desde aquel día hasta el que estaba viviendo no había sido más que una larga noche. Bajó la vista. Ahí estaba, hecho una bola como la última vez, y durmiendo con toda la ropa puesta, como si no hubiera tenido tiempo de desvestirse antes de esconderse. Donde había estado la calva se veía ahora una exuberante cabellera y tenía los rasgos perfectamente dibujados. No quedaba ningún rastro de la cara pintada: tenía una belleza plástica que era suya por completo, hasta la última muela. Las manos, perfectamente acabadas, descansaban sobre su pecho.

La noche se hizo más profunda. No tenía más que hacer que velar su sueño, y eso acabó por aburrirle. Si le había seguido hasta ahí, no era probable que se fuera, así que podía volver a la cama. En el exterior la lluvia entorpecía el regreso de los viajeros a casa, se producían accidentes, algunos mortales; los motores se recalentaban, los corazones también. Escuchó el ajetreo mientras le entraba sueño. Hacia la mitad de la noche la sed le volvió a despertar: estaba soñando con agua y se oía el mismo ruido de la última vez. La criatura estaba saliendo de la bañera, poniendo las manos sobre la puerta y abriéndola.

Se quedó de pie. La única luz que había en el dormitorio procedía de la calle y apenas si podía iluminar al visitante.

–¿Gavin? ¿Estás despierto?

–Sí.

–¿Me quieres ayudar? –preguntó. El tono de su voz no tenía nada de amenazante, estaba haciendo una pregunta de la misma manera en que cualquier hombre se la haría a su hermano, con la confianza del parentesco.

–¿Qué quieres?

–Tiempo para curarme.

–¿Curarte?

–Enciende la luz.

Gavin enchufó la lámpara que tenía junto a la cama y contempló la figura enmarcada por la puerta. Ya no tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y Gavin vio que de esa manera tapaba una terrible herida de bala en el pecho. Tenía la carne desgarrada de tal forma que se le veían las entrañas incoloras. No había sangre, naturalmente: jamás la tendría. Tampoco pudo distinguir Gavin nada en su interior que recordara a la anatomía humana.

–Dios bendito –dijo.

–Preetorius tenía amigos –dijo el otro tocándose los bordes de la herida con los dedos. El gesto le recordó a un cuadro colgado en casa de su madre. La Gloria de Jesucristo –el Sagrado Corazón flotando en el interior del Salvador– mientras sus dedos, señalando los padecimientos que sufrió, decía: «Esto fue por vosotros».

–¿Por qué no estás muerto?

–Porque todavía no estoy vivo –contestó.

«Todavía no, acuérdate de eso», pensó Gavin. «Tiene pretensiones de volverse mortal.»

–¿Te duele?

–No –dijo tristemente, como si deseara conocer el dolor con toda su alma–, no siento nada. Todos los signos de vida que tengo son superficiales. Pero estoy aprendiendo. –Sonrió–. Ya sé bostezar y tirarme pedos. –La idea era al mismo tiempo absurda y enternecedora;

pensar que aspirara a peerse, que un cómico fallo del sistema digestivo fuera para él un precioso signo de humanidad.

–¿Y la herida?

–... esta sanando. Se curará por completo con el tiempo. Gavin no dijo nada.

–¿Te doy asco? –preguntó con un tono de voz neutro.

–No.

Miraba a Gavin con unos ojos perfectos, sus propios ojos.

–¿Qué te dijo Reynolds? –preguntó.

Gavin se encogió de hombros.

–Muy poco.

–¿Que soy un monstruo? ¿Que arrebato el espíritu a los hombres?

–No exactamente.

–Más o menos.

–Más o menos –concedió Gavin.

Asintió.

–Tiene razón –dijo–. A su manera, tiene razón. Necesito sangre y eso me hace monstruoso. Hace un mes, cuando era joven, me bañaba en ella. Su contacto le daba a la madera la apariencia de carne. Pero ahora ya no la necesito: el proceso casi ha concluido. Todo lo que necesito ahora...

Vaciló; en opinión de Gavin, no fue debido a que tratara de mentir, sino a que le faltaban palabras para describir su condición.

–¿Qué necesitas? –le instó éste.

Agitó la cabeza, mirando la alfombra.

–He vivido varias veces, ¿sabes? A veces he robado vidas y luego me he desembarazado de ellas. He vivido una vida normal y luego me he quitado esa cara y me he buscado otra. En ocasiones, como la última vez, me han desafiado y vencido...

–¿Eres una especie de máquina?

–No.

–¿Qué eres entonces?

–Soy lo que soy. No conozco a nadie de mi especie, aunque, ¿por qué habría de ser el único? Tal vez haya más, muchos más: sencillamente, todavía no sé nada de ellos. Así que vivo, muero y vuelvo a vivir, sin aprender nada... –dijo con amargura–... acerca de mí mismo. ¿Comprendes? Tú sabes lo que eres porque ves a otros como tú. Si estuvieras solo en la Tierra, ¿qué sabrías? Lo que te dijera el espejo, eso es todo. Lo demás no serían más que mitos y conjeturas.

Hizo ese comentario sin exaltarse.

–¿Puedo tumbarme? –preguntó.

Echó a andar hacia él y Gavin pudo ver mejor cómo le hormigueaba la cavidad pectoral, las figuras incoherentes que se agitaban, incansables, en lugar del corazón. Suspirando, se desplomó cabeza abajo sobre el lecho con la ropa empapada y cerró los ojos.

–Me curaré –dijo–, dame sólo un poco de tiempo.

Gavin fue hasta la puerta del piso y echó el cerrojo. Luego arrastró una mesa y la puso debajo del pomo. Nadie podría entrar y atacarlo mientras dormía: él y la criatura, él y él mismo se quedarían juntos y resguardados. Revisada la fortificación, hizo un poco de café y se sentó en una silla para ver dormir al monstruo.

La lluvia azotó los cristales durante una hora y se hizo más suave después. El viento arrastraba hojas empapadas contra el ventanal, sobre el que se quedaban colgadas como curiosas polillas; cuando se cansaba de observarse a sí mismo les echaba un vistazo, pero en seguida quería volver a contemplar la belleza descuidada de su brazo extendido, cuya muñeca estaba iluminada, los párpados. Hacia las doce se quedó dormido en la silla, al son del quejido de una ambulancia y de la lluvia que volvía a arreciar.

No estaba demasiado cómodo en la silla, y se despertaba cada pocos minutos, abriendo

ligeramente los ojos. La criatura se había levantado: estaba sentada junto a la ventana, o en frente del espejo, o en la cocina. Caía agua: soñó con agua. La criatura se desvistió: soñó con sexo. La tenía encima, con el pecho descubierto, y su presencia lo tranquilizaba: soñó, tan sólo un segundo, que lo sacaban de una calle y lo introducían por una ventana en el cielo. La criatura se vestía con sus ropas, y él murmuró que consentía el robo mientras dormía. Se puso a silbar: los primeros albores del día entraban por la ventana, pero se sentía demasiado vago para despertarse y le alegraba que un joven que silbaba se pusiera su ropa y viviera en su lugar.

Finalmente la criatura se inclinó sobre la silla y le besó los labios con un beso de hermano. Luego se marchó. Oyó cómo cerraba la puerta.

Después de aquello, pasó algunos días, no sabía cuántos, encerrado en el cuarto y todo lo que hizo fue beber agua. Tenía una sed insaciable. Beber y dormir, beber y dormir, una noche tras otra.

La cama en que dormía estaba húmeda al principio en el lugar en que se había acostado la criatura, y no quiso cambiar las sábanas. Por el contrario, le encantaba el lino mojado y lamentó que su cuerpo lo secara demasiado pronto. Se bañó en el agua en que había reposado el monstruo y volvió goteando a la cama, con la piel arrugada de frío y envuelto en una nube que olía a moho. Más tarde, demasiado hastiado para moverse, dio rienda suelta a su vejiga tumbado en la cama, y el liquido se enfrió con el tiempo y acabó por secarse gracias al calor cada vez más apagado de su cuerpo.

Pero por alguna razón, a pesar de que la habitación estuviera helada y él desnudo y hambriento, no podía morir.

Al sexto o séptimo día se levantó por la noche y se sentó al borde de la cama para calibrar su resolución. Como no llegaba a ninguna parte, se puso a andar por la habitación arrastrando los pies de una manera muy similar a la de la criatura, parándose delante del espejo para mirar los lamentables cambios de su cuerpo, viendo los copos de nieve caer y derretirse sobre el alféizar.

Una vez encontró casualmente un retrato de sus padres que, recordó, el monstruo había estado contemplando. ¿O lo había soñado? Decidió que no: tenía grabada la imagen precisa de la estatua cogiéndolo y estudiándolo.

El retrato: ése era, naturalmente, el principal obstáculo de su suicidio. Había respetos que presentar. Hasta entonces, ¿cómo podía abrigar esperanzas de morir?

Bajo la nieve, se dirigió hacia el cementerio, vestido tan sólo con unos pantalones y una camiseta. Hizo oídos sordos a los comentarios de mujeres de mediana edad y de escolares. ¿A quién había de importarle sino a él que andar descalzo lo matara? El aguanieve caía y amainaba, en ocasiones espesándose, pero sin conseguir hacerse nieve.

Había oficio en la iglesia y una columna de frágiles coches de color estaba aparcada a la entrada. La contorneó y entró en el camposanto. Era hermoso, aunque hoy lo turbaba un velo de aguanieve, que sin embargo no le tapaba la vista de los trenes y los rascacielos; las interminables filas de tejados. Deambuló por las lápidas, sin saber exactamente por dónde buscar la tumba de su padre. Fue hace dieciséis años; y el día no resultó nada memorable. Nadie dijo nada revelador acerca de la muerte en general ni de la de su padre en particular, ni siquiera hubo una metedura de pata que destacar: ninguna tía se tiró un cuesco durante la merienda, ninguna prima se escondió con él para desnudársele delante.

Pensó si el resto de la familia habría venido de vez en cuando a ese lugar, o si seguían de verdad en el campo. Su hermana siempre había amenazado con irse del país, a Nueva Zelanda, a empezar de nuevo. Su madre, pobre cerda, se estaría desembarazando de su cuarto marido, aunque tal vez fuera a ella a quien había que tener lástima. Su parloteo interminable

apenas si podía encubrir el pánico.

Ahí estaba la piedra. Y, efectivamente, había flores recientes en la urna de mármol que descansaba entre las lascas de mármol verde. El viejo cabrón no había pasado inadvertido; no le habían dejado disfrutar a solas de la vista. Era evidente que alguien, probablemente su hermana, había venido a buscar un poco de consuelo junto a su padre. Gavin recorrió el nombre, la fecha, la frase hecha con los dedos. No era nada excepcional, lo que resultaba justo y correcto, porque no tuvo nada de excepcional.

Contemplando la piedra le brotó un torrente de palabras, como si Padre estuviera sentado al borde de la tumba con los pies colgando y acomodándose el pelo sobre la reluciente calva, simulando, como había hecho siempre, que le importaba lo que le decían.

–¿Qué te parece, eh?

Padre no estaba impresionado.

–No soy gran cosa, ¿verdad?

–Tú lo has dicho, hijo.

–Bueno, siempre he andado con cuidado, como me decías tú. No quedan bastardos; nadie me va a pedir cuentas de nada.

Eso le encantó.

–No sería un hallazgo agradable para nadie, ¿no es cierto?

Padre estornudó y se sonó tres veces la nariz. De izquierda a derecha, otra vez de izquierda a derecha, y la última de derecha a izquierda. Siempre igual. Luego desapareció.

–Mierda de basurero.

Un tren de juguete pegó un largo e intenso bocinazo al pasar y Gavin levantó la vista. Ahí estaba –él mismo–, a unos cuantos metros, completamente inmóvil. Llevaba la misma ropa con que salió del piso hacía una semana. El uso constante la había raído y arrugado. Pero ¡qué carne! Tenía la carne más radiante de lo que jamás la hubiera tenido él. A la escasa luz de la llovizna casi relumbraba; y las lágrimas que su sosias tenía sobre las mejillas realzaban la belleza de sus rasgos.

–¿Qué te pasa? –preguntó Gavin.

–Siempre lloro cuando vengo aquí. –Se acercó hacia él sorteando las tumbas; la grava crujía a su paso y la hierba se volvía mullida. Un efecto totalmente conseguido.

–¿Has estado antes aquí?

–Sí. Muchas veces con los años...

¿Con los años? ¿Qué quería decir con eso de «con los años»? ¿Había llorado en ese cementerio a las personas que había matado?

A guisa de respuesta le dijo:

–... vengo a visitar a Padre. Dos o tres veces al año.

–No es tu padre –precisó Gavin, divertido por el equívoco–. Es el mío.

–No veo lágrimas en tu rostro –dijo el otro.

–Siento...

–No sientes nada –le acusó su otro yo–. Para ser sincero contigo mismo, no sientes nada de nada.

Era la pura verdad.

–Mientras que yo... –empezaron a rodarle las lágrimas, le goteó la nariz–, lo echaré de menos hasta que me muera.

No estaba haciendo indudablemente más que teatro, pero aun así tenía los ojos anegados de dolor y los rasgos arrugados hasta hacerse feos de tanto llorar. Gavin sólo había cedido a las lágrimas en contadas ocasiones: le hacían sentirse débil y ridículo. Pero su doble estaba orgulloso de llorar, exultaba al hacerlo. Era el exponente de su triunfo.

Ni siquiera cuando Gavin comprendió que había sido vencido pudo encontrar en su fuero interno algo remotamente parecido al dolor.

–Adelante –dijo–. Haz pucheros. No te cortes.

La criatura no le escuchaba.

–¿Por qué es todo tan doloroso? –dijo después de una pausa–. ¿Por qué es la ausencia de alguien lo que me hace humano?

Gavin se encogió de hombros. ¿Y él qué sabía o por qué le había de importar el delicado arte de ser humano? La criatura se sonó la nariz con la manga, sorbió el moquillo y trató de sonreír pese a su desdicha.

–Lo siento –dijo–, estoy haciendo el ridículo. Perdóname, por favor.

Aspiró con intensidad, tratando de recobrar la compostura.

–No te preocupes –contestó Gavin. Esa demostración le incomodaba; de buena gana se habría marchado.

–¿Son tus flores? –le preguntó al dar la espalda a la tumba.

Asintió.

–Odiaba las flores.

La criatura retrocedió.

–Ah.

–De todas formas, ¿qué sabrá él?

Sin echarle una última mirada a la efigie, se dio la vuelta y tomó el camino que pasaba junto a la iglesia. A los pocos metros, su otro yo le gritó:

–¿Puedes recomendarme un dentista?

Gavin hizo una mueca y continuó andando.

Ya casi era la hora de salida del trabajo. La arteria que pasaba junto a la iglesia estaba atestada de coches: tal vez fuera viernes y los primeros fugados se apresuraban a llegar a casa. Faros deslumbrantes pasaban a toda velocidad; las bocinas sonaban.

Gavin se metió en medio del tráfico sin mirar a un lado o a otro, ignorando los chirridos de los frenazos y las maldiciones, y se puso a deambular por entre los coches como si estuviera paseando por el campo.

La aleta de un coche lanzado le rozó la pierna, otro estuvo a punto de arrollarlo. Sus prisas por llegar a alguna parte, por llegar a un lugar del que anhelarían inmediatamente volver a partir, resultaban cómicas. Que se enfurecieran con él, que lo aborrecieran, que vislumbraran su rostro desprovisto de rasgos y llegaran a casa con pesadillas. Si todo salía bien, aterrorizaría a alguien que pegaría un volantazo y lo atropellaría. Qué más daba. En lo sucesivo se ponía en manos del azar, iba a ser su portaestandarte.

Librodot